

Selección RNR

CARMEN OMAÑA

*El último
deseo de Mash*



Romance Actual

El último deseo de Mash

Carmen Omaña



1.ª edición: julio, 2017

© 2017 by Carmen Omaña

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-817-4

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

A ti padre, hijo y espíritu Santo, quien eres luz, bendición y protección en mi camino. Sin esa presencia divina, habría sucumbido en las incontables batallas de la vida, o quizá me hubiese negado a la felicidad que se oculta tras la tormenta. Me fortaleciste y creíste en la obsesión de mis sueños... Siempre debí haber puesto mis sueños, caminos y propósitos en tus manos.

Dios existe: que no quede duda de ello...

Contenido

Portadilla

Créditos

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Agradecimientos

Promoción

Capítulo 1

LA DESPEDIDA

Steffi Mash lloró sin consuelo. Su corazón pareció detenerse desde el momento en que el médico volteó el rostro, resignado ante la pérdida, para expresar su pesar como profesional de la salud. Empalideció y su mente se convirtió en una cinemateca que exhibía los años vividos junto a su padre. Conmocionada, no lo podía creer. En otras circunstancias hubiera probado el salado repugnante de las lágrimas y no le habría importado. Había llorado mucho desde que el maldito de Antoni Messi la obligó a saltar el cerco de la inocencia y traspasar el bosque oscuro de la adultez; y luego, lloró aún más cuando su madre falleció. Continuó sollozando y se maldijo una docena de veces al deshacer su ánimo sobre el cuerpo todavía tibio de su padre. Le suplicó que no la dejara. Él no podía morir. En ese momento renegó del destino. Tenían muchas cosas por hacer. Iban a visitar sus tierras en Sicilia cuando los tiempos mejorasen. Tenía que velar por ella, protegerla de los pandilleros; claro que estaba preparada para defenderse, pero en ese instante padeció de un bloqueo mental que la hizo sentirse incapaz de cuidar de sí misma. Él había sido, más que su padre, su amigo, su refugio, su apoyo y también su entrenador. Experto en defensa personal, especialmente en *krav magá*, decidió hacer de su hija su pupila. Desde los diez años empezó con sus entrenamientos nada ligeros. Nunca la subestimó. Steffi debía formarse con la fortaleza de un heredero Mash. Quizá su padre intuyó lo compleja que podría ser su vida. Andrés Mash había aprendido técnicas militares de defensa personal gracias a un hombre judío que escapaba de los estragos de la finalizada Segunda Guerra Mundial. Italia no era el mejor refugio, pero en sus circunstancias fue lo mejor. Tras una fuerte amistad, aquel hombre,

agradecido por haberlo refugiado, le enseñó cada una de sus valiosas técnicas. En ese instante en que su padre murió, recordó los entrenamientos de combate. Debió ser por esa impotencia que sentía cuando se enfriaba cada una de sus extremidades. Veía en el *krav magá* un refugio, un arma para sentirse valiente: nada de lo que realmente era. De repente volvió en sí. Su mente no podía divagar. No supo por qué, cuando estaba muriendo, le reiteraba su vieja y continua petición de entregar ese bendito sobre amarillo, que nunca sacaba de la funda de la almohada, a un tal Marcos Pantani; incluso llegó a referirse a él como un viejo y entrañable amigo. Steffi, en medio de su dolor renegó de él porque si realmente era su amigo, ¿dónde estuvo todos esos años de penurias y quebrantos? «¿Los amigos no son para apoyarse?», pensó. En ese instante sembró rencor por ese viejo decrépito de Marcos Pantani, que nunca fue capaz de enviar una maldita carta a su padre y, aún así, era la única persona a quien entregó su último deseo. «¿Por qué le importó tanto?». Sintió celos entre su dolor. Sí, celos. Envidió a ese tal amigo suyo por haberse llevado el último pensamiento de su padre, por haberla desplazado cuando ya no podía haber otra oportunidad. Tanto le importó que había ahorrado todo el dinero de su trabajo para ese viaje... Hace siete días le había entregado la llave de un cofre que guardaba en una de sus maletas, en el departamento, y allí encontró una paca de billetes que hizo que sus ojos brincaran desorbitados. No entendía. Con ese dinero hubiese podido vivir mejor los últimos meses, pagar una clínica o comerse una *macceroni con le sarde*, su preferida, en el restaurante italiano del centro de la ciudad. Recobró la postura, parpadeó y les dio paso a las enfermeras que venían de nuevo sobre él. Con el dorso de la mano, intentó borrar las lágrimas, pero le fue inútil. Un camillero pasó frente al umbral de la habitación con mesa de ruedas rechinantes, acopladas al dobléz de la suela de goma de su calzado, que parecía luchar contra una superficie pegajosa en el piso de granito. En su mente cada sonido se almacenaba en cámara lenta. Afuera un par de mujeres pasaban al frente y reían alegres ignorando lo que, tras el marco de esa puerta y a un costado de ellas, estaba ocurriendo. Se sonó la nariz hacia adentro... Le pareció absurdo, desconsiderado e imperdonable que su padre pensara en

un amigo que nunca había estado. Además, ¿por qué le encomendaba algo así, en un momento como ese? ¿Acaso no debió besarla, bendecirla, platicar con ella de ambos? ¿Por qué le pedía perdón? ¿Por qué la dejaba si él había prometido no abandonarla? ¡No él! ¡Su padre no podía morir, no todavía! Su madre lo había hecho años atrás, pero él no. No debía. ¡Maldición!... ¡Dios hubiera debido saber que todavía no era el momento!

—¡Andrés Mash! —vociferó al regresar de nuevo a la camilla de hospital. Ignoró a las enfermeras. No se dio cuenta de que al acercarse había lanzado a una de ellas junto a la mesa lateral. Ni escuchó caer la bandeja de aluminio con jeringas que estaba en el borde de la misma. Se aferró al pecho sin pulsación de su padre, estrujó la almohada bajo su cabeza y chasqueó los dientes al palpar el sobre oculto en la funda. «¡Maldito sobre que nunca sacó de la funda de su almohada!».

«La muerte es extraña», pensó. Miraba el cuerpo inerte de su padre. Una enfermera pasó. Transitó algún galeno. Su mano pesada colgaba fuera de la sábana blanca con la que lo habían cubierto. De nada servía suplicarle otra vez que no se muriera. Ya lo había hecho. De nada servía reprocharle las razones de su muerte. De nada servía gritarle frente al montón de uniformes blancos que iban y venían. Steffi Mash prefirió gritar en su mente. En su interior, una batalla campal, una hecatombe por una contienda sin tregua. Estaba sentada todavía, contemplando todo, pero ausente. Los ojos, desorbitados, teñidos de sangre, irritados por los anteriores trasnochos. La esclerótica amarillenta avisaba en silencio su deficiente estado vitamínico. No eran los mejores tiempos. Nunca los fueron. De niña, los escuchaba rememorar lo felices que habían sido en Sicilia, en donde todo prosperaba: el cultivo de naranjas, los viñedos, las frutas dulces, los negocios; jamás los había visto tan exitosos como aseguraban haber sido en sus tierras sicilianas. Aún añoraba la forma en que su padre le enseñaba la geografía de Italia. «Es una bota que patea una pelota», decía y se reían. Disfrutaba las anécdotas de sus padres. Solían prometerse regresar a degustar un buen vino de la región, visitar viejos amigos y recorrer los campos. Nunca lo hicieron. Jamás lo

harán... El día del entierro de su padre lo declaró como el suyo. Fue como si el cielo se convirtiera en un espejo y de repente se despedazara sobre sus hombros... El campo santo lucía desolado. El acto fúnebre fue privado: no asistieron parientes ni amigos; solo el sacerdote que daría el sermón, sus tres monaguillos y los encargados de cavar la fosa.

Su estadía en Nueva York resultó ser tan breve que no les permitió ampliar sus vínculos sociales; así que el día del funeral de Andrés Mash no contó con un abrazo consolador ante la estrepitosa tormenta que sí se habría autoinvitado. En cuestión de minutos, el petricor invadió sus fosas nasales y lo que en otras ocasiones debió causarle placer, brindándole serenidad e instándola a hundirse en la lectura de un buen libro o en la profundidad y el misterio de una hoja en blanco; en ese momento, la envenenaba. La lluvia destruyó los delicados pétalos de rosas que había traído consigo para el sepulcro e, implacable, abrió delgados surcos en la antes reseca tierra. El viento también conspiró en su contra y arremetió de igual forma contra las rosas que ya no resistían asirse a su propio tallo repleto de espinos. Steffi Mash permaneció allí, bajo la lluvia. Resignada y de pie ante un montón de tierra que recubría el cuerpo de su único apoyo en Nueva York. No, en ese miserable mundo... Lloró en silencio. Se mordió los labios como si autoflagelarse le permitiera aliviar su dolor y diezmar su tristeza. Su cabello se chorreó sobre sus hombros y el castaño cobrizo de su cabellera lució opaco ante el cielo plomizo. «¿Por qué la muerte dolía tanto? ¿Por qué Dios era tan injusto? ¿No bastaba haberte llevado a mi madre? ¿Por qué te ensañas conmigo?... Los amaba. ¡Los amaba con todas las fuerzas de mi corazón!... Mi padre era mi protector, mi guía». A prisa, volvió en sí, recordó su realidad, se pasó el dorso de la mano por su nariz para retirar la humedad de ella; aunque admitió que era un acto innecesario porque toda ella moqueaba. Toda ella estaba mojada por las lágrimas del propio cielo, pero debía reaccionar. Su padre estaba muerto y ella aún con vida y debía permanecer mucho más tiempo respirando el aire terrenal. ¿Cuánto? No lo sabía. Nadie podía saberlo, pero por lo menos debía luchar porque así fuera; debía vivir el

tiempo necesario para cumplir el último deseo de su padre: Andrés Mash. Suspiró mientras se alejaba del sepulcro. Debía regresar pronto al departamento en donde había vivido los últimos días con su padre: la pocilga de cuatro paredes en el peligroso suburbio del condado de Nueva York. No era lo que hubieran deseado, pero fue lo que se pudo tener y lo apreciaba. La ínfima cuota por arriendo los sedujo a tal punto que despreciaron los riesgos de atravesar la ciudad y su inframundo. La banda de los Splash solía mantenerse al margen. No supo nunca por qué. Lo que sí sabía era que era afortunada. No todos podían contar con el privilegio de ser un intocable de tales maleantes. Lo que nunca supo Steffi Mash era que esa especie de «aura protectora» había sido obra de su padre... Andrés Mash era temido, más que respetado, desde la noche en que había sometido a la banda completa con solo una barra de hierro y sus puños de acero. Alegaban jamás haberse topado con alguien que pelease de esa forma tan brutal. Estuvo a punto de asesinar a uno de los líderes; desde entonces, perdonada su vida, ambos habrían establecido de forma casi virtual un pacto de distancia y respeto. Llegaron a comentar que «el extraño tipo del piso de arriba» no era más que un agente encubierto o un retirado de la FBI o hasta de la DEA, así que se iban con cuidado con él. Unos días después de su llegada, encontraron un cadáver en las adyacencias al río Hudson y, aunque nunca se comprobó su culpabilidad, los pandilleros le atribuían el homicidio a Andrés Mash. La víctima no pudo hallar peor manera de morir. Con el miembro viril cercenado hundido en su boca y excoriaciones por todo el cuerpo, hematomas y politraumatismo craneal con desprendimiento de la masa encefálica, nadie deseaba caer en manos de su homicida. Suponían su culpabilidad al haber escuchado sus amenazas tras la apoteósica paliza. Les había prometido ser un muerto más del río Hudson si se atrevían a tocar a su hija Steffi Mash, quien tampoco resultaba ser una doncella en apuro. Y ya existía prueba de ello. Su padre se dedicó a formarla en las autodefensas e, incluso, en el dominio de las armas. No era algo de lo cual pudiera enaltecerse una joven quien, en el fondo, deseaba actuar más como una princesa que como un asesino a sueldo, pero no podía negar que agradecía tales enseñanzas: la habían librado de

diversas situaciones bastante embarazosas. Quizás su padre sabía que vivir en suburbios tan violentos merecía cierta habilidad y destreza. Él siempre alegaba que era necesario aprender de todo un poco: desde cambiar el neumático a una de las camionetas hasta cocinar deliciosos manjares. A veces, se sentía confundida porque no sabía si debía comportarse como una dama o como una pandillera.

La secundaria la obtuvo a distancia porque se mudaron de sitios tantas veces como cambiaban de abrigos. Nunca pudo comprender las razones que ambos aducían, hasta que alguien arremetió contra sus tierras en Texas e incendió el rancho con las caballerizas y los almacenes de maíz y trigo... Era un sábado cualquiera del mes de noviembre de 1991 la noche en que debía morir su madre. El destino así lo había predicho. Mudarse de un condado a otro representaba una forma de sobrevivencia; era huir sin saber de qué o de quién. Así que, tras suponer que sí su educación secundaria había transcurrido entre oficinas postales y llamadas telefónicas, ¿por qué no continuar con ese apremiante ritmo la educación universitaria? No pretendía obstaculizarse el futuro por la inestabilidad de su familia. Ella deseaba recibirse de Literatura y no desistiría de ello. Logró recibirse en el 2000. Al graduarse con honores, ni siquiera lo celebró; tuvo que velar por el pequeño negocio de autos usados que en esa época había adquirido y regido su padre. Sin comprender cómo ni por qué, al año siguiente estaban fuera de Nueva Jersey. Sin negocio de autos usados y sin dinero. El lunes 16 de abril del 2001 se mudaron a Nueva York, donde trabajarían en un taller de piezas mecánicas. Al mes siguiente, su padre había enfermado y su salud desmejorado. Continuó empeorando hasta ese fatídico viernes 2 de noviembre del 2001...

En un parpadeo se encontró atravesando el subterráneo y se disponía a cruzar el territorio de la banda de los Splash. Sintió miedo. Era una sensación gélida el verse expuesta de forma tan frágil a quienes de seguro aguardaban el momento preciso para acechar su integridad. No era imbécil; a su edad sabía distinguir las intenciones de un hombre con una mujer y, según su criterio, las

de esos maleantes no era nada halagador. El deseo sexual les brotaba por los poros; siempre lo percibió y también siempre lo evitó. Solía maldecirse en ocasiones, creyéndose culpable de captar el interés de individuos de bajo raciocinio, pero jamás consideró necesario conversar su creencia con su padre. ¡Ella era un maldito imán sexual! Eso formaba parte de su castigo. Y lo asumía como algo vergonzoso. Una vecina que pudo llegar a ser su amiga, si no hubiese sido tan boquifloja, le comentó en una ocasión que las mujeres que habían sido violadas cargaban con una especie de cruz maldita y que, con frecuencia, revivirían ciertos episodios de su experiencia no deseada, en diversas épocas de su vida y con diversos hombres. Lo sopesaba como un karma. ¡Válgame, Dios, que así lo creyó! No recuerda las razones por las que llegaron a tocar el tema, pero desde entonces su memoria lo repetía a diario, como un desgraciado disco rayado. Por ese motivo, se mantuvo distante de cualquier persona que tuviera testosterona y exhibiera indicio alguno de bigote, «en el sentido literal». Se declaraba alérgica a los chicos y en cierta forma sentía repugnancia por su presencia. Se caracterizaba por sus respuestas ácidas y, en ocasiones, se mostraba a la defensiva. Mantenía distancia y hablaba lo necesario. Estaba convencida de que esa era la mejor forma de protegerse mientras no estuviera bajo la guía de su padre. Guardaba muchos secretos consigo que no permitiría jamás compartir con nadie, mucho menos con su progenitor. Callaba la soledad vivida en cada una de las casas que habitaba; callaba los comentarios burdos e hirientes de las jóvenes de su edad y, sobre todo, callaba lo ocurrido con el miserable de Antoni Messi... Era una niña. ¿Qué pudiese saber de la vida y la malicia humana una infante? Una niña sonriente y dispuesta a colaborar con sus padres en los deberes del hogar; una niña de encantadores ojos negros que resplandecían como un par de luceros en un rostro angelical; un cuerpo que no pensó en ser ultrajado de la forma en que lo había hecho. A la luz del día, las manos de Antoni Messi hurtaron la inocencia de su cuerpo. ¿Quién lo creería? Un supuesto amigo de su padre. Alguien quien solo pasaría un par de días con ellos y que gozaba de su entera confianza. «Te presento a tu tío», recordó que le dijo su padre tras buscarle el mejor acomodo en su casa. Su madre, siempre cordial y servicial,

buscó para él las mejores sábanas y almohadas dispuestas en su habitación. Durante su estancia, Steffi Mash dormiría con sus padres, pero bastó un descuido, un único y miserable descuido... Solo fue suficiente una tarde al regreso de su colegio, a solas con ese individuo, para que su vida cambiara por completo. Bajo amenaza de muerte contra ellos, calló. Calló durante el resto de su vida. Creció odiando a ese individuo y jamás sintió tanto placer como el día que vio las noticias de que había sido hallado muerto en las orillas del río Hudson. Llevaban tres días de haber llegado al suburbio de los Splash y habían pasado quince años después de que hubiera desgraciado su vida para siempre; y caviló sobre lo perfecta que era la justicia divina y, por primera vez, pudo cerrar los ojos sin remordimientos ni culpas; era como si el asesinato de Antoni Messi hubiese absuelto a su alma de culpas. Lo curioso fue que al identificar el cadáver en la página de sucesos, a su padre no le causó sensación de pesar alguna —por lo menos no lo percibió—; podría asegurar que desconoció a quien habría sido su amigo. Se preguntó las razones de su indiferencia, luego de haberlo reconocido como un compañero especial, pero su satisfacción fría y casi inhumana por lo ocurrido le hizo ignorar aquel detalle. Fue como sentirse libre. Tuvo la certeza de que jamás correría el riesgo de toparse con él. Durante años lo estuvo evadiendo, inventando clases que nunca tomaba, visitas a la biblioteca que no correspondían y encierros inhabituales en su habitación. No comprendía por qué ese individuo insistía en visitar y visitar a su padre cada vez que se mudaban de sitio. Lo creyó un ave de mala suerte, pero jamás permitió que sus asquerosas manos la tocasen de nuevo. Se lo había prometido a sí misma. Nunca, pero nunca jamás, permitiría que hombre alguno le hiciese daño. Era una promesa que se hacía a diario. En cierta forma, al culminar la escuela, la educación secundaria a distancia fue perfecta para su desenvolvimiento; de esa forma evitaría el contacto con chicos del medio. En ocasiones reaccionaba despectiva y arrogante al ser rozada por cualquier joven en una unidad de transporte público; al girar la vista y reconocer que todo estaba bien, se retractaba con una sonrisa nerviosa. Debía admitir que después de todo, ellos no deberían intuir sus razones. No sabían de su pasado. Steffi

Mash se reconstruía a diario; por lo menos lo intentaba. De niña, los fantasmas la atemorizaban de noche y de día. El silencio pesaba y también lastimaba. Se preguntaba, con mucha frecuencia, cómo hubiesen reaccionado sus padres si ella hubiera confesado lo ocurrido. En esa época no sabría definir con precisión qué le había hecho ese hombre, pero su vocecita interna le gritaba que debió ser algo muy grave y, además, que solo ella era la culpable. Durante días durmió adolorida. Su cuerpecito sensible había sido lastimado y no podía, ni siquiera, usar venditas adhesivas para las heridas. Creyó que la había cortado, y se calló todo el tiempo esa impresión. Una violación no es un hecho pasajero, algo que sucede y se olvida o se encierra en el pasado. No. Una violación representa una cadena opresiva que lacera el alma en cada momento. Es una cadena perpetua; es un hecho que te persigue a diario, que perturba tu sueño y destruye tus esperanzas. Carcome el espíritu y la autoestima hasta minimizarte y convertirte en un espectro. Steffi Mash sabía que el recuerdo de Antoni Messi sería para toda la vida.

Capítulo 2

LA DECISIÓN

No supo cómo pudo recordar las docenas de oraciones católicas que su madre Marquina, en vida, le había enseñado; las repetía en su mente una y mil veces mientras se acercaba al edificio de su departamento. Alguien supremo debió escucharla porque fue escoltada hasta el inmueble, atravesó una de las calles apestadas de pandilleros y nadie volteó a verla; era como si fuera imperceptible. Victoriosa llegó y atravesó el marco de la entrada principal. No se detuvo al llegar allí, sino que sumergió aún más sus manos en la gabardina gris que llevaba puesta y que pesaba un mundo a razón de la humedad. Mordió otra vez su labio inferior, suspiró y trató de no mirar el gran basurero que se escapaba debajo de las escaleras ni a la rata de cañería que huía al ser pillada por una señora decrepita que salía en calcetines y con el cabello revuelto; al caerle a escobazo limpio, se sorprendió y —más que eso— se ruborizó al topar su mirada al final del pasillo, en una de esas esquinas oscuras —por los actos vandálicos—, pero ante la claridad vespertina aún sus ojos podían reconocer a los vecinos inescrupulosos que, con calzón abajo y falda arriba, jadeaban y daban alaridos ante una entrega desesperante y lujuriosa. Maldijo y se retractó al recordar sus oraciones católicas. Presurosa, con mirada gacha, sin poner las manos en las sucias barandas de la escalera y conservándolas aún en los bolsillos de la gabardina, ascendió hasta el quinto piso. Giró aprisa en los recodos de su ascenso, buscó las llaves en los mismos bolsillos y miró a su entorno: percibió con desagrado un charco de orina al pie del marco de la puerta, un montón de excrementos en el rincón de la pared que daba acceso a la escalera del piso superior, colillas aplastadas y cenizas impregnadas de orina en el mismo piso. Al

levantar su mirada, en el madero de la puerta se encontró con un aviso mal adherido de desalojo. Suspiró cubriéndose su chata nariz por tanta hediondez. No gruñó ni maldijo otra vez; solo pensó dándole la razón al dueño del edificio. Lo justificó porque el contrato de arriendo lo había hecho su padre y los compromisos adquiridos eran de él; así que, sin fuerza alguna, levantó los hombros condescendiente con la decisión del arrendatario de sacarla de la pocilga en que vivía.

Luego de forcejear un poco con la cerradura en mal estado, se abrió paso en el reducido apartamento de apenas una habitación, baño, sala y cocina. No tenía bienes materiales, así que mudarse era lo que menos le preocupaba; bastaba con unas tres o cuatro maletas, de las cuales dos serían de objetos de su fallecido padre, una de objetos comunes a los dos y solo una para sus propias pertenencias. Sobre la cama reposaba el sobre de color amarillo que en el lecho de muerte le habría entregado su padre. Resignada, se despojó de la pesada gabardina arrojándola al piso, luego se lanzó con los brazos extendidos sobre la cama, miró el techo teñido por un grave problema de filtración que carcomía la pintura y, esbozando una sonrisa fría detrás de un suspiro, se dijo a sí misma: «Bueno, Steffi Mash, llegó el momento de viajar a Italia y de comprender muchas cosas. Y conocer de una vez por todas a ese tal Marcos Pantani. De seguro es un viejo desconsiderado, egocéntrico y egoísta. ¿Cómo pudo olvidarse de mi padre?... ¿Han de ser contemporáneos?». Hizo un chasquido de indiferencia y meditó unos segundos girándose sobre la cama. Se apoyó en su codo derecho para darle alcance al sobre, luego retomó su antigua postura mientras evaluaba los bordes bien cerrados del mismo. Consideró la posibilidad de abrirlo con un poco de buen tacto —una delgada laminilla metálica podría ayudarla—, o romperlo, cerciorarse de su contenido, cambiarlo y volverlo a sellar. Resultaría fácil si su padre no le hubiese hecho jurar que no lo abriría antes de entregarlo personalmente a su destinatario y si, además, no hubiese estampado sus rúbricas entre las uniones. No le restaba otra opción que esperar. Esperar a que su destinatario lo abriese y le diera una explicación.

Esa tarde se dedicó a empacar y al día siguiente le pediría el favor a una «vecina» de su padre, quien vivía cerca del edificio, para que viniera a buscar parte de sus pertenencias y las conservara, mientras Steffi se ubicaba en otro departamento. ¡Claro!, luego de que a su regreso lograra conseguir un empleo que la ayudara a subsistir honrada y dignamente. Para suerte suya, la señora aceptó con gran gusto y manifestó, «con suma exageración», la tristeza por el fallecimiento de su padre. Steffi suponía que así sería; después de todo, era ella quien resguardaba a su padre en los días de desgano emocional. Ella lo agradeció con sinceridad.

El 5 de noviembre, debería pernoctar en una habitación de hotel cerca del Aeropuerto Internacional John F. Kennedy de Nueva York. Había trascurrido tres días desde el sepelio y aún no lo asimilaba. No cesaba de llorar su ausencia. No le resultaba fácil mirar a los lados y no hallarlo... Antes de dejar el departamento en el suburbio de Nueva York, Steffi tomó una taza de café con algunas rosquillas envueltas en Envoplast que sobraban del día anterior. «Al menos lucen bien» pensó, y de mala gana le dio un mordisco para disponerse a abandonar aquella pocilga. Evadió los callejones solitarios y a los pandilleros del barrio hasta que por fin llegó al subterráneo. Tras recorrer algunas estaciones, se embarcó en un taxi que la condujese hasta uno de los hoteles económicos más cercanos al Aeropuerto Internacional John F. Kennedy.

Steffi no hizo otra cosa que pensar y pensar en la gran cantidad de dinero que su padre había guardado para ese viaje; le pareció tanto que apenas pudo guardarlo entre su bolso de mano, sus bolsillos, las braguetas y su calzado, en donde descartó guardar uno que otro billete verde porque era de tacón alto y le resultaba incómodo caminar con ellos dentro de sus zapatos. No entendió por qué si en años anteriores necesitaron tanto dinero, lo guardaba y más aún, cómo supo que moriría tan pronto como para darle tiempo de separar boletos aéreos y finiquitar detalles de un viaje... Muchas cosas de las vividas no las terminaba de entender: la prisa por hacerla viajar, ese sobre para un supuesto amigo, el misterio de su contenido... Eran tantos interrogantes que esperaba

poder aclarar todas sus dudas al llegar a Italia, pero... ¿podría hacerlo?

Toda esa idea y plan de viaje le pareció absurdo; acababa de sepultar a su último ser más querido y de repente se encontraba reposando de lo más cómoda en la butaca de un avión Airbus A330, clase económica de AliItalia, rumbo a Roma, solo para buscar a un tal Marcos Pantani: el hombre quien se quedaría con el último deseo de Mash... Al abordar se reclinó entre las almohadas del espaldar del asiento, chasqueó nostálgica su dentadura y pidió una vez más ayuda divina para cada uno de los segundos de su porvenir incierto... Al fondo se escuchaban las indicaciones de despegue y en la pantalla central, la visualización de lo expuesto a veces se alternaba con un croquis de la ruta de vuelo. «¡Por Dios, tanta altura!». Sofocada intentó relajarse. Abrochó el cinturón de su asiento y cerró los ojos mientras se apoyaba de nuevo entre la cómoda almohada de plumas inserta en una representativa funda de AliItalia. Sintió miedo ante lo desconocido, pero la decisión de viajar era un hecho.

Capítulo 3

LA TIERRA NATAL

Steffi estuvo tan exhausta que se mantuvo durante todo el viaje en un profundo estupor. Perdió la noción del tiempo y del espacio, así que no recordaba detalles de su vuelo ni el contraste de las nubes ni el brillo acerado del fuselaje al ser acariciado por un haz de luz al atardecer ni la presión en la cabeza por los ascensos y descensos ni mucho menos si hubo o no perturbaciones eólicas. Apenas reconoció haber rechazado lo ofrecido por la sobrecarga. Fue como si la noche que había pasado en el hotel, cerca del aeropuerto internacional de Nueva York, no hubiese servido de nada y el cansancio nunca hubiese diezmado.

«¡Llegué a Italia!», pensó ella aquel martes 6 de noviembre del 2001. «¡Llegué a mi tierra natal!», murmuró con un nudo en la garganta al admitir que, aunque su estatus migratorio la habría adoptado como americana, su realidad era ser italiana y en ese momento se enorgulleció de serlo. Tenía un año cuando su madre Marquina emprendió viaje a Norteamérica, por lo que no albergaba imagen alguna de su tierra. Su rostro alegre en medio de las añoranzas se mezcló con el sabor amargo de la nostalgia y la soledad, pero aprisa reaccionó rechazándolos, obligándose a dejar el sentimentalismo grotesco que, según ella, era propio de personas débiles y maleables. Trataba de convencerse de su fortaleza para enfrentar situaciones difíciles. Era el momento de hacer lo deseado por su padre: buscar a ese tal Marcos Pantani, el hombre que se llevó el último deseo de Andrés Mash, escuchar las razones de su ausencia, conocer el significado de ese sobre y luego dedicarse a rediseñar su vida. A lo mejor decidía quedarse en Roma; después de todo, ¿quién la esperaba en América?

En la tarde —casi noche— de su llegada, la ciudad exhibía una espesa manta de niebla que apenas permitía vislumbrar los faroles de los otros automóviles y las luces tenues de las fotoceldas en las avenidas. Si no se había equivocado, debería ser otoño y buscaba justificar el frío con ello. Pronto entraría el invierno y esperaba tener una visión clara de lo que haría con su vida antes de entrar en dicha estación. No guardaba buenos recuerdos de las épocas invernales... No habría transcurrido mucho tiempo desde que el taxista partió del aeropuerto hasta que se detuvo en la dirección indicada por su fallecido padre. Su rúbrica y letra de hermosa caligrafía plasmada en una de las esquinas del sobre precisaba una ubicación. Insegura, se despidió del taxista con una sonrisa que fue correspondida, mientras en un perfecto italiano le deseaba suerte y le expresaba una cordial bienvenida a su país. Tras cancelar la tarifa, descendió del taxi. De pie, parpadeó al sujetar el equipaje de mano y se ajustó un poco más la gabardina en señal de un nerviosismo evidente. Dio un paso hacia los rígidos barrotes que conformaban un portón de enormes dimensiones que resguardaban una propiedad vasta y suntuosa. La noche cayó aprisa y la niebla comenzó a hacerse más espesa; eso le impedía observar los detalles artísticos en la propiedad, pero aún así le era fácil deducir la amplitud del jardín y las formas inmensurables de las piezas internas del inmueble cuyos ventanales parecían vigilar cada recodo de la misma. Absorta clavó la mirada en una sombra que se deslizaba lerda a través de los cristales en el tercer piso: era alta, bien formada y robusta. Lo ignoró. Luego de algunos segundos pudo despertar de su corto letargo mental; frente al enrejado extendió la mano y tocó el timbre, que reposaba en una cajetilla metálica. Insistió en más de seis ocasiones y, al no obtener respuesta, se desesperó más y más. Steffi comenzó a inquietarse, el frío carcomía sus huesos y sus pies estaban adoloridos por el uso exagerado de un calzado nada ergonómico que no solía usar; la verdad prefería sus zapatos deportivos o casuales, pero esa tarde, a pesar de querer reprocharle el abandono a su padre, quería dar una buena impresión al caballero que se quedaría con el último deseo de Andrés Mash. Resignada a no cumplir su cometido, se dejó caer de espaldas sobre los sólidos barrotes

que, a pesar de su rigidez, al ser presionados por el peso de su cuerpo, de seguro habrían accionado alguno de los múltiples sensores de seguridad de la propiedad que en el interior de la misma se disparaban, dando voz de alerta al personal de vigilancia externa.

Steffi sumergió sus manos en los bolsillos de la gabardina que acertó ponerse al abandonar el aeropuerto. Suspiró y, al hacerlo, un hálito de neblina se dispersó frente a sus ojos: la luz vespertina ya se había disipado. Su equipaje resbaló sobre sus pies obligándola a reponerse y dar algunos pasos sin sentido, mientras pensaba en dónde podría hospedarse, reprochándose a sí misma el haber rechazado la lista de hoteles que le habían ofrecido al llegar al aeropuerto porque confiaba en el criterio de su padre, quien había asegurado que al llegar a Roma no necesitaría absolutamente nada por sí misma. ¡Qué equivocado estuvo!

Suspiró, levantó el equipaje y se dispuso a caminar hasta una avenida más transitada, en donde pudiera tomar un taxi rumbo a un cómodo hotel; después de todo, había tenido un día bastante agotador y todas sus energías reposaban en la suela de su calzado. Desanimada emprendió camino, pero de repente una mano pesada, recubierta por un guante negro de cuero, la sujetó del hombro derecho y la hizo girar sobre sí misma.

Un hombre que la excedía en estatura llevaba puesto un pasamontañas negro con una gabardina del mismo color y se apostó con arrogancia a sus pies; apenas se vislumbraba el brillo de sus ojos a través de aquella indumentaria. Llevaba una pistola en el cinto y, mientras examinaba con la mirada a Steffi, no dejaba de palpar aquella arma con cierto acecho en el tacto.

—Buenas noches, señorita —expresó.

Steffi bajó la mirada, como si estuviera perpleja ante aquel gigante, hasta que reaccionó y por fin algunas sílabas bien aprendidas en italiano salieron de sus labios.

—Buenas noches —contestó—, busco al señor Marcos Pantani. ¿Está él

en casa?

El hombre miró el reloj de su muñeca derecha. Acababa de anochecer. Chasqueó su dentadura y de mala gana contestó que era muy tarde, que no era hora adecuada para recibir visita —y mucho menos, sin previo aviso—, que el señor Pantani no podía atenderla, que debía regresar a la luz del día. La ignoró al darse vuelta y la hizo encolerizar tanto que levantó la voz.

—¡Aguarde un momento! ¡Soy americana y, como podrá darse cuenta, vengo de muy lejos! ¡He viajado por más de doce horas y bajo circunstancias que ni yo misma puedo entender, solo para entregarle una encomienda a ese señor! ¡Así que, en pro de las buenas relaciones, le pido me anuncie!

Steffi Mash no entendió por qué se había presentado como americana; quizá creyó que mencionar su procedencia de un país tan geográficamente distante podría servirle de algo para ser atendida, pero por el contrario, fue víctima de sarcasmo xenofóbico, osando incluso a mofarse de ella, haciéndola enardecer. No contento, aún con su ironía, se acercó y, señalándola con el dedo índice, le cuestionó:

—¿Así qué americana? Lamentablemente esa no es ninguna carta de presentación en Italia; quizá mañana pueda ver muy bien —enfaticó al señalar lo que debería ser el asta con una bandera— nuestra bandera italiana. ¡Buenas noches!

En segundos, Steffi sintió cómo se acaloraron sus mejillas; el ritmo cardíaco acelerado daba indicio de su estado. El brillo profundo de sus pupilas negras hablaba de sus instintos perversos, que apenas disimulaba ante la sensualidad casi clandestina del contorno de unos labios carnosos en una boca pequeña. Los almendrados ojos se achinaron tras compactar sus mejillas que, a pesar del ligero bronceado, lucían lozanas. Su figura no representaba a las *top models* a las que estaría acostumbrado, pero debió reconocer que la silueta grácil, casi infantil, ahogada en esa falda, emanaba cierta lujuria. Posiblemente se trataba de una oportunista de las de siempre que buscaba la manera de fraternizar con su protegido. Estaba acostumbrado a situaciones de acoso para con el reconocido productor cinematográfico, Marcos Pantani.

«Desventajas de la fama». En ese instante rememoró un incidente con un par de jovencitas que intentaban entrar a la propiedad saltando una de las paredes traseras. Sabía de muchas jóvenes capaces de cualquier cosa, solo para lanzarse en los brazos de hombres como él. Con un enojo evidente, arrojó el equipaje al suelo y, con una tenacidad única, lo sujetó del brazo.

—Escúcheme, usted, distinguido mayordomo, guardaespaldas, siervo o lo que usted sea del señor Pantani; he tenido un par de días bastante complicados como para que usted me lo aderece con esta pimienta negra, así que sea quien sea ese tal «Marcos Pantani», usted va a ir y le va a decir que acá afuera hay alguien quien necesita hablarle, que es de parte de Andrés Mash, porque si no, ¡usted y yo tendremos serios problemas!

Él se sacudió con arrojo su mano, mientras que sacaba, intimidante, la pistola automática de su cinto con la otra. Simultáneo a esto sonó su celular; esteguardó de nuevo el arma y contestó pronto, poniendo al tanto de la situación a su interlocutor, la actitud arrogante y déspota cambió. De seguro, quien estaba del otro lado de la línea habría dado una orden y este la debía cumplir, así que en menos de cinco minutos, se encontraba atravesando el rígido portón, mientras una tercera persona recibía el equipaje y lo revisaba con el detector de metales portátil. Tras superar la revisión, lo llevó rodando. Recorrió a tientas, en medio de una penumbra, un serpenteado camino de piedras pulidas que a la luz del día se podrían ver talladas a la perfección. Atravesó un vasto jardín —eso sí era evidente—, aunque la escasa luminosidad de los faroles estilo antaño no le permitió ver mayores detalles. Finalmente, le indicó el camino hacia una puerta maciza, resguardada por dos estatuas de leones africanos que se apostaban cada una al costado de las entradas. Sorprendida por lo que consideró un gusto extravagante, le hizo considerar ser más precavida. «Ese tal Marcos Pantani puede ser un descabellado amante de los safari; que no vaya a querer cazarme. Lo mejor es andar con cuidado... ¿a quién se le ocurre adornar su entrada con esculturas de leones en Roma?». Se sacudió la cabeza como si con ello pudiese asimilar lo que la tenue penumbra le permitía ver. Recordó a su anfitrión, así que se

volvió hacia él con una mirada hostil y predispuesta a sus respuestas ácidas.

—¡Gracias, es usted muy amable, caballero! —exclamó con ironía al llevar una de las manos a su frente, emulando un gesto militar. Sus ojos negros brillaban victoriosos. Desde que Steffi había cruzado el umbral principal, prevalecieron a sus pies suntuosas alfombras, esculturas, según recordaba, de la literatura de educación artística, muy costosas, y múltiples reliquias del siglo xv y xvi. «¡Ese hombre debe ser un vejestorio!», se dijo a sí misma.

—Acompáñeme, por favor —pidió otro caballero, de contextura obesa, que descompaginaba con un rostro alargado y con su limitada estatura. Frunció el ceño para obligarse a no reír al detallar el pintoresco bigote negro, que asomaba algunas canas en sus curvaturas. Steffi lo seguía, pero aún no entendía de quién se trataba; supuso que con tanto protocolo, su personaje sería alguien muy importante. Quizá se trataba de un magistrado o de algún alto ejecutivo encorvado y carcomido por los años. O peor aún, un político.

Subieron hasta el tercer piso a través de las escaleras, que no escapaban al mismo estilo arquitectónico de la entrada principal. El caballero le indicó el camino a un despacho cuya puerta, también imponente, estaba abierta, aguardando por ella. Era su despacho, porque lo había oído de su anfitrión principal al indicárselo al mayordomo. La luminosidad era escasa. La ausencia de luz era más intensa allí adentro que afuera.

Dio algunos pasos y entró; la luz de los candelabros colocados en una esquina y la luminiscencia de una lámpara era lo único que hacía visible el escritorio de alguien. Un hombre de espaldas anchas estaba tras de él mirando hacia fuera a través de los ventanales, que duplicaban su estatura; usaba también gabardina y entre la oscuridad no sabía distinguir si era gris o era negro; lo que sí pudo percibir fue su hábito de fumar, porque el olor a cigarrillo se impregnó en el ambiente luego de que esa persona, sin inmutarse ante su presencia, lo expulsara de sus pulmones. Todavía no podía asegurar si el tal «Marcos Pantani» era un vejestorio, pero de pie, frente al cristal, lucía joven y atlético.

—Así que traes algo de parte de Andrés Mash —expresó sin darse vuelta, mientras seguía contemplando las sombras nocturnas que, de seguro, nadie más observaba a través de los ventanales.

—Sí —murmuró nerviosa. Parpadeó retractando sus incongruentes temores—. ¿Es usted el señor Marcos Pantani?

Con lentitud se dio vuelta, bajó la mano que sostenía el cigarrillo, colocó a ese sobre un cenicero de cristal, estrujándolo sobre él, y se sentó frente a ella. Su rostro alargado era de piel clara, lo podría percibir hasta con poca luz; tenía unas pupilas de color gris hermosas: brillaban como estrellas. Su frente rectangular mostraba pronunciadas entradas en su cabellera; sus labios viriles emanaban seducción. ¡Era absurdo! ¿Cómo Steffi podía estar detallando esos rasgos en aquel desconocido si nunca los había percibido en hombre alguno? Le dio alivio al no creerlo un viejo amargado. Pero tal alivio fue momentáneo...

—En efecto, de no ser así, ¿quién crees que sea? ¡Anda, explícate pronto!, ¿o acaso crees que tengo tiempo para perderlo con trivialidades? —Steffi se impactó al escuchar aquel tono tan hostil. La imagen que se había hecho de ese hombre se derrumbó haciéndose trizas. Sus facciones se endurecieron a tal punto que aminoró en él la belleza viril.

—Lamento ocupar su tiempo, señor. Créame que para mí no es grato venir de tan lejos a verle la cara a un petulante italiano...

Él la interrumpió al ponerse de pie y dio la vuelta alrededor del escritorio, deslizando el dedo índice sobre la superficie lisa del madero. En aquel desplazamiento, la contempló desde el tacón de su calzado hasta la última hebra castaña cobriza de su cabellera. No sonreía, no decía nada. Sus ojos viriles hablaban por sí solos; por un instante se clavaron en los suyos haciéndola temer, dudar de sí misma: la intimidaba... Fijó su mirada en las colinas femeninas ataviadas con recato, en sus piernas perfectamente delineadas y recubiertas por las medias pantis, que se conjugaban con un traje de falda y bléiser de clase media. Ella se cubrió el pecho un poco más con su gabardina, levantó el rostro y continuó hablando; para esa entonces, su

interlocutor habría apoyado su cóccix en el dorso del escritorio, cruzado los brazos y la habría observado al hablar con facciones aún más compactas.

—Le decía —retomó Steffi la palabra— que no me es grato venir a verle la cara a un petulante italiano con ojos de lobo hambriento, pero no he tenido otra opción... Tuve que venir hasta acá «personalmente» —enfaticó— para hacerle entrega de este sobre... —Metió la mano en la gabardina, sacó un sobre enrollado en forma tubular y se lo entregó—. Enviado para usted por el señor Andrés Mash.

—¿Quién? —Sonrió extrañado al recibirlo y abrirlo con premura bajo la luminiscencia de la lámpara del escritorio—. ¿El viejo testarudo de Andrés Mash?

—No le permito comentarios despectivos de ninguna índole para con ese señor y créame que si lo hace de nuevo, no me importará quién diablos sea usted, «don importancia», para abofetearlo.

—Así que resultó mal educada la emisaria, ¿no es así? Dime qué eres de Andrés Mash ¿Acaso su mujercita? ¿Ese canalla es tu amante?

Ella se sintió impotente, el pabellón de sus orejas se acaloró y los ánimos la enardecían. «¿Qué se cree ese individuo para decir lo que está diciendo? ¿Qué grado de confianza le concede tal osadía?... Es un canalla». Impotente empuñó una de sus manos mientras con la otra sujetó el equipaje para abrirse paso por el mismo pasillo por donde había entrado. No iba a quedarse allí para que la ofendiese a ella y a la memoria de su padre. No lo iba a permitir. Cumplido su cometido, era momento de partir. En ese instante dejó de importarle las razones implicadas en ese sobre.

Aquel hombre se interpuso entonces en su camino; sus facciones ya no eran tensas y sus ojos, más que contemplarla, indagaban al instante en que emitían un fulgor que carcomía hasta sus huesos; pero Steffi, quien llevaba muchas cruces pesadas por dentro, no resistió, rechazó aquella mano y se dio vuelta fijando sus ojos en él, mientras señalaba al rostro con el dedo índice, tal como lo había hecho antes su guardaespaldas. Entonces, le dijo:

—¡No le acepto insultos ni a mi padre ni a mí!

Algo debió haber recordado aquel sujeto tras sus palabras, porque se pasó la mano derecha por la cabellera y con la otra sujetó el sobre enrollado.

—¡Espera! ¡Claro! ¡Tú eres Steffi Mash, su adorada y única hija! —
Atónito asentó su cabeza—. Pero, ¿dónde está Andrés?

—En un cementerio de Nueva York.

—¡Dios santo!... ¿y Marquina?

—¿Mi madre?... Mi madre está en otro cementerio.

Capítulo 4

LA REVELACIÓN

El rostro cargado de perplejidad de aquel hombre la confundió. La rigidez en sus pómulos enmarcaba sus facciones y un brillo húmedo en esas hermosas pupilas grises la contrariaba. Presuroso abrió el sobre rompiendo la pestaña del sello de seguridad. Extrajo la pieza de papel y clavó la mirada en aquellas líneas. Steffi Mash sentía curiosidad por revelar lo que pudiese haber escrito su padre para ese desconocido, pero reconoció que su misión había terminado. Ante semejante personaje déspota, descortés y desagradable no podía aspirar a relacionarse con él ni a corto ni a mediano plazo para poder conocer el contenido de esa carta; además, ella no era la persona idónea para forzar sociabilizaciones... Las relaciones públicas, definitivamente, no formaban parte de su fortaleza... Aunque se vio tentada a cuestionar lo escrito, decidió marcharse. Dio media vuelta mientras arrastraba la maleta. La rodó algunos centímetros venciendo la fricción entre la alfombra y las ruedas, pero se detuvo antes de llegar al umbral del despacho al escuchar un llamado de espera de aquel individuo, a quien supuso era todo un desperdicio para la humanidad. Con su atractivo podría convertirse en un modelo de Tommy Hilfiger, pero con su carácter podría encajar en el personaje de un miserable mafioso. Al detenerse y fijar la mirada en él, no pudo evitar un sobresalto en su pecho y un escalofrío extraño recorrer su cuerpo. Era la primera vez que se sentía de esa forma; casi siempre su primer contacto con alguien del sexo opuesto se basaba en el repudio total o parcial y solía salir adelante siendo arisca y cortante, pero con ese hombre se sentía... intimidada.

¿Por qué? ¿Qué guardaban esos ojos grises? ¿Encanto? Sí, admitía que ese color de pupilas le pareció encantador, pero nada más. Marcos Pantani era un

extraño en su vida. No recordaba haberlo conocido o mencionado antes. Debía reaccionar, protegerse, marcar distancia.

Su rostro se tensó tras un chasquido mientras colocaba el sobre con la pieza de papel sobre el escritorio.

—¿Cómo sé que no has leído el contenido de esta misiva?

—No le haría eso a mi padre. Si en vida siempre respeté su palabra, mucho más después de muerto... Aunque ahora que usted la ha recibido, creo que es justo que pueda saber de qué se trata. Soy su única hija y como tal considero que tengo ese derecho. —Su voz sonó firme, retadora.

—No lo creo así, señorita. No es algo que le pueda interesar a alguien como usted. —Él iba a decir algo más, pero la joven Steffi, bastante molesta, lo interpeló—. ¿Qué quiere decir con eso de alguien como yo? Suena despectivo. Si tiene algo en mi contra, le recomiendo lo diga al instante.

—¡No!, te aclaro que no es así. Por ahora te informo que pasarás la noche acá. Ordenaré que te preparen una alcoba y que te sea servido algo de comer. Es muy tarde para que salgas a la calle... Ahora, por favor, sal de mi despacho. —Él hubiera preferido ser más cortés, por lo menos decirle que su pecho se estaba destrozando con aquella noticia y que «por favor» lo dejara a solas para meditar y autoperdonarse en silencio por las veces en que debió buscarlo y no lo hizo, pero la coraza que se había creado a través de los años no aceptaba fisuras...

Boquiabierta ante la actitud de aquel hombre, abandonó el despacho casi llevada de la mano por el mismo señor que la había conducido antes, luego de que este regresara al ser llamado por su patrón, con un botón que oprimió bajo el escritorio. Consternada, sintió quebrantar su orgullo al quedarse, pero consideró que no era nada inteligente salir al inicio de la noche a la calle de un país, al cual acababa de conocer, en busca de un hotel, así que amordazó cualquier reclamo de la docena de los que quería expresar. Al descender las escaleras, una señora algo regordeta la recibió de brazos abiertos con una efusiva sonrisa. Al contoneo de sus anchas caderas, se unía el de su cabeza haciendo saltar la plateada cabellera.

Parecía sincera en su deseo por atenderla. Le sirvió una deliciosa cena de pavo relleno, arroz a la vinagreta, ensaladas de vegetales cocidos en deliciosas salsas blancas, croquetas de acelga y té de pulpa de duraznos al final de la cena. Nada parecido a lo que había sido su «último estilo *gourmet* de sobrevivencia gringa». Casi sin palabras terminó de comer el extravagante menú; luego fue conducida hasta una alcoba pulcra y demasiado suntuosa para sus gustos. En su andar lerdo hasta la habitación asignada, observaba en silencio el tallado de las escaleras, la decoración en las ventanas, los candelabros en las mesas y paredes, las lámparas de cristal, la pulcritud y el excesivo silencio. «¡Ese hombre tiene un problema con las épocas!».

Delante de ella iba la anciana. Tras lo que le pareció un extenso recorrido, se detuvieron frente a una puerta con dimensiones semejantes a la del despacho de su anfitrión. La doña abrió con cierta dificultad. Era como si pocas veces hubiesen dado vuelta al cerrojo de esa habitación.

—¿La *signorina* habla italiano?

—Sí, señora. Lo aprendí de mis padres: eran italianos.

—¿Eran? ¿Quiénes eran sus padres?

—Andrés Mash y Marquina Eloísa de Mash.

—¡Dios mío! ¡Bendito sea el Cristo! ¿Murieron? —La señora tuvo que sentarse en la cama por la impresión causada: el colchón se hundió. Cerró los ojos con gran tristeza y hasta se escaparon algunas lágrimas de sus párpados arrugados.

Steffi no terminaba de entender aquella escena. De nuevo estaba llorando mientras, con una voz apenas audible, explicaba cómo los había perdido, sus desgracias en las propiedades habitadas, la quema del rancho en Houston-Texas, la insistencia de su padre en los negocios, su enfermedad incurable y... su muerte inevitable en el hospital.

Comentó su descontento al llegar. Había pasado tanto tiempo desde su viaje a Norteamérica que se identificaba más como americana que italiana, pero reconoció que era absurdo; los rasgos, el color de su piel, su sangre: nada de ello se podía ocultar ni negar. Tarde o temprano debía regresar a su

país. Se concentró en las razones de su viaje para justificar su presencia a esas horas de la noche. Tras exponer sus motivos, decidió aprovechar la amable receptividad de la anciana para conocer alguna pista del vínculo entre el arrogante Marcos Pantani y su padre, Andrés Mash. Consideraba justo saber de qué se trataba todo eso: el motivo del último deseo de su padre a ese individuo. «¿Quién es Marcos Pantani? ¿Y qué papel juega en nuestra vida?» ¡era la pregunta de los diez mil dólares!

—¿En realidad, no leíste el contenido de esa carta?

—Jamás. Ni lo pensé, señora —mintió—. Sería deshonesto para con mi padre. Le prometí entregar ese sobre a Marcos Pantani tal y como él me lo pidió.

—Veo que hizo un gran trabajo contigo. Don Andrés Mash fue todo un caballero... ¡Que Dios lo tenga en su regazo y le dé la gloria ansiada y el perdón por sus pecados!... Pero por ahora basta de tanta charla. —Secó sus ojos repletos de carnosidad, luego alisó los pliegues de su falda y se puso de pie—. Descansa, lo necesitas y son tantas preguntas que no soy yo precisamente quien deba responderlas. Todo a su debido tiempo, mi niña.

La anciana la tomó de un brazo hasta llevarla a la cama; la ayudó a despojarse de la pesada gabardina, a descalzarse y a meterse bajo las sábanas. Dejó un sonoro beso en ambas mejillas. Acarició su maceta de cabellos castaños cobrizos como si la conociese de toda una vida. Bendijo sus sueños y, apagando la luz de la habitación, salió de allí.

Steffi se convirtió en una sombra más de aquella habitación mientras se hundía en los confortables almohadones. Cerró los ojos, exhausta de tanto llorar, y esperó ser presa del anhelado sueño.

Capítulo 5

MARCOS PANTANI Y EL SOBRE DE ANDRÉS MASH

Marcos se convirtió en un iceberg tras la muerte de sus padres. Su padrino, Andrés Mash, fue su única familia y desde que desistió de la academia militar americana para matricularse en la Scuola Nazionale di Cinema en su país, no supo nada de él. Su padrino cambiaba con frecuencia las direcciones de residencia hasta que llegó un momento en que no pudo ubicarlo de nuevo; desde entonces perdió su rastro. Se sintió ingrato y desgraciado al saber que había fallecido inmerso en la más mísera pobreza, luego de haber deambulado de pueblo en pueblo en busca de un porvenir mejor que, por desgracia para ellos, nunca llegó.

Sus remembranzas avivaron las enseñanzas de su padrino, su formación militar, sus entrenamientos, su entrega y valor para mantenerlo con vida. El rescate pudo haberle costado su propia existencia; aún así, fue él quien lo encabezó. Se sintió ingrato al añorarlo y una desdicha inmensa se apoderó de sí mismo. Por algunos minutos lloró sobre el escritorio. Se sintió pesado, triste, desolado. De repente parpadeó y se secó las lágrimas: ¡no debía llorar! Estrujó su dentadura al instante en que empuñaba sus manos. En un fulminante desequilibrio emocional, barrió la superficie del escritorio arrojando a la alfombra lo hallado sobre él. El espesor de la misma redujo los estragos causados e impidió la ruptura del cenicero de cristal, pero no se aminoró la suciedad al esparcir restos de cenizas y colillas alrededor. Minutos después de sentirse impotente, se puso de pie y caminó sin prisa hasta los majestuosos ventanales del despacho. Miró entre la penumbra, resignado, a

una ausencia de movimiento y de luz tras los cristales. Parpadeó y un nudo en la garganta parecía ahogarlo. Desconsolado apoyó su frente sobre el marco del ventanal y golpeó un trío de veces la pared que colindaba con él. Los recuerdos de la infancia lo estaban destruyendo. La realidad de haber perdido a su padrino lo hería aún más.

«¡Maldita sea mi desgracia! Toda una vida huyendo de mi pasado, reconstruyendo un mundo a mi manera, y nunca fui capaz de conversar con mi padrino acerca de la reconstrucción de mi vida, de mis planes, de mi cambio de rumbo. ¿Me habría encomendado tal favor si lo hubiera sabido? Mi padrino siempre creyó que sería un caballero digno de nuestro apellido. ¡Un verdadero y puro Pantani!... Ahora ¿qué debo hacer? ¡Maldición! Si no soy nada de lo que mi padrino creyó formar. Ni el caballero ni el valeroso heredero ni el justo ni el todopoderoso Marcos Pantani. ¡Por favor, padrino! ¿Qué puedo saber yo de mujeres, según tu definición? Solo sé de lujuria, pasión. Sexo. ¡Sexo del fuerte y más sexo! ¿Cómo puedo... amar a tu hija y enfrentar de nuevo a los Bersabet? ¿Amar, amar, amar? ¡Nunca he amado a mujer alguna! ¿Cómo puedes pedirme algo así, Andrés Mash?... El haberme salvado la vida resultó más costoso que nada en este mundo... Hubiese preferido haber muerto y no tener que cargar con tu último deseo».

Llegó el momento de evaluarse: lo supo al releer la carta de su padrino. Era su caligrafía, tal como la recordaba. Su propio yo lo definía y exponía sus rasgos con cierto cinismo. «Mis manos solo saben de lujuriosos encuentros y de caricias ficticias. ¡Esta es mi obra de teatro, mi película! ¡Este es mi propio cine y no hay cabida para más actores!... ¿Amarla? ¿Amar? ¿Amar? ¡Por Dios, si nunca he amado!... Esta vida maldita que me ha tocado vivir, callado y oculto entre las tinieblas, sin luz ni brisas de verano, sin mares ni montañas, con las llaves al mundo. ¿Y el mundo?... El mundo no está para mí. Yace distante... ¡Cómo quisiera haber muerto! ¡No quisiera deberte la vida ni el aire ni el calor de tu regazo! Padrino... los niños, al morir, no tienen más culpa que la de emitir llanto; de este modo, no hubiera entendido ni conocido el oscuro mundo de mis padres y no hubiera terminado cargando con sus

cruces... ¡Maldición, qué estúpido!», se reprendió con coraje. Una parte de sí mismo había meditado. Debía ser más racional y no permitir que la desdicha lo quebrante.

«Es muy probable que esa mujercita tenga otras intenciones... Ella pudo haber falsificado la letra de mi padrino o fingido todo su drama; después de todo, por una gran fortuna cualquier mujer haría lo que fuera... Me excuso, padrino, en tu memoria, si estoy calumniando a tu hija, pero si estuvieras vivo y en mi situación, no intentarías ser un noble altruista; de seguro abrirías una investigación contra esa mujer... No puedes culparme por no creer todo lo que se diga o haga en tu nombre».

Se limpió el rostro como pudo tras tomar asiento de nuevo frente al escritorio. Abrió un cajón y, tomando un control remoto, encendió las luces del despacho, iluminándolo por completo. Suspiró al intentar leer de nuevo la pieza de papel. Llevaba muchos años deseando encontrarse con su padrino y albergaba un profundo dolor al reconocer que no lo vería jamás, que solo restaba de él su hija: su único legado. Un legado demasiado exigente y tentador. ¿Cómo podría pedirle algo así su padrino?... Estaba claro que Steffi Mash no representaba sus preferencias como hombre, pero no podía negar que algo en ella emanaba ese *sex appeal* que despertaba su libido aún tras la sombra del duelo por su padrino. O quizás era su carácter altivo, su firmeza. «¡No puede ser!... Debe haber una trampa tras todo este montaje del viaje y la carta. Esa mujercita no me va a engañar. ¿Y sobre los Bersabeth?... No soy como mi padre».

Capítulo 6

LA BIENVENIDA

7 de noviembre del 2001

Amaneció. La luz de la mañana atravesó tímida los cristales de las habitaciones con excepción de la de Steffi Mash, que era resguardada por una elegante persiana negra. Marcos solía levantarse muy temprano para preparar el material cinematográfico; se prohibía a sí mismo, en contra de toda buena recomendación médica, el dormir más de tres o cuatro horas en las épocas en que alguna de sus musas creadoras lo poseía. Se convirtió en un excelente guionista de cine y de ciertas miniseries; no se limitaba en su arte, abarcaba la pantalla chica y la pantalla grande; no se lo impedía el dinero porque tenía su propia casa cinematográfica, con sus propias producciones. Sus historias, *Nacidos en Sicilia* y el *Opio maldito*, lo habían lanzado al estrellato; el haber vivido en un mundo tan conflictivo e inmerso en la guerra de poderes le habría ayudado a fomentar sus creaciones. Solía aislarse, a pesar de asistir a diez o quizás hasta quince eventos semanales. Su asistencia representaba simple protocolo social. Sus producciones no requerían apoyo de ningún tipo; Contaba con la libertad financiera adecuada para posicionarlas en el mercado indicado y estimado. Su núcleo familiar se limitaba a su personal de servicio.

Esa mañana no se levantó tan temprano como de costumbre ni bajó a la cocina a servir su usual taza de capuchino; tampoco recogió ni ordenó su material de trabajo. Solo se concentró en una sola persona: Steffi Mash. Incluso no salió de la alcoba hasta después de haber leído aquella carta una docena de veces.

El pasillo desolado emanaba el común olor a hortensias que su nana solía dejar en los costados del pasillo; decía que su color azul absorbía la

penumbra y luego expandía un rico aroma que, aunque no era cierto, aseguraba era como el del trigo. La alfombra, también gruesa y áspera, al igual que todas las demás, restringían el sonar agudo del calzado; retumbaba solo la presión del cuerpo sobre la madera. La luz del día no llegaba hasta ese lugar, así que lo iluminaban los candelabros que decoraban las lisas paredes del pasillo y quizá una clara luz artificial, ¡por supuesto!, si él hubiera optado por encenderla, pero nunca lo hacía. Prefería los ambientes tétricos; le placía contemplar las sombras deslizarse entre las paredes y ver el vaivén, a veces lerdo por ausencia de aire, de la llama amarillenta de las velas pálidas de los candelabros, que tenían aspecto de presunción o de tristeza... Sus pasos se acercaban uno a uno a la puerta de roble de la habitación; al llegar a ella se detuvo, tomó el tirador y la dio vuelta empujándola para entrar. Un leve chirrido antecedió a su paso. Caminó pausado mientras dejaba la puerta entreabierta. Encendió la bombilla. El dormitorio, al igual que los demás, era amplio y estaba decorado con figurillas de arte; muchos detalles fueron de su madre, quien de forma abnegada se dedicó a marcar con su gusto cada rincón de la propiedad Pantani. Por un instante se detuvo frente a la cama para contemplar la silueta del huésped, envuelta en las delicadas cobijas. Sin evitarlo, escudriñó su piel tersa y blanca, sin tonos lechosos que a veces despreciaba en algunas de sus mujeres; Steffi era, más bien, bronceada. La imaginó exponiéndose al sol en las tardes de verano, con un diminuto bikini, pero se retractó al recordar la carta escrita por su padrino. Estaba seguro de que esa mujer jamás había usado una prenda como esa y no quiso ni recordar las razones expuestas para no hacerlo. Renegó de sí mismo; generalmente no se comportaba de esa forma. Solía ser de pensamientos sensatos... Su piel impregnó la alcoba con un delicioso olor a madera y a rosas o a flores. ¡En fin!, su olfato lo asoció con la fragancia que emanaba el jardín pero, debido a las múltiples ocupaciones mundanas, jamás se dedicó a descubrir cuál era el típico de cada flor, rosa o planta; a veces confundía el de las rosas con el de las violetas y el de los lirios hasta con el de las hortensias, pero de lo que sí estaba seguro era de lo cándido y fresco de esa esencia. Estar allí, tras la siempre desolada alcoba, lo hipnotizó. Percibió ese delicado aroma y deseó

que olera siempre a ella y no a silencio y soledad. Contempló su rostro redondo y sublime; la tez de sus mejillas; su cabellera castaña cobriza sobre sus labios, como si estuviera besándolos con una timidez cautiva; su silueta delgada con curvas femeninas que delataban su atractivo; sus pestañas sobre sus párpados, que la noche anterior recordaba eran de forma almendrada... Él, aunque respetara y amara a su padrino, no podía dejar de pensarla como lo que era y lo atribuía a su estilo de vida. ¡Era un mujeriego empedernido! ¡Un adicto al sexo! Y no podía deshacerse de su realidad de la noche a la mañana. Su cavilación lo obligó a reprochar su comportamiento. Su padrino había sido enfático en la fragilidad de su hija, en lo vulnerable a pesar de su aparente rudeza. Se preocupó al imaginarse las maneras en que debería protegerla, velar por ella. ¡Qué estupidez! Debía resguardar del mundo a esa mujer, pero ¿quién diablos la salvaría de él?... Su padrino debió haber perdido el sano juicio al momento de redactar esa carta.

Marcos Pantani solía vestir gabardinas: era su atuendo predilecto para combinar con el gris de sus pupilas y los trajes de Giorgio Armani y Dolce&Gabbana. Siempre lucía atractivo, pero muy huraño para su edad. Se caracterizaba por su falta de sensibilidad y su frialdad. Solía conseguir lo que deseaba sin irse por las ramas. Su poder le concedía beneficios en todos los géneros; el que más disfrutaba era el sexual. Bastaba con marcar un número, establecer una cita y una rubia o pelirroja despampanante se ponía a sus pies; bueno, en el buen sentido de la palabra. Estaba convencido de que con su poder financiero cualquier mujer haría lo que fuera bajo las sábanas solo para complacerlo.

El amor no existía: eso estaba claro. El amor es un eslogan publicitario, solo eso. Representa un buen tema en una filmación, un argumento, el corazón de alguna trama, una razón para dar vida a personajes ficticios, pero solo eso. Encontrarse de pie frente a su nueva realidad y recordar el último deseo de su padrino le congestionaba el ritmo sanguíneo en su cuerpo. Sus vísceras parecían revueltas ante una sensación nunca vivida. Parpadeó sudoroso. Estaba de pie frente a su cama, contemplándola sin recato,

deseando poder descubrir sus verdaderas intenciones con ese viaje. Dio algunos pasos hacia su equipaje; estaba arrumado a un pie del sillón y una gabardina gris lo cubría. Dio la vuelta y observó una agenda pequeña sobre el sillón; la tomó y la hojeó. Era la agenda en donde llevaba escritas las direcciones que su padre, de seguro, le habría dado. Tuvo que agudizar la vista. La caligrafía era diferente. Marcos pudo reconocer algunas de las direcciones escritas en italiano. Una de ellas era en Sicilia y otra, la dirección de un familiar en Roma que lamentablemente también había fallecido hace algún tiempo atrás. Hojeó las páginas siguientes forzando algunos pliegues en el papel, chasqueó los labios compadeciéndose de la suerte de la joven al proporcionársele un círculo de difuntos y el sonido de sus labios fue suficiente para que la huésped despertara y de un salto se pusiera de pie. En vano se cubrió con las sábanas llevándoselas hasta la parte superior de su traje, como si la desnudez de su cuello fuera relevante, ignorando que descuidaba sus bellas extremidades. Marcos pareció divertido. Regresó el diario al sillón. Giró algunos grados en pro de su cercanía y con una postura imponente se llevó la mano masculina hasta el mentón y lo palpó con gesto evaluativo, mientras arqueaba una de sus cejas en forma de S. Sus ojos parecían acariciar las pantorrillas, sus tobillos y sus rodillas, cubiertas por las sensuales pantis y expuestas por descuido. No sonreía, pero sus ojos parecían disfrutar la escena. Aprisa buscó ocultar la piel de sus muslos halando el ruedo liso de la falda, mientras exaltada bajaba las sábanas hasta sus piernas. Lucía bastante molesta: su boca pequeña y carnosa palpitaba al hablar. Por un instante vio en ella labios de fuego. No podía negarlo. Le resultó gracioso su comportamiento. Le reclamaba las razones para entrar sin tocar la puerta.

—¿Aquí en Italia no le enseñan a tocar la puerta antes de entrar a una habitación? ¿No se ha dado cuenta de que aquí y en la China es un irrespeto? ¡Y más cuando se irrumpe en la habitación de una mujer! Por suerte no acababa de salir de la ducha o...—Iba a decir algo más, pero en lugar de ello calló y terminó de ajustar el calzado que había buscado a tientas al pie de la cama, mientras sujetaba la sábana sobre su silueta—. ¡Qué importa! Al fin de

cuentas, ya me marchó, si es esa la razón por la que vino hasta acá; siendo usted un hombre tan ocupado, no debió molestarse.

—Entré a darle la bienvenida. Es descortés de mi parte el no hacerlo, señorita. ¡Ah!, y respecto a marcharse, lamento comunicarle que no podrá irse.

Steffi sacudió el lóbulo de su oreja, sonrió e irónica le dijo:

—Aguarde un momento, no estoy escuchando bien. De seguro, con tantos ascensos y descensos en ese avión, he quedado sorda.

Marcos se inclinó hacia ella, se paró en jarra y sacudiendo el rostro le acotó que sus oídos estaban perfectos y que había escuchado correctamente. En uno de sus ademanes, sin proponérselo, dejó ver la cache de una pistola oculta en el cinto del pantalón; él nunca salía sin ella. En ese instante, los ojos negros de Steffi brillaron y se quedaron fijos en aquella arma negra, rígida, automática. Era una pistola compacta Glock 19, de 9 mm de calibre. Las había visto más modernas, pero estaba convencida de la función de todas ellas: matar. Si no le fallaba la memoria, podría hacer quince disparos. ¡Un cargador para quince cartuchos, que la dejaría sin oportunidades! Recordó que su padre tuvo un par de ellas. Melancólica meditó acerca de las incongruencias del destino al creer que, fuera de los suburbios de Nueva York, estaría libre de matones y salvajes pistoleros. El tiempo se detuvo para ella mientras sopesaba la peligrosidad entre la pandilla de los Splash y ese italiano. Marcos le hablaba y era como si no escuchara; estaba absorta en aquella arma hasta que logró reaccionar. Intentó ser lógica y analítica; sabía cómo defenderse. Ese hombre no la iba a intimidar, solo debía ser inteligente.

—Bien, y se puede saber, «señor», por qué es que no puedo irme... Después de todo, no le convendría tener bajo su techo a alguien tan hiperactiva como yo porque, aunque no lo crea, tengo un nivel de hiperactividad sorprendente...

—Bien, podrías desahogar tu energía en la cocina.

—¡El colmo! Si necesita otra sirvienta, se ha equivocado conmigo. —Se apresuró a tomar la gabardina que estaba sobre el sillón, ajustó su cabellera

—que realzó con una cinta— e intentó rodar la maleta; pero en ese instante, aquel hombre la tomó de un brazo para luego sujetarla de ambos y llevarla hasta su frente. La yugular palpitó mientras hablaba y parecía estar a punto de estallar. Estaba molesto.

—¡Te he dicho que te quedas! Está decidido. Mientras permanezcas en Italia, harás lo que se te indique: no saldrás de la propiedad sin compañía y aguardarás el momento justo y preciso para aclarar la situación. Por ahora te arreglarás y calmada bajarás a desayunar con nosotros. ¿Entendido?

—¿Quién es usted? —apenas murmuró mientras él la liberaba con lentitud. Tras el contacto, su piel ardía y ambos lucían perplejos.

—Un deudor de tu padre.

—No me agrada su actitud. Si usted tiene algún respeto por la memoria de mi padre, permítame regresar tal como vine.

—¡Ja! ¿Y para qué quieres regresar? Andrés me ha dicho por escrito que en América no cuentas con nadie, ¿o es qué acaso hay alguien a quien tu padre no conoció y con quien deseas estar?

—No es de su incumbencia con quien decida estar o no, y termine de una vez por todas de aclararme la situación, que no entiendo absolutamente nada. Dígame, ¿quién diablos es usted en nuestras vidas? ¿Qué tipo de deudas tiene con mi padre?

—Soy un eterno amigo de Andrés... Debo entregarte algo en su nombre, pero todavía no está listo. Por ahora, es todo lo que debes saber, Steffi Mash.

—Ajustó su gabardina, cubriendo el arma, dio media vuelta y antes de marcharse volteó para recordarle que el desayuno estaba servido. Pero aún así, Steffi lo detuvo con una pregunta más, a pesar de la limitada voluntad para escucharla, al instante en que recogía la agenda del sillón.

—¿Me puede usted decir, «honorable caballero», de qué se trata todo esto? —expresó con sarcasmo.

—Tu ironía me exaspera. Dime algo, ¿generalmente eres tan antipática?

—Mientras esté tratando con personas como usted, sí.

—Bien, me da gusto saberlo para tomar mis precauciones, señorita. En vista de que le he informado de su situación actual y no tengo más nada que decir, le ordeno baje al comedor en diez minutos. Tengo compromisos que cumplir, así que no tarde.

—Pero está de más su preocupación por mí; puede usted marcharse tranquilo, bajaré más tarde.

—Te aseguro que no querrás que venga a buscarte.

Aquel tenía un gesto adusto; leyó en esos ojos acerados su deseo de llevarla al patíbulo. Temió. Fue la mirada más déspota que hombre alguno le haya lanzado; chasqueó la dentadura y se retiró azotando la puerta al salir.

Steffi se internó en su propio vacío; apenas lo miraba marcharse. Se sintió prisionera. Sentada sobre el banquillo del peinador, suspiró mientras parpadeaba, amordazando una que otra lágrima.. Debía pensar en algo, pero en ese momento se vio obligada a seguir sus indicaciones. Ya hallaría una solución.

Demoró justo el tiempo ordenado por su anfitrión en lavar rostro y dentadura, cambiarse y peinar su cabellera. Tenía que evitar causarle molestia a ese tal «mandamás»; por lo menos, mientras descubría qué estaba ocurriendo con su vida, después se las ingeniaría para mortificarle la existencia.

Más tarde, él la esperaba sentado a la cabecera de la mesa para ocho puestos y miraba con insistencia el umbral de la entrada al comedor. Los manteles resplandecían de pulcritud y había más luz que en cualquier otra pieza de la enorme propiedad; también había un par de esculturas de piedra en la entrada, de un león africano apostado como si estuviera dispuesto a saltar sobre la mesa. Los adornos sobre ella eran de plata con incrustaciones de oro; después se enteró por la nana, de aquel hombre, que eran posesiones de tres y cuatro generaciones sicilianas. Estaba colocando la servilleta blanca sobre el cuello de la camisa y tomando los cubiertos al lado de su plato cuando Steffi entró en carreras, vestida con un pantalón ajustado de tela de *jean* azul, botas deportivas y una blusa de algún equipo de baloncesto

americano; llevaba su cabellera larga sujeta por una gorra deportiva del mismo equipo, que caía como la cola de un caballo a través del broche metálico de la misma. Sonrió de modo efusivo y se detuvo en su frente, llevando la mano derecha hacia su sien, como un soldado que se presenta a un capitán. Marcos se sorprendió al verla; estaba acostumbrado a ver a las chicas vestidas en traje casual o elegante. Solo las veía de deportivo cuando asistía al club de golf. «Hubiera sido excelente poder mirar de nuevo sus piernas —pensó—, especialmente con la luz del día».

—¡Cumpliendo órdenes, capitán! —expresó jocosa, mientras miraba el reloj de brazalete sintético de una tosca imitación de un Casio que llevaba en la muñeca de su otra mano. Java, la nana, amordazó una risita de buena gana y la contuvo al mirar al dueño de la casa—. Nueve minutos con treinta segundos, señor.

Marcos no pudo evitar sonreír y esto alegró mucho a Java, quien exhibió sin proponérselo un brillo en sus pupilas negras desgastadas por los años y la carnosidad que muchas veces había operado con las atenciones y los cuidados de Marcos Pantani.

—Me place saber que obedeces. Pronto te acostumbrarás a mis órdenes. —Steffi cambió de ánimo y frunció el rostro al escuchar aquello. Le sonó a sumisa y dominador, cosa que le disgustó. No era precisamente amante de la sumisión en ninguna de sus dimensiones.

—Yo no estaría tan seguro de eso, señor. Tan pronto usted me entregue lo que dice ser de mi padre, regresaré a Nueva York.

—Luego hablaremos de eso; por ahora toma asiento, porque no pretenderás tomar el desayuno de pie, ¿cierto? —Llevó una cucharada de cremas frías y de ensalada de frutas a su boca; con exageración en los ademanes de cortesía y de buen comer, limpió sus labios con la pulcra servilleta.

Ese hombre era el monstruo de la elegancia: camisa, corbata, pantalón y chaqueta concordaban en estilo. Pero sus modales no intimidarían a Steffi quien, a pesar de haber vivido entre la pobreza, por no decir miseria,

conservaba una buena formación de familia. Después de todo, decía su madre: «De la única pobreza que es necesario cuidarse es de la mental y de la espiritual; lo demás es valor agregado».

—Veo que estas ansiosa por regresar. Debes tener muchos amigos esperando por ti. ¡Claro!, digo amigos porque sé que todo tu árbol genealógico es de aquí, de Italia. Además, ustedes fueron unos de los pocos en emigrar tan lejos y sin boleto de regreso.

Steffi inclinó el rostro para tomar con desgano un bocado de la ensalada de frutas. La soledad era de fácil lectura en las facciones de su rostro: parecía un sepulcro andante de múltiples ultrajes. Era inútil mentir: él podía hallar la respuesta en aquella mirada gacha.

—Andrés me contó —prosiguió— que en América no tienes familiares y que las amistades dejadas no eran personas en quienes se pudieran contar en situaciones extremas.

—¿Qué más le ha contado mi padre en esa carta?

—Lo necesario. Pero, ¿por qué callas? ¿Te espera alguien especial en Norteamérica? ¿Alguien a quien Andrés nunca conoció?

—No, nada de eso. A mi padre nunca le gustaron los rodeos y, por supuesto, a mí tampoco me gustan. Voy siempre al grano: lo heredé de él. Así que dígame de una vez por todas quién es usted y qué tuvo que ver con mi padre.

—Es una historia muy larga, «de película». —Sonrió al recordar que su trabajo cinematográfico se inspiró en su propia vida—. Solo puedo decirte que tu padre fue como el mío y que gracias a él soy el hombre que he llegado a ser.

—¡Imposible!... Mi padre no pudo haber creado a un hombre como usted.

—¿A qué te refieres? —preguntó dubitativo—. No entiendo lo que quieres decirme.

—Prefiero no serle sincera y no decir nada para evitar ofenderlo, señor.

—Realmente..., su opinión me importa poco, señorita... Creo que es

momento de retirarme, no encuentro nada enriquecedor en su conversación. Queda usted en casa; con su permiso, debo cumplir con un extenso itinerario. Él se retiró con un enojo evidente. «¿Quién se cree esa mujer?».

Yava, su nana, se sentó a la mesa con ella. Steffi cada vez entendía menos a pesar de que ella se habría tomado su tiempo para contarle algunas de las razones familiares por las cuales su padre y Marcos Pantani habían quedado eternamente unidos. Después de escuchar a la regordeta y amable nana, Steffi se convenció de que tenía razón en algunas de sus hipótesis, pues Marcos Pantani sí había tenido un pasado oscuro, pero lamentablemente, para ella, su padre también.

La familia Pantani hizo fortuna a través del cultivo de opio, el tráfico de otros narcóticos y el contrabando de licor. La empresa fue extremadamente sólida por décadas enteras. Eran propietarios de casi toda Sicilia; entre sus propiedades destacaban los talleres de cuero y una industria textil muy productiva en Siracusa, también en Palermo —en donde aprovechaban el puerto—, en Nápoles y en Roma hasta que la sociedad que mantenía unidos a los Pantani y a los Bersabeth decayó. Ambas familias se codeaban con miembros de la Comisión de la Mafía Siciliana, conocida entre los nativos como *Commissione*.

Su organización era una de las más pequeñas de toda la mafia siciliana, pero no por ellos subestimada. Su padre, Edrián Pantani Berlusconi, mantuvo vínculos con Salvatore La Barbera y con Los Grecos antes de 1962, año en que ambas familias dieron inicio a la primera guerra de la mafia siciliana, propiciadas por otro poderoso capo, a quienes todos en Palermo conocían como *Il cobra*. El clan concentraba sus esfuerzos en trasladar cuantiosas cargas de heroína a Norteamérica, traídas desde Egipto y, en ocasiones, desde Turquía, pero el descuadre de uno de los envíos predispuso, en 1963, el asesinato de Di Pisa en una de las plazas de Palermo. Berlusconi aprendió de los errores de las grandes organizaciones y sabía que, a partir del momento en que había formado parte de ellos, su vida ya no le pertenecía. Estaba caminando en una cuerda floja y solo le restaba hacerse un experto para

treparla con pericia. Los atentados en Palermo se hicieron frecuentes, así que se trasladó a Siracusa por un tiempo. Durante su paso por Sicilia, conoció a Isabella La Villa, hija de un noble artesano. Solo con mirarla ya su corazón supo que ella sería la mujer de su vida, aunque su modesta familia desestimaría una relación con un hombre cuya fortuna había sido obtenida ilegalmente y regida por las balas de un cañón.

Al igual que otras familias de mafia siciliana, Berlusconi tuvo sus diferencias con los Bersabeth, quienes alegaban que Edrían Pantani Berlusconi se habría apoderado de un cargamento de armas que ellos habían adquirido con un ruso y que pretendían enviar a Angola, un país africano que, en 1975, ya había iniciado una cruel guerra civil y que, con tres años de conflicto, aún se vislumbraba, para los Bersabeth, como la oportunidad financiera del momento. Tenían los contactos y los medios para incursionar en el negocio, pero Edrían había fijado posición y desvalorizaba las nuevas relaciones comerciales con el ruso Pstokvy, un recién aparecido en tierras sicilianas. El clan Berlusconi- Pantani se enfrentó y en una ocasión ambos jefes tuvieron uno el cañón en la cara del otro. A la espera del primer gatillo y a la expectativa de las dos bandas criminales, se apuntaban unos a los otros con fusiles de asalto de fabricación rusa y americana. Tras sortear la situación, los Bersabeth hallaron parte del cargamento de armas oculto en la maletera de un Fiat 600, propiedad de Pantani, y lo acusaron sin duda alguna del robo.

La guerra por las propiedades entre los miembros del clan se inició y todo aquel que osara a servir de mediador entre ellos aparecía baleado en cualquier calle; y como todos sus integrantes gozaban de poderío, nunca se los pudo acusar legalmente por homicidio —mucho menos por tráfico y contrabando—, así que cada clan buscaba el modo de exterminar al otro.

Según contaba, los conflictos terminaron cuando Marcos, «el primogénito» de Edrían Pantani Berlusconi, fue secuestrado a cambio de los títulos de propiedad y de las joyas adquiridas por la familia Berlusconi en

muchas generaciones. Los Bersabeth eran considerados hombres de temer y de seguro cumplirían con sus amenazas de no ser satisfechas sus peticiones. Edrían Pantani Berlusconi movilizó a su gente para hallarlo, pero fue inútil, así que inició los trámites para el traspaso de propiedades y recogió las joyas familiares; pero Gaspar, un espía de la familia, descubrió que los planes de los Bersabeth consistían en asesinar a todo el clan una vez concretado el trueque, así que se vieron obligados a crear un plan en donde Andres Mash, el padre de Steffi, entró a ocupar el primer lugar. Este era un estratega innato, experto en defensa personal y en estrategias de asalto; por ello formaba parte de la organización y se convirtió en el mejor amigo y mano derecha de Pantani. Siempre valiente y decidido, se ofreció a rescatar al heredero, quien además era su ahijado desde mucho antes de nacer. Así fue cómo empezó todo aquel infierno. Tenían en los sótanos de la propiedad un arsenal completo para iniciar una guerra. Una noche del mes de febrero de 1978, los Pantani fueron asaltados y tras ello arremetieron contra los Bersabeth al instante en que a sus espaldas eran atacados; alguien había dado una nefasta orden... Habían asesinado de nueve balas a la madre de Marcos Pantani, Isabella La Villa. Cayó boca abajo, inmersa en un charco carmín, al pie de las hortensias.

En la noche de la invasión no solo cayeron abatidos miembros del clan Bersabeth-Pantani, sino también docenas de hombres que daban sus vidas por resguardar a los capos que los aislaban de la miseria. Esa noche, una tormenta de balas se mezcló con el olor a quemado de la madera y el humo que se emanaba de ellas. Las mujeres huían despavoridas; algunas hallaron la muerte, otras lograron salvarse. En el interior de la propiedad imperaban las balas y las llamas que, enardecidas, se posesionaban de cada centímetro cuadrado de la casona. Los obreros, sorprendidos por el ataque, murieron calcinados en sus habitaciones; los vigilantes del portón trasero fueron atacados por una granada de mano que esparció sus restos por todo el lugar. En un momento solo se escucharon gritos, llantos, balas y lamentos de dolor.

Marcos, en aquel entonces, era solo un niño de siete años; lo secuestraron

en el colegio, en donde entraron armados, con los rostros al aire libre, confiados en que nadie hablaría. Lo raptaron violentando a su maestra, quien no pudo luchar contra las armas y los fuertes brazos de aquellos miembros de la mafia siciliana. Lo ataron de pies y manos, amordazado y ocultado en un depósito subterráneo. Su corazón de infante latía tan aprisa que a veces creía que se detendría de cansancio. Desde donde estaba pudo oír las balas y los gritos, pero no podía pronunciar palabra. Aquel niño por primera vez sintió la muerte; le llegó el olor a carne quemada y se preocupó al creer que las llamas lo alcanzarían. Presionó los párpados y lloró; fue entonces cuando la imagen de su madre vino a la mente. Pronto cayó en un estupor extraño... No volvió a escuchar balas ni gritos ni percibió aquel olor a carne quemada; sus sentidos despertaron solo después que su padrino lo hubo rescatado.

Don Edrían confiaría su vida a Andrés Mash, así que él se encargó de la operación. Sigilosos, como sombras deslizadas en la pared, irrumpieron en el vestíbulo de los Bersabeth, en donde se toparon con Antonio Bersabeth. Él descendía de las escaleras. Don Edrían disparó; le habría acertado en el pecho si este no hubiese saltado por el borde de las escaleras apoyándose en las barandas. Su agilidad lo salvó de un certero balazo en la espalda mientras huía, cosa que los encolerizó aún más; así que fueron tras él, pero a su paso, en el recodo que conectaba el vestíbulo con el despacho, se encontraron con un sobrino de Antonio Bersabeth, quien era conocido por su fama de don Juan y sus borracheras de media noche. Andrés hizo uso de sus técnicas de *krav magá* golpeando la cara con el codo, luego su abdomen y, sacándole el aire, lo desarmó; este cayó de rodillas, casi quebrantado. Don Edrían lo sujetó de la cabellera mientras Andrés vigilaba los alrededores; vio cómo las cortinas se desplomaban, encendidas en llamas.

Lo puso de pie; mientras lo levantaba de la cabellera, sus pómulos rígidos de furia se contenían por el dolor. De repente Edrían zarandeó la pistola y la metió en su boca rompiéndole los labios; este, a pesar de que se resistía, no pudo evitarlo. Sus ojos suplicaban; los cerró al escuchar un chasquido del gatillo.

—¿Dónde tienen a mi hijo? ¡Maldito! ¿Dónde lo tienen? ¡Habla, miserable!

Retiró el cañón para dejarlo hablar y con la cacha lo golpeó, lanzándolo de nuevo al piso. Andrés observaba cauteloso el entorno, con el arma levantada, dispuesto a matar a quien se atravesara. Como aquel hombre no parecía querer hablar, recibió tres disparos seguidos desde su tobillo hasta el muslo; sus gritos se convirtieron en alaridos hasta que finalmente habló.

—El próximo tiro iba a ser entre tus piernas, miserable. Pero llegó tu hora.

Y ciertamente, su hora llegó. Don Edrián se limpió la sangre que salpicó su cara con el dorso de la mano, para luego ir tras Andrés quien, ágil, ubicó el sitio en donde mantenían encerrado a su ahijado.

—El depósito está en el sótano, tras la cocina, ¡cúbreme! —expresó don Pantani, a quien detuvo Andrés, pidiendo con la mirada que le concediera a él irrumpir primero en el sótano. Dado su consentimiento, lo besó en la frente y dibujó una cruz en ella como bendición.

Se escabulló hasta el sitio abriéndose paso, disparando contra la cadena que resguardaba el depósito; cargó de nuevo su arma con la mirada atenta de Pantani Berlusconi. Pateó la puerta y se lanzó rodando sobre el piso; respondió con su arma a un inesperado ataque. Pronto logró descender por las escaleras, que ya eran alcanzadas por las llamas.

Saltó sobre algunas cajas y se deshizo de muchas de ellas lanzándolas a un lado. No era fácil descubrir dónde lo tendrían; después de haber removido casi una docena de cajas, lo halló... Su cuerpo débil estaba reclinado sobre unos cuantos sacos usados para cargar trigo, sus piernas y muñecas exhibían un violeta cadavérico por las ataduras de las cuerdas. Sacó un cuchillo de filo especial que llevaba en la cintura para cortarlas y así liberar sus manos y piernas; desató luego la mordaza y deslizó la venda de sus ojos sin quitársela por completo. El niño no reaccionaba, así que lo golpeó un par de veces en sus mejillas para volverlo en sí; puso su oído en el pecho, temeroso al creerlo muerto, pero al oír sus latidos dio gracias a Dios de que no fuera así. Lo zarandó un poco hasta que abrió los ojos. Un par de bolsas negras caían

desde sus párpados hasta sus mejillas. Al ver sus pupilas mirándolo, le sonrió y lo abrazó. Aprisa se le echó encima, colocándole antes la venda en los ojos y exigiéndole que no se la quitara.

—¡Padrino, padrino! ¡Nos vamos a quemar!

—¡Shiiip! ¡Saldremos de aquí! ¡Solo obedéceme!

En efecto, obedeció en todo menos en no quitarse la venda. Desde entonces, aquellas escenas nunca se borraron de la memoria de Marcos Pantani.

Una vez rescatado el único heredero de los Pantani, se preparó un viaje a Norteamérica, en donde viajarían Marcos Pantani, Andrés Mash y su esposa, quien se había ocultado en Florencia mientras nacía su bella hija; Steffi Mash. En menos de cuatro días, los tres habrían llegado a Michigan, en donde Edrían había destinado una casa grande y suntuosa para que vivieran confortablemente mientras buscaban extender también el mercado tan prometedor de sus negocios. Diez meses después, don Edrían fue asesinado en un atentado, luego de haber abandonado una de sus textileras en Siracusa. En vista de lo ocurrido, Andrés Mash tuvo que regresar a Italia para hacerse cargo de sus propiedades y negocios, los cuales habría dejado a su hijo y a él, mientras estuviera a cargo de su tutela.

—Durante ocho años, el niño Marcos vivió lejos de Sicilia, bajo los cuidados de tu padre, su tutor —dijo enfática Java, mientras se servían otra taza de té caliente—. Eras muy niña, seguramente no recuerdes nada. Andrés Mash viajaba mucho. Estaba convencido de que tú y Marquina corrían peligro en Italia. Cuando Marcos maduró, que fue muy pronto, le pidió a tu padrino que lo internara en una academia militar, pero su verdadera vocación hacia al cine lo obligó a abandonar la milicia y a dedicarse por completo al negocio de las filmaciones. Desde entonces, le ha ido muy bien. A su regreso tuvo que combatir durante muchos años a los enemigos de la familia, pero logró salir victorioso. Muchos de los agentes de seguridad fueron elegidos por tu padre. Después de eso, Andrés abandonó definitivamente Italia; quizá entendió que su ahijado ya podría hacerse cargo de todo.

—¡No lo puedo creer! Ese déspota de Marcos Pantani vendría a ser algo así como mi hermano... ¡No, no lo puedo creer!

—Él no es la persona quien tú crees que es. Marcos tuvo una vida difícil, contaminada, por así decirlo... Su padre, obsesionado con el poder y la riqueza, construyó un imperio que solo le dejó calamidades. Marcos fue solo una víctima del pasado de los Pantani.

—¡Mi padre debió dejarlo morir!

—Veo mucho dolor en tu mirada, hija. Sin razón estás siendo injusta; debes arrojar fuera ese sentimiento porque solo lograrás hacerte daño.

—¡Hoy mismo me largo de este lugar! Su maravilloso Marcos Pantani en cualquier momento puede dejar aflorar su sangre envenenada y darme muerte.

—¡No, Steffi!, ¡no lo entiendes aún! Marcos jamás te haría daño: él siempre veló por ustedes.

—¡Sí, por supuesto! ¡Por eso fue que supo cuando unos miserables entraron a la casa a acabar con todo, cuando nos quemaron el rancho y murió mi madre y cuando tuve que ver morir a mi padre, completamente sola, en un hospital.

—Hubo un tiempo en que el propio Andrés rompió comunicación con Marcos. Te aseguro que todas tus desgracias lo han herido enormemente. Él solo querrá protegerte.

—Debería agradecérselo, pero me sé cuidar sola.

Capítulo 7

LA HUIDA

El 7 de noviembre del año de su arribo a Roma, tras descubrir los orígenes de su anfitrión e intuir su comportamiento libertino e inmoral, decidió huir de la propiedad. Temerosa de su destino, se encontraba desvalida en una conglomerada calle de la Vía Giolitti, en donde terminó hospedándose en un *pub* de baja reputación a cambio de su desempeño como mesera. Desesperada ante su realidad, se recriminaba por haber huido sin percatarse de que su anfitrión la había despojado de documentos de viaje y de su dinero. Admitía estar en aprietos, pero reconocía que solo reuniendo algo de efectivo podría ir a la zona Termini para abordar algún transporte que la llevase a casa de su tío Marcelo Mash en Sicilia, desde donde podría buscar una solución. Claro que Steffi desconocía que, al igual que su padre, el tío Marcelo ya no estaba con los terrenales.

Steffi puso a Michelle y a los demás hombres de seguridad en un serio problema con Marcos Pantani, quien había encargado no descuidarla en ningún momento. Lamentablemente, se dejaron persuadir por su rostro ingenuo y su gusto por el jardín, así que se le hizo fácil escapar de la casa. Al estar fuera de la propiedad, pensó en ir directo al aeropuerto, validar su boleto de regreso a Nueva York y volver a su peligroso mundo, el cual conocía como la palma de su mano. Pero sus planes se derrumbaron cuando, al buscar en su cartera, se dio cuenta de que no tenía ni un centavo ni pasaporte ni boleto ni otros documentos de viaje.

«¡Miserable!», pensó al saber quién le habría robado; sin embargo, no daría vuelta atrás, así que caminó por calles repletas de personas de muchas nacionalidades y de diversos aspectos. Deambuló deseosa de hallar algún que

otro americano, pero en la primera impresión, ¿quién le creería que era gringa con todas sus facciones y rasgos de italiana? Al transcurrir el día, se encontraba perdida en medio de calles estrechas y de poca afluencia de turistas, mientras buscaba empleo en muchos sitios; hasta que por fin entró a una tasca de ambiente *pub*, impregnada de tabaco y licor, a riesgo de que en cualquier momento fueran allanados. Muy a su pesar, fue en ese nauseabundo sitio en donde halló solución momentánea a sus problemas. No sin antes dejar en claro algunos detalles y hacer valer su decisión de jamás ser tocada como mujer. Fue enfática en eso de no ser considerada una prostituta. ¡Válgame, Dios! No lo era. Siendo una niña, fue muy dócil y no podía defenderse, pero de adulta era mejor que no se atrevieran a tocarle una hebra de su cabellera, porque se las verían bien mal.

Mientras tanto, los hombres de la seguridad de Marcos Pantani se movilizaban por toda la ciudad en busca de la huésped problemática. Marcos descartó inmediatamente la idea del aeropuerto porque precisamente él mismo se había encargado de guardar su dinero y documentos; además, tenía contactos en casi todas las oficinas aeroportuarias y, tras todo el proceso de búsqueda, de seguro le darían aviso.

Dos días después, uno de sus hombres dio con su paradero. Estuvo laborando como mesonera en un club clase media, en donde se esmeraba por no provocar disputas entre los clientes del local y mantener, además, íntegra su moral. Tan pronto descubrieron su paradero, irrumpieron en él. Marcos encabezó el grupo; Mitchell y dos guardaespaldas más lo seguían muy de cerca, y algunas mesoneras se percataron de las armas que llevaban bajo las gabardinas, por lo que se alejaban estupefactas a su paso. Steffi estaba sirviendo mesas al fondo del lugar y fue una de las últimas en darse cuenta de lo que pasaba, ¡y de qué manera se dio cuenta!

Una pesada mano la tomó del brazo y la sacó a rastras; la bandeja de vidrio que llevaba en manos se hizo pedazos al caer al piso. La multitud le impedía reaccionar. Estaba consternada hasta que finalmente pudo ver el rostro de quien la sujetaba.

—¡Un momento! ¿Qué ocurre? ¡Suélteme! ¿No entiende que no deseo verlo nunca jamás en mi vida? ¡Alguien que me ayude, por favor! —gritó fingiendo estar indefensa.

En ese momento, el dueño del bar se atravesó en su camino exigiendo respeto al local, pero aprisa cambió de parecer cuando Marcos desenfundó su pistola semiautomática y le apuntó al pecho; simultáneo a ello, sus hombres lo hacían, apuntaban a diversos clientes, mesoneras y vigilantes del club. Steffi, ante aquellas imágenes, se petrificó y, en un silencio desafiante, se dejó conducir por la mano de Marcos Pantani.

—Será mejor que no se meta —le sugirió al dueño del bar. Sacó algunos billetes de su gabardina y, guardándolos en el bolsillo de la camisa del barman, palmeó su mejilla, le guiñó un ojo y le dijo: «¡Buen muchacho!». Sonó humillante, pero aquel hombre consideró permanecer en silencio tras verlos marchar con su empleada. Debió pensar que era lo más sensato.

En cuanto abandonaron el club, Steffi se fue sobre él, con golpes de autodefensa que, por primera vez, asumió débiles ante el imperio de músculos que representaba aquel hombre, quien demostraba su poderío de mil maneras: con sus cejas arqueadas en el ceño fruncido, con su mirada, con su prepotencia, con su figura que inspiraba y desafiaba a la vez. Agotado por tanta insolencia, la sujetó de ambas manos y le presionó tan fuerte las muñecas que, por un momento, Steffi temió por ella.

—¡Suélteme, asqueroso mafioso! ¿O qué piensa hacer? ¿Amarrarme y encerrarme en su propiedad? ¿Degollarme?

Marcos trató de ignorarla. Sus palabras lo habían herido más que sus golpes. Aprisa abrió la portezuela del auto, la metió a la fuerza entrando tras ella, mientras Mitchell, su guardaespaldas, abordaba el puesto delantero para conducir. En un parpadear de ojos, el asiento trasero se convirtió en un campo de batalla en donde Steffi vociferaba docenas de insultos y en vano golpeaba a su opresor, quien reprimía el deseo de quitarse el cinturón y propinarle un par de correazos para que se olvidara de sus malcriadeces, pero recordó y enfatizó su condición de hombre; jamás lo haría, aunque... por un

instante, se encolerizó tanto que levantó su mano en un intento por bofetearla. Avergonzado consigo mismo, se detuvo. Steffi quedó estupefacta viendo su mano detenida en el aire mientras ella cubría su rostro con los brazos, en su propia defensa.

—Nunca he golpeado a una mujer y te aseguro, Steffi Mash, que tú no serás quien me induzca a ello.

—¡Mentiras! ¡Eres un mafioso asesino igual que tu padre! ¡Cuando te canses de mí, me mandarás a matar con tus siervos!

—¿Quieres callarte y dejar el melodrama? —preguntó sin ánimo alguno.

Se frotó la sien mientras parpadeaba. Sus pupilas grises brillaron en medio de su desconcierto.

—Escucha, Steffi, creo que no tienes muy claro el motivo por el que debo retenerte. ¡Espera!, déjame terminar. Es necesario que lo sepas para que entiendas que no me agrada tenerte aquí; eres una gran molestia, me has descontrolado la vida, no creo soportar tu presencia un instante más — enfatizó—. ¿Lo estás captando? ¿Captas la idea? No quiero aprovecharme de ti ni degollarte ni secuestrarte. Nada de eso, ¿entendido? Solo estoy buscando la manera de cumplirle a mi padrino que, si mal no recuerdo, fue tan asesino como mi padre, ¡a quienes no juzgaría jamás! Así que, ten claro que no tengo intención alguna en retenerte.

Steffi no pudo evitar echarse a llorar sobre la portezuela; todas sus últimas vivencias la habían convertido en un ser vulnerable, susceptible. Aquellas palabras fueron las más frías que alguien le hubiera dicho en toda su vida. Parpadeó mil veces para no llorar, pero fue inútil. «¡A la mierda las técnicas de defensa personal, estoy acabada!», se reprochó a sí misma.

—No quiero hacerte daño, Steffi... Creo que es hora de que madures y dejes de comportarte como una niña. Ahora tu vida está cambiando y debes ser fuerte, no solo para cerrar los puños, sino también tu corazón. ¿Te crees con derecho de hacer reclamos de tu existencia, de tu vida? ¡Entonces, estás equivocada! ¡Tú le debes a la vida, no la vida a ti! —Marcos dudó de lo que iba a hacer, pero el impulso fue mayor, así que la tomó del brazo y la atrajo

hacia su pecho. Él olía delicioso, no le causó repugnancia. No tuvo miedo ni quiso huir de su cercanía; por el contrario, se sintió segura, por primera vez el calor de un hombre la hizo sentir protegida. No rechazó las caricias consoladoras de aquella mano grande, abrasadora sobre su cabellera. Su cuerpo se congeló cuando el tacto delicioso de sus dedos procuró deshacerse de sus lágrimas. Tuvo frío y él debió percibirlo con su termostato natural, porque se deshizo de su gabardina y la cubrió con ella. Luego, Marcos Pantani le permitió liberarse de sus brazos. La observaba a hurtadillas desde su lado del asiento. Apoyado en la portezuela, pensaba en lo equivocado que pudo haber estado su padrino en poner a «su bien adorada hija» en manos de un hombre como él. No pudo evitar doblegarse a los deseos masculinos y, al verla defendiéndose con puños lanzados estratégicamente en su defensa, deseó lanzarla contra la pared y arrancarle los labios a besos para diezmar su furia. Deseó meter su mano bajo su blusa, rozar sus pechos y descubrir el tono de sus pezones. Se preguntó a sí mismo si de la forma en que peleaba, lo haría en la cama, y parpadeó reprimiendo sus pensamientos. «¡Por Dios, Marcos Pantani, es la hija de tu padrino!».

Capítulo 8

DE REGRESO A LA PROPIEDAD PANTANI

9 de noviembre del 2001

El personal de seguridad hizo lo propio al regresar tras la búsqueda de Steffi Mash. Las órdenes sobre su custodia fueron radicales al descender del vehículo, un Mercedes Benz que ni siquiera detalló. Marcos la sujetó del brazo para sacarla del auto, pero ella se deshizo de su mano realizando una vieja técnica de liberación que también él conocía. Se despojó aprisa de la gabardina que antes le había ofrecido y se la regresó de mala gana. La escudriñó y, al verificar que la verja estaba cerrada, ignoró su rebeldía. Se vistió de nuevo con la misma, pensativo. «Por lo menos no podrá escapar de nuevo». Le permitió continuar su paso hasta el interior de la propiedad. Ella conocía su habitación: sabía que iría allá. Necesitaba un poco de tiempo para pensar o... quizás necesitaban hablar. Aprisa la siguió, pero Java lo detuvo al cruzar el vestíbulo. Lo interrogó con insistencia. Le sugirió que la dejase sola unos minutos. «Debe estar devastada», le dijo. Él quiso obedecerla, pero el azote de una puerta y los golpes provenientes del piso de arriba le hicieron cambiar de idea. Eran golpes macizos: sonaban como puños contra una superficie. No podía evitarlo. Debía subir y conversar a solas con esa pequeña dinamita. Otro golpe más lo alertó. No lo pensó más. «Esta mujer va a acabar con mi propiedad». Subió dando grandes zancadas mientras le ordenaba a su nana permitirles estar a solas. Al subir las escaleras, se detuvo frente al madero de la puerta. Giró la perilla, pero estaba cerrada. Metió las llaves en los bolsillos del pantalón y extrajo un juego. Tenía una llave

maestra que era útil en todas las puertas de la casa. Era una vieja costumbre de familia. Los golpes aún se escuchaban.

—¡Dios Santo, mujer! ¿Qué haces? —indagó exaltado tras cerrar la puerta y entrar al fondo de la habitación. Steffi estaba frente a la pared que colindaba con la ventana. Estaba golpeando la superficie con los puños. Eran golpes repetidos de práctica de combate; mientras, su rostro sublime se compactaba. Leía furia en sus facciones. Impotencia. Rabia... Tras acercarse, Steffi giró sobre sus talones e hizo que su pie se moviera en noventa grados hacia él; se hubiera clavado en su rostro si no lo hubiese detenido en el aire. El sonido propio de una palmada inundó el espacio. Ágil giró de nuevo, pero esta vez sobre su otro pie, al momento en que metió una mano bajo la gabardina de Marcos. Él no quitó la mirada de encima. Reaccionó tan aprisa como jamás ella lo esperó. «No es un muñequito de torta nada más», pensó. Ella sintió el calor abrasador de aquella mano sujetando la suya sobre la pistola que guardaba en el cinto. Estaban estáticos, mirándose uno al otro. «Esas bellas pestañas de Barbie». Parpadeó y, ante la perspectiva de Pantani, esa explosiva mujer acababa de tener un simple indicio de debilidad en su próximo ataque. Marcos lo sabía. Aún así percibió lo incansable de esa chica. No podía esperar menos de ella: era hija de Andrés Mash. Pero ante su insistencia, él debió hacer un movimiento rápido tras sus rodillas para hacerla desestabilizar. Resistente a todo, no logró caer, aunque un brazo la sostuvo de la cintura.

—Tengo el arma con seguro interno y, aunque te apoderaras de ella, tampoco podrías ir muy lejos. Volvió al ataque, pero esta vez Marcos bloqueó su defensa y sujetó su puño.

—Calma, Steffi, debemos conversar...—intentó conciliar—. Por Andrés Mash, por la memoria de mi padrino debemos hablar.

Ella se petrificó. No podía seguir luchando aunque se moría del deseo por romperle la cara. Algo en ella se lo impedía. ¿Su lado racional? No lo sabía. Deseaba marcharse y el estar a sus órdenes la hizo sentirse impotente. No recordaba cuánto tiempo había estado inmersa en esa mirada. Solo recordaba

el calor abrasador en su puño. Por un instante, Marcos bajó la vista hasta sus manos. Acarició su puño. El índice se movía cauteloso, bordeando un par de sus lesiones tras los nudillos. Los otros dedos lo seguían y el calor se incrementó hasta el punto que toda ella se sacudió por instinto. Una petición de silencio escapó de sus labios. Era un silbido suave, poco audible tras empujar algunos grados su boca. Pedía silencio. Estaba segura. ¿Silencio por qué? «¿Marcos Pantani me está acariciando? ¿Y me pide silencio? ¡Por Dios!».

Un nuevo roce sobre los nudillos llamó la atención en él. Observaba su puño en sacro silencio. Su dedo índice y su corazón giraban en torno a los nudillos. Los pliegues de la piel lucían ásperos, gruesos. No los hubiera descubierto si no la hubiera retenido. Sus manos lucían femeninas si no entraba en detalle. Ella intentó cubrir el puño con la otra mano en un vago movimiento que Marcos logró detener. Una parte de su piel estaba herida y de ella brotaba un pequeño desfiladero de sangre. Marcos se concentró en ellos. Limpió los nudillos. El dedo corazón bailaba sobre ella. Era una caricia, un movimiento circular suave, relajante. Jamás había sentido algo igual.

—Los puñetazos no son para las damas. Mi padrino debió enseñarte eso.

—Gracias a ellos resolvimos muchos aspectos de nuestra vida, señor Pantani.

—Aquí no necesitarás resolver nada con tus puños, Steffi. No mientras esté cerca.

—El problema es que no deseo estar cerca de usted. El problema es que no necesito que me rescate ni me haga ver como una muñequita débil. No soy su títere ni su prisionera.

Se deshizo de él y, tras un movimiento torpe, siguió hasta el costado de la cama, en donde aún permanecía su equipaje reclinado junto al sillón. Marcos la siguió proponiéndose tomarla del codo, pero ella se dio vuelta con la firme intención de golpearlo, así que la interceptó, bloqueó su movimiento, la hizo girar sobre sí misma y terminaron ambos sobre la cama: Marcos, sobre ella, aprisionaba sus brazos mientras ambos se hundían en el lago misterioso de

las pupilas. «¡Esos labios!», pensó él.

—Se me da bien el combate cuerpo a cuerpo —espetó.

Tras leer el silencio de sus labios carnosos y contemplar las comisuras hidratadas por restos de un labial, percibió lo tibio de su aliento: una estela de menta o de eucalipto lo atrajo y le pareció tan apetecible aquella boca que fue entonces cuando supo que era momento de liberarla, de marcar su propia distancia. No era algo que hubiese deseado hacer. Si ella no fuese la hija de su padrino, probablemente la habría seducido hasta lograr su propia desnudez. No le resultaba difícil. Gozaba de cierto arte. Su conciencia lo obligó a reaccionar poniéndose de pie y trayéndola consigo.

—Mi padrino fue un excelente maestro. Eres muy buena con los puños. ¿Siempre eres así de osada en todo? —Se frotó el mentón y dejó escapar un suspiro que denotaba cierto éxtasis—. Bueno, qué importa, de eso me enteraré poco a poco —expresó con cierto brillo en sus ojos que inspiró suspicacia en ella. No comprendió a qué se refería—. Recuerdo que, cuando era niño, mi padrino hablaba de ti con tal emoción que llegué a envidiarte —dijo él con voz pausada—. Hablaba de ti como si se tratara de una princesa. Obediente y respetuosa; abnegada, dedicada y comedida, disciplinada y organizada. Te envidié porque la vida no te los había arrebatado. Eras muy niña. Tú de seis, yo de catorce: un buen margen. Comprendo si no me recuerdas; después de todo, mi niñez la pasé en internados militares. Y los días libres, en gimnasios de entrenamientos en donde tu padre se dedicaba a formarme, así que no intentes golpearme de nuevo. Sé bloquear muy bien a mi atacante y no quisiera hacerlo. Lo que trato de decirte es que no logro ver a la señorita que mi padrino afirmaba estar formando. No. Espera. Déjame terminar. Te decía que no logro ver a la señorita respetuosa y obediente que debió haberse formado. Comprendo que tampoco he sido el caballero ideal, aunque me he esmerado, créemelo; pero tu actitud es tan infantil, tan irracional que he estado tentado a actuar de forma más rígida contigo, pero eres Steffi, Steffi Mash. La hija de mi padrino y a quien no deseo ofender ni lastimar. Porque también sé lo sensible que eres, y, créeme, eso no me lo dijo

Andrés. Me lo dijiste tú, tú misma. Bien, entiendo que desde un principio me mostré como he sido con los ajenos a mi familia: un déspota, un descortés, pero no debes culparme por ello, he tenido que convertirme en esto para sobrevivir. —Ella quiso interrumpirlo de nuevo pero, levantando la mano derecha en señal de alto, la calló—. Espera un momento, permíteme terminar. Yo, al igual que tú, tuve que madurar a los golpes y hacerme un mundo diferente al de los míos, para evitar terminar en la misma tumba con ellos ¡y he aquí el resultado! Un hombre adinerado, de fama y poderoso, pero a quien le importa un bledo lo que la gente sienta.

—¡No has sido al único a quien le ha tocado vivir como un Pantani! En el ayer, viví más miserias que cualquiera, mientras que tú vivías como rey. Pagabas para ser cuidado o para que te alimentaran... ¡Tuviste el cielo a tus pies, no conociste la profundidad de la palabra necesidad!

—¡Si a esto le llamas cielo, qué quedará para el infierno! ¡A la mierda! ¡Los ricos también somos pobres!... Lo siento, no debo levantarte la voz. Lo cierto del caso, Steffi, es que ninguno de los dos tuvimos culpa de ello. Fuimos víctimas, solo eso, y lamento que haya sido así, puesto que mi padrino y los suyos tenían tanto derecho a las comodidades como yo mismo. Pero acoto, Steffi, jamás le negué tal derecho a mi padrino; fue él mismo quién lo rechazó todo.

—Es dinero lo que debe entregarme, ¿cierto? ¿Por eso me retiene? ¿Acaso usted no conoce los depósitos, los cheques o las transferencias bancarias?

—No, Steffi Mash, no es dinero. No del todo. Lo que mi padrino pidió como último deseo en su vida no fue solo dinero. Es algo intangible; por esta razón debes permanecer un cierto tiempo hasta que todo se solucione. Quizás así, tú puedas regresar a donde quiera que hayas estado. No lo tomes como una condena a prisión; he decidido incluso, para que lo veas de otra manera, que puedes tener ciertas libertades, como salir en compañía de Mitchell, mi hombre de confianza. Fue quien te recibió en las afueras.

—Sí, el agradable hombre de las nieves, el trol saltamontes —espetó sin recato en lo que decía, al voltear sus ojos a otro lado. Marcos la ignoró tras

una pausa.

—Será como tu guardaespaldas... O con Java, y hasta acepto que visites el estudio cinematográfico en donde trabajo. Si te llega a gustar ese mundo, podrías inscribirte en algún taller del séptimo arte; todo correrá por mi cuenta... No me veas como tu captor o como tu enemigo, porque no lo soy.

—No sé qué decir... Sigo creyendo que es mejor marcharme.

—Si insistes en marcharte, entonces tendré que ordenar que te encierren bajo llave en la habitación. Ordenaré que te aislen por completo.

Steffi se sorprendió ante aquella amenaza de encierro.

—Usted no puede hacer eso.

—¿No? ¿Por qué no? Dame una sola razón por la cual no pueda hacerlo.

Un marcado silencio hizo meditar a Steffi y darse cuenta de que todo lo dicho podría ser cumplido con solo ordenarlo, así que se vio obligada a recapacitar.

—Bien, usted tiene el control ahora, pero no será por mucho tiempo y sí, aceptaré comportarme. Accederé a sus planes, esperaré hasta que usted me indique cuándo marcharme, pero no crea que la espera será eterna, ya sabré cuando hacerlo.

Marcos le sonrió. Era una sonrisa tipo máscara de *Anonymous*, que la hizo congelarse. Se acercó a ella y apretándole las mejillas le besó la frente. Sintió ironía en el gesto. Al menos agradeció que no expresase lástima por ella: eso era algo que no toleraría. Por esa razón nunca contó sus problemas a nadie: odiaba que la miraran con lástima o, peor aún, que la juzgaran. Algo en ese beso hipócrita la hizo estremecerse y no lo comprendía. Definitivamente se estaba volviendo rara. Steffi tembló, se estremeció: fue instintivo. «¡Qué vergüenza!» Se convenció de que él pudo percatarse de ello. Su pericia con las mujeres le concedía el don de percepción y, de por sí, ella expelía ese *sex appeal* que lo enloquecía, y lo más desquiciante es que lucía inocente de todo. Reaccionó pronto reacomodándose la gabardina. «¡Maldita mujer! —se dijo a sí mismo—. Debo convencerme de mi fraternidad hacia ella si no deseo hacerla mía. Claro, no es del grupo de mi exquisito estereotipo, pero no

puedo negar que el noventa y cinco por ciento de mí desea meterla entre mis sábanas y hacerla jadear de placer hasta el amanecer». Respiró profundo al reconocer que no sería fácil cumplir con el último deseo de su padrino. ¡Era realmente inaudito! Steffi y él tenían una diferencia de edad notable y por un instante le aterró. Con sus veintidós años ante sus tres décadas, la veía más joven de lo que realmente era. Marcos Pantani nunca salía con mujeres menores que él. Solía pensar que las mujeres de menor edad a la suya representaban problemas; además, eran dos veces más infieles. Él parpadeó tratando de sacudirse los pensamientos. ¡Su padrino estuvo alucinando al escribir aquella carta!

Esa noche no pudo dormir como de costumbre. La recordó vestida con traje de mesera y repudió su actitud al imaginar las variadas situaciones indecorosas a la que pudo haber estado expuesta. Apenas unos minutos con ella y ya le había faltado a su padrino. Sería el culpable de haberla incitado a tanto riesgo. Su padrino no se lo hubiese perdonado jamás. Añoró la comisura de esos labios mientras su piel comenzaba a sudar frío. Se desabrochó uno de los botones de la camisa luego de deshacerse del nudo de la corbata. Su memoria se estaba volviendo en contra de él torturándolo con la exquisita fragancia de las hebras de su cabellera. Toda ella se impregnó en su memoria olfativa al haberla abrazado en el auto. Toda ella era desquiciante. No podía verla con la fragilidad con la que su padrino la presentaba. ¿Cómo hacerlo si lucía tan independiente, tan fuerte, tan osada?...

Capítulo 9

LA DAMA

La habitación sin él adquiría un aire liviano y Steffi sintió tranquilidad, claro que después de haber clavado los puños sobre la almohada y de terminar hundiendo la cabeza en ella. Se detuvo al ver volar, tras la funda, una deshecha pluma de sabe Dios qué. No le importaba la calidad del cojín, solo necesitaba algo que sirviera de pera de boxeo para descargar su impotencia y, tras lesionar sus nudillos con la pared, nada mejor que la abultada y acolchada cabecera. Sus dientes se estrujaban, tras la presión de sus puños, durante los segundos que duró su desquite emocional. Tras ello pudo pensar mejor, acostada sobre la cama. En el fondo dio gracias al señor Pantani por haberla traído de regreso. La cama en donde pasó su última noche era un camastro en comparación con todas las que había tenido en su vida. Se aferró al aroma exquisito de las sábanas. Suspiró. No comprendía nada de lo que estaba viviendo. Lo llamaba: una trampa del destino. Estaba consciente de que debía huir, pero pensó en que lo mejor era rendirse. Recordaba la actitud de Marcos Pantani y se sorprendía de sí misma. No se explicaba cómo no pudo saber de su existencia si al parecer siempre estuvo cerca o, por así decirlo, su padre siempre estuvo cerca de él. Eso no le restaba antipatía. No le agradaba su hipocresía nisis ni sus aires de protector: de eso estaba segura... «¿Protector? Lo hubiera necesitado cuando era niña; ahora no necesito de nadie. Puedo cuidarme sola», pensó al traer a su mente el olor nauseabundo de Antoni Messi.

Si ese desconocido del río Hudson no lo hubiese asesinado, ella lo habría hecho. Lo pensó en varias ocasiones; además, estaba exhausta de huir de su presencia. Estaba agotada de fingir que nada ocurría cada vez que lograba

ubicarlos y descaradamente los visitaba. Estuvo tentada en más de una ocasión en confesarle todo a su padre, pero nunca fue capaz. En una oportunidad lo enfrentó. Fue en Nueva Jersey, tras su regreso a casa. Su padre no había llegado todavía y él aguardaba en el umbral de la puerta. Forcejeó como pudo. Se defendió y se sintió aún más victoriosa cuando el individuo resbaló y cayó. Le prometió matarlo si se volvía a acercarse a ella. Hombres como él no representaban nada si llegaban a morir. Se lo escupió en la cara.

Luego, con su llegada a Nueva York, se sintió más independiente, más fuerte. Ella ya no era la misma niña tonta y él se estaba convirtiendo en un viejo decrepito. Resignada por no poder regresar a Estados Unidos, se dispuso a darse un reconfortante baño y de nuevo le dio gracias a Pantani por haberla traído de vuelta a su casa. Parecía estúpido de su parte, pero le comenzaba a gustar la tina de porcelana con patas en bronce, el grifo dorado y los refrescantes geles para el baño. Al terminar su baño y vestirse con una de sus batas de algodón, decidió no cenar. Quizás era una forma de autoflagelarse o de molestar a su anfitrión. No deseaba verle la cara a Marcos Pantani, así que sintió necesidad de encontrarse consigo misma. Ahogarse en ella misma. Tomó su diario de notas, un lapicero desechable, de esos que compraba en cualquier esquina, y se sentó frente a las persianas. Deseaba escribir para desahogarse. Golpear la pared no fue muy sensato de su parte, aunque era la manera en que su padre le había enseñado a canalizar su furia. Cuando quiso escribir, su mano le dolió. Recordó entonces a Pantani mitigando su aflicción y por un instante se quedó pensativa. Las caricias en su mano eran tan... ¿Placenteras?

Se cuestionó sacudiendo la cabeza como si de esa forma lograra deshacerse de sus pensamientos. Le pareció absurdo y hasta descabellado, pero una parte de ella bailoteaba de alegría al recordar lo ocurrido. Nunca había estado tan cerca de un hombre como lo estuvo con él y el haber sostenido su puño por tanto tiempo, sin ganarse una fractura craneal, le resultó de inframundo. Meditó acerca de sus palabras, resignada a una

realidad tangible. Necesitaba cambiar de actitud, no podía vivir siempre a la defensiva; era momento de bajar la guardia...

Mientras tanto, su anfitrión cavilaba con los brazos cruzados tras su almohada, de reposo con las piernas flexionadas. Respecto del par de zapato, uno estaba tirado cerca del perchero y otro, junto al sofá, como si se hubiese descalzado al ritmo de su caminata al interior de la habitación. La corbata estaba deshecha y la gabardina colgaba del armario de madera que se situaba junto al pasillo de la entrada. Su alcoba era amplia y de grandes ventanas; una tv. pantalla plasma cubría la pared frente a su cama *king size*, de bloques rectangulares de construcción, que escoltaba la licorera de vidrio y madera en un costado. Un sofá reclinable de un puesto, con tapicería de cuero negro, reposaba a una distancia prudencial frente a una mesa parís; al final, se ubicaba un estante de libros y revistas. Su dormitorio contaba con un estilo moderno que discrepaba del resto de la propiedad. Era su estilo, su propio espacio. Su cama, rodeada de alfombras espesas, acariciaba sus pies al despertar. Descendía un par de peldaños anchos, con curvaturas en los bordes, y continuaba sus pasos en la suavidad del porcelanato. Su aposento en planta baja siempre se caracterizó por ser privado. Nadie entraba en ella sin su autorización, con excepción de Java, su adorada nana. Se hizo cargo de él bajo la tutela de su padrino y confiaría su propia vida a ella. Su dormitorio era motivo de chistes entre ambos, pues Marcos solía asegurar que ninguna de sus amantes merecía entrar a su cuarto y mucho menos revolcarse entre sus sábanas. Para sus damas de compañía existía el tercer piso. La alcoba, para ellas; sus momentos de éxtasis, de placer comprado. Nada más. Su habitación: intocable. Alguna de ellas, como Margaret Fischer, intentó persuadirlo en alguna ocasión para que accediera a complacerse en su propio lecho, pero su negación fue tan rotunda que la mujer no lo mencionó jamás. No conocía fémica que lo mereciera, así que no ensuciaría su propio espacio con damas públicas. No supo por qué, pero en ese momento, cuando necesitaba olvidarse de Steffi Mash, Margaret Fischer se vino a su cabeza y por supuesto, a todo lo que su recuerdo representaba. Se acaloró de solo

imaginarla. Sus curvas exquisitas le excitaban hasta el espíritu. Margaret era la mujer con quien más había repetido sus encuentros. Sabía despertar sus deseos y domesticar sus demonios. Con ella no existían límites. Lo llevaba y lo traía jadeante de placer. Ella sabía acatar sus exigencias haciéndolo enloquecer: esa era la razón por la que siempre recurría a ella y no a otra. Después de un par de años saliendo, se sorprendió de mantener su libido tan alta como la primera vez. Apreciaba su vasta experiencia y no se imaginaba con alguna mujer menos inexperta. En un parpadear de ojos, en su entrepierna surgió una empinada montaña bajo la tela de su pantalón. Maciza. Firme. Tan tensa que parecía dolerle. Como pudo se sacudió la entrepierna y, aunque la imagen de la exquisita dama de compañía incitaba su libido, Steffi Mash aparecía fugaz y repentinamente en sus visiones, entorpeciénolo. «¡Maldita mujer!», se dijo a sí mismo. No sabe hacer otra cosa que descontrolarme.

Molesto consigo mismo, se puso de pie y en calcetines caminó hasta la licorera. Se sirvió un coñac a las rocas y de regreso se tumbó en el sofá. Con la bebida en la copa adecuada, contempló su vaivén tras la lerda agitación del mismo en su mano. Chasqueó los labios y, como si hubiese tomado una gran decisión, se inclinó sobre la mesa en donde reposaba su celular. Marcó algunos dígitos y aguardó.

El tono musical de *Mamma Mia* en inglés se hizo escuchar. Era el tema de un grupo musical sueco que había hecho su parte en la historia de la música pop y, aunque repudiaba la mayoría de los gustos musicales de esa mujer, debía admitir que ese era la excepción. El tema que estaba escuchando apaciguaba su espera. Por un momento hasta se sintió a gusto mientras esperaba que su dama de compañía marcara el *send* del celular. Unos segundos después, cuando ya había empezado el pegajoso coro de *Mamma Mia*, la dama contestó. La sonoridad de sus palabras sacudió sus hormonas y, bajo la melodía de su voz, podía sentir el aliento cálido y fresco tras su cuello. Se le crispó el cuerpo y terminó de zafarse la desaliñada corbata al imaginar la fogosidad de su lengua en sus labios, haciendo surcos intensos

desde el pecho hasta el epicentro de su masculinidad. La necesitaba y ella lo sabía. La conversación fue breve, concisa. Precisaba su cuerpo, su oficio. Tras cortar la llamada, se reacomodó en el sofá y cerró los ojos al tatarear el tema musical que acababa de escuchar en el celular de Margaret Fischer. Transcurridos veinticinco minutos, alguien llamó a la puerta de su habitación. Era Mitchell. Su guardaespaldas, acostumbrado a los encuentros nocturnos con la bella dama, se acercó a darle aviso de su llegada.

Margaret Fischer siempre lucía despampanante; a ningún cliente le importaba si sus pechos de noventa centímetros eran naturales o por simple implante, ni cuantas cirugías reconstructivas tuviera encima. Lo relevante era que luciera atractiva y que supiera despertar placeres. Su acento la delataba: alemana de nacimiento, pero con toda una vida en Italia. Su rostro alargado, con facciones hermosas, resaltaba con el rubio ondulado de su cabellera, mientras sus manos, ataviadas de joyas, le impregnaban elegancia. Marcos Pantani no la hizo esperar. Dejó su copa de coñac sobre la mesa, se calzó y salió de la habitación hasta el vestíbulo. Murmuraron algo mientras ella amordazaba la risa. Ella descubrió su anterior bebida y confesó haber ingerido antes un par de cócteles.

—Es una lástima no habernos reunido antes a tomar juntos. Habría sido muy divertido.

Él asentó el rostro al rodearla por la delgada cintura y la condujo por las escaleras del camino de siempre. Tras unos cuantos peldaños, la mujer se descalzó y sujetó sus zapatos de tacón de aguja de cotizada marca de modas, y los colgó en su hombro, mientras caminaba de puntillas rozando las pantis con la alfombra. Al pasar por el primer piso, Marcos se detuvo inconsciente de su espera. Su mirada se clavó en la puerta de la habitación de su huésped. No le hubiera gustado que ella supiera de sus furtivas visitas al tercer piso. A su padrino no le hubiese agradado su conducta y de seguro se la habría llevado a vivir a otro lugar. A Sicilia quizás. Andrés amaba Sicilia. Margaret Fischer desconocía que su adorado cliente tuviera invitadas de honor, así que encontró solo un simple descuido de su parte: un declive de la tensión erótica

a la que ella no estaba dispuesta a permitírselo. Su boca color carmín, carnosa y tentadora, se posó sobre la suya mientras apremiaba devorar su paladar. La calidez de su lengua experta empezó haciendo surcos tras el cuello de su camisa y él respondió sin duda alguna, allí en el primer piso. Ella lo haló con los zapatos aún en sus manos, en medio de una risita divertida, hacia el pasillo del primer piso, precipitando sus caricias bajo la cremallera de su pantalón, hasta que el frenesí los llevó a caer sobre un par de materos de los que Java colocaba en los pasillos.

—¡Diablos! —espetó Marcos, poniendo de nuevo la cremallera del pantalón en su lugar y recogiendo uno de los zapatos que terminó cayendo tras él. Luego la sujetó de la mano para conducirla al tercer piso. El matero y las hortensias quedaron de vuelta en el piso y no pareció importarle.

—Olvidalo, Marcos, cambiemos de piso hoy. Vamos a hacerlo más excitante —suplicó ella—. ¿Qué te parece aquí, en este pasillo? —Marcos frunció el ceño. Pensó en las muchas atribuciones que se estaba tomando esa mujer y la haló de los brazos. Sus besos cargados de pasión solo delataban la necesidad fisiología secundaria de saciar su cuerpo con el suyo. Éxtasis. Pasión. Aprisa subieron hasta el sitio destinado mientras, abriéndose paso en el conocido espacio, dejaban libres las ansias que los embargaba.

No obstante, Steffi Mash, tras escuchar aquellos ruidos continuos a su habitación, se puso de pie, dejando de lado su agenda de notas y sujetando el bolígrafo en sus manos. Cautelosa, abrió la puerta mientras escudriñaba en la oscuridad circundante. La luz parecía vedada a esas horas y ni siquiera los candelabros estaban encendidos. Parpadeó mientras su iris se adaptaba a la penumbra y, tras escuchar algunas voces, decidió subir las escaleras. Se detuvo en el segundo piso, pero la estática y el silencio reinantes la hicieron continuar hasta el último piso. Las risas y algunas voces venían desde allá. Por un instante dudó de continuar hacia adelante, pero la curiosidad dominó su raciocinio, así que ascendió. Al bordear el pasillo del tercer piso, se vislumbraba frente a él la hendidura de una puerta entreabierta. Pausada, se acercó con intenciones de descubrir quiénes estaban tras esas paredes a esa

hora de la noche. Se acercó un poco más, reclinándose tras uno de los materos al pie de la puerta. Pegó el pabellón de la oreja en el madero. Cuando alcanzó a escuchar la voz ahogada de una mujer suplicando por una acción sexual, empalideció. Era una súplica tras unos cuantos jadeos. Se ruborizó. Lo supo por el calor que arropó a sus mejillas. Se desestabilizó y cayó hacia atrás, lo que hizo rodar el matero que estaba a un costado de la puerta. Pronto escuchó la voz de Marco. Sin duda alguna era él. Su timbre de voz y su tono masculino e imponente no podían confundirse con los de nadie. Tan aprisa como pudo se reincorporó y se dispuso a descender las escaleras, pero había olvidado su bolígrafo, así que sin pensarlo regresó; tanteó hasta hallarlo tras el matero, lo tomó y regresó en carreras. Apenas escuchó el chirrido de las bisagras al abrirse la puerta, rogó a Dios no haber sido vista. Temerosa, descendió y llegó aprisa a su dormitorio. Llevaba tiempo sin probar sus niveles de adrenalina. Había sido una locura haber salido de la habitación. «¿Estaba tirándose a una tipa en su propia casa? ¡Qué falta de educación!», se quejó, pero se sintió segura al cerrar la puerta y meterse bajo las sábanas de su cama.

Capítulo 10

EL PRIMER PASEO

A la media noche, Steffi Mash se levantó bañada en sudor. No era verano, así que debía ser un cuadro febril; se pasó la mano por la frente palpando su temperatura, pero parecía estable. Se frotaba la sien y respiraba profundo mientras se deshacía de las sábanas con las que dormía. Su bata de algodón era muy cómoda, suave y agradable a sus sentidos como para molestarla de alguna forma. Un pasillo oscuro tendido en el infinito parecía ser su única salida. Tras de ella, la misma sombra perseguía sus pasos; de repente un bosque junto a la senda parecía gritarle que entrase en él. Consternada y dubitativa, parecía pensarlo. Pronto, tras escudriñar el anterior camino, lo descartó para adentrarse en el claro del bosque. Corrió algunos metros, jadeando. De repente una mano cayó sobre su hombro y la detuvo; por impulso, giró sobre ella misma y clavó una mirada de terror en aquel rostro icterico. Los dientes, teñidos de nicotina, lucían opacos como piedras de mármol sin trabajar. El espacio para sus ojos estaba repleto de gusanos, y de uno de ellos solo se veía la profundidad de un agujero con el fondo de un velo negro. Era él. El hombre de siempre. El miserable que siempre la asediaba en sus sueños...

Despertó exaltada, bañada en sudor. Tuvo incluso temor de volver a cerrar los ojos. Siempre huía en las pesadillas, pero era la primera vez que en una de ellas le daba alcance. Sintió pánico. Deseó tener a su padre cerca para arrullarse en sus brazos. No le importaba hacerlo a su edad. Él siempre la hizo sentir segura. Presa aún del pánico que la misma pesadilla de siempre creaba en ella, se puso de pie tras tantear en la penumbra su calzado. Debía encender la luz de la habitación lo más pronto posible, antes de que entrara en

una crisis de pánico y se pusiera a gritar como una loca. Midió sus pasos recordando cada pieza de la habitación para no tropezar. No lo comprendía. No recordaba haber apagado la bombilla de la lámpara. Casi nunca lo hacía: era parte de su manía, ya que casi nunca dormía a oscuras. Debió haberse sobresaltado tanto antes de meterse a la cama que la apagó sin darse cuenta; aunque dudó de esa deducción, trató de asimilarla como cierta.

Al poder encender la luz, respiró profundo, con una mano en el pecho para atenuar la exaltación cardíaca. Todavía sudaba, pero estaba más consciente de su estado. Se lamió los labios reseco tras ahogarse en un par de suspiros. Una mano montaba en horcajadas su cadera, mientras la otra peinaba su cabellera castaña cobriza, bastante desaliñada. «Debí dormir muy mal para que haya aparecido esta maraña de cabellos en mi cabeza», pensó ella. Tuvo sed. Mucha sed. Deseó beber un vaso de agua pero, de solo imaginar que debía salir de la habitación, lo descartó, así que se conformó con el agua del grifo del lavamanos. Estaba lo suficientemente fría y fresca como para resignarse a ella. Saciada su sed, vio conveniente echarse un poco al rostro para despabilar. Necesitaba despertar por completo. Caminó hasta la ventana y con un dedo separó un par de pestañas de la persiana. El jardín estaba a oscuras y solo resplandecían los faroles distantes frente a la verja principal. No detalló mucho. La noche no era algo que le gustase contemplar. Se abrazó ella misma frotándose los antebrazos. Quizás empezaba a atemperarse y sentía una sensación de frío propia de la estación de otoño. Se sentó en el piso, al pie de la ventana, con la mirada fija en la puerta. Con los pies flexionados y sus rodillas de apoyo para sus brazos y barbilla, se dejó llevar de nuevo por el pesado sueño. Estaba exhausta y no sabía a ciencia cierta por qué. El frío le pareció tolerable y debió serlo, porque al momento se encontraba durmiendo.

A la mañana siguiente, la alcoba, al igual que toda la propiedad, se inundó de rayos de luz que surcaban cuanta hendija, cortina o persiana se hallara a su paso; Java amaba la luz del sol matutino.

Steffi no pareció sorprendida de encontrarse reclinada a la pared junto a la

ventana. Por el contrario, se sintió relajada. Se estiró al ponerse de pie. Volvió a echar una mirada a través de la ventana pero, con excepción de la luz matutina, todo estaba tan inmóvil como el resto de las estatuas. Caminó hasta el baño, se duchó y se arregló tratando de olvidar por completo sus terribles pesadillas y, más aún, la escena de la noche anterior en el tercer piso. «Debió ser la impresión de esos dos lo que me ha dado tan mala noche», pensó al instante en que sacaba un cepillo para el cabello de su maleta para aplacar su maraña de pelos. Se quejó al tratar de desenredarlo frente al espejo, que colgaba sobre el lavamanos. Sus ojeras llamaron su atención, pero se concentró de nuevo en su melena. Pensó en raparse, bromeándose de sí misma. No se imaginaba con la cabeza rapada y, de paso, con ojeras. De seguro luciría muy femenina. «¿Qué pensaría de mí el déspota de Pantani? ¿Será que se aterrará tanto que me sacará de su casa?», sonrió maliciosa abandonando la habitación.

Marcos y su nana llevaban largo rato en el comedor discutiendo acerca de su comportamiento inmoral que, según Java, era hora de corregir; ciertamente, solía reprochar su actitud y le cuestionaba lo que su padrino pensaría de él si todo eso pasara en su presencia. Marcos callaba a ratos mientras ingería algún bocado.

—De ahora en adelante debes respetar más este hogar; recuerda que hay una señorita decente bajo tu techo y tú no querrás que empiece a tener ideas equivocadas de la vida, ¿verdad?

Luego de escucharla e intercambiar miradas entre su desayuno y la tez de la anciana, separó los labios para acabar con una gran inquietud que justo esa misma noche había empezado a carcomer su mente.

—Java, ¿tú estuviste husmeándome anoche?

—¡No! ¡Sabes muy bien que detesto hacerlo y mucho más cuando sé que estás en esa alcoba! ¡Ese es un lugar indigno cuando estás con esas mujerzuelas!

Pensativo ante su negativa, llevó un trozo de pan a su boca, mientras clavaba la mirada en la silueta de Steffi, que se acercaba al comedor.

—¡Buenos días! —expresó en un perfecto italiano. Su voz era tan melodiosa que incluso le agradó escucharla, pero no podía hacérselo saber. Lucía exhausta, como si no hubiese dormido, así que despertó suspicacia en él.

Java contestó dándole un beso sonoro en las mejillas mientras Marcos solo la miró a los ojos, escudriñándola.

—¿Dormiste bien anoche, Steffi? —indagó con el ceño fruncido, sin soltar de la mano un trozo de pan.

Steffi lo evadió clavando la mirada en el plato que le acaba de servir la nana mientras le respondía con un tono de voz natural, calmado

—Jamás he dormido tan bien. La cama es ultra cómoda; la verdad, le agradezco que me haya rescatado de aquel trabajo, dormía en una pocilga. ¿Y ustedes qué tal?

—Se dice ¿cómo están?, señorita. —Su voz y su mirada denotaban molestia y hasta desprecio; deseaba incomodarla, pero era algo que ni Steffi ni Java parecían explicarse. La nana, un poco avergonzada por la intervención de su protegido, a quien no pareció importarle las palabras de agradecimiento de Steffi, tomó el tema del tiempo y se quejó de las insignificantes fallas en la calefacción. Sirvió a Steffi algunas piezas de la cesta de pan, acompañadas de la taza de café; hizo un chasquido con sus labios y aseguró que a su «Marquito» solo le hacía falta una mujer que lo domara y lo pusiera tan manso como un cordero. ¡Claro!, ¡si es que existía mujer con tal característica! Steffi se burló, pero a él no pareció agradaarle tal comentario, así que se levantó mientras explicaba que iría a revisar las filmaciones nocturnas de sus escoltas, para salir de dudas acerca de quién merodeaba por el tercer piso. Aseguró que, de hallarlo, tendría serios problemas con un Pantani. Steffi se petrificó y sus pupilas brillaron de asombro... ¡En minutos, quizá segundos, sería descubierta! ¿Qué iba a hacer?

—¡Bah!, Marcos, si tú no eres capaz ni de matar moscas; eres pura bulla, hijo, así que no perturbes a la niña. De seguro en ese momento alucinaste y creíste ver sombras. ¡No malgastes tu tiempo en trivialidades! Más bien, ¿por

qué no te llevas a Steffi al estudio?

A Steffi la tomó por sorpresa la petición de la señora e intentó rechazarla. No sabía cómo hacerle saber que bastaba con verlo en casa como para tener que soportarlo fuera también; además, no sabía describir, ni siquiera a sí misma, qué sentía por aquel «señor», pero como sus canillas se doblegaban y temblaban al escucharlo, se convencía de que le temía, simplemente le temía...Y para el miedo había aprendido que lo mejor era la distancia.

—Me encantaría, nana, pero hoy tendré compromisos fuera del estudio cinematográfico. —Miró el reloj suizo que llevaba puesto en su muñeca y, como quien se emociona mucho con la idea, le planteó la posibilidad de llevarla a la noche a dar un recorrido por la ciudad, invitación que la dejó estupefacta.

Java entendió y entre ambos decidieron el itinerario nocturno de Steffi, quien se molestó al sentirse como una menor de edad a quien debían darle indicaciones de todo. ¿Qué se creían?... Resignada, se apoyó sobre la mesa con el codo derecho, mientras sus dedos bailoteaban en sus carrilleras, y con la otra mano giraba, torcía, estrujaba y extendía una servilleta de papel.

Durante todo el día, Steffi no tuvo nada más interesante para hacer que mirar a Java dar indicaciones al personal doméstico y contemplar a los guardaespaldas de Marcos, apostados como militares, en diversas áreas del inmueble. Por ese día hasta se olvidó del gran riesgo que corría al ser descubierta cuando Marcos revisara las filmaciones grabadas por las cámaras de seguridad.

Cuando el reloj del vestíbulo se hizo sentir con las cuatro campanadas, Steffi subió a la alcoba. Estaba exhausta de no hacer nada, así que pensó en revisar sus pertenencias, entre las cuales se hallaba el diario de notas donde solía escribir sus memorias; después de todo, el ambiente era propicio para componer lírica o prosa: había silencio y era una tarde fría de otoño, recuerdos y sueños, así que, ¿por qué no dejar aflorar su vena literaria un poco?

Rota la barrera impuesta por la página en blanco, Steffi no dejó de deslizar

el bolígrafo sobre las líneas del cuaderno de notas. Se cuestionaba su destino y los paradigmas de la vida intentando encontrar respuestas acordes a su realidad. Meditaba sobre lo peligroso que podría ser permanecer bajo el techo de Pantani, al ser conocido el pasado de sus padres y, desgraciadamente, el suyo también. Se burló de sí misma, al comprender las razones por las que a veces actuaba a la defensiva. «Debe ser herencia —pensó—; la genética no se equivoca. Quizás pude ser líder de los Splash; claro, si no fuera tan insegura». La cerradura de la puerta emitió un ruido que la obligó a ponerse de pie; aprisa vio a través de las persianas y pudo notar la ausencia de la luz del día. Chasqueó los dientes mientras tapaba el bolígrafo. Había anochecido y ni siquiera se dio cuenta de ello. Tras el ruido de la cerradura, el chirrido de las bisagras oxidadas de la puerta la alertaron de la presencia de alguien. Se quejó sosteniendo aún el bolígrafo en sus manos, mientras clavaba su mirada en la profundidad de un par de ojos grises que brillaban incesantes.

—¡Y vuelve a la iglesia con el mismo pecado!, ¿es que a usted definitivamente no le enseñaron a tocar primero?

—Claro que sí. Esa es mi especialidad: tocar.

Steffi se intimidó con el sentido de aquellas palabras. Se sintió acosada. No se imaginaba esas manos sobre su cuerpo. Erguida frente a él, esquivó su mirada. Guardaba cierta intensidad que pensó en evadirla. Consciente de la incomodidad, recogió su cabellera con el bolígrafo, mostrando cierta dificultad al tener la capucha puesta, mientras lo miraba con desconfianza.

—Dejando atrás su superflua especialidad, ¿me puede decir a qué se debe su entrada a mi momentáneo espacio?

Marcos miró su reloj con cierta presunción.

—Prometí llevarte a pasear al caer la tarde, así que vamos, camina.

—A ver, ¿cómo debo interpretar esto?: ¿como una invitación o una orden tipo nazi, antes de ir a los campos de concentración?

—Alguien muy sabio dijo: «Las cosas serán vistas dependiendo del ángulo en que las enfoques» y, definitivamente, tú enfocas muy mal. Vamos, se nos hace tarde y hay mucho que ver y hacer. —Su ceja derecha se levantó

mientras guiñaba un ojo al compás seductor de sus labios. Steffi bajó la mirada, tomó el abrigo del sillón y se dejó conducir por los brazos de aquel hombre. Sentía como si estuviera camino al patíbulo y no entendía las razones de su desconfianza. Una vez en el piso de abajo, los siervos y hasta la nana percibían en ella cierto pánico, que se convirtió en objeto de burla. Debió ser su expresión corporal. La comisura de sus labios alargados hacia atrás y la tensión que sentía en los párpados inferiores; sus ojos grandes, de un negro opaco, tras una mirada sumisa, de seguro denotaban el temor a lo incierto. Su piel emanaba un frío ártico que erizaba los vellos. Marcos la rodeó con un brazo y la acercó a su cuerpo en cada paso, aún consciente de los gestos evasivos que hacía. Mantuvo las facciones inescrutables de siempre; incluso, al abrir la portezuela e indicarle el asiento delantero, no esbozó sonrisa alguna y su ceño lucía tan fruncido como cuando salía con sus damas de compañía. Le pareció extraño a su nana, quien ya se dibujaba otras esperanzas. Steffi los veía de reojo, casi con el rostro gacho, especialmente a Java, quien aleteaba su mano arrugada como un pañuelo, expeliendo una estela de despedida desde el umbral de la propiedad. Marcos dio la vuelta y abordó el puesto del conductor.

—Pensé que iríamos con su guardaespaldas...

—No es necesario, llevo mi propia arma. —Se levantó un poco la chaqueta para dejar ver la cacha de su arma. Entonces, guiñó de nuevo un ojo.

—¿Para dónde vamos? Habría sido agradable haber invitado a Java...

—Parece que temes permanecer a solas conmigo. —Encendió el motor, aceleró y se desplazó ágil a través del jardín hasta salir a la ruidosa y aglutinada calle—. Háblame de ti, niña.

—Tengo veintidós años, así que, por favor, no me llame niña...

Él la contempló: había un brillo seductor en esas pupilas grises que no podía disfrazar con distanciamientos éticos. Estaba cada vez más confundido: algo en Steffi comenzaba a despertar en él extrañas sensaciones; no eran sensaciones carnales, sino algo que salía de su esencia, atravesaba el alma y

el corazón de la misma manera. Pero, ¡basta!, no podía permitir ahondar más en él e involucrar sentimiento alguno; sus vivencias se lo impedían y, además, era aún muy pronto para exhibirse. Pero sí deseaba darle una lección, por curiosa.

—Así que tienes veintidós años; eres, entonces, toda una mujer. —Hizo cambios de velocidad en la palanca del deportivo, mientras le lanzaba otra mirada de esas que desestabilizaban—. ¿Sabes qué me encanta de las mujeres?

—No, ¿por qué he de saberlo?

—No sé, las mujeres tienen la capacidad de percibir las inclinaciones y los placeres de un hombre. —Ella enmudeció y se reclinó en el marco de la portezuela; él por fin sonrió.

Giró en un recodo que lo conducía a una carretera de piedra, rodeada de vegetación naranja, con neblina sobre ellos, y el cielo se ennegrecía cada vez más. El camino lucía desolado, lo que atemorizó aún más a Steffi, quien recordó sus palabras acerca de la herencia, a Java despidiéndose con el aleteo de sus manos blancas, la historia de los Pantani, el sobre de su padre... Todos los recuerdos conformaban el magma de su propio volcán y estaba a pocos segundos de hacer erupción.

—¿Cómo le fue hoy, señor Marcos? —preguntó en un intento vago por desviar su atención pero, sobre todo sus pensamientos. Psicología barata: una estrategia que le fue de mucha utilidad en otras ocasiones.

—Bien

—¿Por qué, señor, usted es tan callado, tan rígido, tan frío? —espetó molesta, vencida ante su hermetismo.

—No me digas «señor», con que me llames Marcos basta; después de todo, tengo ocho años más que tú. No es mucha diferencia.

—No me respondió...

Se estacionó al borde de la pavimentación. Había un terreno plano desde donde se podía contemplar un sendero a lo que parecían sembradíos; levantando la vista, el cielo lucía infinito, sin fronteras, y había neblina.

Debieron recorrer un largo trecho porque la noche se sentía pesada, abrigada en sus propios sonidos y escasamente se vislumbraba el titilar de alguna estrella. La luna estaba en cuarto menguante y se arropaba con la neblina. Sin tráfico. Sin edificios. Por un momento enmudecieron y se sumergieron en el más pesado de los silencios; él tamboreó sus dedos sobre el volante del auto y ella mantuvo baja la mirada.

—Vi el video de anoche en la oficina. —Steffi se estremeció por completo. Inquieta buscó una mejor posición en el asiento.

—Lo siento, señor Pantani, es que sentí mucha curiosidad por saber quién estaba y de qué hablaban. Era ya muy tarde. Me pareció extraño; creí que usted era de las personas que no recibía visitantes de noche... Java me comentó que usted es muy organizado y quise saber qué tan importante resultaba recibir a alguien a esa hora... Disculpe, no volverá a ocurrir.

—Sí, lo sé, especialmente porque dejaré atrás ese hábito. Java tiene razón: no es apropiado que percibas ese tipo de conductas inmorales.

—No, no se preocupe por mí; después de todo, soy solo un huésped. No intento molestarlo; además, mis patrones de conducta no cambiarán porque vea o no lo que vi.

Marcos se dio vuelta hacia ella, la miró por primera vez a los ojos y pudo escudriñar en ella mil temores, mil palabras que no supo leer; parpadeó y por un instante debió sentirse intimidada, porque se ruborizó. Él extendió su mano hacia su cabellera y deslizó con sutileza un mechón rizado que bailoteaba en una mejilla, pero al hacerlo Steffi se sobresaltó, sudó frío; su respiración se entrecortó y su corazón latió tan aprisa que pudo oírse en el silencio. Él jamás había estado cerca de alguien que albergase tantos temores. Le pareció morboso de su parte, pero no lo pudo evitar; algo en ella instaba su picardía masculina.

—¿Qué sitio es este? —indagó dubitativa la joven, pretendiendo desviar aquel intento de cercanía.

—Es mi refugio. Vengo a intimar con mi propio yo cuando lo necesito... Aquí libero mis culpas y preocupaciones. Es la primera vez que traigo a

alguien conmigo. No todas las personas tenemos la misma necesidad.

—¿Qué necesidad?

—La de escupir la sangre del alma; esa que nos carcome, que nos hiere por dentro y que nos hace arrogantes, esquivos, incrédulos de benevolencia en los demás.

—No siento necesitar eso.

—Es natural; esas sensaciones son propias de heridas que nunca admitimos. Generalmente, lo hacemos al final del camino, cuando la llaga se hace visible.

—No lo entiendo.

—... Quiero besarte, Steffi Mash.

Ella enmudeció: se petrificó. Permaneció atónita, perpleja; empezaba platicándole en parábolas y de repente fijaba sus ojos grises en ella, desestabilizándola; sus labios masculinos, de un rosa seductor, temblaban sedientos. Tuvo que reconocer que aquellos labios incitaban a ser rozados, pero reaccionó ante su verdadera realidad: los odiaba. Toda boca masculina le causaba repugnancia. Nadie la había besado; desde que se hizo mujer nunca se lo permitió a hombre alguno. Menos ahora; y a él, jamás. «Bueno, no quiere decir que lo hará», pensó. Steffi se convenció de ello, entrecruzó los delgados dedos y los apoyó en sus piernas; subió y bajó el rostro. Él se acercó a ella sin impedimento alguno y, con premura, reclinó el asiento hasta acoplar medio cuerpo a la grácil figura, mientras sus manos se expresaban por sí solas, como seres autómatas que merodeaban la tersa piel de su cuello a punto de detonar un millar de pulsaciones; los pulgares inquietos, pero precisos, vendaban sus ojos mientras sus labios amordazaban los suyos. Lamía, comía, devoraba la comisura de los mismos y se detenía con parsimonia en el pequeño arco de Cupido como si se tratase de un delicioso manjar de frutas. Se sorprendió al reconocer su dulzura y la sumisión ofrecida. La imaginó dominante, agresiva. Algo dentro de él fluyó estrepitoso al descubrir la tibia humedad de la concavidad de su boca y terminó estremeciéndolo. Sus movimientos partieron desde instintivos hasta

premeditados, como si la adrenalina ascendiera en niveles de alpinista haciendo que el corazón de quien yacía en sus brazos latiera desbocado. Olfateaba algo delicioso en su piel, al mismo tiempo en que ella vio cómo caían sus párpados en un profundo estupor. Los segundos jamás se mostraron tan eternos como aquel momento en que la besó con deleite. El tiempo le bastó hasta para acariciar su cabellera y cesó de golpe cuando el dorso de una de las robustas manos palpó con recelo el valle misterioso formado por sus bronceadas colinas. Sus ojos almendrados parecían dilatados. La oscuridad de sus pupilas lucía como dos agujeros negros, intensos, brillantes, vacíos, a punto de estallar... ¿Veía tristeza en ellos? ¿o miedo?... « ¡Soy un maldito canalla! ¿Cómo puedo besarla de esta forma sabiendo de sus traumas y temores?». Marcos Pantani no podía esperar menos de Steffi Mash. Su reacción más bien le pareció demasiado tardía. Un empujón suyo fue suficiente para quitárselo de encima. Él ahogó un suspiro de resignación, mientras intentaba domesticar los demonios lujuriosos que instaban poseerlo ante la criatura femenina más sublime y apetecible que hubiese conocido antes. Se ajustó el tiro del pantalón tras el chasqueo de su dentadura. Creyó maldecirla al verla apoyada en la parte exterior de la portezuela del auto. Renegaba de algo que el cristal le impedía escuchar: apenas tradujo un susurro, pero las facciones tensas expresaban su verdadero estado: estaba molesta, indignada... Por el rubor suave en sus mejillas podría creer que estaba avergonzada, también. Se limpió los labios con el dorso de la mano derecha, con un ademán de repugnancia que lo ofendió. «¿Tan mal estuvo? ¡Mierda! ¡Esto no volverá a ocurrir, Steffi Mash!».

Marcos descendió sin prisa del auto; no se acercó a ella, pero podía percibir su ceño aún fruncido. Se paró en jarra, junto a la carretera; luego metió las manos en los pantalones y se dirigió a ella.

—¿Lo ves? Te jactas de ser toda una mujer, pero todavía eres una joven inmadura. Ni siquiera sabes qué hacer ante una acción tan simple; mientras que, en mi caso, soy un hombre con experiencia...Soy más de lo que tú puedas imaginar, pero no te preocupes; que tu imaginación no se expanda al

espacio sideral, no pretendo acostarme con niñas, solo quería darte una lección... No quiero que intentes siquiera espiarme de nuevo. Saber mucho acerca de las intimidades de mi vida puede ser letal, desagradable. ¿Entendida la idea?... No te oigo —acotó al sentir un rotundo silencio.

—Bien, entendido —masculló mientras en su fuero interno lo maldijo.

Ese fue el primer paseo de Marcos Pantani con Steffi Mash. «Sí, por Dios, ¡qué paseo!».

Capítulo 11

LAS CLASES DEL SÉPTIMO ARTE

Steffi tardaría algunos días en reponerse de la impresión de aquel beso. Para el frívolo y superficial italiano, no parecía haber sucedido nada. Iba y venía de un lado a otro en la propiedad sin retractarse de lo ocurrido; a veces creía que padecía amnesia y deseó sufrir de lo mismo, porque para ella las escenas se repetían a cada momento. Se ruborizaba de tan solo escucharlo cerca y eso la irritaba más de lo normal. No podía explicarse las razones por las que le permitió llegar a ese extremo. Era intolerable. Llegó a la conclusión de que se estaba volviendo vulnerable y no se lo podía permitir. Marcos Pantani estaba dejando huellas en su vida y detestaba que así fuera. En las noches a solas en su habitación, cuando rezaba, pedía a Dios que ese hombre, a quien su padre habría otorgado su último deseo, no se convirtiese en otro Antoni Messi. Deseó no llegar a odiarlo. No podía odiarlo sabiendo lo importante que fue para su padre.

Aunque fuese extraño, algo ventajoso estaba surgiendo de ese beso y era que Marcos le estaba cediendo su propio espacio. Por fin podía respirar su propio aire. Él se ausentaba con frecuencia e incluso pasaba algunas noches en otras de sus propiedades con el pretexto laboral, según él, de que estaba en la culminación de un guion excelente que ameritaba tiempo. Mitchell se mostraba más amable. Empezó a conducirla hasta el estudio cinematográfico en donde él mismo la presentó ante el profesor de artes escénicas, que también era el instructor de idiomas. Se caracterizaba por ser un culto políglota. Su nombre: Víctor Vivaldi, italiano de alta estatura, manos grandes y rostro ovalado, cubierto por una elegante barba y un bigote que apenas dejaba ver la comisura de sus labios; su cabellera larga y castaña solía estar

atada por una cinta tras su ancha espalda. Robusto. Atractivo ante los ojos de cualquier mujer pero, para Steffi Mash, Víctor Vivaldi era solo una admirable institución. Le agradaba. No lo podía negar. Platicar con él en inglés la hacía sentirse en confianza a pesar de sus traumas fantasmagóricos; lo consideró un hombre capaz de enseñar muchas cosas. Era un hombre con historia. Su padre fue judío y sobreviviente de las masacres nazis en los campos de concentración; también vivió un año en Camboya para poder poner en escena una historia bélica. Era excéntrico y talentoso en escenografía; sabía captar emociones e impresiones. Conocía muchas naciones y se enriquecía de las culturas extranjeras. En edad, era tan joven como Marcos y tan experimentado como ninguno. Steffi se sintió a gusto desde el primer día: se esmeraba y le encantaba asistir a sus clases. Tal fue su adicción a la cátedra de Víctor Vivaldi que Marcos comenzó a vigilarla. La observaba y velaba por ella como si se tratase de una de sus empresas. Una tarde le preguntó a Mitchell sobre el número de veces en que la había dejado salir en compañía de Víctor Vivaldi y se molestó tanto al saber que fue en más de una ocasión que le ordenó conducirla él mismo hasta la propiedad e indicarle a Víctor Vivaldi que mantuviera la común distancia profesor-alumno que el método conductista le habría enseñado, que no buscara retomar métodos constructivistas o románticos con ella, al menos que deseara tener serios inconvenientes laborales. Esa conversación fue suficiente para que su fraterna comunicación con Steffi Mash se disipara.

Marcos, a pesar de sus múltiples ocupaciones diarias como presidente de Pantani Picture Films, conocía hasta el mínimo detalle de los movimientos de su huésped. Mientras, un abogado vinculado a su extinta familia se hacía cargo de los trámites concernientes a la posible herencia, que aún Steffi ni imaginaba cuantificar. También ella estaba dejando atrás su creencia de que Marcos tramaba asesinarla para así no tener +que traspasar ningún bien. Pensaba, dándose consuelo todas las mañanas, que si él la quisiera matar, no habría despertado ese día, aunque a veces surgía la posibilidad de que la estuviera envenenando, lentamente, con arsénico para que nadie lo

descubriera. Realmente era un hombre extraño... Pero con palabra porque, tal como lo prometió, no volvió a subir con damas de compañía a la habitación del tercer piso.

Una tarde, después de la jornada diaria, Marcos encontró a Steffi platicando con Vivaldi en uno de los pasillos de Pantani Picture Films. Vivaldi se estaba marchando y ella lo retenía con algún tema que no podía escuchar por el cristal de una de las divisiones. Marcos se sintió incómodo. No podía evitar mirarlos. Una parte de sí mismo se estremeció. Una leve punzada en su ingle le arrancó un gruñido que disimuló ante la mirada inquisidora de una de las secretarias. Se dio vuelta evitando fijarse en ellos, pero una ola de calor ascendió hasta su rostro y pudo sentir cómo se tensó, tras la exaltación incontrolable de una delicada línea verdusca que surcaba la piel de su frente. Una sudoración anómala y adversa a las condiciones climáticas de la oficina le hizo comprender que algo estaba ocurriendo en él. Brincaba la imagen de ambos en su memoria, mientras su íntimo y fiel miembro se hinchaba tras el lino de su pantalón. Parpadeó. Suspiró. ¿Cómo evitaba sentirse de esa manera? ¿Estaba sintiendo celos o, deseo por la hija de Andrés Mash? No. Intentó convencerse de que su molestia era una idiotez pasajera. «¿Qué se cree esta mujercita? ¿Acaso considera que puede verse en los pasillos de mi empresa con cualquiera? Falta que quiera salir a tomarse algo con Vivaldi. ¡Válgame Dios!, ¿qué será de esa mujer cuando conozca a Ferrer?». Apiló los documentos que llevaba dentro de una carpeta que luego dejó sobre el escritorio, tras ordenarle a una de las secretarias reorganizarlas, y salió hasta donde estaban ellos. No pudo evitarlo. Tenía que acercarse. Vivaldi se sorprendió al verlo llegar, pero logró ser efusivo en el estrechón de manos y en el fraterno abrazo. Era como si le estuviera diciendo: «Tranquilo, amigo, todo está bien».

Steffi, con las manos en los bolsillos traseros del pantalón, se bailoteaba hacia delante y hacia atrás apoyada, unas veces, en los dedos de los pies y otras, en el talón. Le sonreía. Aprisa le comentó lo mucho que admiraba a Víctor Vivaldi y no dudó en expresar lo alegre que se encontraba al participar

en sus clases.

—Debo contar con los mejores instructores para cumplir con mis exigencias, así que no es casualidad que Vivaldi trabaje para nosotros — expresó cortante, tras tomarla de un brazo y despedirse.

Llevaba más de dos semanas asistiendo a clases con Víctor Vivaldi y Marcos Pantani nunca se había tomado la delicadeza de esperarla a la salida para llevarla de regreso a la propiedad, lo que creaba cierta suspicacia en ella. Esa tarde se dirigieron al automóvil. De nuevo conduciría él y ella sería su copiloto. Se inquietó al instante. No le resultaba grato tener que subir al auto en su compañía, no después de aquel beso. No estaba dispuesta a exponerse de nuevo a sus groserías; además, todo él expelía lujuria y eso le aterraba.

—¿Por qué no regresó a casa con Mitchell? No debería preocuparse por mí, usted debe tener otros asuntos que atender.

—En lo absoluto; además, Mitchell está resolviendo un asunto fuera de la ciudad...

La tomó de una mano y la condujo hasta el asiento del Audi *TT*; abrió la portezuela y aguardó a que subiera. Le pareció cortés. Se estaba comportando como el caballero que solía ser con chicas de su estatus social. De eso estuvo segura, pero le incomodó no saber las razones de su cambio de conducta. Al reclinarsse en el asiento de cuero del Audi, parpadeó y se abrazó a sí misma. Por un instante, pudo sentir sus mejillas acaloradas. Él se percató del ligero rubor en ellas. La contempló hasta que su raciocinio le indicó que debía encender el motor del auto. Antes desconectó lo que creyó era la computadora de viaje. Encendió la radio, pero la apagó al instante; ni siquiera le dio oportunidad a la primera emisora. «¿Aún recuerda aquel simple beso? ¡Qué tonta!... Sí —se dijo a sí mismo—, todavía debe recordarlo porque luce tensa», pensaba mientras sonreía ante el retrovisor.

—No imaginé cuánto te iba a placer asistir al seminario de cine. Ni que te gustarían tanto las puestas en escena... Estoy terminando el guion de una película basada en la antigua Roma e iré a visitar algunos lugares históricos; si te parece, podrías acompañarme.

—No. —Se precipitó impulsada por la desagradable experiencia que tuvo en su primer paseo. Él pudo leer de nuevo un puzle de temores tras la iris de sus ojos. Sus piernas se reclinaron a un costado de la portezuela y las manos rozaban el *jean* sobre los muslos bastante definidos y voluptuosos, según su criterio. La comisura de sus labios resaltaba tras el brillo del labial y el roce nervioso de un labio con el otro le pareció apetecible—. Gracias, es usted muy amable, pero no deseo incomodarlo. —Intentó ser enfática.

Marcos comprendió aquella reacción al recordar lo que su padrino le había relatado, así que se excusó con una sonrisa pícaro sin descuidar su vista de la carretera.

—No te irrespetaré. No puedo hacerlo, Steffi. Lo prometo. Lo que pasó días atrás lo hice con alevosía y premeditación. Besarte era la mejor manera de corregirte. No volverá a ocurrir.

Steffi calló mientras clavaba la mirada en la vía transitada.

—Necesito ponerte al tanto de la llegada de Vicente Ferrer. Es mi socio. Compartimos la gerencia de Pantani Picture Films; es también mi amigo pero, considerando tu amplio rango de vulnerabilidad y tu facilidad para ser besada, debo advertirte de sus habilidades de *gigolo*.

—¿Me está ofendiendo o no se ha dado cuenta? ¿Es que usted cree que soy una mujerzuela? Usted tuvo suerte de quedar con vida. No entiendo qué paso conmigo. No suelo permitir que me irrespeten como usted lo hizo.

—Me da gusto saberlo. No puedo permitir que proyectes una imagen errada de las mujeres de nuestra familia.

—¡Por Dios! ¿Usted es un completo imbécil y no lo sabe? Usted no es quien me impartirá clases de moral.

—Sinceramente, no es mi especialidad. —Sonrió con malicia tras obsequiarle un guiño— Prefiero impartir otro tipo de clases.

Hizo cambio de velocidades, tras acariciar la cúspide de la pequeña palanca, se lamió con alevosía sus labios y tras ello, giró el volante en una intersección.

El gesto seductor de Marcos Pantani creaba en ella una extraña sacudida

que no sabía explicarse con lógica ni razón. En otro individuo le habría parecido grotesco, repugnante y, probablemente, hubiese roto algunos de sus dientes con uno de sus golpes de arco de mano o con cualquier otra técnica de mano y puño que tan bien había aprendido de su padre. No podía entender el porqué de su actual vulnerabilidad. «¿Estaba Pantani en lo correcto? ¿Se estaba volviendo dócil, vulnerable? ¡Por Dios!... Estaba en lo correcto». Llevaba más de quince días en su propiedad y ni siquiera pensó en recuperar sus documentos y dinero para poder marcharse. Se estaba conformando. ¿Eran todas esas comodidades las que la estaban alejando de su realidad? Meditó en el asunto. «¿Qué le estaba ocurriendo?».

Capítulo 12

EL REGRESO DE VICENTE FERRER

22 de noviembre del 2001

Marcos se asoció con Vicente Ferrer para crear una de las empresas cinematográficas más sólidas de Italia. Fue una simbiosis perfecta: se lanzaron en un sueño y lo lograron.

Estuvo ausente durante un mes disfrutando de unas merecidas vacaciones en Canadá, su país predilecto para disfrutar de los deportes invernales.

Resultaba fácil saber si estaba o no en la casa cinematográfica por su carácter alegre y su extremo poder de seducción. No existía chica en la empresa que no hubiese cedido a sus placeres y esto era lo que preocupaba a Marcos. Temía que su socio y amigo de tantos años terminara llevándose a la cama a quien debería ser su protegida o, según la aspiración de su propio padrino, su esposa.

¿Cómo podría explicarle a Vicente Ferrer que Steffi Mash era algo así como su prometida? Si conocía con exactitud su doctrina de vida y la tendencia libertina de la que se jactaba de ser el rey. Le había escuchado decir infinidad de veces lo distante que estaba de un compromiso y lo mucho que disfrutaba las mujeres de turno... ¡Vaya! ¡Debía marcar su territorio! De eso estaba seguro. De lo contrario él lo haría. Formaba parte de su estilo de vida. Lo consideraba un adicto a las mujeres. Irónicamente él también, pero solía ser más meticuloso y selectivo. Marcos pensó en mantenerla muy cerca. Debía vigilarla con mayor énfasis. Sabía, además, de sus intenciones de obtener un empleo e, incluso, de la vaga posibilidad de renunciar a la herencia económica de la que tanto le platicaba. Intenciones que terminaban confundándolo. «¿Estaba delirando esa mujer? ¿Estaba cumpliendo,

realmente, con el último deseo de su padre de entregarle el fulano sobre? ¿O era una experta en farsas?... Pero, si así fuese, ¿quién podría rechazar una herencia como la de los Mash? ¡Al menos que cuente con alguien quien pueda respaldarla económicamente en Nueva York!...». Para él existía la posibilidad de que su padrino estuviese equivocado y su hija no fuese tan indefensa como lo creía.

Su nana lo cuestionaba a diario. Cada vez era más exigente en su trato para con ella.

—Debes velar por Steffi —le ordenaba—. Recuerda que es la hija de tu padrino y merece que la trates como es debido. Este es su hogar y debes demostrárselo; esa pobre niña no puede estar pensando en regresar a América. ¿Qué hará allá? ¡No quiero ni imaginar la vida que le espera sin Andrés!

—Nana, no puedo decidir su destino. Es ella quien lo hará; además, Steffi no forma parte de este mundo... No merece esconderse y vivir como he vivido toda mi vida.

—Los tiempos han cambiado. Las guerras entre familia no existen. Han quedado en el pasado.

—Sabes que no es cierto. Mientras exista un Bersabeth vivo, nada habrá acabado... Además, es una desconocida. No sabemos quién es Steffi Mash en el fondo. ¿No te asusta eso?

La anciana no evitó reírse a carcajadas y terminó apretándole las mejillas a su criado.

—Por favor, hijo, ¿asustarme esa jovencita? ¡Por Dios, lo que necesita es que la protejan, no que le teman! Y creo que tú lo sabes. Sabes mucho más de lo que nos haces creer. Anda, hijo, ¿cuándo me dirás qué dijo Andrés Mash en esa carta?

—Cuando esté preparado, Java. Ya llegará el momento.

Al día siguiente, Marcos Pantani citó a Steffi Mash en su despacho. Fue a

primeras horas de la mañana, así que solo podía ser por una razón. La ansiada y esperada razón. Se alegró al convencerse de que el momento de marcharse había llegado. Ansiaba poder recuperar su dinero, pasaporte y demás documentos. Al entrar al despacho, se sorprendió de la amplia luminiscencia. Podía observar detalles de otra época que a su llegada no había podido ver. El lugar lucía sobrio. Histórico. Cada pieza albergaba el pasado de su familia.

Al recibirla le ordenó tomar asiento frente al escritorio, mientras él hojeaba un par de folios.

Evitó fijarse en él. Su rostro la intimidaba y, sin proponérselo, sus piernas temblaban mientras su cuerpo traicionero permitía humedad tras sus braguetas. Nunca había sentido tanta osadía corporal. Tras aquel beso, su sistema endocrino experimentaba cambios... «¿Lo deseo? ¡Maldita sea, lo deseo como hombre!» Steffi no lo podía creer. Desde ese momento se convenció de necesitar asistencia psiquiátrica. No. Sacerdotal. «¡Necesito de un exorcismo!», se decía a sí misma. Le parecía absurdo sentir tantas incongruencias entre su cuerpo y su mente cada vez que lo veía pasar o lo recordaba. Steffi Mash repudiaba a los hombres y no se explicaba las razones por las que con él todo era tan diferente. Sus senos se endurecían con tan solo pensarlo y hasta imágenes eróticas junto a él la torturaban. Definitivamente algo no estaba bien con ella. ¿Cómo podía sentir deseo después de todo lo vivido? Marcos Pantani no era agradable al trato, su ceño fruncido formaba parte de él y, aunque era bastante atractivo, su cercanía no le resultaba grata. ¡Necesitaba distancia! Deseaba marcharse lo más pronto posible a Nueva York y ese momento parecía haber llegado.

Tras releer el folio, lo reorganizó y guardó en el interior de una de las gavetas. Apoyó los codos sobre el escritorio al expeler un suspiro. Lucía exhausto, como si la noche hubiese sido insuficiente. Cruzó los dedos y por fin habló.

—A partir de hoy serás mi asistente en la oficina.

Sus almendrados ojos brillaron de desconcierto, mientras enmudecía. Se

movió buscando una mejor postura en el sillón de estructura de madera y bronce.

—No entiendo. Yo pensé que me entregaría mis documentos, mi dinero... Pensé que era hora de marcharme. No entiendo, de verdad, señor Marcos, no entiendo nada.

—Lo siento, creo que te comenté lo difícil que resultaba solventar algunas cosas de las solicitadas por mi padrino, así que requeriremos de cierto tiempo; mientras tanto, considero que mereces hacer tu vida, emplearte, estudiar; no sé, pasear en ocasiones, distraerte.

—No he venido a hacer turismo. Usted lo sabe. Además, yo ya estudie, soy profesional en Estados Unidos. ¡Diablos! Solo vine a entregar ese miserable sobre. Ahora deseo mi antigua vida, mi libertad, mi espacio: deseo poder regresar.

—Steffi, este es tu hogar, tu tierra, tus raíces: todo está aquí. No comprendo tu deseo de marcharte a un país que no te ha dado nada.

—Y yo no comprendo su interés en que no me marche.

—Ninguno. Solo es cuestión de tiempo para resolver la entrega de lo solicitado por Andrés Mash... Anda, no es nada difícil ser mi asistente. Necesito que me colabores en algunas actividades. Eso sí, deberás vestir formalmente. Un poco de falda y tacón alto no te caerá mal. Java puede ayudarte un poco.

—Gracias, pero dado ese caso, usted podría devolverme mi dinero y mis documentos, así rentaría un departamento y le evitaría molestias. Buscaría algún empleo y esperaría con tranquilidad el tiempo que usted desee.

—¿Y qué tipo de empleo preferirías? ¿El de mesonera? ¡Claro! Como ya tienes experiencia, te sería mucho más fácil que el de secretaria, ¿cierto?

Steffi cerró los puños de la mano al instante en que, sentada aún, balanceaba su pecho hacia adelante. Pensó en ponerse de pie, pero algo la detuvo; por sus facciones estaba seguro de que intentaba lanzársele encima, pero en su interior una parte de sí misma apostaba al raciocinio. Tras una fuerte expiración, pretendía alegar algo en su defensa, pero Marcos no se lo

permitió.

—¡Una hija de Andrés Mash jamás se habría metido a trabajar en un lugar como en el que tú estuviste!

—¡Jamás hubiese tenido que entrar allí si usted no me hubiese robado mi dinero y documentos de viaje! —vociferó poniéndose de pie tras golpear con el puño cerrado el madero del escritorio—. ¡Yo no pedí venir hasta su propiedad! ¡Esta fue la decisión de mi padre, no la mía! —Tras el silencio sepulcral de su anfitrión, sus ojos negros brillaron con tal ímpetu que hizo sacudir cada uno de los huesos de quien, sentado a su frente, estrujaba la dentadura como quien amordaza una respuesta inadecuada. De nuevo, ella vio palpar esa vena tras la piel blanca y lozana de su grueso cuello. Un tallo tenso, rígido que sostenía la cabeza de adonis que tanto deseaba golpear. Molesta, pasó la delgada y grácil mano por la cabellera haciendo que una gran parte de su volumen castaño cobrizo cayera tras el lóbulo de su oreja; fue cuando Marcos clavó por vez primera su intensa mirada en esa parte de su cuerpo. Una bella nota musical colgaba de la parte superior de su cuello, con un pendiente diminuto en forma acorazonada con piedra purpura. El lóbulo de su oreja lucía más claro y descompaginaba mágicamente con el ligero bronceado de su tez. Sonrosado, lo imaginó entre sus labios. Su lengua lamiendo sus contornos, socavando su oído; el calor frenético de la humedad de sus labios, mientras ella, inmersa en gemidos, concedía paso a sus gruesas manos bajo el cierre de su pantalón. Pronto, despertó reprendiéndose de los estragos que su mente estaba causando en él. Estaba fuera de lugar. Lo supo por su exaltación y por volver su vista a la figura de esa mujer, decidida a finiquitar todo vínculo con los Pantani. Parpadeó, como si con ello volviese a la realidad, extendió sus manos y calmó su tensión con la rigidez del bolígrafo de plata, que aguardaba a ser usado.

—Pantani, es mejor que dejemos esto hasta aquí. Devuélvame lo que es mío y me iré sin crearle problemas.

—No puedo dejarte ir. Entiéndeme, Steffi, no puedo dejarte ir. No en tanto encuentre una solución a este asunto. Verás, es cuestión de palabra, de

respeto a la memoria de tu padre.

—¿Mi padre? Si tuviera usted el mínimo respeto por mi padre, no me retendría de esta forma.

No pudo decir palabra alguna. Verla darse vuelta con las facciones compactas expresando su inconformidad por la propuesta resultó ser una exposición dolorosa.

Nunca imaginó que una propuesta de empleo pudiese exasperarla tanto. «¿Era tan desagradable ser su asistente?». Comprendía y reconocía su pésimo carácter, hasta su hostilidad ante el nivel de exigencias, pero jamás pensó que podría crear efectos semejantes, y mucho menos en una mujer. «Steffi Mash me descontrola por completo. Primero hace despertar mi libido y luego enciende mi cólera. ¡Lo mejor es mandar de regreso a esta mujer a su desgraciada Nueva York!», pensó.

Steffi estuvo a punto de cruzar el umbral del despacho, cuando Marcos Pantani la detuvo con ese tono tan dictatorial, propio de él.

—Steffi Mash, no te he dicho que te retires. Debemos resolver este asunto ahora mismo. Nos guste o no.

—¿Servirá de algo? ¡Por supuesto!... Será mejor que conversemos si no deseo terminar esposada a una de las ventanas del tercer piso.

Sereno y meticuloso en lo que diría, esperó a que retomara asiento. Allí, frente a él. En el asiento acolchado, con estructura de madera y bronce, que empezó a envidiar al poder sentir, sin compromiso, el tacto de su silueta y la redondez de sus glúteos tras los ajustados *jean*.

—Steffi Mash, el empleo que te ofrezco te será bien remunerado, te doy mi palabra. Además, será simple; bastará con que seas observadora, atenta y eficiente en cumplir mis órdenes...Contigo seré flexible.

—¿Flexible? —se mofó de él, con un giro brusco de los ojos. Su ademán, cargado de ironía, lo irritó.

—¡Maldita seas, mujer! ¿Qué te hace creer que deseo retenerte? ¿Crees acaso que me es agradable perder mi tiempo en reuniones contigo? Si es así, estás equivocada. No me agradas, Steffi, en lo absoluto; y deseo poder

obtener la fuerza y determinación que necesito para cumplir con el último deseo de Andrés Mash y poner punto final a todo este absurdo.

Su rostro empalideció ante la sorpresa que había producido en ella esas palabras. Imaginó que Steffi preferiría continuar creyendo que ella o algo de su cuerpo resultaba codiciado por él. «No debe ser fácil asimilar que es desagradable residir con ella, pero debí decírselo. Esa mujer necesita que la pongan en su lugar y quizás así me saco de la cabeza ese deseo enfermizo por ella; después de todo, ¡mujeres son las que me sobran!».

—Lo sé. No es necesario que lo enfatice. Siento el mismo o más desagrado que usted, pero suelo contar con más tacto, señor Pantani. —Un profundo suspiro al compás de sus manos sobre sus piernas pareció fortalecerla—. Entonces, si acepto su empleo, señor Pantani, ¿en cuánto tiempo podríamos resolver este asunto? ¡Ah! otro detalle muy importante: ¿me devolverá mis cosas? Porque si voy a ser su asistente y me va a tener tan cerca de usted, no debe haber impedimento para que me regrese mi dinero y documentos, ¿no lo cree?

—No confié en ti, Steffi. Cuando pueda hacerlo te los regreso. Por dinero no deberías preocuparte: en casa no te faltará nada y esta tarde te haré llegar una de mis tarjetas para que satisfagas tus gustos.

—No, eso sí que no. No estoy acostumbrada a que cualquier hombre cubra mis gastos o gustos, así que si acepto dinero, es porque forma parte de los cinco mil que me ha quitado.

—Cinco mil trescientos cincuenta y dos dólares, Steffi. Eso es lo que tomé de tu cartera. Y está bien, lo acepto: dispondrás del dinero de mi tarjeta como parte tuya, pero lo que no acepto es que me consideres como *un cualquier hombre*. Soy Marcos Pantani, ahijado de Andrés Mash, y tienes mucha suerte al permitirte ofenderme tantas veces sin que te dé tu merecido.

—¿Ah, sí? ¡Que suertuda!, ¿no? ¿Y usted cree que soy una inútil o qué? ¡Sé usar los puños mejor que usted, se lo aseguro!

—¡Por Dios, mujer! ¿Todo lo arreglas con puños? ¿En qué te convirtió mi

padrino: en una boxeadora o en una pandillera neoyorquina? Mírate. ¡Mira tus curvas, mujer! Hazle honor a lo que eres y deja esa tosquedad. Si vas a hacer mi asistente, necesito ver ese lado femenino tuyo. Nada de *jean* ni botas deportivas, ni esa cola de caballo tan informal... Me encantaría darle su merecido, pero a la mujer que llevas dentro —se reprendió así mismo, mordiendo sus labios; aprisa se retractó al ver un mapa de perplejidad en ella—. ¡Estoy bromeando, Steffi! ¡Por favor, eres la hija de mi padrino! ¿Qué crees que deba hacer? Anda, ve con Java y prepárate para tu primer día. Tienes una hora para que salgamos.

Su silencio resultó indescifrable. Asentó la cabeza para despedirse mientras se impulsaba apoyando las manos en los brazos de bronce y madera del sillón, mientras él se reacomodaba en el confort de su sillón de cuero. Sus pasos se ahogaban en la espesura de la alfombra y, al rozar la cerámica del pasillo, se disipó en un eco el golpeteo presuroso de su calzado deportivo.

Contaba con una hora para que Steffi se preparara y no terminaba de convencerse de lo que hacía. Nunca había permanecido tanto tiempo con una mujer y sabía que una propuesta como la suya representaba la entrada a un túnel sin salida. Una hora más tarde, Steffi se acercó al pasillo junto a la sala principal. Vestía pantalón de lino azul marino, ceñido a su silueta y con ciertos pliegues holgados en el contorno de las piernas. La blusa blanca con cuello en forma de uve y botones plateados inmersos en un encaje de algodón le proporcionaba elegancia, aunque Marcos observó en su atuendo un estilo muy simple. Pensó en lo importante de adquirir algunos diseños sofisticados y acordes al cargo ofrecido. Alcanzó a murmurar una plegaria, implorándole ayuda a Versace o a Dolce&Gabbana. Con excepción de su atuendo, no podía negarse a contemplarla un poco más. El calzado que lucía la puso a su misma estatura y, al rozar sus hombros, una sensación eléctrica lo hizo estremecerse, mientras las hebras húmedas de su cabellera esparcían una delicada estela de fragancias frutales que resucitó sus fosas nasales. La cinta púrpura con la que dispuso un cintillo no representó el último *boom* en peinados, pero realzó en ella un semblante angelical que despertó en él todos sus demonios. Marcos

Pantani se estaba condenando a muerte. Ella sería su perdición. Lo sabía. Esa mujer olía a lujuria. Olía a Pasión. Olía a dulces frutas de las primaveras. No se explicaba las razones ni por qué despertaba en él múltiples deseos cuando ella ni siquiera volteaba a verlo. Parecía de piedra. No conversaban de temas personales y casi siempre se concentraban en plazos de entrega y posibilidades de viajes a Nueva York. Por un instante, al sentirla tan cerca, se reprochó la propuesta que acababa de hacerle. ¿Qué le importaba a él si caía o no en las redes del *gigolo* de Vicente Ferrer? Después de todo, Steffi era una desconocida a quien su padrino impuso. No la veía desde su infancia y admitió renegar de la decisión de su padrino. «¡Por Dios! También soy un desconocido para su hija, ¿cómo pudo pedirme algo así? ¿Cómo pudo entregarle su más grande tesoro a él? A él, un libertino sin fronteras».

Más tarde ambos caminaban juntos hasta otro de los automóviles del productor de cine; esta vez conducía un Mercedes Benz convertible que le pareció demasiado ostentoso pero más formal que el Audi TT. La tapicería lucía tan inmaculada que temió sentarse en ella; quizás sus tacones podrían dejar manchas en él. No deseó imaginar lo que el exigente de Marcos Pantani diría. Además de boxeadora y pandillera, ¿de qué otra forma podría llamarla? Chasqueó los labios, al instante en que miraba al lado contrario de Marcos, tras buscar el mejor acomodo en el único lugar asignado. «¡Mierda! ¿Con dos asientos a dónde podría escapar?». Resignada a su compañía, intentó relajarse con los paisajes urbanos. Y realmente Roma comenzó a encantarle. Pantani parecía conocer cada esquina y calle de la ciudad, porque pudo transitarla con prudencia, mientras evitaba los sitios viales más congestionados. Una vez en la casa cinematográfica, Steffi respiró profundo y al cruzar el umbral comenzó a sentirse más segura, sin imaginar siquiera que ese día conocería al famoso amigo de Marcos, el *gigolo* de Vicente Ferrer. No tuvo que esperar mucho tiempo porque minutos después de su llegada el mencionado personaje se presentó con una zalamería extravagante y merecedora de uno de los puños de Steffi Mash...

Marcos sintió cierta complacencia al enterarse de las ínfimas habilidades

adaptadas a las relaciones públicas de su nueva asistente. En el plano laboral, lo hubiese repudiado pero, ante Vicente Ferrer, era su mejor atributo.

Capítulo 13

EL PRIMER DÍA COMO ASISTENTE

Viernes 23 de noviembre del 2001

El primer día de trabajo junto a Marcos Pantani no podía ser más estresante. La presión se colaba hasta por las paredes. No le resultó fácil comprender la manera en que apilaba docenas de manuscritos de guiones producidos y otros proyectos de producción; mucho menos adivinar el orden dado a su ajetreada agenda. Era una locura ser su asistente. Debería ser algo así como su mano derecha. No. Su sombra. ¡Absurdo! Hasta debía priorizar sus citas con las damas de compañía. Definitivamente, era un trabajo extenuante y de mucho riesgo. No entendía cómo le permitía estar tan cerca de él si antes le había advertido de los peligros de conocer demasiado sus intimidades. Recuerda que le dijo algo así como que podría ser letal. Y no se explicaba por qué. La señorita Whilcom se encargó de instruirla en otras de sus tantas actividades y, aunque le parecía demasiado exuberante para ese cargo, cada vez que se fijaba en ella detallaba su eficacia y seguridad en su desempeño. No podía negarlo. La admiraba. Era la primera vez que veía tanta productividad en una mujer bonita. Sus largas piernas esbeltas se vestían con pantis color piel que, bajo el corte de la falda ejecutiva, le daba un toque de sensualidad que llegó a envidiar. Admitía que, aunque antes vistió de faldas y tacón, no llegó a sentirse jamás sensual o atractiva, por lo menos en el sentido de su propia definición. Y mucho menos segura de sí misma; claro, con excepción de sus días de desempeño en el taller mecánico. Allí no podía dudar aunque tuviera docenas de ojos evaluando su trabajo. Debía sentirse segura. Una pieza mecánica instalada con negligencia podría acabar con la vida de alguien y eso jamás se lo permitiría. Manejar la

máquina de copiado fue una de las actividades más simples, pero hacerlo sabiendo que Marcos Pantani la observaba la convirtió en la más compleja de todas. ¡La desgraciada máquina estaba diagonal a su escritorio!, en una esquina bordeada por un estante de dos gavetas, en donde la señora del mantenimiento trataba de mantener en orden un par de floreros con rosas amarillas y desde donde podía sentir sus miradas como pesadas vigas en sus hombros. Cerraba los ojos por momentos, oprimía la pantalla táctil para el encendido y la programación del número de copiado e intentaba imaginarse en un trabajo mecánico; quizás podría bloquearse por completo e ignorar esos penetrantes ojos grises que sabía estaban sobre ella. Trataba de bloquear sus inseguridades cuando retrocedió más de lo debido y con su cadera golpeó la gaveta, lo que llevó al piso uno de los floreros. Sorprendida por su torpeza, giró sobre sí misma y, con el pulso de su mano agitada, dejó caer la carpeta y los papeles que debía reproducir. Nerviosa se agachó a recoger los que habían caído, pero al hacerlo movió la reglilla de la máquina y, tras emitir un chasquido, advirtió que estuvo a punto de romperla. Se puso de pie con más cuidado. Cerró los ojos almendrados, posando una mano sobre su frente como si se tratara de una visera. Respiró hondo e ignoró a Marcos, quien la miraba sin recato alguno.

Pensaba en ella y sintió tristeza. «Tan joven y tan hermosa, pero recargada de inseguridades. Al principio podía verse segura, sagaz, atrevida, pero tras observarla cualquiera podría reconocer sus miedos».

—Ese espacio es muy reducido para las reproducciones. Creo que es hora de ampliarlo. Si necesitas ayuda, puedo llamar a alguien.

Escucharlo la trajo a la tierra de nuevo. Suspiró. Se excusó. No supo cómo pudo hacerlo, pero se excusó. Quizás escuchar su voz, sin reproches ante su torpeza, la motivó.

—Me gustaría tomar una taza de capuchino. ¿Por qué no vas por un par de tazas? Nos caería bien relajarnos un poco.

—Gracias, señor Marcos... Traeré la suya enseguida.

—Trae dos, Steffi —ordenó.

Dejó lo que tenía en sus manos y recogió de la mejor forma todo lo arrojado al piso, antes de salir de su oficina. Él clavó la mirada en ella hasta que dobló al final del pasillo.

Se sintió culpable al traerla a su oficina. Quizás estaría más segura en su propiedad. Steffi se estaba comportando extraño: hace un momento, delante de Ferrer, era un muro infranqueable, pero junto a él era una capa débil de neblina. La imaginó en las garras de Ferrer y se inquietó. No podía permitir que su mejor amigo la persuadiera hasta llevársela a la cama para formar parte de su colección. Su padrino no se lo perdonaría. De repente algo invadió su mente. Fue una idea. Vacía, sin forma, pero una idea a la que podría darle forma y sentido. Su padrino le confió a Steffi ante su deseo de garantizarle seguridad y protección a su hija. Tal vez... Si él lograra conseguir al hombre capaz de proporcionarle esa seguridad y esa protección; alguien que pudiese importarle como mujer y —por qué no— hasta llegar a amarla como lo deseaba su padrino, quizás así podría darle descanso eterno y él podría librarse de responsabilidades con ella. Steffi no era su tipo de mujer; además, no estaba en sus planes unirse a alguna. Volvió a pensarlo y estaba vez lo consideró con más seriedad. No había nada malo en ello. Hasta hace poco, en el siglo xx, todavía existían familias que comprometían a sus mujeres con el mejor candidato... Cualquiera otra opción resultaba más sabia que terminar dañándola entre sus brazos.

Steffi se desvió hasta las salas sanitarias. Necesitaba calmarse. No podía seguir comportándose como una estúpida. ¿Qué impresión le estaba dando al prepotente de Marcos? Cerró la puerta recostándose en ella, mientras se pasaba una mano por la frente. Parpadeó diciéndose a sí misma lo torpe que estaba siendo. Estaba segura de que si seguía así, lo único que iba a ganar era una orden de despido. Pausada, se lavó las manos con intenciones de quitar restos del tóner de la desgraciada máquina y tras ello se lamió los labios frente al espejo, removiendo la intensidad del brillo de su labial.

Se ajustó la blusa y salió en busca de esas tazas de capuchino. Solo esperaba que la máquina no confabulara también en su contra. Por suerte

alguien se encargaba de servir las órdenes de café, así que solo tuvo que pedir las. Ya de regreso a la oficina, caminó despacio para evitar derramar la espumosa bebida. Entró y colocó la pequeña bandeja con las dos tazas sobre el escritorio. Acercó la de él y pretendió retirarse con la suya, pero tras una mirada fija, lo escuchó.

—¿A dónde vas, Steffi? Creo que te dije que nos caería bien relajarnos un poco.

—Gracias, señor Marcos, pero no veo conveniente...

—¿Qué no ves conveniente? ¿Sentarte acá conmigo a beberte una taza de café? Anda, Steffi, siéntate, pero antes cierra la puerta, por favor.

«Cerrar la puerta. ¡Por Dios!». Le aterraba la idea de estar a puertas cerradas con ese hombre, pero recapacitó y debía ser más racional. Si iba a ser su asistente, eso debería ser muy normal. Se puso de pie y la cerró. Él le ofreció la silla con un movimiento de su mano indicándoselo. Luego llevó la taza hasta sus labios y le dio un gran sorbo.

Su mirada parecía fija en su taza, pero el hermetismo de sus facciones se clavaba en ella.

—¿Qué te pareció Ferrer?

—Un pesado.

Se sonrió antes de darle otro sorbo a su taza.

—Suele ser persistente. Es como un cazador: acecha hasta que toma a su presa.

—No soy la presa de nadie, señor Marcos.

—¿Quieres dejar de usar los términos de cortesía conmigo?

Steffi dejó la taza de capuchino al mismo momento que él. Cerca una de la otra. Por un momento se quedó absorta en la profundidad de esas pupilas y pudo sentir cómo el dedo índice de él se dejaba estirar hasta rozar el dorso de su mano. Una sacudida eléctrica volvió a hacerse sentir trayéndola al mundo real. Se puso de pie, recogiendo ambas tazas de café.

—Gracias por el descanso..., Marcos.

Él no contestó. Debió ser él quien diera las gracias, pero su rostro fruncido no permitía liberar palabras. Sus ojos brillaban tras asentar con una leve inclinación de su rostro.

—Olvida las reproducciones. Le diré a la señorita Whilcom que delegue esas funciones en otro. Prefiero que me asistas con la organización de la oficina.

Steffi asentó con la cabeza y se dispuso a ello cuando de repente alguien abrió la puerta de par a par. «Esa voz», pensó, era la misma voz que se escabullía desde el tercer piso de la propiedad Pantani aquella noche de su regreso, cuando su curiosidad pudo más que la razón. No había duda: era la señorita Margaret Fischer. Su acento alemán la distinguía a cien kilómetros a la redonda, además de los ademanes exagerados de sus manos repletas de anillos y pulseras. Sin excusarse siguió de largo hasta donde estaba Marcos Pantani. Se inclinó tomándolo del nudo de su corbata y de un jalón puso sus labios sobre los acorazados de ella. Steffi hubiera preferido no ver tan denigrante escena. «Putá elegante», pensó y quiso bofetearla cuando, con un gesto despectivo, le cuestionaba su asistencia en la oficina; a lo que él solo informó sobre su nuevo cargo.

—Veo que estás perdiendo tu capacidad de selección de personal, querido. —«¡Uy! ¡La mato!», pensó Steffi. Sabía que se refería a ella, pero lo mejor era fingir que no había escuchado nada. Por su propio bien y el de la petulante alemana.

—¿Qué haces aquí, Margaret? Sabes que no me gusta que vengas a mi oficina sin previo aviso.

—¡Por favor, Marquitos! ¿Tú crees que después de tantas cosas entre nosotros voy a abstenerme de verte? En lo absoluto, amor. Además, estoy azorada, perturbada, confundida; no puedo creer que lleves tantos días sin llamarme.

Steffi pidió permiso para retirarse y lo hizo ignorando a la que suponía sería la mujercita de Marcos. Era despampanante. Bella. Artificial, pero muy bella. Felicitaría al cirujano. Y entendió por qué su anfitrión y jefe podía estar

prendado de una mujer como ella.

...Hizo bien en salir de la oficina. No le hubiese gustado presenciar lo que esa mujercita era capaz de hacer con su semental. Pero, ¿le importaba acaso lo que ambos hicieran? ¡Qué le iba a importar! Ellos eran tal para cual, así que empalmarían perfectos. «¿Y si él la besaba? ¡Dios!... ¿La besaré así como me besó en el auto? ...No la culpo».

Estaba en la oficina continua cuando Vicente Ferrer se acercó a ella. Su presencia la molestaba. La humildad, muy a su pesar, no le había sido proporcionada al nacer y, para ella, ese atributo lo necesitaba con urgencia. Apenas se habían conocido y ya había ostentado todas sus posesiones y roles. En cuanto a su físico, no podía negárselo: conservaba cierta belleza que, ante los ojos de cualquier mujer que no fuera ella, representaba un arma superpoderosa.

Tal como le había advertido su jefe, ese hombre era persistente. Parecía no aceptar rechazos de ningún tipo, pero se alegró de recuperar su fortaleza: así sería capaz de romperle la cara si lo merecía. Tras librarse de él, pensó en las razones por las que, en compañía de Marcos, sus nervios se descontrolaban por completo haciéndola tan vulnerable. Meditó por unos segundos al respecto y temió. ¡Debía corregir ciertas conductas en su vida!

Capítulo 14

LA NUEVA OFICINA

Habían transcurrido treinta minutos y la catira oxigenada, como la llamaba Steffi, aún no salía de la oficina de Marcos. No quería imaginar lo que estarían haciendo entre esas cuatro paredes, pero su curiosidad parecía estar a punto de alcanzar límites. Le pareció buena idea entrar sin llamar a la puerta; después de todo, él no era la persona apropiada para hacer cualquier reclamo y ella era su asistente. No necesitaba llamar para entrar, pero lo pensó mejor y, por su bien psicológico, decidió esperar. Estaba sentada frente al escritorio de la oficina continua, con un codo apoyado en la madera y la barbilla posando en su mano, cuando la señorita Whilcom entró. Traía un portafolio, que dispuso en un archivador cerca de la ventana. Le pareció muy esbelta y tan elegante que creyó apropiado halagarla en pro de la ruptura del hielo. Era su primer día y solo se habían limitado a cuestiones laborales. Ella subió la montura de las gafas en su tabique nasal y la miró con recelo a través de los pulcros cristales. Una cadenilla de piedrecillas con una insignia de Victoria Secret guindaba entre sus orejas y cuello.

—Me gustaría visitar su estilista —se justificó.

Tras pensárselo un poco, chasqueó los labios liberando una efusiva sonrisa.

—¡Ah, es eso! Ya me habías asustado.

—¿Asustado? ¿Y por qué habría de hacerlo? Solo le comenté que me había parecido bello su peinado. Su estilo. —Sonrió confundida al buscarse un mejor acomodo en la silla giratoria.

—La última vez, una pasante de don Ferrer me había dicho algo parecido y resultó ser que la jovencita buscaba amoríos conmigo. ¿Has visto tú? Con

tanto hombre apuesto en esta productora, venirme a caer una lesbiana. ¡Por favor!

Steffi soltó una carcajada de sorpresa y aprisa se amordazó los labios con sus propias manos, mientras sus ojos miraban de un lado a otro asegurándose de no haber hecho pública lo que consideraba una impertinencia. Se avergonzó. Esa faceta era nueva en ella. La señorita Whilcom ya no lucía tan sería. Pareció estarse tomando un descanso. Se reclinó al borde de la ventana, apoyando el coxis en la orilla de un gabinete y hasta se descalzó unos centímetros. Parecía exhausta y sus pies se hincharon al salir del puntiagudo calzado.

—En este mundo se ve de todo un poco. ¡Claro!, no es que esté llena de prejuicios y discrimine a quienes gustan del mismo sexo, pero existe un elemento importante en las relaciones sociales que se llama respeto. ¡No excedan esos límites! Si la chica quería ligar conmigo, cerciórese de que tenga sus mismas tendencias. Pregúnteme. Sáqueme información... Si no tengo novio, es posible que aun así no lo sea. Es cuestión de estilo para evaluar el área.

Steffi se sonrojó, pero no pudo evitar reírse. Había estereotipado a la secretaria, y conocer su lado menos profesional y más personal le causaba risa.

—Yo no tengo novio, pero ni imagines que me atraen las mujeres.

—¿Cómo qué no tienes novio? Eso acá no es permitido. ¡Estás fuera de onda, Steffi! ¿Te imaginas que el vicepresidente se entere? ¡Listo! ¡Caíste en sus redes!

—¿Qué? ¿Quién es el vicepresidente?

—¿Quién más, Steffi? Vicente Ferrer, el socio de tu jefe. Por supuesto imagino que sabes que tu jefe es el presidente, dueño y señor de todo este imperio, ¿cierto?

—Eh, bueno. Sí, del señor Pantani lo sabía.

—Créeme, lo es y no quisiera estar en tu puesto. Don Pantani tiene un carácter de los mil demonios. Es más, llevaba muchos meses sin asistente. Es

obstinado y exigente. También es muy extraño que no te haya exigido indumentaria.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Te explico: Pantani Picture Films es, entre muchos aspectos, imagen. Bueno, eso es parte de su eslogan. Así que, para cuidar su imagen... Mírame. —Se calzó y de puntillas dio una vuelta propia de una modelo de pasarela—. Solo diseñadores de marcas. Si yo tuviera que pagar por esta indumentaria, me quedaría sin salario.

—¿Y Marcos? Digo, ¿el señor Marcos Pantani viste a todos sus empleados?

—No. No a todos. Solo a su personal de atención al cliente, relaciones humanas, protocolo, asistentes y guionistas. ¡Ah!, lo olvidaba, y a las oportunistas. —Con el dedo pulgar señaló hacia la oficina de Presidencia, luego de haber enumerado a cada uno de los cargos con uno de sus delgados dedos. Esa oportunista era la misma que aún permanecía a puerta cerrada—. ¿Has cronometrado el tiempo que llevan encerrados? ¡Por Dios santo!

—Una eternidad. Nunca imaginé que se pudiese tardar tanto en esas cosas. ¿No conocen los hoteles?

Perpleja, se acercó a ella; escudriñando sus pupilas negras, se llevó la mano a la boca y espetó sorprendida:

—No me digas que recurres solo a los rapiditos —acusó con picardía.

«¡Diablos! ¿En qué momento tocaron esos temas?», pensó incomoda. Ella iba a decir algo, aún no sabía qué, porque apenas separó sus labios con la mirada esquiva, cuando la ejemplar secretaria la interpeló de nuevo.

—¿No lo has hecho?

—¿Hacer qué?

—¿No has hecho sexo?

Steffi se petrificó. Era la primera vez que alguien le hacía esa pregunta y de una forma tan directa. No supo qué decir. Quizás: «No, por supuesto, claro que sí. Empecé desde niña, solo que me he dado algunas vacaciones». Sus

manos sudadas buscaron refugio en los diminutos bolsillos de su pantalón de lino. Su inconsciente lenguaje corporal debió delatarla, porque la señorita Whilcom soltó una peculiar risita.

—¡No lo puedo creer, Steffi! Ahora más que nunca se volverá interesante este trabajo. Con razón el vicepresidente ha estado detrás de ti. Lo observé esta mañana y estaba muy atento con tu llegada. Es que la virginidad se percibe a leguas. ¡Bienvenida, señorita Steffi, a Pantani Picture Films! —Se acomodó el ruedo de la falda mientras se despedía con un movimiento cursi de sus manos. Al cruzar el umbral de la puerta, le dio la impresión de que tomaba aire. Irguió su espalda y retomó su anterior compostura: la de una elegante, profesional y eficiente secretaria.

«¡Vaya! ¿Qué diablos es este lugar? ¿Un hotel?», pensó. «Están muy equivocados si creen que me van a incluir en su lista de famosas. ¡A Steffi Mash no la mete en la cama nadie!». De repente, una duda la acorraló. ¿Qué tipo de películas filmaban en Pantani Picture Films? Chasqueó los dientes y sacudió esa absurda posibilidad de su mente. Era una estupidez. Un hombre tan elegante y sofisticado como Marcos Pantani no podría estar inmerso en ese mundo. Creía que ya había tenido suficiente con que sus padres hubieran formado parte de la mafia siciliana como para hundirse en más inmundicias.

Alzó la vista y vio la hora marcada en el reloj que colgaba en la pared trasera. Era un cuadro alusivo a la Plaza del Duomo de Pisa, con la respectiva torre inclinada, enmarcado en bordes dorados, y parecía descompaginar con el estilo modernista de la oficina.

Una voz cursi y su risita atrajeron su atención. Ella salía de la oficina con paso de presunción. Con un movimiento de cabeza, lanzó un mechón rubio de su cabellera hacia el otro lado. La buscó con la mirada. Se fijó un instante en ella y terminó girando los ojos prepotentes. Le pareció desprecio, pero Steffi la ignoró. Se puso de pie y se encaminó hasta la oficina. Al entrar, Marcos Pantani evadió su mirada y se concentró en sus actividades.

—Localízame, por favor, a Mark Bernoulli en el Departamento de Escritores. Su línea es la veinticuatro. Luego ve a Producción, segundo piso,

y entrega esta carpeta a la señorita Benita Pirelli. Asegúrate de regresarlo con las respectivas firmas.

Recibida la encomienda, se dispuso a cumplir con las tareas de su primer día de trabajo.

—Olvide decirte, Steffi, que la oficina de al lado, con la puerta diagonal a la mía, es para ti. Allí podrás cumplir con tus funciones. La señorita Whilcom podrá ponerte al tanto de todo. A las trece horas necesito que me acompañes al Departamento de Vestuario. Quizás, antes almorcemos juntos.

A Steffi le pareció curioso que, durante su intervención, el prepotente Marcos Pantani no hubiera levantando la mirada ni siquiera un instante. Estaba absorto en el folleto que hojeaba, mientras la ponía al tanto. Podría estar equivocada, pero creyó percibir cierto toque de vergüenza en él.

Trató de ser eficiente. Ya tenía oficina propia y eso era un gran éxito. Desde allí dispuso lo encomendado, luego de haber subido al segundo piso para localizar a la señorita Benita Pirelli, una mujer tan bella como la señorita Whilcom. Sus manos delgadas y blancas parecían de seda. Las pudo palpar luego de un descuido suyo en la entrega de los documentos. Avergonzada miró las propias. No eran un fenómeno, pero lucían descuidadas; además, los golpes contra la pared de su habitación habían dejado sus marcas y eran notables. Por un momento se sintió fuera de lugar y esa sensación la llenó de tristeza.

Mark Bernoulli no respondió a su línea telefónica, así que le tocó subir al Departamento de Guionistas. Mark Bernoulli resultó ser un caballero de las cinco décadas. Vestía informal, pero cada una de sus prendas también era de reconocidas marcas. Los tirantes, que parecían haber quedado en los caballeros de su niñez, eran exhibidos por ese señor con excelente gusto. Su mentón era cubierto por una espesa barba plateada y en su boca apretaba una pipa color caoba, tallada y con incrustaciones en conchas de nácar. Lucía introvertido, pero la curiosidad por conocerla fue mayor, así que al instante la llenó de preguntas. Fue tanto su carisma que se fue con ella de regreso a la oficina de Pantani. A Steffi le simpatizó el caballero y su profesión. Era un

prestigioso guionista de la productora y conocerlo la motivó a continuar escribiendo. Le manifestó su deseo de incursionar en las letras y se alegró cuando se ofreció para enseñarle algunos formatos para guiones.

Al cruzar la puerta de la oficina, Steffi anunció a Mark Bernoulli y tras despedirse se retiró.

Organizar los manuscritos no le pareció fácil. Muchos de ellos estaban incompletos y desarmados, así que recopilarlos y apilarlos para la revisión, y luego su archivo, no resultó ser tan fácil. Con una oficina propia y alejada de sus intimidantes miradas, podía hacerse cargo de lo que fuera. Horas más tarde se sentía exhausta, pero le agradaba saberse con un empleo. Sin darse cuenta, llegó la hora del almuerzo. Mark Bernoulli se retiró, despidiéndose antes de Steffi, de una forma muy efusiva. Iba a entrar a la oficina cuando Marcos Pantani salía y cerraba la puerta.

—Steffi, hora del almuerzo. Vamos a almorzar juntos.

—No es necesario, señor Marcos Pantani.

—¡Oh, no!, Steffi, sí lo es.

Capítulo 15

TERRAZZA DELL' EDEN

Sin duda alguna, Marcos Pantani no resultaba fácil de evadir. La persuasión y la perseverancia formaban parte de los hombres de éxito y estaba convencida de que él y su amigo Vicente Ferrer eran los creadores. Steffi no llevó cartera consigo y lo lamentó, porque deseó contar con uno de sus labiales para retocarse los labios al terminar el almuerzo. No deseaba mostrar su palidez en medio de tantas mujeres hermosas. Descartada esa posibilidad, no tuvo más opción que olvidarlo. Marcos le apuró el paso, tomándola de la cintura, mientras atravesaban el pasillo. Steffi sintió escalofrío: fue una especie de hormigueo que la instó a distanciarse de él. Fue demasiado evidente pero, como él venía conversando con alguien a través del manos libres *bluetooth*, pudo sortear el desprecio con facilidad. No entendía por qué él despertaba en ella tantas sensaciones extrañas en su cuerpo, pero tampoco tenía intenciones de descubrirlo. Lo mejor era continuar marcando distancia.

Steffi giró en uno de los pasillos y se dirigió al cafetín de la productora, que vislumbró al final del mismo, pero Marcos Pantani interrumpió su conversación a través del dispositivo para detenerla. Una vez lograda su atención, se despojó del manos libres *bluetooth* y lo colgó en la pinza de la corbata. Sin sonreír, la tomó de nuevo de la mano y esta vez su desprecio fue notorio. Marcos Pantani no solía dar explicaciones. Generalmente, era él quien las exigía, pero en ese instante se obligó a hacerlo.

—Almorzaremos fuera de la productora, Steffi.

—¿Y por qué no hacerlo aquí?

—Hoy deseo almorzar en la Terrazza dell'Eden. Necesito de un ambiente

diferente y no quiero ir solo.

—¿Y por qué no invita a la señorita Margaret Fischer? Así podría adelantar un poco mi trabajo.

—Estoy invitando a mi asistente, no a Margaret.

Steffi asentó la cabeza e intentó actuar natural cuando Pantani volvió a rodearla de la cintura, mientras la conducía; pero era demasiada exigencia para su autocontrol, así que espetó.

—Está bien, señor Pantani, yo lo acompañaré a comer, pero ¿podría, por favor, no tocarme? Me desagrada que me tome de la cintura.

—Bien, Steffi. Disculpa. —Arqueó una de las cejas al escudriñarla con la mirada—. Por lo que veo, aquí en Italia somos más efusivos que en América, pero está bien. Acepto complacerte.

Hubiera deseado preguntar por las razones, pero se abstuvo; después de todo, no había nada de malo en que la rodease de la cintura —por lo menos en él, no existía nada de malo—. Supuso que su pasado tenía algo que ver en ello. Su padre lo había puesto al tanto de su vida, aunque ella lo desconocía. En las afueras de la casa cinematográfica, le aguardaba un joven igual de elegante, con las llaves de su Mercedes Benz convertible estacionado a un costado de la entrada. Se subió de nuevo en el pulcro automóvil, acomodándose de la mejor forma en él, mientras su jefe daba la vuelta frente a la capota para conducirlo. Marcos no sonreía, ni siquiera conversaba, y eso era un detalle que detestaba en él.

—Pensé que deseaba que lo acompañase.

—Por supuesto, así es. ¿Por qué lo dices?

—Porque desde que cruzamos la salida de Pantani Picture Films, usted no ha pronunciado palabra alguna y, además, no está mostrándose muy amable.

Marcos hizo un cambio de velocidades maniobrando la palanca en el centro del auto, al instante en que la miraba sin recato. Se lamió uno de los labios y Steffi notó lo común que resultaba ser ese gesto en él. No la estaba seduciendo. Solo estaba siendo él mismo. Esbozó una sonrisa y volvió la vista a la vía. A Steffi le agradaba la arquitectura romana, así que en

ocasiones se fijaba en ciertos puntos de la ciudad; le resultó mejor que tener que contemplar las facciones rígidas de su jefe. Pronto estaban en una redoma; durante su recorrido las vías estaban rodeadas de edificios altos, de delgados y largos ladrillos crudo con techos de teja roja. La ciudad tenía una mezcla entre la magia del ayer y el encanto del modernismo. Piazza Fiume formaba parte de esa mezcla. No dejaba de contemplar cada tramo de la ciudad. Se asomaba extasiada. El brillo de sus ojos negros se reflejaba en el espejo del retrovisor y Marcos, de vez en cuando, caía en la tentación de girar la vista hacia ella, sin perder el ritmo del vehículo. El tráfico era moderado; las calles, limpias, y las demarcaciones, nítidas. Steffi Mash cuestionó la decisión de su padre de haber dejado Italia. Si ella hubiese vivido, por lo menos, en Roma, jamás hubiese partido. Hasta el aire que respiraba brindaba confort. Los edificios se erguían firmes y elocuentes con sus seis o siete pisos repletos de ventanas rectangulares en una mampostería entre piedra, ladrillo cocido y bloques con tejados rojos de ligera inclinación. Daba la impresión de que miraban las vías con recelo. Marcos frenó el auto frente al edificio de Barclays Bank; tomó las precauciones necesarias al encontrarse en la intersección de cuatro vías; dobló con cautela, y se adentró en la vía Sicilia. En ese instante recordó las direcciones dadas por su padre en vida. Él extrañó siempre a su bella Sicilia; rememorando sus anécdotas hasta llegó a creer que en su honor, tras librarse del compromiso con Pantani, emprendería camino a esa ciudad.

—Acabamos de pasar Piazza Fiume y esta es la vía Sicilia. Está repleta de hoteles y restaurantes, centros comerciales, clubs y pará de contar. Es una ciudad muy dinámica —informó Marcos sin dejar de mirar al frente.

Las calles están diseñadas en líneas perfectas en forma modular, con cuadras y vías angostas, reducidas a dos pasos vehiculares en un solo sentido. El aparcamiento de los autos estaba dispuesto a un costado de las aceras, frente a los edificios de seis o hasta siete pisos, con la demarcación pertinente a cada tipo de vehículo. Así, se hallaban por tramos el indicado para aparcamiento de motocicletas y el vehicular. Pronto divisó en una de las

edificaciones el consulado colombiano, que orgulloso exhibía su bandera tricolor y el escudo de la nación. La fachada de piedra y yeso exhibía tallados en relieve de forma rectangular y tenía un arco con detalles en forma de cornisas en el mismo; también se vislumbraba una escalinata hacia su interior. Se preguntó dónde estaba el consulado americano. Si lo hallase, se bajaría tan aprisa como pudiese y buscaría la forma de ser atendida, pero Marcos Pantani parecía haber leído su mente. Quizás era demasiado expresiva y, tras escucharlo, renegó entre dientes de sí misma.

—El consulado americano no está cerca; además, no querrás dejar tu nuevo empleo, ¿cierto?

—¿Cómo supo en qué estaba pensando?—reclamó.

Marcos sonrió, mientras apoyaba su codo en la portezuela.

—Puedo saber todo lo que quiera de ti, Steffi.

Escuchar su declaración la petrificó e hizo que se hundiese en sus propios pensamientos. Algo en aquellas palabras la inquietó.

Hasta entonces no había visto árboles ni arbustos que decoraran la vía. Los depósitos de basura, según su clasificación, estaban dispuestos en un costado de la acera con el respectivo rayado. Solo hasta cuando llegaron a la cuadra con la intersección de la vía Romagna fue que disfrutó del color verde precioso de los arbustos que adornaban el frente de un edificio de ventanas tipo persianas, insertas en una fachada descarapelada por la inclemencias del tiempo. Un par de cedros mal cuidados asomaban sus ramas puntiagudas hacia la Romagna mientras, apacible, un poste de color verde grama en ambas vías mostraba un par de semáforos. Marcos Pantani continuó por la misma vía Sicilia. A Steffi le pareció un recorrido bastante distante de su sitio de trabajo y, si no fuese porque sus ojos estaban disfrutando del paisaje urbanístico, de seguro ya hubiese protestado.

A partir de allí, edificios, calles, semáforos, aparcamientos, líneas de rayado, hasta metros adelante sus ojos vislumbraron otra capa entre verde marchito y amarillenta a los costados. Fue al pasar la intersección de Abruzzi. Marcos continuó conduciendo. Lo hacía despacio. Parecía querer mostrarle la

ciudad y disfrutar de ello. Cuando llegaron a la vía Vittorio Veneto, los arbustos a los costados eran más comunes, a pesar del otoño. Estaban próximos a llegar y se lo hizo saber al traspasar la vía Di Porta Pinciana.

—Vía Ludovisi, Steffi. Hemos llegado.

La vía lucía más colonial, con fachadas alrededor de ladrillo crudo, piedras y ese toque del pasado que tantas pasiones despertaba. Parecía como si los arbustos hubiesen sido dispuestos para verse hermosos en todas las épocas del año. Marcos se estacionó frente a Terrazza dell'Eden; Steffi clavó la vista en la fachada y prestó atención a la forma en que era atendido: con respeto y extrema admiración. El edificio, de una altura semejante a la promedio en la ciudad, exhibía con magnificencia cuatro coloridas banderas.

El anfitrión vestía de frac y sombrero, pero se despojó de él con reverencia, al verlos pasar. Alguien los condujo hasta el interior. La decoración y el espacio abrigaban su alma. Se sintió a gusto. Marcos Pantani volvió a tomarla de la cintura, pero esta vez no tuvo una reacción esquiva y eso, en cierta forma, le causó alegría. Quizás con el tiempo, Steffi podría olvidar la pesadilla en que se había convertido su pasado. Probablemente su padrino tenía razón y él sí podría ayudar a Steffi a liberar sus miedos...

Al tomar asiento, lo hicieron alrededor de una mesa para dos, dispuesta en una acogedora y privada terraza que, al parecer, era destinada con frecuencia al productor de cine italiano, Pantani. El mesonero trajo la carta y les fue ofrecida una copa de vino a ambos. Por las atenciones, Steffi se dio cuenta de la frecuencia con que visitaba ese restaurante.

—Este lugar es hermoso. Tiene una vista espléndida de toda la ciudad — murmuró como si quisiera y no quisiera expresar la emoción sentida.

—Creo que acerté en invitarte, Steffi. Realmente debería ser mejor anfitrión pero, como podrás haberte dado cuenta, no tengo tiempo para recorridos... La comida es exquisita. Yo sé lo que pediré, ahora hazlo tú.

Nerviosa tomó la carta en mano y dispuso su orden. Bajo la mesa sus pies tropezaron, por descuido, con los de Marcos, detalle que la hizo ruborizarse al instante.

Por el contrario, él esbozó una sonrisa en medio de sus tensas facciones.

—Se acerca diciembre, Steffi. A partir del quince de diciembre, tomaré maletas y dejaré la ciudad. Regresaré durante la primera semana de enero.

—Espero que disfrute su viaje. En lo personal, deseo contar con mi boleto de regreso a Nueva York antes de la Nochebuena, señor.

—Iras conmigo, Steffi —afirmó.

—Oh, no, señor. Eso sí que no...Yo debo estar de regreso para antes de Navidad. Volar en esas fechas siempre es engorroso.

—Java nos acompañará, así que no creas que estoy propiciando encuentros carnales contigo...

—Ya, no lo repita más. Me lo ha hecho escuchar muchas veces. No soy su tipo y, créame, usted tampoco es el mío, pero aun así no viajaré con usted, señor Pantani.

Nerviosa, buscó un mejor acomodo en el asiento. Marcos levantó la copa y dio un pequeño sorbo.

—¿Por qué te pones tan tensa? ¿Qué hay de malo en aceptar unas vacaciones con el ahijado de tu padre? Si Andrés estuviera vivo, se habría alegrado mucho. A mi padrino le encantaba la playa. ¿Tienes traje de baño?

Steffi apenas tuvo chance de sacudir su cabellera y reajustar la cinta purpura que la adornaba, porque él continuó platicando.

—No importa, le diré a Fenicia que lo incluya en la lista. Debes verte muy bien en un traje de dos piezas.

—¡Por Favor! ¿Qué trata de hacer? ¿Me trae a almorzar con la intención de aligerar el impacto de la sorpresa principal? ¿Es que usted no piensa dejarme ir? Primero me ofrece un empleo con el pretexto de retenerme hasta resolver no sé qué diablos y ahora, esto. ¿Y quién diablos es Fenicia? — Sobresaltada trató de calmarse moderando su tono de voz. Sonrió nerviosa al ver pasar un mesonero dentro de un elegante traje y sin darse cuenta terminó bebiéndose una copa del vino servido. Marcos Pantani lucía calmado. Observador.

—Fenicia es mi asistente personal de vestuario. Al terminar con nuestro almuerzo, iremos a su centro de modas. Ya conversé con ella acerca de ti, así que tiene idea acerca de tus medidas.

—No. Esto es lo último. ¿Usted le ha dado referencia de mis medidas a su asistente de vestuario? No lo puedo creer. —El mesonero se acercó trayendo lo solicitado y volvió a servir las copas de vino, a lo que, sin esperar más, la tomó de nuevo en sus manos y la bebió por completo.

Marcos carraspeó al momento en que limpiaba sus labios con una impoluta servilleta de tela.

—El vino Marsala dulce es uno de los mejores de Sicilia; puede incitarte a que lo ingieras sin recato, Steffi, pero su contenido de alcohol es alto y no creo que tu cuerpo esté acostumbrado a tolerar diecisiete o veinte grados de alcohol... Será mejor que almorcemos y desistas de tomarlo.

Steffi contempló ambos platos: el suyo, con predominio de vegetales estilo escabeche y su ración de queso con perejil. El de él lucía más apetecible: una ración de carne de búfalo con *mozzarella*, con papas al vapor y crema de champiñón. Parpadeó. Por un instante se sintió mareada. Una oleada de calor subió hasta su cabeza. Su mano derecha frotó nerviosa su frente mientras subía y bajaba la mirada.

Marcos hizo el ademán de ponerse de pie, pero se detuvo ante un gesto de rechazo.

—¿Steffi, estás bien? Debí advertirte de los peligros del vino para personas abstemias como tú.

—No pasa nada. Y no soy abstemia.

«Abstemia y estoy seguro de que, a pesar de todo lo vivido, aún te conservas virgen», pensó irónico. Hubiera deseado aprovecharse del momento, pero su estado de salud no se mostraba óptimo, así que comenzó a inquietarse.

—Lo siento, debí pedir alguna bebida dulce sin alcohol. Steffi, dime algo por favor.

—Quiero regresar a Nueva York.

—Vaya, veo que estás mejor —expresó con gestos que denotaban su enojo—. ¿No sabes pensar en otra cosa que no sea en Nueva York? ¿Quién te espera en Norteamérica, Steffi? Responde de una vez por todas. ¿Acaso la sangre no te llama? ¿No te han enamorado las calles de Roma? ¡Por Dios, Steffi! Haz feliz a mi padrino de una vez por todas y besa esta tierra... Italia es tu tierra, Steffi.

Ella lo escuchaba estupefacta. Sus ojos se humedecieron, a pesar del constante parpadeo, con el deseo de que le impidiese llorar allí, frente a ese hombre y junto a tantos comensales. Un nudo en la garganta distorsionó su rostro. Era un nudo de gritos y alaridos que amenazaba con hacer implosión tras la piel de su cuello. Descompuesta hizo el ademán de ponerse de pie, pero la mano de Marcos sobre una de las suyas la detuvo. Cálida y fuerte. En profundo silencio, retomó el asiento e inclinó el rostro; él pudo ver cómo se deslizó un par de lágrimas por su pómulos y también cómo ella, con el mejor recato posible, las secó con una de las servilletas que él mismo le había ofrecido. Respiró hondo.

—Lo siento, Steffi. No debí tocar esos temas en nuestro almuerzo; por favor, comamos.

Ambos intentaron disfrutar del almuerzo, pero sus pensamientos lo impedían.

Él pensaba en su idiotez y ella, en el temor de no regresar jamás a Norteamérica.

Capítulo 16

FENICIA

Algo que había aprendido en tan poco tiempo era que a Marcos Pantani no existía forma de contrariarlo. Tal como lo había dicho en Terrazza dell'Eden, ambos estaban camino a la casa de modas de su asistente de vestuario: Fenicia Gagliardi. Al igual que las compañeras de trabajo en la casa cinematográfica, destacaba en elegancia y glamur. Su piel expelía un delicioso aroma que Marcos Pantani no dejó pasar por alto al besar su mano, en señal de reverencia a su estilo, buen gusto y belleza. Una belleza muy bien esculpida en un cuerpo de cinco décadas. Él tomó una de las revistas de las mesas de centro en la sala de estar y se puso cómodo en un sofá. Cruzó las piernas con un estilo varonil que atrajo la atención de Steffi, hasta que la dama la sujetó de la mano conduciéndola al interior del lugar. Cada mobiliaria y cada espacio conservaban ese estilo modernista, que colindaba con lo sofisticado.

—Así que tú eres Steffi Mash. ¡Qué gusto conocerte, jovencita! Tu padre era todo un caballero. Tu madre tuvo suerte en atraparlo, créeme; había muchas detrás de él.

—¿Usted lo conoció?

—Claro, Steffi. ¿Quién que viviese en Sicilia no conocía a tu padre? Él amó mucho a Marcos. Muchos decían que era como su hijo.

«Sí, claro, el hijo varón que no pude ser yo», pensó, y no pudo evitar entristecerse; recordó lo dicho por Marcos en el restaurante y su preocupación por no regresar a Norteamérica... Cada uno de esos recuerdos la redujo a la más mísera de sus angustias. Sin evitarlo se echó a llorar sobre el sofá en que se había sentado minutos antes.

—¡Oh, por Dios, amor! ¿Qué te ocurre? Perdona, de verdad, lo siento. No debí hablarte de Andrés. Comprendo que aún es muy pronto para superar el duelo que te embarga. Lo siento, amor. Lo siento mucho.

Steffi solo necesitaba desahogarse. Llorar. En pocos minutos lo hizo. Una vez repuesta, desistió de su interés en saber más acerca de sus padres y se concentró en cumplir las órdenes de su jefe, Marcos Pantani.

Colaboró, en lo posible, en lo que respectaba a la prueba de sus trajes mientras, una vez seleccionados, la señora Fenicia Gagliardi ponía a un lado zapatos, carteras y accesorios que fuesen a juego, según su criterio, con lo elegido. Pronto, terminó con los trajes de oficina y se dispuso a incluir prendas de ropa interior y pantis que mejor acoplasen con los trajes selectos y con el tono de su piel.

—¿Qué va a hacer con esa ropa?

—¿Con estas bellezas? —Las abrazó contemplando las telas y los encajes con pasión—. Las incluyo en el pedido, amor. Aún me falta mostrarte algunos trajes de baño que, creo, combinarán perfecto con tu piel, además de unos cuantos accesorios de playa.

—Señora Fenicia, disculpe usted, pero no aceptaré ese tipo de prendas; además ya cuento con las apropiadas. Gracias.

—¡Uy, no, amor! Las prendas íntimas nunca están de más. Nunca se sabe en qué momento necesitas dar una gran impresión. —Aprisa buscó un par de trajes de baño completos y tres de dos piezas, que pareció haber reservado para ella—. Estos son espléndidos para ti. Los incluiré todos.

—Disculpe, pero no los llevaré.

La dama se inclinó hacia ella y le susurró al oído con cierto cariño:

—Mira, amor. Yo no seré quien se oponga al deseo de don Marcos Pantani. Allá tú si deseas hacerlo. Me dedicaré a empacarte todo lo encargado y cuando tú salgas de aquí, si es de tu gusto, te deshaces de ellos; pero antes déjame advertirte que estas son unas de las mejores prendas en toda Italia y muchas jovencitas como tú matarían por vestir, siquiera, una sola de ellas.

Steffi estaba abatida en ánimo, así que no tenía las fuerzas necesarias para

empezar una contienda por la elección de las prendas. Triste se subió al auto, mientras Marcos Pantani le indicaba al empleado de la prestigiosa dama dónde colocar los paquetes.

Luego de despedirse se subió y condujo de regreso a la casa cinematográfica.

Ambos permanecieron en silencio, incluso durante el resto del día.

Al caer la tarde, Steffi debió salir rumbo a las clases de cine, pero prefirió pedirle a Marcos Pantani que la enviase de vuelta a casa.

Él quiso creer que sería para probarse las prendas adquiridas, pero al llegar a casa descubriría que no había sido así.

La señorita Whilcom le había hecho algunas preguntas acerca de su salida y se sorprendió mucho con las respuestas, pues jamás había escuchado que el presidente de Pantani Picture Films hubiese llevado a una empleada suya a la Terrazza dell'Eden. A lo que Steffi contestó:

—No te creas, Whilcom, ese hombre me detesta tanto que solo está esperando endulzarme para luego apuñalarme sin remordimiento.

—¡Mujer! ¿Qué cosas dices? El señor Pantani podrá tener un carácter de piedra, pero no le haría daño a nadie ¡y mucho menos a ti!

—¿Y quién crees tú que soy yo como para que me excluya de su lista de víctimas?

—La hija de su padrino. Ya escuché por ahí los rumores de que ha lanzado advertencias a todos los cercanos a ti: ni Vivaldi ni Ferrer y creo que ni don Mark Bernoulli, el guionista que conociste hoy, se salvó de esa. Todos dicen que te tiene más resguardada que a él mismo. ¡Ay, Steffi, debe ser maravilloso que alguien te proteja de esa forma! Es que si no conociera a don Pantani, diría que te quiere para él.

Estaba recostada sobre su cama, rememorando la última conversación con la señorita Whilcom. Abrazó la almohada y su cuerpo se estremeció al recordar la última frase: «Es que si no conociera a don Pantani, diría que te quiere para él». A su mente vino el recuerdo de su padre y se soltó en llanto. Hubiera deseado haber abierto ese cuestionado sobre y descubrir de una vez

por todas lo que significaba Marcos Pantani en la vida de su padre. Quizás nunca hubiese realizado ese absurdo viaje y su vida habría continuado como siempre...: «miserable y sola». ¡Pero en las circunstancias actuales, no le importaba!

Capítulo 17

EL PRIMER DESCANSO

Marcos Pantani estaba inquieto con la decisión de Steffi de no asistir a su clase de producción con Vivaldi. Sus planes parecían cambiar en manos de su huésped y eso empezaba a ofuscarlo. Vicente Ferrer y él debían reunirse al caer la tarde en el Área de Producción para la discusión de uno de los nuevos proyectos de filmación. El salón contaría con la asistencia de productores, guionistas, utileros, ingenieros de sonido y, como asistente, la señorita Whilcom. Por ser una de las primeras reuniones del proyecto, no se prolongó como en la mayoría de los casos, así que a las 8:30 de la noche, del viernes 23 de noviembre del 2001, Marcos Pantani estaría de regreso a su propiedad.

Al entrar al vestíbulo principal, fue recibido por su nana Java con un cálido abrazo materno. Lo ayudó a despojarse de la gabardina y vio cómo se dejó caer de bruces sobre el sofá de cuero. Cómodo se recostó con los brazos abiertos sobre el acolchado espaldar.

—Estoy exhausto, nana. Hacerse cargo de la casa cinematográfica y de Steffi Mash no es tarea fácil.

—¿Qué ha pasado hoy con Steffi? Esta tarde regresó decaída, estaba como triste. Abatida diría yo. Quise conversar con ella y servirle cena, pero se excusó diciéndome que deseaba descansar. Creí que era cuestión del trabajo. ¿Acaso abusaste de la carga laboral con esa muchacha, Marcos?

—¡Por Dios, nana! ¿Qué dices? Sabes que ese trabajo es solo un teatro. No creerás que voy a exprimir hasta el cansancio a, nada más y nada menos, la hija de mi padrino. Lo que creo es que la pérdida de Andrés aún no la asumimos; y me incluyo, nana, porque también me siento destruido. Dentro de mí estoy destrozado. Confundido, nana... Además, ella está convencida de

mi deseo por no dejarla marchar y eso hace nuestra relación más tensa. Al mediodía la llevé a almorzar y le informé de mis planes para diciembre. Ya está próximo. Le dije que ella, tú y yo iríamos a vacacionar fuera de Roma y la mujer casi se desmaya. Se bebió dos copas de vino Marsala dulce. ¿Has visto, nana? Pensé que iba tener que trasladarla a una clínica por problemas de tensión arterial o algo así.

—¡Pobre muchacha! La vida no ha sido fácil para ella. Debes tenerle paciencia. Por tu padrino, no lo olvides... —Pausada caminó hasta una de las mesas laterales, tomó unas bolsas de compras de prestigiosas marcas y las puso a su lado—. Steffi me ha pedido que te entregue esto.

Marcos las abrió con el ceño fruncido y sacó parte de su contenido. Un brasier de eróticos y bellos encajes fue lo primero que atrapó entre sus manos; luego el bikini y un par de trajes de baño.

Indignado las arrojó de nuevo dentro de las bolsas.

—Esta mujer es todo un caso. Quiere decir que he perdido mi tarde con ella... Es una ingrata.

—No lo veo así, hijo. Una mujer decente no permitiría que un hombre *desconocido*, como tú una vez dijiste serlo, le comprase prendas íntimas. ¡Por Dios, Marcos! Tú sabes, y toda mujer sabe, que cuando un hombre da este tipo de prendas es porque desea o aspira a vértelas puestas y Steffi es una muchacha muy inteligente, decente y conservadora. Es obvio, hijo, que no te aceptaría un obsequio como ese. Debiste saberlo, Marcos. Steffi es muy conservadora, decente, ingenua. Es increíble que no te hayas dado cuenta.

—Hoy en día no hay mujeres conservadoras ni ingenuas; solo hay mujeres cargadas de miedos y traumas. Eso es todo.

—¿Qué quieres decir, hijo? ¿Qué sabes tú de esa muchacha que aún no me cuentas?

—Nada, nana. Esa es una deducción de mi experiencia con las mujeres. Solo eso.

—¿Cuáles mujeres, hijos? Dime si alguna de esas despampanantes mujeres puede ostentar decencia y humildad, o una pizca de bondad; dime si

alguna con las que sales sería capaz de sacrificar un solo día para propinarte cuidados, en caso de que tu salud así lo requiera. Anda, dime un nombre siquiera. —Marcos pareció pensarlo—. Ninguna, hijo. Estoy segura, así que retráctate, amor; tu baremo es impreciso.

—Pero es absurdo, nana, que Steffi pueda creer que, por el hecho de haberle comprado estos accesorios, quiera llevármela a la cama. —Él mismo se sorprendió de la manera tan vil en que mentía. No podía reconocerlo. No debía hacerlo jamás. Pero finalmente aceptó su punto de vista—. Quédate con ellas, nana; quizás más adelante termina aceptándotelas a ti... Esa mujer es muy confusa. Hoy planifiqué invitarla a cenar luego de su clase con Vivaldi, pero decidió regresar a casa antes.

—Bueno, hijo, ¿y qué te parece si subes hasta su habitación y la invitas a tomar la cena contigo? ¿Me encargaré de servir la mesa para los dos.

Marcos se sonrió irónico en medio de un chasquido de labios.

—No, nada de eso. Esa jovencita tiene un serio problema con el control de sus puños y no quiero verme inmerso en un combate con ella. Si no asistió a la clase con Vivaldi fue porque está muy mal humorada y estoy seguro de que a quien menos desea ver es a este señor.

La robusta anciana se echó a reír con un entusiasmo juvenil envidiable, mientras hacía burla de él. Era la primera vez que veía al poderoso de Pantani doblegarse ante la feminidad de alguien. Lo que no sabía Java era que Marcos Pantani estaba viviendo un camino de confusiones, como hombre, junto a esa jovencita. No sabía que su conducta y pensamientos estaban a punto de dar un giro que, para él, resultaba sobrehumano.

—¿Así que ha aparecido la persona capaz de doblegarte? ¡Qué sorpresa tan grande, hijo, que esa persona sea precisamente una mujer! ¡Válgame Dios y fue Steffi Mash! —Se giró sobre sí misma para llevar de vuelta las bolsas de compras hasta la mesa lateral en donde antes las había dejado. A su paso no dejó de reírse.

—No me parece gracioso, Java. Steffi es muy eficiente y laboralmente se esmera, pero como persona es un puzle y sabes cuánto odio armar piezas.

Tenerla cerca me crea cierta tensión; por esa razón la invité a almorzar, pero fui un estúpido. ¿Es que no tuve otro tema de conversación? Tengo en mi cabeza cientos de argumentos, diálogos y conversaciones, y cuando estoy frente a ella parezco un bloc de hojas en blanco.

La anciana se sentó junto a él y palmeó una de sus piernas. Lo miró con candor, inmersa en sus meditaciones al escucharlo.

—Vicente Ferrer, todo el día de hoy, se la pasó planificando encuentros para que pudiese socializar con Steffi. Incluso comentó que deseaba invitarla para la cena de Nochebuena. Si Steffi no acepta ir con nosotros, yo tendré que dejarla en casa y ella de seguro aceptará la invitación de Ferrer. —Java estaba sorprendida. No recordaba haber escuchado durante tanto tiempo a su criado. Sus conversaciones solían ser breves, puntuales y jamás se iba por las ramas con nada. Solo se vino a la mente una conversación que había tenido cuando acababa de ingresar a la Escuela Nacional del Cine y trataba acerca de chicas—. Ferrer la invitará a cenar y por supuesto no se conformará con una pieza de baile y un par de copas; entonces, le habré fallado a mi padrino...

—¿Eso te pidió Andrés Mash? ¿Qué la cuidarás de hombres como Ferrer? —Marcos Pantani se acomodó de nuevo en el sofá. Suspiró. Con la mirada gacha reconoció que había hablado de más y se sorprendió de sí mismo. Solía ser meticuloso y racional para expresar sus ideas, pero esta vez el cariño que sentía hacia su nana lo hizo liberarse.

—No, nana. No precisamente eso —mintió—, pero me siento responsable del futuro de Steffi... Mitchell está en Sicilia. Se tomará su tiempo. Andrés ha dejado una especie de mapa con la ubicación de los títulos de propiedad de los Pantani. Si esas coordenadas son reales, quiere decir que Steffi ha dicho la verdad en todo y que solo está aquí para cumplir el deseo de mi padrino.

—¿Y es que acaso tú dudas de Steffi? —indagó sorprendida.

—He aprendido a dudar hasta de mi sombra. Solo el tiempo hace desaparecer las dudas.

—Por esa razón la tienes retenida, ¿cierto?

—En parte... Si la ubicación es real y Mitchell logra desenterrar los pergaminos con las joyas y las demás pertenencias de mis padres, entonces Steffi se ganará mi respeto.

—¡Por Dios, hijo! ¡Esa muchacha ya merece tu respeto! Solo con ser la hija de Andrés basta.

—Nana, no tengo pruebas fidedignas que comprueben su parentesco.

—Hijo, pero si es idéntica a Marquina. Cuando me siento con Steffi junto a la mesa, es como si viera a su señora madre. Radiante. Bonita. Un poco tosca, pero no la juzgo. Su vida no ha sido un tapete de rosas.

—No entiendo por qué la defiendes tanto, Java...

—Porque la veo a los ojos, hijo. Y sé que esa muchacha solo necesita gente que la apoye... Tiene esa misma mirada que tú cargabas cuando regresaste de América. Joven, inexperto. Temeroso de la muerte y de la vida. Así como lo está ella, solo que esa pobre alma se lo reserva y lo disimula muy bien.

—No es cierto, nana... Bueno, a decir verdad, sí, Java. Cuando regresé a Italia tuve mucho miedo. Vi morir a mis padres en manos de los Bersabeth y temí que me pasara lo mismo.

—Entonces, tu padrino se encargó de todo.

—Se lo agradeceré siempre. Era todo un estratega. Un experto en seguridad. Sin él, Mitchell y todos los demás no habrían formado parte de mi equipo...

—No es momento de ponerse pensativo y mucho menos por el pasado. El pasado es eso, hijo: pasado, así que ahora solo preocúpate por tu presente. El futuro vendrá luego.

Se puso de pie mientras le sugería darse un baño, ponerse cómodo y bajar de nuevo a la mesa; ella estaba dispuesta a preparar una deliciosa cena y Marcos aceptó.

Java se dirigió a la cocina para dar las órdenes para los preparativos de la cena, dándole vuelta a los pensamientos. Estaba sorprendida por la

conversación sostenida con su criado. Se reía a solas y sentía complacencia.

Mientras tanto, Marcos entró a su habitación. Se desató el nudo de la corbata en medio de un esbozo de sonrisa. De repente imaginó a Steffi vistiendo una de las prendas íntimas que reposaban rezagadas en la sala principal, abandonadas a la suerte por ser demasiado sensuales, eróticas o peligrosas. Se reprendió a sí mismo. Cerró los profundos ojos grises. «Padrino, me has hundido en un gran pozo con tu hija y no sé qué puede pasar... Pido a Dios que la ubicación dada en la carta sea real y que Steffi no mienta. Claro, no prometo cumplir con tu deseo, pero sí prometo conseguir al hombre adecuado para que se haga cargo de Steffi. Debes reconocer, Andrés, que eso no será nada fácil».

Marcos Pantani se duchó y, al salir del baño, optó por un traje de algodón que ató a la altura de su cintura. Descalzo buscó secar la humedad en la planta de los pies y se puso unas cotizas de cuero italiano. Aprisa se peinó la cabellera, metió su yesquero preferido y una cajetilla de cigarrillos en uno de los bolsillos. Esa noche se le antojaba un par de caladas de sus puros de menta. Luego se encaminó hasta la cocina, en donde solía comer cuando estaba en la intimidad de su hogar. Conservó la esperanza de hallarla allí, frente al refrigerador, de pie, esperando por él para cenar, pero no fue así. Ella no bajó. Java dijo que subiría a llevarle la cena al terminar de atender a Marcos pero, tras meditar un largo rato frente al tazón de cremas frías, él mismo anunció que subiría hasta su habitación para cumplir con el deseo de su nana. Solo esperaba que no le rompiera la taza en la cabeza...

Rato después, satisfecho su apetito, recibió la bandeja con la generosa ración para Steffi y se despidió de la anciana y las dos chicas del servicio de la cocina. Las frutas las eligió él mismo. Se había decidido por unas deliciosas y dulces manzanas. Antes tomó una del mesón de la cocina y la llevó hasta sus labios. Un mordisco suave prosiguió a muchos más hasta que se detuvo frente a la puerta de Steffi Mash. Terminada su manzana, arrojó el corazón y las semillas en el interior de uno de los materos y, con ambas manos, pudo sostener mejor la bandeja plateada. De pie, frente al madero,

empuñó la mano e hizo el ademán de golpear la madera con el nudillo de los dedos, pero se detuvo y en lugar de ello dio vuelta al pomo y la abrió. Con sus pies se abrió paso empujando la madera, mientras la bandeja se asomaba al frente. No sabía por qué, pero en tan poco tiempo ya amaba sorprenderla.

Estaba sentada en el piso, frente a la ventana de persianas, y al verlo se levantó, como siempre, molesta pero, al sopesar lo que Marcos Pantani sostenía en sus manos, se serenó. Aunque una parte de sí estaba a la expectativa. No terminaba de convencerse de las buenas intenciones de ese hombre.

—Traje esto para ti. Debes alimentarte bien si deseas pelearte con el mundo.

Ella lo recibió de muy buena gana y lo colocó sobre la mesa de noche, a un costado de su cama, mientras dejaba sobre la colcha de edredón su cuaderno de apuntes. Él quiso tomarlo para leer lo que estaba escribiendo hacía unos minutos, pero esta alcanzó a arrebatárselo tras dejar la bandeja sobre la mesa de noche.

—¿Qué escribes?

—Nada importante. Gracias por la cena.

Ella aún conservaba el mismo atuendo, lo que le permitió tener algún tema de conversación.

—Veo que no te has cambiado. Yo no pude, estaba exhausto. Ducharme y vestirme fue lo primero que hice.

—¿Viene a cuestionarme algo?

—En lo absoluto.

—Entonces, gracias por la cena.

Ella supondría un retiro digno ante su desprecio, pero no fue así. Pausado se acercó a las persianas y separó una de ellas con el dedo índice; miró a través de la hendidura y observó que la visión era muy limitada. Se lamió uno de los labios y luego se frotó el mentón. Una barbilla masculina, hermosa,

con una ligera raya en el medio, en donde apenas se sombreaba la piel como muestra del incipiente vello. Llevaba varios días en su propiedad y cada vez que lo detallaba descubría un rasgo en su físico, nuevo y letal, para su equilibrio hormonal. «Los hombres no deberían ser como él. Tan apuestos y tan tiranos»; sin embargo, verlo cruzar la puerta de su *temporal habitación* con una bandeja en manos, en pantuflas y atuendo de casa, diseñaba para ella una nueva visión. Él era una estructura inverosímil, y no podía permitirse otra versión. No supo por qué pero, a pesar de su agotamiento mental y la sed por escribir que tenía esa noche, deseó permanecer a su lado y absorber su compañía. Aprisa se cuestionó, reprendiéndose a sí misma. «¿De qué podría hablar con un hombre como él? Es más —se dio valor a sí misma—, Marcos Pantani aún debía estar reponiéndose de su encuentro con la catira alemana; entonces, ¿qué diablos hacía allí?».

—Desde esta habitación la vista es muy limitada. El jardín, aun de noche, luce espectacular pero, si deseas una mejor vista, puedo llevarte a la terraza del piso de arriba. Es amplia, cómoda y hermosa. También podrías escribir allá; hay buena luminosidad y las mujeres de la cocina te podrían servir algo para tomar.

—No, gracias. Estoy bien acá.

—¿Qué te pareció tu primer día de trabajo? —Vio cómo el rechazo a su invitación llevaba impresa la necesidad de distancia, de soledad; por el contrario, percibir sus miedos lo incitó a quedarse allí, junto a ella. Aún conservaba la misma fragancia frutal de esa mañana y eso le agradaba. Clavó la mirada en sus labios y deseó besarlos. Eran labios tentadores, rellenos y, por la manera en que los chupaba (a razón de su evidente nerviosismo), se le antojaban virginales. Por un instante reconoció su impertinencia y desvió la vista a otra parte.

—Nada mal. La oficina es hermosa.

—Mañana asistirás con la nueva indumentaria, ¿cierto? No creas que lo hago para ostentar. No. Solo forma parte de la política de empleo de la casa cinematográfica.

—Sí, entiendo. La señorita Whilcom me puso al tanto.

—Entiendo que hayas rechazado las otras prendas, aunque debes reconocer que son hermosas.

Steffi se molestó consigo misma. Maldijo esa mala costumbre de ruborizarse. No lo soportaba y sabía que cambiaba de colores por el oleaje de calor que subía desde sus mejillas hasta sus orejas. Inquieta, se puso de pie tomando el cuaderno de notas, mientras caminaba hasta el peinador para buscarse acomodo en la butaca.

Por el contrario, a Marcos se le encendía el morbo. Incluso se le antojaba tocar temas escabrosos sobre la sensualidad y la lujuria, pero recordar quién era ella lo ponía al límite y desechaba todo. De repente ella se puso de pie.

—Veo que desea usted conversar, así que aceptaré salir a la terraza

Marcos se sorprendió.

—No considero apropiado que usted y yo conversemos a solas en mi habitación, así que vamos. —Se puso un abrigo que guindaba del perchero cerca de la puerta al baño, regresó por la bandeja y, saliendo aprisa, la llevó consigo.

Ante su intempestiva reacción, se ofreció a ayudarla; de esa forma conduciría sus pasos.

—¿Consideras inapropiado charlar en tu habitación conmigo o con cualquier otro hombre?

—Con usted o con cualquier hombre, y más tratando temas acerca de mis prendas íntimas.

—Respeto tu punto de vista, Steffi, pero admito que es la primera vez que soy rechazado. Estoy acostumbrado a que las mujeres acepten todo de mí y que, además, me metan a sus habitaciones, no que me saquen de ellas.

—Siempre hay una primera vez.

Pausados subieron las escaleras hasta doblar en el pasillo adecuado. La terraza era tal como la habría descrito. No. Más hermosa. Desde allí se podía contemplar no solo el jardín, sino el majestuoso cielo. Él le ofreció un lugar y

se sentó junto a ella. Metió la mano en uno de los bajos bolsillos de la bata de casa y sacó un yesquero metálico y una cajetilla de cigarros extremadamente blancos y con un peculiar aroma a menta y no a nicotina.

—Buen provecho, Steffi —le deseó al encender el primer cigarrillo, mientras daba algunos pasos hasta llegar y apoyarse en las barandas de yeso de la terraza—. Me gustaría conocerte mejor.

Steffi comenzó a comer mientras contemplaba la columna de humo que empezaba a dispersarse sobre él.

—También deseo conocerlo, señor Pantani.

Se dio vuelta apoyándose en las barandas y fijando la mirada en ella.

—Me conoces lo suficiente, Steffi... Soy dominante, posesivo, me gusta resolver las cosas a mi manera y salir con mujeres hermosas.

—No me refiero a esa faceta tan evidente.

—Es peligroso saber mucho acerca de mí. —Ella pareció ignorarlo.

—Señor Marcos, he meditado en cuanto a su propuesta de esperar y estoy de acuerdo, pero me gustaría contar con mi propio espacio... Deseo que me permita alquilar un departamento y vivir independiente.

Marcos no pareció sorprendido ante la propuesta. Sacó el cigarrillo de sus labios, lo sacudió en el vacío tras la terraza y volvió a darle una profunda calada.

—Tengo un par de apartamentos en la ciudad, podría darte uno de ellos. Suelo ir cuando necesito cambiar de ambiente para las producciones.

—No. Deseo un departamento en donde tenga mi privacidad.

—Podría no ir si así lo deseas.

—Es imposible que me conceda mi propio espacio, ¿verdad?

—Steffi, voy a sincerarme un poco contigo. Verás. Marcos Pantani cuenta con muchos enemigos y, desde el momento en que llegaste como la hija de Andrés Mash, mis enemigos también pasan a ser los tuyos y no puedo arriesgarme a que... te hagan daño.

—No entiendo...: ¿por qué querría alguien hacerme daño y por qué usted me protege tanto? Siempre he cuidado de mí misma. No creo conveniente sus cuidados y protección.

—Tú no lo ves conveniente, pero yo sí... —Sacudió lo que quedaba del cigarrillo. Lo restregó en la baranda de la terraza y lo arrojó en la papelera de la esquina. Se despidió con el mismo tono rígido de siempre, deseándole un buen descanso y que disfrutase de la terraza.

Esa manera de mirarla, tan suya, la desconcentraba. Marcos Pantani parecía ceder, pero al instante volvía a encerrarla... No lo comprendía.

Capítulo 18

EL INFORME

De regreso a su habitación, se encontró con el teléfono celular sobre una de las mesas de centro y en él se reflejaba un par de llamadas perdidas. Se amonestó a sí mismo. Nunca antes había dejado su teléfono celular. Se palpó el tórax y con gran sorpresa descubrió que tampoco llevaba consigo la Glock 19 de calibre 9 mm. Se cuestionó su actitud y reconoció lo letal que pudiese ser un olvido de ese tipo. En su mundo nunca podía estar confiado de la inercia de su entorno.

Tomando el aparato en su mano, oprimió algunas teclas para devolver la llamada, mientras se desplazaba entre la cama *king size* y su mesa de centro, en donde reposaba su arma. Al llegar allí se sentó, mientras evaluaba con la otra mano el armazón del cañon y sus otras partes.

Mtichel Mitchell siempre fue su hombre de confianza y, al aceptar esa misión, demostró triplicar su valor no solo como garante de su seguridad, sino como persona. Podía considerarlo su amigo, pues era el único que siempre había estado con él en las buenas y en las malas. Viajar hasta Sicilia representaba un reto y se lo agradecía. Marcos guardaba dentro de sí un pánico territorial que le impedía siquiera pensar en regresar a Sicilia o a Palermo. Conservaba su gallardía y entereza consigo pero, si podía evitar enfrentarse a sus miedos, lo haría. Y Sicilia y su entorno representaban a todos sus miedos. Mitchell le explicaba lo complejo que se estaba tornando la situación, pues las coordenadas dadas por Andrés coincidían en un punto, en el interior de una de las propiedades expropiadas por mandato de los Bersabeth. Si su memoria no fallaba, en medio de una de las vastas salas a las que solo podía acceder si el personal de seguridad de los Bersabeth

abandonaba el lugar. Llevaban unas cuantas noches y días vigilando el área, pero las condiciones para entrar, romper el mosaico de la cerámica, recuperar lo oculto y salir sin hacer detonar una tercera guerra de mafias sicilianas resultaban inasequibles. Mitchell se caracterizaba por ejecutar sus misiones con pulcritud, pero en este caso las circunstancias no favorecían sus artimañas subrepticias para evadir la red de seguridad de los hermanos Bersabeth, sobrevivientes de los afines a Riccobono.

La Iglesia católica, tras los fuertes ataques, resguardó la vida de ambos hermanos y de un sobrino, de edad contemporánea a la de Marcos Pantani, que había salvado su vida gracias a la nobleza de su madre, quien sabía que moriría, en pocos minutos, desangrada por la bala que atravesaba su parrilla costal izquierda. Como pudo reunió fuerzas para arrastrarlo hasta una de las carretas cargadas de heno que, destruida, reposaba boca abajo. Ágil obligó a su hijo a hundirse entre el heno, dejando a penas a la vista la línea horizontal de sus ojos sollozos y la nariz impregnada de mocos. Agotando sus últimas gotas de energía, empujó el madero que obstruía la completa caída del cajón al suelo. Con un esfuerzo descomunal, logró su cometido. Se inclinó para susurrarle una advertencia y una orden a su hijo. La orden que terminó salvándole la vida: «Calla, hijo; por Dios santo, no hagas ruido. No quiero que mueras en esta guerra. No te muevas y no salgas hasta que esto haya acabado».

«Yo estaré bien»; apenas susurró un «Te amo» mientras se daba vuelta, para no crear sospechas acerca del escondite de su hijo. Puso ambas manos en sus costillas, inundadas de sangre, y notó el hundimiento de la piel en —lo que parecía— una bolsa de guijarros. Supo entonces que aquella bala había destruido sus costillas y todo lo que esa parte de su cavidad torácica resguardaba. Pálida, lloró y finalmente fijó la vista al frente antes de desplomarse entre la tierra revuelta.

Marcos Pantani, tras la llegada de Steffi, retomó la investigación acerca de la ubicación de los tres últimos del clan de los Bersabeth. Dos de paradero incierto y aquel niño salvado por Anastasia Fiorella, la amante de uno de los

jefes de la mafia de Palermo. Los sacerdotes del pueblo se habían hecho cargo de él y, desde entonces, formaba parte de la comunidad eclesiástica hasta que, hacía un par de años, Mitchell descubrió que se había convertido en un sacerdote más del pueblo.

—¿Un Bersabeth sacerdote? ¡Inconcebible! Esa inmundicia humana debe estar tramando el momento oportuno para acabar con el legado de los Berlusconi-Pantani

—No desestimes su movimiento; es probable que por medio de él podamos rastrear a Giacomo y a Antonio Bersabeth. De continuar con vida, deben ser un par de viejos tétricos de cincuenta años. ¡Ubícalos, así te toque buscar hasta en el fondo del mar!

Desde entonces, Marcos Pantani no podía dejar de pensar en la guerra entre ambas familias. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentar su realidad y, si deseaba preservar la vida, debía retomar viejas estrategias de protección bélica. Reconocía que Java tenía razón en el cambio de las épocas, en la reestructuración de las leyes y en la creación de nuevas instituciones, pero él —más que nadie en el mundo— sabía que una venganza de la mafia siciliana no acababa si no era con la muerte; además, Marcos aún preservaba suntuosas propiedades administradas por un grupo de testaferros supervisados por Mitchell que le evitaban el mal rato de tener que velar por ellas, pero que en cualquier momento le causarían serios problemas. Incluso muchas de las propiedades que los Bersabeth habían invadido, con intenciones de expropiar, formaban parte del legado de los bisabuelos de su padre y eran precisamente esos títulos de propiedad, que solo Andrés Mash sabía dónde ubicar, los que otorgarían valor a cada uno de ellos. Los Bersabeth eran como una especie de dioses. Todos, en Sicilia y en Palermo mismo, sabían que existían, pero nadie afirmaba haberlos visto alguna vez.

—¿Tú crees que realmente existe ese escondite, Mitchell?

—¿Dudaría usted de Andrés Mash?

—Dudo de la hija de Andrés.

—Y si duda de ella, ¿por qué la tiene en su propiedad?

—... No lo sé todavía, Mitchell. Quizás para no perder el control de la situación.

—Uno de mis informantes logró ubicar a Antonio Bersabeth. Está en Roma, cerca del Vaticano. Cambiaron de identidad y de fisonomía. Tres años después del asalto a su rescate, ambos contactaron un prestigioso cirujano de Alemania y tramitaron la cirugía plástica. Pretendían pasar desapercibidos. No ser comparados con los Riccobolo Bersabeth y evitar penas judiciales en su contra... Es probable que hayan permanecido muy cerca de nosotros.

—¿Y por qué no han atacado antes?

—Considero que están a la espera de algo. No quiero especular. En cuanto reciba informes fidedignos de mis hombres, le expondré la versión de todo lo acontecido.

—¿Alguna baja?

—No. He garantizado que mis hombres y yo permanezcamos imperceptibles; sin embargo, cualquier novedad se la haré saber, don Marcos.

Tras una despedida en italiano, Marcos colgó la llamada. El arma estaba sobre la mesa y él ponía la carcasa del celular entre sus labios, meditabundo acerca de las razones de por qué, si sus peores enemigos estaban en Roma, nunca habían atentado contra él. Quizás fue objeto de espionaje durante años y ninguno de sus hombres de seguridad lo habría notado hasta ese día. Algo en su interior se descompuso y su mandíbula recta adquirió una rigidez con aspecto felino. Sus ojos brillaron. Se puso de pie y se encaminó hasta la ventana de su habitación, la que estaba próxima a la entrada y desde donde podía observar las terrazas de los pisos de arriba. Si bien no tenía una amplia vista de su silueta, podía contemplar su presencia a través de la sombra que se desparramaba en las entorchadas columnas laterales de las terrazas.

Palpó el bolsillo del atuendo de casa y extrajo la cajetilla de cigarrillos junto al yesquero. Llevó uno de ellos a sus labios y, ligeramente inclinado, aproximaba la llama para encenderlo. Cerró los ojos mientras le daba una profunda calada, que terminó expulsando una peculiar nube de humo.

Pensó, entonces, que debería ahondar en el candidato adecuado para Steffi Mash. Debía estar preparado porque las probabilidades de que ella mintiera eran exactamente las mismas que en el caso de que no lo hiciera. Piero Marcelino fue el primero que se vino a su mente. Accionista de un banco afiliado a la Caja Social Italiana, contaba con méritos financieros suficientes para respaldar el futuro y la estabilidad emocional de una mujer como Steffi. A sus cuarenta y tres años continuaba en la búsqueda de una mujer, según Pantani, inexistente: modesta, culta, educada y conservadora. Agradecía al cielo si también se la enviaba virgen; recuerda que le comentó en una ocasión y sirvió de chanza para toda la noche. Pantani chasqueó los labios tras dar una calada más al blanquecino cigarrillo de menta. «Tal parece que el cielo ha enviado la mujer que tanto has buscado, Piero Marcelino, solo lamento que no se te conceda el hecho de que sea virgen». Hizo un ademán de pesar y acabó aprisa. Se desperezó un poco antes de meterse bajo las sábanas con el arma y con el control del gigantesco tv. en sus manos.

Capítulo 19

PIERO MARCELINO

Al día siguiente, Marcos Pantani decidió reunirse con su amigo Piero Marcelino en el exclusivo *penthouse* romano del Baglioni Hotel Regina. Nada más apropiado para una estancia llena de confort y tranquilidad, en el centro de la Dolce Vita, de donde se puede contemplar la capilla Sixtina y el majestuoso y eterno Coliseo. Sus dimensiones ocupan el octavo y el último piso del hotel, con áreas totalmente restringidas con único acceso por elevador, sometidas a llaves de seguridad. Acostumbrado a ese tipo de lujos y atenciones, lucía tenaz e indiferente al ser atendido e, incluso, su natural desparpajo no despertaba inquietudes entre el personal de servicio del prestigioso hotel. Piero Marcelino había sido amigo de su padre, solo que este inclinó su balanza por lo lícito y restringió ciertos vicios, a los cuales su padre no podía negarse. Había construido un gran imperio al incursionar en las finanzas. En la fecha, era accionista mayoritario no solo de una prestigiosa entidad bancaria, sino que también era propietario del hotel en donde esa tarde se reunirían y de una próspera cadena de supermercados a nivel nacional que, a diario, multiplicaba sus arcas. Su familia se fue desintegrando con el tiempo. Uno a uno, sus miembros fallecieron u otros emigraron en busca de un sueño americano distante e inconcebible, mientras a sus pies mancillaban la pureza de una tierra que ostentaba humildad y ansiaba multiplicar sus riquezas. Piero no había concebido hijos, aunque lo anhelaba con fervor, pero su apego a la creencia de que para conformar un hogar necesitaba encontrar la mujer ideal, según sus criterios, se lo habría impedido. Muchas intentaron acercarse al caballero con el firme objetivo de escalar social y económicamente, pero él, audaz y conocedor de todas las pericias de

este mundo, sabía eludir a las verdaderas intenciones y flanquear con éxito una salida por la puerta trasera.

Esa tarde almorzarían en el *penthouse* romano. Un mayordomo privado se haría cargo de los preparativos y las atenciones, mientras el chef y el barman los homenajearían con los mejores platos y bebidas de Italia. Las bebidas les fueron servidas frente a la verja de hierro forjado que recibía las coloridas trinitarias de llamativo color fucsia sobre el azabache de los detalles ornamentales del hierro mientras, sentados en los muebles de descanso, recibían el aire fresco de la ciudad. Un cordón de materos dispuestos con estilo brindaba naturalidad y frescura a la terraza.

Marcos cruzó las piernas de una forma tan varonil y elegante que cualquier dama hubiese admirado. Llevaba unos suntuosos zapatos Amedeo Testoni, hechos a su medida, en un reluciente tono negro que combinaba con elegancia y estilo junto a los calcetines de seda y el traje Kiton K-50, también del mismo tono, diseñado por Enzo Diorsi, y con cuyo costo Steffi Mash habría podido adquirir una bonita casa con delicadas cornisas y un bello jardín para pasar los últimos días de vida de su padre, con tranquilidad.

La elegancia formaba parte de él. Eso era ineludible.

—Es un placer enorme recibir tu visita. Cuéntame, ¿cómo va el negocio del séptimo arte?

—Mejor no se puede, querido Piero. Estamos en la cúspide, amigo. Para el próximo año, esperamos obtener una buena imagen en el Festival de Cine de Venezia y aspiramos a la Palma de Oro en el Festival de Cannes. Todo va en excelente barco.

—Te felicito, hijo. Tu padre habría estado orgulloso de ti, lo sé; aunque quizás te habría hecho comer esos mandamientos de la Cosa Nostra primero.

—No hubiera encajado en ese mundo. Probablemente habría aparecido con un tiro en la cabeza al negarme a seguir los pasos de la organización, ¿no lo crees?... El destino es un verdadero tablero de ajedrez. Todo debió ocurrir de la forma en que ocurrió para que hoy yo fuese lo que soy, amigo Piero.

—Las piezas de la vida son así, Marcos. Pero cuéntame a qué se debe el honor de esta cálida visita.

—Piero, a decir verdad, he venido para cumplir uno de tus tan anhelados deseos.

Piero llamó al barman para que le sirviesen otro par de copas de champán en medio de una risueña carcajada.

—Agradecido, hijo, de que pienses en este viejo amigo pero, andá, empieza a hablar antes que no resista la curiosidad.

—Siempre te he escuchado decir que deseas comprometerte, pero que no lo has hecho porque no has hallado esa mujer especial que tanto buscas: conservadora, bonita. —Marcos, en su furor interno, amordazó el adjetivo de elegante y delicada porque, al recordar la forma en que golpeaba estos adjetivos, desaparecían al instante. Se sintió culpable—. Modesta y recatada. Bueno, Piero Marcelino, vengo a decirte que he conseguido esa mujer especial que tanto has anhelado.

—¡Vaya, qué sorpresa, hijo! Pero, por favor, no me digas ahora que es una broma.

—No, Piero. No es una broma. Hace unos días recibí en mi propiedad a la hija de Andrés Mash.

—¿Tu padrino? —indagó sorprendido.

—Sí. Mi padrino y su esposa ya no están con nosotros. Lamentablemente fallecieron.

El caballero lamentó la noticia y detuvo la copa de champán que estaba a punto de tomar. La dejó sobre la mesa central.

—Bueno, no es eso lo que deseo contarte. El asunto del caso es que mi padrino quiere que yo le garantice un matrimonio digno y que la entregue a un hombre que la respete y la proteja como es debido y, considerando que esta joven cumple con todas tus características soñadas, pensé en que sería excelente idea que la conocieras y luego veamos qué ocurre entre ustedes dos. ¿Qué te parece?

—Sinceramente, hijo, agradezco el honor y tu interés en mí, pero no sé qué pensar.

—Es una chica estupenda. Tiene veintidós años.

—¿Veintidós? Realmente la veo mucho más contemporánea contigo que conmigo.

—¿Conmigo, Piero? No, no, no, amigo. Las mujeres son para mí como el vino, como el champán: deliciosas mientras estén en las copas y en mis labios. Comprometerme no está entre mis planes.

—Quizás ahora no, Marcos, pero llegará el momento en que querrás hacerlo. Mírame. Esperé mucho para cumplir ese sueño y ahora parece que se me han marchado los tiempos.

—Entonces, ¿estás rechazando mi ofrenda de amistad? Te podrías arrepentir.

—Por favor, Marcos. Sería descortés de mi parte; además, si esa jovencita es hija de Andrés Mash, será todo un honor conocerla.

Marcos Pantani sonrió al apurar el contenido de la copa de champán y en su pecho sintió una punzada que parecía taladrar su corazón. El dolor físico se combinó con una extraña sensación de vacío en su estómago, que asoció con su buen apetito. Él sonrió al mayordomo, quien daba aviso del almuerzo servido en el *dinner*. Sin darse cuenta Steffi se había sentado en su cabeza y estaba allí entre las cisuras de Rolando y las de Silvio, como si estuviera tratando de enlazar las mil sensaciones de frío y calor que en ese instante lo estaban demoliendo hasta el punto de producirle dolor. No comprendió por qué la sensación de satisfacción que traía consigo se había transformado en una sensación de pesadez dolorosa.

Piero Marcelino, como siempre, se comportó con excelencia y, respecto a su propuesta de cita, le propuso conocerse en el próximo evento que la Caja Social de Italia ofreciera a su personal administrativo y directivo en el centro de la ciudad. Sería el viernes 30 de noviembre de ese año, 2001. Marcos

asentó complacido. Si todo salía bien, su amigo Piero Marcelino podía conocer a Steffi y, si ella le diese cabida, podría seducirla hasta llegar a ser parte importante de su vida. Se casarían y él podría jactarse de haber hecho lo mejor por cumplir con el último deseo de su padrino.

Capítulo 20

UNA NOCHE CON SUSANA CHINAPPI

El resto del día sábado transcurrió en plena calma. El almuerzo y luego la cena en el *penthouse* romano proporcionaron ese toque de éxtasis que seduce con la gastronomía italiana. Aprovecharon para establecer pactos de negocios frente a la adquisición de nuevas tierras para la ampliación del Baglioni Hotel Regina, por lo cual Pantani pasaría a ser socio de la inversión hotelera más relevante de toda Roma. Al caer la noche, condujo hasta su departamento en el centro de la ciudad. Durante el recorrido apagó su teléfono celular para evitar el molesto y reincidente tono de la llamada entrante de Margaret Fischer. Solía molestarse por los derechos que se estaba tomando durante los últimos días, aunque no podía negarse la maravillosa satisfacción que su cuerpo le proporcionaba bajo las sábanas. La consideraba una experta en su oficio, pero debía estar claro que su relación con ella o con cualquier dama de la Agencia Vedette no era más que eso: una simple relación comercial, cuya transacción principal era sexo por dinero. Margaret Fischer sabía despertar sus demonios y él adoraba sentirse amo y señor de su cuerpo bajo el resguardo de las sábanas. Odiaba los límites y la sexualidad no era la excepción. En una ocasión despidió de la habitación a una de las damas de compañía enviadas por la Agencia Vedette, solo porque la joven se mostró inexperta y reacia en el buen arte de la sodomía heterosexual. No contaba con paciencia para lidiar con prostitutas que diezmaran sus compromisos laborales y consideraba que la remuneración por sus servicios se ubicaba en los estándares privilegiados de toda la agencia. Marcos Pantani amaba

sentirse vivo con cada orgasmo. A veces consideraba necesitar un psicólogo que evaluara su talante sexual ante los niveles de testosterona y poder así descartar lo que él asumía como cierta patología.

A pesar de su tendencia a salir con damas de compañía, bellas y exuberantes, su salud física siempre ocupaba un lugar privilegiado. Asumía extremas medidas de protección y tanto él como su chica debían utilizar condón antes de intimar.

Cansado de la insistencia de Margaret Fischer, apagó el celular y lo arrojó, de mal talante, sobre la tapicería de cuero del auto. Al llegar al edificio, el portón automático se elevó abriéndole paso mientras un individuo, tras el cristal de la garita, extendía la mano de forma cortés. Estacionó el auto y, como era costumbre, tomó la gabardina que colgaba del espaldar de su asiento. Se la puso y, con celular y llaves en manos, subió el primer peldaño que lo conduciría al umbral de su departamento. Si bien era cierto que había vivido momentos de gran placer junto a Margaret, también era cierto que su deseo por ella se estaba apagando. Quizás esa obsesión de dominar cada uno de sus pasos, recordar la planificación de sus eventos sociales, solo para involucrarse en ellos y disfrazar su interés en él por su sed de fama, lo encolerizaba. La conocía lo suficiente como para no incluirla en la lista de mujeres que su nana aspiraba ver.

Se condujo sin prisa a través del vestíbulo frente a la puerta con delicados tallados e incrustaciones de plata en la madera. Tomó la dentada llave e, introduciéndola en la cerradura multicierre niquelada, giró hasta escuchar el chasquido de cada uno de los tres bulones de seguridad. Tenía por costumbre agudizar su oído con ese ritual. Especialmente cuando decidía salir sin escoltas. A veces tenía que confiar en la seguridad del condominio o de la municipalidad y en esos casos, como ahora, solía mantener cerca de su Glock 19 una de sus manos. Al abrir explotó la puerta y, tras lanzar una mirada evaluativa en el interior y revisar el panel de sensor de seguridad que escaneaba con láser el resto de las habitaciones y espacios externos, entró y cerró. De espalda a ella, constató el clic de seguridad en su agudizado oído

que le confirmaba el cierre de misma. Siguió de largo hasta el vasto y confortable sofá de cuero, en donde se dejó caer de bruces. Sacó un cigarrillo de esos blancos resplandecientes, con delicada fragancia a menta que tanto le fascinaba en sus momentos de relax, y se echó de espaldas con las piernas cruzadas sobre la mesa. Una profunda calada le hizo cerrar los ojos.

Meditaba acerca de sus últimos días y, por una extraña razón, Susana, la dama de compañía de la Agencia Vedette que en una ocasión despidió —sin recato alguno— por negarse al arte de la sodomía heterosexual, vino a su mente. Con ella, el rostro de Steffi Mash y meditó acerca de su actitud. Creía tanto en su superioridad que se convencía de tener el derecho de dominar a todas las personas de su entorno, especialmente a sus mujeres. El dinero podía convertir todos sus sueños en realidad, pero en ese instante comprendió que, aunque pudiese hacerlo, los deseos de una mujer jamás deberían estar sojuzgados por el dinero. «Steffi vivió muchas dificultades y la miseria tocaba a diario a su puerta, pero su dignidad y su orgullo de seguro estarían sobre ella. Si alguien en este momento le ofreciese dinero por una noche de placer, probablemente ese individuo terminaría en una unidad de cuidados intensivos, pero... ¿qué pasaría si Andrés aún estuviese vivo, agonizante y totalmente dependiente de los cuidados de su hija? Y si para salvarlo necesitase gran cantidad de dinero, ¿Steffi aceptaría? ¿Cedería a entregar su cuerpo para satisfacer la necesidad de un ser querido?... Lo haría. Estoy seguro de que lo haría. En contra de su voluntad, pero lo haría. Percibo lo sensible y sacrificada que puede llegar a ser». Al llegar a ese punto de su meditación, había dado cinco o seis caladas a su cigarrillo; lo contempló y luego lo estrujó sobre el cenicero en la mesa. Chasqueó sus dientes y pudo sentir cómo su mandíbula recta se tensó. Padeció una sensación de vacío y un detestable sabor a bilis en su boca. Pensó en otra buena copa de champán y se dispuso a servirla. Mientras vertía el espumoso líquido pensaba. «Steffi Mash se habría acostado por su imperante necesidad, pero eso no significaba que disfrutase hacerlo; así como tampoco disfruta una mujer que es violada». Recordó las palabras escritas de su padrino y el cuerpo se le tensó. Apuró un

trago de la copa de champán sin evitar esa pesada sensación del alma cuando ha sido agredida. «Susana —la dama de compañía— tenía derecho a negarse a mantener sexo si este no era su forma concebible. Susana, cuya única inversión, o bien negociable era su cuerpo, tenía derecho a decidir la manera en que se administraría y, especialmente, con quién pactaría. Era su cuerpo. Su vida. Y él debió respetar ese derecho». Su rostro ceñudo exhibía la cólera consigo mismo. Nunca se sintió tan desgraciado y villano como en ese momento. Nunca antes cuestionó su forma de actuar. Tomaba lo que deseaba. Hacía lo que quería y punto. Tenía el poder, las finanzas, el respeto heredado.

Rememoró las palabras escritas de Andrés Mash y sintió una punzada en el pecho. Una sensación de ser acuchillado. Se estremeció y sintió como si revolvieran sus entrañas. De nuevo esa sensación de vacío. Andrés Mash le confesó en su carta lo impotente y miserable que se había sentido al descubrir que, en sus propias narices, Antoni Messi había hecho mujer a su pequeña niña. «Pedófilo de mierda», pensó y apuró el siguiente trago. Imaginó lo terrible que pudo haberse sentido una niña en brazos de un gorila como ese. Admitió querer haber asesinado a ese tipo él mismo. Lo habría hecho, de seguro. No se sorprendió. No era la primera vez que, ante una injusticia o desagrado, abrigaba el mismo deseo. No renegó de sí mismo. Al contrario, aceptó esa sangre beligerante entre sus venas. Era un Pantani Berlusconi. ¿Qué más podría esperar? Sabía que a pesar de sus miedos, de los traumas causados en su niñez, en el fondo, él seguía siendo un Pantani más. La dimensión paralela que se había construido conformaba solo un espejismo. En cualquier momento desaparecería. Y él, más que nadie en el mundo, lo sabía.

Pensar en Steffi lo hacía evaluarse y valorar su integridad. Rememoró la tarde en que la había llevado de paseo y había terminado besándola, con la mano puesta en uno de sus pechos. La impresión de Steffi fue imborrable y lo acechaba como una cruel pesadilla. Si bien se arrepintió de aquel irrespeto, admitió haber deseado hacerla suya en ese instante. «¡Diablos!, no era de piedra»; además, ella expelía ese delicioso néctar que incita al pecado. No

sabía si ella podía causar ese efecto en otros hombres, pero le desagradaba pensar que así fuese...

Tras meditar un poco, buscó de nuevo su aparato celular, lo encendió y, sin reparar en el montón de llamadas perdidas de Margaret Fischer, marcó el número de la Madame Fiola, dueña y señora de la Agencia Vedette. Siempre estaba disponible. Bastaba llamar para ser atendido, a veces por sus asistentes, otras veces por ella misma. Fiola habría de preservar su buena reputación entre los clientes de alto estatus social y financiero. Lo más exclusivo para el grupo más selecto de toda Roma.

Tras contestar al llamado y fraternizar con el saludo, emitió un chasquido que transmitía, entre las líneas, incertidumbre.

—¿Está Susana Chinappi disponible esta noche?

—¿Te refieres a Susana, la chica que despediste en una ocasión de tu propiedad?

Marcos Pantani enmudeció por un instante. Se sintió incómodo. No le resultaba fácil reconocer el nivel de su altanería. Se había comportado como un perfecto patán. Imaginó lo incómodo que debió haber sido para esa jovencita, que coincidía en la misma edad de Steffi. Se zafó el nudo de la corbata y se buscó un mejor acomodo en el sofá. Debía responder pero, al no hacerlo, la madama continuó:

—Marcos, te respeto mucho y, por el tiempo que llevamos conociéndonos, creo que tengo el derecho de expresarte mi idea acerca de tu actitud.

—Por favor, Fiola. Admito que fui un patán. No sé qué me paso esa noche.

—Cuando te la asigné te había advertido que era menos experta que Margaret Fischer y tú aceptaste. Debiste asumir todas las consecuencias. Susana no quiso volver a trabajar hasta quince días después. Tuve una gran pérdida por tu desfachatez.

—Lo siento. Ahora respóndeme: ¿está Susana Chinappi disponible esta noche, sí o no?

—Sí, sí lo está.

—Entonces, no se hable más; envíala a mi departamento en el barrio romano Prati.

Acordado el tiempo y los trámites finales, se asomó a la pequeña terraza que conducía al área de la alberca. Se apoyó en las barandas de yeso y piedra y esperó de pie a que la joven dama de compañía llegase; mientras continuaba pensando en Steffi y su padrino.

No comprendía las razones por las que pensar en la hija de su padrino lo hacía evaluar su moral. De repente, se preguntó si ella estaría bien en su propiedad, si no lo habría echado de menos o si habría preguntado por él. Se tensó, molesto consigo mismo, e intentó sacarla de su mente. Pronto se agotó de estar contemplando la soledad, así que cerró las puertas de vidrio para evitar la brisa nocturna y se lanzó somnoliento sobre el sofá.

Apenas durmió unos minutos cuando escuchó el teléfono celular. Era el centinela del condominio. Al momento, se asomó a la puerta. Allí estaba Susana Chinappi. Sí, era tan joven como Steffi, con la diferencia de que sus curvas lucían más voluptuosas y sus labios, más carnosos. Su cabello era rojizo rizado y no de ese castaño cobrizo largo y ondulado de la hija de Andrés. Parecía temerosa, aunque conservaba la fortaleza como para saludar. Él le abrió paso mientras aseguraba la entrada. Ella empezó a hacer lo propio, así que buscó despojarse de su abrigo y suéter. Sus exuberantes pechos quedaron a la vista junto al bello collar de cristales de Swarovski.

—No. Espera. No te llamé para acostarme contigo.

La joven hizo ademán de tomar su cartera y ajustar su abrigo en pro de una retirada digna.

—He venido por orden de Fiola, pero sinceramente, don Pantani, no me apetece prestarle mis servicios y, por lo que creo, usted tampoco los desea; así que, si me ha mandado a llamar solo para humillarme, será mejor que me retire.

—Espera, mujer. No es lo que tú crees. En cuanto a lo anterior, ruego me disculpes. —Aquella mujer estaba sorprendida. Jamás había imaginado que Marcos Pantani fuera capaz de disculparse ante alguien, y mucho menos ante

ella, una *prostituta*.

—Sí, como lo oyes. Si te mandé a llamar fue porque necesito compañía, solo eso. Tendrás tu comisión igual, pero no habrá sexo... Necesito conversar. Solo eso.

Anonadada, se sentó de bruces.

—¿Está usted enfermo, don Pantani? —Sonrió nerviosa.

—En lo absoluto, Susana. ¿Sabes cocinar?

—¿Yo? —Sorpresa, no sabía qué contestar. Era la primera vez que un cliente le hacía esa pregunta—. Sí, por supuesto. —Recordó las veces en que había tenido que cocinar de madrugada para una venta de comidas, antes de que se fueran de quiebra por una tragedia familiar de los propietarios, y los millares de instantes en que debía preparar las cenas rutinarias de los suyos.

—Entonces, para empezar, ¿qué te parece si cocinas algo para los dos?

La joven sonrió aún en estado de perplejidad y obedeció a su mandato. Él estuvo frente a ella mientras preparaba unos deliciosos canelones de carne mixta picada. Pensó en lo afortunado que era al contar con el excelente servicio de condominio, pues no imaginó teniendo que hacer un pedido de comida a domicilio a esas horas.

Cuando estuvieron listos los canelones se sentaron a comer uno frente al otro; rotas las tensas ataduras sociales, ambos pudieron conversar.

Pantani parecía más un investigador policial que un hombre que buscaba desahogarse. Ella se extrañó, pero como era la primera vez que le pagaban por ser solo una dama de compañía, literalmente; se dejó llevar.

Marcos Pantani se enteró de la vida completa de la joven en solo treinta y cinco minutos y durante ese tiempo no hizo otra cosa que compararla con Steffi Mash, a pesar de la poca similitud.

Madre soltera, con una bebé hermosa de dos años, a quien no deseaba verla jamás en el escenario en donde actuaba. Se aferraba al silencio. En una ocasión le pareció que sus ojos iban a llorar, pero se dio vuelta para evitar avergonzarla aún más. Supo lo que quería saber.

—Si tuvieras la oportunidad de cambiar de trabajo, ¿lo harías? —Susana observó con suspicacia la manera en que aquel cliente arqueaba las cejas y achicaba uno de sus impetuosos ojos acerados. Resaltaba su atractivo y no podía negar lo poderoso que lucía. Su contextura robusta, maciza. Esa boca sensual, con ese mentón recto y cuadrado acoplado a esa mirada demoledora, haría añicos las barreras sensitivas de cualquier mujer. Incluso ella, una mujer tan acostumbrada al deleite carnal prepago, podría derretirse a sus pies pero, al recibir el llamado de la proxeneta y aceptar el encargo de esa noche, se lo había prometido a sí misma: «No permitiría que un cliente, sea cual fuese su estatus social y financiero, la humillase una vez más».

—Por supuesto. —Una de sus manos se pasó por su rizada y bien cuidada cabellera como si estuviese sofocada. Inquieta. Incrédula ante lo que estaba escuchando. Su otra mano posaba en horcajadas en su cadera, en una postura de medio lado que denotaba su nerviosismo. Esa noche resultó diferente a todas las demás vividas en la Agencia Vedette. Por suerte, sus docenas de conjeturas acerca de ese encargo laboral solo fueron una mala visión, producto de la desagradable experiencia con Pantani. De camino al barrio romano Prati, se había prometido darse la vuelta y abandonar la oferta de la agencia de damas de compañía ante el mínimo de grado de parte de su cliente. Hace un año pertenecía a la agencia, pero no estaba allí porque le placiera sentir el cobijo de docenas de hombres. Las circunstancias la habían inducido a tomar tal decisión. Debía vestirse con la elegancia propia de destacados clientes; su corazón se empequeñecía y su alma sentía remordimiento al saberse con costosos trajes, mientras en su familia el refrigerador sufría trágicas decadencias. Por eso se esmeraba. Se sentía afortunada de que Fiola, la madama, asumiera los costos de su imagen; de no ser así, jamás podría haber alcanzado clientes tan exclusivos como Marcos Pantani, el productor de cine más famoso de Italia. Gracias a ese trabajo, las telarañas en su refrigerador eran historia y muchas de las necesidades y gustos de su hija podían ser cubiertos. Tras meditar un poco, mientras se hundía en la mirada de su cliente, reconoció—: No deseó ser un mal ejemplo toda la vida..., pero eso es imposible. Una vez que la sociedad te reconoce en este rol, las

oportunidades son ínfimas.

Marcos Pantani entendió que en ese mundo del placer sexual existían dos tipos de mujeres. Las que nacían y morirían como prostitutas, porque serlo formaba parte de ellas, de su vida. Adoran su rol y no les importa las consecuencias. Actúan por convicción. Como Margaret Fischer. Y las mujeres a las que les había tocado ser putas. Y según su parecer, Susana estaba en ese segundo grupo. En el grupo de las obligadas por las circunstancias...

Sacó un bolígrafo de esos de plata que siempre guardaba en el interior de su gabardina, luego de desdoblarla de donde la había colgado. Sacó una chequera de un escritorio tras el pasillo entre la sala y la alcoba. Llenó y estampó su rúbrica en uno de los cheques. Buscó en el interior de una de las gavetas y trajo consigo una delicada tarjeta de presentación con estampados y relieves dorados.

—Esto es para ti. No le cuentes a Fiola para que no altere tu comisión. Esto nada tiene que ver con la agencia, ¿entendido?... Asímelo como la forma de excusar mi afrenta.

—Pero esto es mucho dinero.

—Tómalo como un regalo para tu hija. Ahora conserva esta tarjeta. Será nuestro secreto. No quiero que Fiola me considere un enemigo al intentar desviar tu destino. Si te interesa obtener un empleo diferente, digno por así decirlo, avísame antes de las diez para ponerte en contacto con Recursos Humanos de la casa productora.

Susana se lanzó sobre él y lo besó. No con lujuria. Ni con pasión. Fue un beso de agradecimiento en la mejilla. Un beso que acopló a un apretón suave de manos. Estaba feliz. Su rostro cambió por completo. Todo le pareció un sueño y hubiese deseado averiguar más, pero temía despertar en una pesadilla, así que calló mientras dormía plácida sobre la vastedad de la cama, junto a don Pantani.

Capítulo 21

INICIO DE SEMANA

Lunes 26 de noviembre del 2016

A la mañana siguiente, Susana Chinappi se levantó temprano y preparó un par de sándwiches repletos de pavo y queso holandés. Sirvió un vaso de jugo de naranja recién exprimido para cada uno y acompañó el desayuno con una porción de papas fritas francesas, que terminó llevando a la cama de Marcos, quien apenas se estiró removiendo las sábanas. No sonrió, pero reconoció aquel gesto de agradecimiento. Era la primera vez que una mujer, sin ser del personal de servicio, le llevaba la comida a su cama. Se sentó, echándose las sábanas encima, mientras daba las gracias. Susana lucía feliz. Se despidió tras comer su desayuno y se justificó ante la necesidad de cuidar a su hija antes de que su hermana, quien cuidaba de ella durante las noches, tuviese que salir a su trabajo de camarera.

Una vez solo, permaneció en cama un momento más y volvió a desear saber de Steffi Mash; después de todo, la había dejado en casa en compañía de Java, quien generalmente no salía a ninguna parte de la ciudad. Alegaba sentirse cómoda en su propio mundo. Allí, tras su propiedad, tenía todo lo que deseaba.

Se duchó y se cambió luego de revisar el amplio armario de la habitación. Una vez peinado y perfumado se dispuso a tomar el desayuno, mientras conversaba con Antoine, uno de los agentes de seguridad.

—¿Novedades de Steffi Mash?

—Bajo control, don Pantani. La única novedad fue la entrada de dos llamadas telefónicas por parte de don Vicente Ferrer.

—¿Y qué quería Ferrer?

—Invitar a la señorita a salir.

Marcos Pantani se descompuso por completo.

—¿Y?

—Sin novedad. Permaneció en casa junto a doña Java.

No pudo sojuzgar su molestia con Vicente Ferrer. Se lo había advertido y no iba a permitir que arruinara sus planes de unir a Steffi con Piero Marcelino.

No regresó a la propiedad Pantani sino hasta altas horas de la noche, así que solo vio a Steffi al día siguiente, antes de sentarse a la mesa para salir rumbo al trabajo. Ella ni siquiera preguntó por su ausencia. No era su incumbencia. Se lo había metido entre ceja y ceja para evitarse la rabia de saber que se estaba revolcando con la catira alemana esa de Margaret Fischer.

Cuando se topó con ella, sonrió y se sorprendió de lo natural y efusivo que se estaba volviendo con ella. Estaba empapado en sudor y colgaba un paño en su cuello. Vestía un mono deportivo azul marino con insignias de una marca americana y una franelilla blanca que, en ciertas partes de su cuerpo, lucía translúcida, por lo que consideró una exagerada transpiración. Sus mejillas tenían cierta pigmentación rosa, producto de una intensa necesidad de oxigenación, y sostenía en sus manos una botella azul índigo, que llevó en un instante hasta su boca. Steffi se sonrojó al mirarlo. Se topó con él en el pasillo que precedía al comedor y pudo sentir esa energía extraña que sacudía cada una de sus terminaciones nerviosas. Solo la energía que su cuerpo irradiaba la descontrolaba, haciéndola sentir avergonzada. No pudo mantenerle la mirada. Sigilosa, con el rostro gacho. Evasiva. Esa mañana llevaba un cintillo de trenzas de su propio cabello, el cual había alisado con algo de ayuda, y había optado por el calzado de tacón de Alexander MacQueen, que cubría todo su pie y adornaba el frente con un detallado lazo gris que, además, combinaba a la perfección con el traje de tres piezas que había decidido usar ese lunes. Verse así, frente a él, la hizo sentir fuera de lugar, cuando realmente era él quien lo estaba. «¡Por Dios! Era casi hora de marcharse a la productora y él estaba exprimiendo hasta la última gota de sudor en lo que parecía haber sido

un triatlón».

Marcos se divertía cada vez que la intimidaba; así que, mientras secaba con la toalla una parte de su rostro, indagaba sobre su fin de semana. Fue puntual y concreta en su respuesta: no parecía desear entablar conversación alguna.

—Acompáñame —le pidió, sujetándola de la muñeca, al momento en que la instaba a seguirlo. Caminaron hasta el final del pasillo y, tras cruzar frente a la puerta que había señalado como su habitación, continuaron descendiendo en un recodo trasero en donde se toparon con una puerta de roble con los mismos detalles de todas las demás habitaciones. Giró el pomo de la puerta y, rodeándola de la cintura, entraron al vasto salón. Era una especie de polideportivo casero. Un *ring* se visualizaba al final y a sus costados, una pera de boxeo; al girar la vista, una línea de máquinas para hacer ejercicios. Distinguió una caminadora eléctrica, bicicletas y otras, cuya función (desde el umbral) no podía asegurar. Admitió sentirse sorprendida y deseosa de poder usarlas, pero su orgullo y la distancia hacia todo lo concerniente a Marcos Pantani se lo impidieron. Él volvió a posar su mano en su cintura y, al igual que el anterior contacto, este no pasaría por alto. Con un disimulo mal fingido esquivó su presencia haciéndose a un lado, mientras dirigía su atención a unas pesas que colgaban con sus respectivas poleas del techo. Extendió su mano hacia ellas y las acarició. Fue un tacto débil. Como si temiera tocarlas.

—Su gimnasio es espectacular —dijo al mirar el reloj Michelle que ese día había incorporado a sus accesorios—, pero ¿no cree que es muy tarde como para ir a la productora?

Marcos, quien no dejaba de observarla y percibir no solo su arreglo un poco más femenino, sino esos temores surgidos por su proximidad, callaba absorto en ella. Trató de comprender los miedos sembrados por su pasado, como si hubieran sido dolorosamente tatuados en el alma y la mente. A veces se preguntaba qué pasaba por su cabeza cada vez que él la rozaba o posaba su mano sobre ella. ¿Vería en él acaso al desgraciado de Antoni Messi?... Se sintió ofendido al considerar esa posibilidad. Él no era capaz de hacerle daño.

Y deseó poder demostrárselo. Quizás la mejor forma era acordando un matrimonio perfecto para ella. Y Piero Marcelino era su mejor candidato aunque, al estudiar esa cercana posibilidad, una parte de él se desmoronaba. No lo entendía. Absorto en ella, pasó un grueso trago que hizo vibrar, tras algún sonido gutural, la manzana de Adán. Protuberancia que Steffi detalló en ese instante. Nunca lo había visto en traje deportivo y quizá la exaltación, producto del esfuerzo físico, la había hecho más latente. Ni siquiera con la bata de casa se había detenido a contemplar esa parte de su cuello. Avergonzada al verse descubierta en su observación, giró la vista a un lado —. Es muy tarde —murmuró y, cuando quiso girar sobre sí misma para retornar al comedor, él estaba tras ella. No supo cuándo ni cómo, pero estaba frente a él; sintió cómo Marcos sujetaba su mano y la llevaba hasta su cuello. Instintiva e hipnotizada dejó que él deslizase los dedos de su mano sobre la protuberancia masculina, que cobijaba el recuerdo del fruto prohibido consumido por Adán y Eva. Steffi se petrificó. Marcos ya no sonreía y apresaba la fragilidad de su mano al instante en que la besaba. El contorno de aquellos labios sobre su piel, sobre los nudillos y en sus dedos la quemó y, tal como si estuviera ante un tizón de carbón ardiente, la sacudió lejos de él.

—Es mejor que nos demos prisa si deseamos cumplir con la jornada laboral, don Marcos.

Presurosa se abrió espacio y regresó al comedor. Tras los propios pasos pudo sentir los de él, hasta que pasaron frente a la puerta de su habitación, en donde se ahogaron tras el cierre suave de las bisagras. Cerró los ojos al llegar al comedor y reclinarse sobre una de las paredes, cerca de la felina escultura. Aturdida llevó su mano hasta el pecho, que no dejaba de brincar exaltado por la impresión que aquel gesto había causado en ella.

«¿Qué significaba eso? ¡Maldito Pantani! ¿Por qué me desconcentra tanto?... Me perturba... Me debilita. ¿Por qué no mantienes distancia, Steffi Mash? ¡Eso es lo que debes hacer! ¡Distancia!».

Parpadeó al instante en que expelía una bocanada de aire. Todavía sofocada se dirigió a la mesa en donde deslizó una de las sillas y se sentó en

ella consciente de que debía esperar un largo tiempo. Supuso que su jefe se tardaría al ducharse y poner al día su exquisita forma de vestir y para ella resultaba perfecto para poder relajarse.

—Buenos días, amorcito —expresó con melosidad doña Java al momento en que besaba su coronilla. Detrás de ella venía Benita Russell, una de las jóvenes de servicio, empujando el carrito de cristal en donde venían la tetera y las bandejas con el desayuno para ambos. Un bol con frutas tropicales atrajo su atención hasta inclinar sus preferencias por ellas.

El yogur natural nunca faltaba en la mesa, así que fue perfecto al unirlo a su ración de frutas y granola.

—Buenos día, nana. Mire, decidí hacerle caso. —Se puso de pie y dio una vuelta sobre sus tacones. Se sintió femenina y esa vez era una de las muy pocas veces en que lograba esa sensación.

Benita Russell la elogió en medio de cálidas sonrisas, sin dejar de poner los respectivos platos y cubiertos sobre la mesa. Estaba agradecida con ella por haberla ayudado a tejer las trenzas en su cabellera y alisarla. «El muy imbécil de Pantani no se había percatado de ello». Había pasado tres largas horas de la noche anterior sometida al calor de un secador y una plancha alisadora de cabello, además de haber soportado los jalones de hebras, propias del tejido de su bella trenza, que cruzaba en forma de cintillo su cabeza; y todo para que ni siquiera lo notara. También habían delineado sus cejas. Era la primera vez que lo hacía y, aunque se mostró renuente, la voz sutil de la joven Benita la instó a ceder. El cambio le agradó, pero no estuvo segura de ello. Sintió necesidad de saber la opinión del tirano y déspota de su anfitrión, pero el muy miserable había desaparecido todo el fin de semana y esa mañana no se detuvo ni siquiera a elogiarla. Aunque se preguntó a sí misma si el besarle su mano era acaso una forma de ser elogiada.

—Estás tan bonita, Steffi, que Marcos no podrá dejarte sola en ningún instante. ¡No, señor! ¡Que Dios guarde; se enamora alguien de ti y te perdemos, mi niña!

—Doña Java, ya me ha hecho sonrojar. ¡Qué cosas dice!... Además, hoy

don Marcos tiene tantos compromisos que no tendrá tiempo ni de comprobar mi existencia.

—¿Don Marcos? ¿Cuántas veces debemos decirte que te olvides de ese don o del señor? Se oye como si Marcos fuera un vejestorio y él y tú no distan mucho. Steffi, además, siempre es mejor si el caballero es un poco mayor que nosotras, las damas. ¿Te imaginas lo contrario? No. No. Para nada. Para una mujer es más grato si el hombre goza de más edad y de sobrada experiencia. Nos hará sentir seguras. Protegidas. ¡Ay, amorcito, cuánto extraño a mi esposo! Él y yo éramos como de la edad entre Marcos y tú. Sí, señor, ocho años de diferencia nada más.

Steffi se sintió aludida y no pudo evitar ruborizarse. Benita Russell y la nana se dieron cuenta y reaccionaron con risitas que intentaban ocultar.

—Steffi, te pusiste coloradita, mi amor. A ti como que te avergüenza platicar de Marcos. ¡Ay, mi niña! Marcos y tú son como hermanos. Él jamás sobrepasará esos límites, Steffi, así que puedes confiar en él con los ojos cerrados.

—¿En quién debería confiar Steffi, nana? —indagó Marcos al correr la silla frente a la de Steffi. Tomó el tazón con el cereal servido y añadió su acostumbrada dosis de yogur. Ella deseó que la tierra se la tragase. Apenas podía ver la forma en que Marcos arqueaba una de sus pobladas cejas sobre aquellas impresionantes pupilas aceradas—. Luces mucho más bonita, Steffi, ¿a quién debo agradecerle el favor? —Nana lo puso al tanto de la faceta de estilista de la joven del servicio y de su carisma para tratarla, haciéndose merecedora del aprecio del dueño de la casa, quien además pensó en agradarla con un aumento en su salario. Lo consideró justo si a partir de ese momento podía ejercer como su estilista, ya que no hubo forma de convencerla para que asistiera al salón de belleza de sus asistentes. También se percató del rubor en sus mejillas y, aunque le pareció divertido, su rostro de facciones tensas e inescrutables no dejaba de contemplarla.

«¡Ay, mi niña! Marcos y tú son como hermanos. Él jamás sobrepasará esos límites, Steffi, así que puedes confiar en él con los ojos cerrados»,

recordó Steffi cuando ya iban en camino en el automóvil de Marcos Pantani. Ese lunes decidió repetir vehículo, pero esa vez no se sintió incómoda ante la immaculada tapicería. Y trataba de escudriñar lo dicho por la nana... Si ella supiese las veces en que su criado había osado a sobrepasarse con ella, quizás no diría lo mismo.

—¿Te has arreglado para Vicente Ferrer?

—¿Qué? —indagó perpleja.

—Esa trenza te hace ver más... joven. Te ves hermosa. Y la depilación de tus cejas te cambió por completo. Corres peligro, Steffi. Mucho peligro. — Sonrió irónico sin dejar de conducir. Ella no estaba segura de a qué se refería Marcos: si corría peligro ante la seducción de su socio o ante la de él mismo.

—No me arregló para nadie y, respecto a correr peligro, sé cuidarme sola.

—¿Confías en mí, Steffi? —Escuchar esa pregunta en los labios de su nana era muy diferente de escucharla en los labios de él.

—... No —murmuró sin detenerse a mirarlo.

—Haces bien, Steffi. Haces bien.

Marcos Pantani aparcó el vehículo en su lugar y el joven de siempre se hizo cargo del resto. Dio la vuelta para abrir la portezuela de Steffi pero, como en otras ocasiones, la jovencita salía un paso adelante no por carecer de educación y modestia, sino para manifestarle el desagrado de su presencia. En esos casos Marcos insistía en escoltarla hasta el interior de la casa cinematográfica estampando su brazo en su cintura. Entre sus damas de compañía era una especie de costumbre, pero en su caso, con ella, era una especie de demarcación limítrofe. Aunque ella no fuera suya, debía mantener a distancia a Vicente Ferrer o a cualquiera que aspirase a sus favores carnales. No permitiría que sus planes para satisfacer el último deseo de su padrino fuesen lanzados a la basura.

«Esa trenza de cintillo destaca su belleza natural... Si los Ángeles existen, ella debe ser lo más cercano a la divinidad. ¡Mierda! Andrés Mash, ¿cómo se te ocurre ponerme en esta situación? ¿Tú no ves que en lo único que pienso cuando estoy con una mujer es en llevármela a la cama? Y créeme, padrino, tu hija despierta en mí todos los demonios y temo no poder domesticarlos... Temo hacerle daño a Steffi. ¿Cómo se te ocurre, Andrés Mash, creer que yo podría cuidar a tu ser máspreciado cuando jamás en mi vida he amado a alguna?... Lo mejor es comprometerla con alguien que pueda hacerla feliz. Tratarla como se merece».

Por un instante se detuvo a pensar en su propuesta con Piero Marcelino y se odio a sí mismo. Estaba solo en su oficina sin poder concentrarse, desde su llegada, en nada de lo propuesto por su asistente como prioridad. ¿Su asistente era Steffi Mash? ¡Mil veces mierda su decisión de tenerla cerca!

Imaginó a Steffi en brazos de Piero Marcelino y algo dentro de su cuerpo se sacudió hasta hacerlo estremecer. Una puntada se acunó en un costado del pecho. Un vacío se apoderó de él. Imaginar su cuerpo desnudo bajo las sábanas, en compañía de Piero, despertó su cólera.

«¡Idiota! ¿Qué otra cosa puede hacer si la estoy comprometiendo? ¡Por supuesto que al casarse la convertirá en su mujer!... ¿En qué estabas pensando, Pantani?». De repente tenía un bolígrafo de plata en su mano y estaba presionándolo entre sus dedos, a punto de romperlo en dos. «¿Y qué pasará con sus temores?... ¿Y si Piero Marcelino no comprende su pasado? ¡Por Dios santo, padrino! ¿Por qué no me quedé a su lado? Si no hubiera sido tan egoísta, no te habría propuesto internarme en la academia; quizás hubiese vivido con tu hija bajo los cuidados de Marquina, y su vida... su vida hubiese sido diferente. Yo te habría cuidado, Steffi y ningún Antoni Messi te habría tocado».

Alguien tocó a la puerta. Marcos lucía sofocado, así que desató el nudo de su corbata y se deshizo del pisa corbata colocándolo sobre el escritorio.

De mal talante ordenó a quien fuese que estuviese tras la puerta que

pasara.

Steffi se abrió paso con cierto recato, pero lo abandonó al ver la palidez que imperaba en la tez de quien era su jefe. Aprisa fue por un vaso de agua del dispensador de agua mineral del pasillo, y regresó presurosa con el cono de papel.

Sin recordar su ley de estricta distancia, lo bordeó, palpó la temperatura sobre su frente sudorosa y lo incitó a ingerir el líquido mientras murmuraba que de seguro él estaba sufriendo un descenso en la presión.

Marcos deseó quitársela de encima, pero no pudo. No tenía el valor para hacerlo. Vio cómo tomó el teléfono para comunicarse con la señorita Whilcom y pedirle la presencia de un médico, quien lo acató con recelo y prontitud.

Steffi intentó deshacerse de su corbata cuando la mano robusta de Marcos la apresó sin desviar la mirada de ella.

—Ya viene el médico. Todo va a estar bien, Marcos.

Habían transcurrido dos horas de su quebranto de salud y aún podía sentir a Steffi cuidando de él.

Su cuerpo tan cerca del suyo. Tan presta a ayudarlo. Aún sentía el calor de sus manos... Y su nombre pronunciado por ella sonaba a sinfonía. Su nombre, escapando de sus labios acorazados... ¡Esa mujer lo iba a volver loco!

Como a las once Steffi recibió una llamada de la señorita Susana Chinappi; dada la condición de salud de su jefe, pensó en negar su presencia, sin embargo una leve corazonada la llevó a anunciar y pasar la llamada. Desde ese día la vida de Susana Chinappi comenzó a cambiar.

Marcos Pantani estaba un poco más sereno y trataba de no pensar en el futuro que él estaría diseñando para Steffi. Puso en contacto a Susana Chinappi con el jefe de Recursos Humanos, y se citaron para una entrevista de actitudes y aptitud para determinar en cuál de las opciones laborales actuales podrían insertar a la joven. La entrevista fue pautada para las tres y media de la tarde en Pantani Picture Films.

La joven estaba feliz. Por primera vez se sintió libre y capaz de poder cambiar su vida. Se sintió agradecida con ese déspota cliente, quien le había obsequiado el mejor de los regalos: una oportunidad de vida.

Steffi Mash mantuvo sus funciones al día, mientras su jefe parecía estar en otro mundo. Ignoraba las pesadillas que estaba viviendo, incluso se sintió ofendida cuando él le ordenó clausurar sus clases con Vivaldi. No indagó en las razones para evitar ofuscarlo más de lo que lucía, pero no pensaba quedarse con esas. No iba a convertirse en la esclava de su oficina sin mejorar sus capacidades. El trato había sido cursar los talleres para incrementar su experiencia y fomentar su creatividad, al mismo momento en que cumplía con un empleo. A la hora del almuerzo volvió a llevarla consigo y comenzaba a sentirse incómoda. Era como si deseara controlarla. Tenerla frente a sus narices y sacudir de su entorno a cualquiera que la mirase. Era una sensación que comenzaba a asfixiarla. ¿Quién se creía que era? ¿No le bastaba con tenerla bajo su mismo techo todos los días?... Inmersa en sus propios pensamientos, dedujo que debía empezar a desligarse de sus cuidados...Quizás la señorita Whilcom podría ayudarla con la búsqueda de un departamento pequeño, cómodo que le pudiese brindar el calor de hogar que tanto ansiaba tener. La idea la emocionaba. Era independizarse. Coronar su propio espacio y sentirse libre entre sus propias paredes. Sin escoltas ni cámaras ocultas en cada recodo, temerosa de equivocarse para no quedar eternizada entre los mega giga de una videocámara.

Finalizado el almuerzo, Marcos Pantani la llevó a recorrer la ciudad. Steffi no pareció agotarse de la urbanidad romana. Por el contrario, le inyectaba energía, vitalidad y, en ocasiones, hasta se olvidaba de quién estaba a su lado.

De regreso a Pantani Picture Films, las facetas continuaron. A la hora acordada, Susana Chinappi cruzaba el umbral del Departamento de Recursos Humanos y más tarde saldría con un contrato laboral para el Departamento de Diseño y Escenografía. Estaba contenta, por fin pondría a valer sus destrezas para la decoración. Su sueño siempre fue tener una casa de eventos para

bodas y otros actos solemnes de la destacada sociedad. Sabía de ornamentación, tenía estilo y poseía estética. Cuando Marcos se enteró de su sueño, modificó sus planes y le propuso a la jefa de Recursos Humanos adquirir un local para eventos de la misma productora, con los recursos y materiales necesarios para que Susana Chinappi emprendiera su negocio. Sería una especie de sociedad en la que prestaría servicios a eventos cada vez que Pantani Picture Films así los anunciase y, realmente, solían ser anuncios muy frecuentes. Cuando ella se dio cuenta del cambio y verificó la asignación legal de su firma mercantil, gritó de euforia y se lanzó a los brazos de Marcos Pantani. Fue un momento de emoción en donde descuidó la marcada distancia que el sofisticado productor solía mantener con sus empleados. Aunque se disculpó y manifestó vergüenza, Steffi no pudo borrar de su mente el recuerdo de verla guindada del cuello de su jefe. Y menos podía borrar el beso que en medio de su euforia dejó estampado en los labios de Marcos.

Al caer la tarde Steffi por fin pudo sentarse a conversar un par de minutos con su compañera de recepción, la señorita Whilcom. Parecía exhausta y repleta de curiosidad al no comprender quién era Susana Chinappi en la vida de su jefe. No recordaba haberla visto entre sus damas de compañía y por un momento manifestó su pesar por ella; si la petulante alemana, Margaret Fischer, descubría la existencia de esa otra mujer, de seguro se desataba una Tercera Guerra Mundial.

Capítulo 22

ATENTADO EN PANTANI PINCTURE FILMS

Los compromisos empresariales se extendieron un poco más de lo estimado, así que Steffi tuvo que permanecer hasta altas horas de la noche al lado del comité ejecutivo. La señorita Whilcom también, pero hubo un momento en que pudieron sentarse ambas en la sala de descanso, en las afueras del salón de reuniones. En medio del agotamiento la señorita Whilcom tomó su celular, observó uno de sus mensajes de texto y lo leyó — para amordazar luego, con exagerada modestia, un grito eufórico—, mientras se giraba al lado contrario del sofá ignorando la figura de sus jefes tras ellas. La junta había finalizado y renegó entre dientes esa costumbre de continuar con las charlas en las afueras del salón, así que trató de reponer su postura.

—¡Sí va! ¡Steffi, sí va! Llevo tiempo que no disfruto de una salida. ¿Por qué no te animas? Hay una noche de espuma y barra libre este jueves en la Liverpool. Es una disco espectacular. Ideal para librarnos de tanta tensión. Iré con Kerry Henso. ¡Es un papacito! Llevó tiempo haciéndome la dura con él, pero esta vez fui yo la que invitó, así que esa noche Kerry Henso será mío. ¿Y tú? ¿Qué me dices? ¿Te animas? Quizás te consigo compañero.

Steffi sabía que Marcos estaba atento a la conversación. Fue imposible no ver la forma en que arqueaba las cejas cada vez que le interesa saber algo. Sus orejas eran radares técnicos de cartílago. Pronto acabó la reunión y sus socios se despidieron, así que la señorita Whilcom apuró la respuesta de Steffi Mash, quizás con el deseo de planificar la salida, que realmente era en dos días, si despreciaba ese intenso lunes.

—¿Entonces, Steffi, te unes a mi causa de liberación de cargas energéticas?

—No, Whilcom, la verdad, soy muy torpe para el baile y carezco de habilidades sociales. No me gustaría exponerme al escarnio de toda Roma.

—La Liverpool es una reconocida disco. Deberías ir, Steffi, así descansas, te diviertes y sociabilizas un poco —expresó el jefe, quien se buscaba un lugar en el sofá junto al montón de papeles que traía consigo—. Yo podría acompañarlas, claro, si no le incomoda a la señorita Whilcom.

Por segundos el ambiente se enrareció. Las dos mujeres intercambiaron miradas con rasgos de incredulidad. Marcos intuyó la reacción de Steffi. Había visto ese rostro más de una vez. Se petrificaba boquiabierto, como si quisiera empujar las sílabas de las palabras desde su laringe, alcanzando apenas un vago suspiro de resignación. Terminaba lamiendo sus labios como si deseara deshacerse del labial cremoso que los cubría y de nuevo entrecruzaba las manos delgadas, un poco más femeninas gracias al esmalte y a las incrustaciones que, de seguro, Benita Russell persuadió hasta lograr que las tuviese. «Debió triplicar su sueldo», pensó; estaba haciendo milagros con esa mujer. Sus ojos acerados de repente se dilataron, lo que le proporcionó un aspecto de felino. Era la primera vez que su iris, en lugar de oscurecerse, se aclaraba; por un instante Steffi se fijó en la dispersión radial de su ojo y se preguntó cómo hacía su órgano ocular para jugar con los niveles de melanina en ellos, haciéndolos variar entre ese intenso gris oscuro que la intimidaba cada vez que se enfrentaba a él y ese fulgor delgado que había alcanzado en ese instante. Era un gris tenue, suave, que lo hacía ver al acecho, pero con recelo. Incluso titubeó y se llevó una de las manos a la mandíbula, frotándola al ritmo de sus labios, en gestos de excusa ante alguna impertinencia.

—No se sientan presionadas. Disculpen mi intromisión, pero fue inevitable escucharlas en ese tono. Y como escuché que la señorita Whilcom podría conseguirte un compañero, decidí ofrecerme. Suelo ser buena compañía. Así no tendré que enviarlas con uno de mis escoltas. —Sonrió

divertido—. No te someteré al escarnio público si percibo tu impericia en el baile. Lo prometo. —Extendió la mano derecha y la puso sobre su pecho en ademán de promesa.

La señorita Whilcom estalló en risa poniéndose de pie.

—Será todo un placer, don Pantani. Entonces, Steffi, no se hable más; te llamo esta noche para coordinar la salida y mañana le contaremos a usted, don Pantani. ¡Será grandioso, Steffi! Ya es hora de que rompas ese encierro. En nuestro país hay mucho que ver, disfrutar y saborear. Quizás, al salir de la disco, vayamos a comer algo rico en las cercanías al metro.

—Si me lo permiten, concédanme ese honor a mí. Las llevaré a comer a un sitio de ensueños. —De nuevo fijó la mirada en Steffi, quien no parecía desear ponerse de pie. En realidad estaba consternada. No comprendía por qué todos a su alrededor querían decidir sobre ella. Se sintió menor de edad y, aunque quería oponerse, algo en él se lo impedía. Marcos Pantani se despidió de la señorita Whilcom con una leve inclinación de su cabeza. Dio las buenas noches y se volvió hasta donde estaba sentada Steffi, quien todavía no mostraba indicios de querer ponerse de pie. Marcos estaba frente a ella, como siempre, sin sonrisas. Su ceño estaba de nuevo fruncido y esos labios parecían querer decir mucho, pero en ese instante solo callaban. Extendió su mano a ella y, arqueando las cejas de esa forma tan peculiar en él, le guiñó un ojo. Ese gesto la hizo estremecerse. Desconocía qué pasaba con ella ante tantos estímulos visuales; podía apostar que era la primera vez que un hombre causaba en ella tantos efectos y se sorprendió de que alguien tan osado continuara ileso. Una vocecita interna se reveló. «¿Será cierto que me he vuelto vulnerable?».

Meditó, entonces, acerca de esa posibilidad. Y se autocomprendió. Ya no vivía en un suburbio neoyorquino ni estaba rodeada de pandilleros inescrupulosos; tampoco debía preocuparse por conseguir dinero para llenar su alacena y ni siquiera había vuelto a preguntarse si debía teñir o zurcir sus pantalones *jean*. ¡Qué curioso! Ya hasta podía prescindir de sus pantalones vaqueros. Llevaba tiempo que no usaba un subterráneo o el transporte

público; por el contrario, se desplazaba en autos de prestigiosas marcas y no pensó de nuevo en lo que haría si llegase a accidentarse, como en sus anteriores camionetas, donde todo en ellas representaba un riesgo. La ventaja era saber de mecánica y contar siempre con una pesada caja de herramientas repleta de repuestos que pudiese necesitar para el cambio.

Se estaba volviendo cómoda. Y el solo hecho de reconocerlo la hizo decaer en ánimo. Era una estupidez total adaptarse y, peor aún, acostumbrarse a un estilo de vida que le era ajeno y temporal. Debía meditar más al respecto y tomar cartas en el asunto, porque Marcos Pantani y sus lujos eran solo una ilusión que no iba a durarle toda la vida. Estaba perdiendo el norte. Debía regresar pronto a suelo norteamericano para así poder empezar la ardua cacería de una plaza laboral, cada vez más extenuante e inaccesible. La competencia profesional se mostraba feroz y su campo no resultaba ser tan seductor y atractivo para muchos empleadores. La actualidad emergía en otros campos, como la informática, la programación y el *marketing*. A veces se reprochaba el no haber escuchado a su padre, Andrés, cuando le advirtió lo inútil que podía ser su carrera. Steffi Mash nunca lo pensó desde la perspectiva de su padre. Ella lo veía como un estilo de vida. Quería graduarse y vivir en una bonita casa junto a su padre; contar con una sala enorme repleta de estantes de libros, un pequeño despacho con su computadora personal y muchas resmas de papel Bond Base 20 para plasmar sus obras. No pensó nunca en casarse. Eso jamás, a pesar de las insinuaciones que su padre le hacía a diario: sus deseos de verla bajo el brazo de un buen hombre y velando por muchos bebés preciosos —sus nietos—. Steffi parpadeó ante sus vagos recuerdos. Fue una completa imbecil. ¿Cómo iba a convertirse en escritora, literata o simplemente en lectora si no contaba con un empleo para satisfacer sus necesidades básicas y sus placeres? ¡En otra vida, quizás, pero en esta jamás! Admitió al reconocer que si no trabajaban, no podían comer ni pagar la renta ni los servicios públicos. Se entristeció al recordar que al final de la faena laboral, luego de hacer las deducciones de ley y pagos adeudados, apenas quedaba para cubrir una parte de la dispensa. No le sobraba siquiera

un dólar para algún libro. Sin tiempo para escribir ni leer; era un hecho que debía renunciar a su proyecto de vida... Su padre tenía razón.

Estaba perdiendo el norte y debía buscar su brújula lo más pronto posible, antes de caer en un precipicio por su falta de coordenadas. Marcos Pantani y ese estilo de vida solo formaban parte de un espejismo. Como tal debería desaparecer muy pronto, así que tenía que estar preparada para cuando eso ocurriese.

Parpadeó al sentir el calor abrasador de Marcos Pantani al sujetar su mano y luego bordear su cintura. Esa sensación de estar rodeada por su corpulencia derribó sus recuerdos... Una energía extraña recorrió el verduzco de sus venas e instintivamente perdió el equilibrio. Su bello calzado de Alexander MacQueen tropezó con el deslumbrante calzado Amedeo Testoni del prepotente jefe, anfitrión y ahijado de su padre. En ese instante su mano se aferró a su cintura con mayor intensidad, evitando que llegase a caer.

—¿Estás bien, Steffi? No debí retenerte hasta estas horas. Vamos, es momento de llevarte a casa.

Aprisa se repuso librándose de sus manos, emprendiendo camino hasta su oficina, en donde recogería su cartera, apagaría las luces de la entrada y cerraría la puerta para verse de nuevo con él en la entrada al ascensor del primer piso. Steffi hubiera preferido continuar el paso y doblar en el próximo pasillo haciendo uso de las escaleras, pero ahí estaba él cediéndole el paso. Con una mano le indicó la senda, mientras mantenía oprimido el botón de llamado en el panel digital. Steffi apenas visualizó el rojo titilante en muestra de su espera. Suspiró y se resignó a seguir adelante. Agradeció que el recorrido fuese tan breve. No le agradaba mantenerse a su lado a solas durante tanto tiempo.

Marcos Pantani retomó la misma postura rígida y, con ella, el dominio impreso en sus poros. Sus facciones expresaban poder. Sus hombros anchos podían tapparla por completo; ella, ante su metro ochenta, luciría menuda si no llevase puesto su bello calzado de tacón, que le permitía rozar su coronilla con la altura de su nariz romana. Su frente rectangular, con esas pronunciadas

entradas, se acoplaba a la rigidez de sus pómulos de líneas rectas. Tenía ese aire de niño malo. De villano. Y en ese instante una brisa gélida que se dispersaba desde las hendidias de ventilación hizo que su piel se erizara. El celular de él sonó. Era el timbre que empleaba para números no registrados y se extrañó al percatarse de la entrada de la llamada, consciente de la ineficacia de la programación en su dispositivo móvil, que debió activarse y bloquear cualquier acceso desconocido. Sin embargo, el aparato sonó un par de veces y en una sola de ellas activó el *send* ante la incertidumbre causada. Momento después no volvió a sonar y ambos abandonaron el ascensor. Marcos Pantani guardó el aparato en los bolsillos internos de la chaqueta y palpó la fría superficie de su arma sobre la pistolera que posaba sobre su chaleco, recubierta por la elegante chaqueta.

El solo palpar el arma le causó un cosquilleo extraño en sus dedos. Era como si las huellas dactilares saltaran sobre la superficie metálica. Ellos eran uno de los últimos en abandonar casa cinematográfica y, cuando cruzaron el umbral del edificio, Marcos sintió un hálito gélido tras su cuello: una corazonada que despertaba sus nervios y activaba su deprimente sistema de sobrevivencia.

Steffi y él atravesaron la vasta puerta de vidrio de la entrada y caminaron hacia el frente, al estacionamiento, cuando un Mustang negro de vidrios ahumados giraba en una de las islas para pasar frente a ellos; pero desde el recodo de la misma, Marcos observó que una de las ventanillas venía descendiendo a medida en que se acercaba, mientras el cañón metálico y largo de un arma, que reconoció como una de largo alcance, iba abriéndose paso. Instintivamente metió la mano en la pistolera y extrajo su Glock 19, al momento en que sujetó a Steffi de un brazo y la arrastró hasta el interior del edificio. En un segundo la arrojó al piso lanzándose sobre ella, mientras la cubría con su cuerpo; ella, desconcertada, se hacía un ovillo bajo su cuerpo en medio del ruido de las ráfagas de fuego, que impactaban sobre el cristal de la puerta. Los cristales rotos parecían volar dispersos por todas partes, porque Steffi sintió cómo caían sobre sus pantalones. Las alarmas de los vehículos en

el estacionamiento se activaron y el sistema de seguridad del edificio salió a hacerle frente al auto invasor, pero la velocidad a la que había emprendido no le permitió retenerlo; sin embargo, dos unidades de su personal de seguridad se dispusieron a iniciar una persecución. «No irán muy lejos», pensó Steffi en medio del retumbar de balas y cristales rotos, que se repetían en su cabeza. Era la primera vez que estaba tan cerca de Marcos Pantani y que toleraba con agradecimiento su robusta figura. Marcos se puso de pie al instante en que la última bala estalló sobre el cristal de la entrada del edificio, pero Steffi necesitó de un par de minutos para reponerse de la impresión. «¿Se quejaba de la banda de los Splash? ¡Por favor, los había peores!», y eso la aterró.

Marcos removió los restos de la vidriera que habían impactado sobre ella, sacudió su atuendo y sin pudor alguno palpó su rostro y cuerpo. Quería asegurarse de que no estuviera herida. Aún sostenía su pistola en mano y eso la hizo palidecer aún más así que, al verse rodeado de sus hombres de seguridad, la guardó de nuevo en su lugar. Levantó a Steffi con facilidad. Le pareció tan liviana. Tan vulnerable. Tan inocente a todo su mundo, que tuvo pesar por ella. Hasta volvió a creer que lo mejor era enviarla de regreso a Nueva York. Steffi dio un par de pasos entre los restos dejados cuando el aire le faltó y las fuerzas diezmaron haciendo que sus piernas se doblegaran. Preocupado por su estado de salud, la cargó en brazos antes de que se desvaneciera en el aire. Antoine, uno de sus hombres de seguridad, estaba constatando que su vehículo estuviese libre de artefactos explosivos, pero aun así la prudencia le hizo ordenar traer otra unidad, en donde trasladaron a ambos a la propiedad.

Marcos dejó a Steffi en el puesto trasero, acostada en forma de ovillo, mientras él daba la vuelta para sentarse a su lado. La cargó de nuevo en brazos y así la llevó de regreso a la propiedad. Antoine sustituyó a quien traía el vehículo y juntos emprendieron camino. Esa noche Pantani Picture Films fue noticia de sucesos. En un momento estaba rodeado de unidades policíacas que evaluaban la situación, mientras iniciaban una orden de captura para la

unidad descrita en las cámaras de seguridad. Sus ocupantes debían ser puestos a la orden. Pero ya los hombres de seguridad de Marcos Pantani se encargarían de ellos y una hora más tarde el vehículo y sus ocupantes serían llevados a una de las tierras distantes de la ciudad, propiedad del imperio Berlusconi Pantani.

Marcos la tenía sobre sus piernas y lucía nervioso al constatar que la joven no despertaba. Desde su teléfono celular llamó a uno de los doctores familiares para que lo esperase en la propiedad y alertó a Java de lo ocurrido.

Tuvo miedo de reconocerlo, pero debía admitirlo. Su pesadilla había vuelto a la vida y estaba claro que el objetivo eran ellos. Ella, por ser la hija de Andrés Mash y él, por ser el último de los Pantani Berlusconi.

Terminada la llamada con Java, se comunicó con Mitchell en Sicilia.

—Debes regresar hoy mismo —ordenó suspicaz—: la guerra ha empezado.

El escolta no daba crédito a lo dicho. Se consideraba líder del mejor equipo de seguridad de toda Italia y ese atentado le restaría credibilidad a la imagen proyectada. Cauteloso asignó un equipo de vigilancia para realizarle seguimiento al área que debían tomar y con el resto del personal emprendió camino de regreso. Consideró las tres opciones de retorno. De las dos opciones vía terrestre, la más corta estaba a ochocientos cuarenta y seis kilómetros desde la ciudad de Sicilia; era la ruta de Consenza y la de Salerno y, si corría con suerte en que se redujera el tráfico vehicular, podría estar en Roma en ocho o quizás nueve horas. Así que lo descartó aprisa. Debía tomar un vuelo en el aeropuerto de Catania que lo llevase de regreso a Roma a la brevedad posible y para ello estimaba un trayecto sobre el mar Tirreno de una hora y veinte minutos en un vuelo comercial, si las condiciones de navegación aérea los favorecía. No lo pensó más y coordinó boletos de regreso con una llamada a la central de aerolíneas en el aeropuerto. Sabía que debía regresar lo más rápido posible a Roma y encabezar el resguardo de su jefe y amigo, Marcos Pantani.

Más tarde, la señorita Whilcom, ante el escándalo mediático por lo

ocurrido, telefoneó a la propiedad Pantani para ponerse al tanto del estado de salud de Steffi y de su jefe, pues era consciente del riesgo que habían corrido al permanecer hasta altas horas de la noche en el edificio de Pantani Picture Films. Steffi, un poco más calmada, trataba de ponerla al tanto, mientras desde el rabillo de su ojo observaba a Marcos Pantani, desquitando su furia con Antoine y sus otros hombres de seguridad. Algo en aquella ruda conversación llamó su atención, apresurándola a cortar la conversación con la señorita Whilcom para afinar el oído ante lo que consideraba una novedad. Al parecer sus hombres habían capturado al agresor y estaban en la Reserva Naturale di Decima Malafede, en la vía de Trigoria, en donde alcanzó a escuchar que sería perfecto arrojar los cuerpos entre los arbustos de la vía. «Si eran cuidadosos, podían hacer que se perdieran entre los matorrales durante un largo tiempo, pero antes debían hacerles escupir el nombre y ubicación de quién ordenó el atentado». Steffi estaba petrificada ante la frialdad de quien hasta hacía poco solo era visto como su seductor jefe, como su anfitrión, ahijado de su padre y, según debería dictar el destino, su protector. Escucharlo en ese talante la aterró. Temió ante la maldad que pudiese albergar ese cuerpo tan tentador. Sus labios simétricos de color rosa masculino dejaban ver, al ritmo de su conversación, una hilera perfecta de piezas dentales de una blancura resplandeciente, que parecía rechinar de furia en cada una de sus indicaciones. Su nariz romana fue cubierta en un arranque de desespero por ambas manos, como si quisiera hundir una fosa nasal en la otra; sus ojos acerados adquirieron una nueva tonalidad oscura e intensa. Reconoció la ira en ellos y de nuevo tuvo miedo; a pesar de su fortaleza, de su talante y de creerse autosuficiente e independiente, temió. Era una sensación no definida. No sabía si era la actitud de Marcos, que la instaba a padecer tanta zozobra, o si era el saber de la existencia de enemigos tan letales. Parpadeó sobresaltada al ver cómo Marcos tomó a uno de sus escoltas del cuello para ponerlo de cabeza contra la pared, ante una respuesta acerca de sus controles de seguridad que no lo satisfizo. Jamás lo había visto tan encolerizado como en ese momento, ni siquiera cuando la trajo de regreso a la propiedad, luego de haberla sacado de aquel bar de mala muerte, en donde

se refugió durante su fuga. Desde su arribo, supo del historial delictivo de su familia, de sus antepasados y, aunque le reprochó muchas veces su condición de asesino, en ese instante no podía creerlo.

Hubiera preferido no escuchar. No saberlo asesino como su padre y el suyo... Se detuvo a pensar por un instante y sintió asco de sí misma; quizás, en el fondo, ella también era capaz de matar. Después de todo, era una Mash y, según las historias familiares, su padre había sido escolta y mano derecha de uno de los capos más temidos de toda Sicilia.

Java trataba de calmar a Marcos y de quitarle al joven de seguridad de sus manos. Desesperada buscaba la forma de hacerlo volver en sí, de persuadirlo, pero no pudo sojuzgar su cólera. No fue sino hasta que ella volteó por instinto a ver a Steffi. Llevó sus manos regordetas y repletas de marcas del tiempo en su piel hasta su rostro, en medio de un grito que alertó y sacudió a Marcos.

Steffi lucía pálida y sudorosa. Cuando Marcos llegó a ella, no pudo hacer nada por evitar su desmayo. Fue una caída brusca al desplomarse sin fuerzas sobre las alfombras. Al tomarla entre los brazos, Marcos percibió no solo la sudoración, sino el descenso térmico en su piel. Una de las chicas del servicio traía una infusión de hierbas que decía eran buenas para la tensión arterial y para los nervios. Java tomó un tapete de una de las mesas y comenzó a airearla entre la debilidad que el material sintético le otorgaba.

—¡Maldita sea, Antoine! ¿Dónde está el doctor Arcadipane?

—Viene en camino. Viene en camino. —Alcanzó a escuchar al momento en que bofeteaba con suavidad sus mejillas, con intenciones de hacerla volver en sí. En ese instante Benita Russell trajo consigo una mota de algodón impregnada de alcohol isopropílico y aprisa se la pasó a su patrón para que la colocase en la nariz de Steffi, lo que la hizo reaccionar de inmediato. Pálida fijó su mirada débil en él hasta que cayó abatida, de nuevo, en sus brazos. Apenas se dio cuenta de que Marcos la cargó hasta su habitación en el piso de arriba. Se sintió tan abatida que no fue capaz de oponerse. Su desfallecimiento la llevó a refugiarse en la exquisitez de sus brazos. Su pecho expelía un delicioso aroma a perfume costoso. Su olfato no conservaba

estándares de comparación, pero supuso que esa fragancia, que la adormecía y la hacía acunarse aún más en sus brazos causándole gran deleite, debió ser la mejor mezcla de perfumería del mundo.

—Te lo advertí, Steffi: heredé muchos enemigos. —Parecía querer justificarse y al hacerlo se perdía en sus ojos. Su dedo índice acariciaba la piel lozana de su carrillera. Era una caricia suave, como quien desea buscar algo..., despertarla con sensaciones. De repente trató de erguirse y suspiró con firmeza ante el deseo de pedirle algo que este calló, posando su dedo como una cruz de piel en el medio de sus labios. Las comisuras eran de terciopelo, suaves y húmedas. Temblaban ellas como lo hacía el pulso en su muñeca o como su yugular, oculta tras las hebras de su cabellera—. No digas nada, Steffi. Descansa.

—No lo haga, por favor. —Fue una súplica que escapó de sus labios. No dejaba de mirarse en sus ojos grises sin los temores recientes. Al comprender que no estaba siendo explícita, continuó—: No actúe como lo hicieron nuestros padres, por favor, Marcos —dijo en baja voz, sin anteponer el don o el señor que tanto sentía estorbarle. Al escuchar su nombre en aquellos labios acorazonados, se vio tentado a carcomerse cada milímetro de esas comisuras, pero se abstuvo ante la nostalgia que albergaban sus facciones—. Marcos, retire la orden de asesinarlos, por favor. No sea usted un asesino más... Entréguelos a la policía italiana. Se lo pido.

«Los ojos son el espejo del alma», recordó la frase de su nana Java, quien se empeñaba en leer los ojos de cada mujer con la que salía y a ninguna había aprobado. Solía responder con retahílas que resultaban ofensivas y no se retractaba en ninguno de los casos. En ese momento, creyó en lo que su nana decía y pensó en lo hermosa que lucía el alma de la hija de su padrino. Sintió serenidad y su furia parecía diezmar, a pesar de que sus vivencias de tantos años le impedían actuar con tranquilidad. Ese era el precio de su vida...

Al acostarla sobre la cama, buscó las almohadas y las colocó bajo su cabeza. Recordó el roce de sus dedos; su cabellera ondulada lo hizo fijarse en ella, en ese castaño cobrizo, brillante y sedoso, que al acariciarlo lo hizo

estremecerse. Fue una arremetida de fuego y pasión que lo incitó a quedarse allí, junto a ella, pero su orgullo se lo impidió a tal punto que reprochó esa cercanía. Al ver al médico cruzar la puerta, se hizo a un lado, con una mano en la barbilla y otra en la cadera. Al constatar que él se haría cargo, dio la vuelta y se marchó.

Ya no la tenía cerca, pero no podía quitarse de encima esa mirada cargada de desilusión. ¿Qué podía hacer él para cambiar su realidad, su pasado si esa era la única forma de vida que había conocido? Llevaba años a la expectativa, aguardando un atentado en cualquier momento... Para su desgracia, Steffi Mash parecía ser el detonante de esa antigua guerra.

Deambuló entre el vestíbulo y el comedor. Java lo seguía con la mirada desde uno de los sofás. Meditabundo daba una calada tras otra a su cigarro toscano Antico. Ella se preocupó al verlo. Solo cuando necesitaba aplacar sus nervios recurría a ellos. Son tabacos más gruesos, de un peculiar marrón negruzco que, al darse cualquier calada, expelía un aroma a leña agradable al olfato y un intenso sabor, propio de la familia de los toscanos, capaz de intensificar sus fuerzas. Un par de caladas representaba una fuerte infusión de hierbas y especias capaz de estabilizar su arritmia, así que en circunstancias como esas, el refrescante cigarrillo de menta y eucalipto pasaba a ser un confite de su *stock*.

Iba de un lado a otro, en un principio muy alterado, sus pasos fueron diezmado al ritmo de una nueva calada, mientras la columna de espirales tóxicos se disipaba en el ambiente. El personal de seguridad modificó su *modus operandi*, guiados ahora, por Mitchell, quien venía de camino a Roma.

La anciana lucía exhausta. No resultaba fácil para ella revivir episodios que creía nunca más volver a vivir. Había servido a los Pantani Berlusconi desde muy joven y daba por extinta las riñas familiares. Marcos Pantani había crecido al margen de las leyes sicilianas, y llegó a convencerse de que su adorado hijo de crianza viviría así para siempre. Su preocupación era exponencial. La hija de Andrés Mash corría peligro, tanto como el propio

Pantani. Pensando en ello, le pidió a Marcos que buscara una solución pronto al testamento de Andrés Mash y enviara a su hija de regreso a Nueva York. No quería imaginar lo que un Bersabeth pudiese hacerle a la hija de quien acabó con un clan completo. Temió e incluso Marcos se sorprendió al verla sollozar, sentada sobre el sofá de cuero, con tapicería adaptada a la antigua decoración, legado de su madre. Soltó el puro sobre un cenicero. No pudo evitar sentirse destruido. Verla ahí, con las manos arrugadas sobre el pañuelo blanco, removiendo la humedad de su nariz lo abatió. Indulgente se puso de rodillas frente a ella. Tomó sus manos y las besó. No soportaba verla llorar. Java era lo más cercano a una madre y mataría por ella, así que se aferró a su coronilla repleta de canas, la rodeó con sus brazos y le pidió que se fuera a descansar. Prometió que todo estaría bien y, consciente de su poder de palabra, asentó el rostro y se fue a descansar en su habitación. Marcos no deseaba hacerla sufrir más y sabía que estaba a la espera de la segunda llamada de Bernabeth y Vicenzio, uno de los escoltas a cargo de la persecución.

Deseaba verlos a la cara antes de que se cumpliera su orden. Esperaba poder escupir sus rostros antes de verlos con una bala en la frente. Estaba pensando en ello cuando apareció Steffi entre sus pensamientos. ¡Dios! Steffi estaba suplicando por la vida de quienes hasta hacía poco pudieron haber sido sus asesinos. No lo comprendía. Pero su rostro tan piadoso, tan dulce..., tan angelical se había sembrado en él de una forma única que le hizo considerar su propuesta. En cierta forma, le favorecía. Actuar de la forma familiar crearía nuevos odios y las leyes habían cambiado. No eran las mismas y quizás podría inculparse, exponiéndose a la luz pública. Los medios harían triza su imagen y Margaret Fischer buscaría la forma de sacar la mejor parte. Aprisa consideró reconstruir la fachada del edificio. No deseaba esperar la luz del día. No iba a permitir que Roma o Italia completa hiciera alarde del atentado, así que ordenó la restauración inmediatamente del umbral del edificio, además de incrementar las medidas de seguridad.

—No permitiré que los desgraciados de los Bersabeth me vean destruido.

Reconstruyan la fachada ahora mismo. La madrugada es larga. ¡No sé de dónde sacarás personal y materiales, pero a las siete de la mañana de mañana quiero ver esa entrada reluciente, hasta con alfombra roja! —Fue la orden dada al personal de mantenimiento del edificio de Pantani Picture Films, que al instante se puso manos a la obra. Incluso recurrió al departamento legal de la productora para evadir la presencia policial.

Marcos estaba dando la orden por su celular cuando Steffi se acercó a él. Llevaba el mismo atuendo de la oficina; su cabellera aún lucía el cintillo de trenzas, aunque las hebras caían desaliñadas sobre sus hombros. Se alisó un mechón que osaba a ondularse más de lo debido. Marcos guardó el celular en la chaqueta y fijó la mirada en ella. De nuevo Steffi observó cómo la manzana de Adán se movía tras el cuello flojo de su corbata. Un sonido gutural lo trajo a la realidad y, aunque estaba extasiado con aquel rostro angelical, parpadeó y dio un par de pasos lejos de ella.

Sus senos redondos, de una proporción perfecta a sus caderas y su contextura, parecían brincar de éxtasis tras el bléiser de su traje. Un botón estaba a punto de salir de su ojal. Deseó clavar la mirada en ella, pero se acobardó ante su deseo. Sus pasos lo llevaron de espaldas a Steffi, y la escuchó.

—Marcos, dígame que declinó la orden. Dígame, por favor, que va a dejar este caso en manos de la policía italiana.

Steffi, al ver que callaba y que no tenía intenciones de contestar, se acercó a él y lo abrazó. Lo apresó entre sus brazos y posó su mejilla en su espalda. Ese acto lo petrificó. No supo qué hacer. Sentirse rodeado por sus brazos, a pesar de sus temores y su rechazo a intimar de cualquier forma con cualquier persona del sexo opuesto, lo hizo admirarla. Era la muestra más pura de bondad y cariño que hubiese presenciado jamás. Parecía una estatua. Inerte. Sintiendo su calor tras de él, los latidos suaves de su corazón y los gimoteos, que parecían estar amordazados por sus labios. Marcos cerró los ojos. Subió el rostro con altivez e inmutable estuvo de pie y de brazos caídos. «¿Qué me pasa contigo, Steffi Mash? ¿Por qué me siento tan diferente cuando estás

cerca? Es como si pudieras dominarme y decirme qué hacer, qué decir. ¡Por Dios santo! ¡Soy Marcos Pantani y ninguna mujer me ha doblegado... No lo harás tú!».

Se deshizo como pudo, sin brusquedad, de sus brazos y caminó hasta detenerse frente a la ventana del vestíbulo. La visión nocturna no era buena, pero imaginó que sería una buena excusa. En vano aquel intento por deshacerse de su cercanía, porque Steffi lo siguió y, llevando una mano hasta su cabellera, la frotó. De repente, un grito suave, como un alarido de dolor, se escapó de ella al instante en que se cubría la boca. Marcos, confundido, se giró sobre sus pies y pasó una mano por su cabeza. Sintió un líquido pegajoso, que se escurría escandalosamente tras el lóbulo de su oreja. Se sorprendió al verse los dedos impregnados por un viscoso carmín opaco.

—¡Mierda! —dijo sin fijarse en Steffi—. Debió ser alguna astilla de vidrio. Ya se me pasará.

—Iré a llamar a la nana.

—¡No, Steffi!, dije que ya se me pasará. Nana ha tenido una noche terrible. Debe descansar.

—Entonces, iré a buscar algo para curarlo. ¿Por qué no se hizo ver por el médico? Yo estaba bien. Lo mío fue un simple desmayo; después de todo, no siempre eres blanco de un atentado, ¿no lo cree?

—Steffi, estoy bien. Ve a descansar. También ha sido un día fuerte para ti.

Reacia a obedecer, se acercó a su cabellera y revisó un poco más arriba. Puso su mano en él y le arrancó un pequeño quejido.

—¡Usted está todo herido! Dígame dónde consigo gasa, algodón y antiséptico antes que vaya y despierte a su nana. Créame que lo haré.

Convencido de que así lo haría, le indicó dónde hallarlas. Aprisa salió a buscarlas. Demoró lo necesario y, al traerlas consigo, dispuso de una limpieza con un líquido antiséptico a base de yodo que había encontrado. Una pequeña ponchera de agua sirvió para humedecer las motas de algodón, mientras limpiaba y removía las manchas de sangre en la piel de su cuello, oreja y cuero cabelludo. No se quejó, a pesar de que en una de sus pasadas

empleó alcohol isopropílico. Steffi no pronunciaba palabra alguna. Solo limpiaba su piel y observaba la cortadura, temerosa de hallar alguna astilla de vidrio. Ellas eran más difíciles de ver aunque, como el cristal de las puertas de la entrada principal era ahumado, se le hizo más fácil evaluarla y descartar la presencia de alguna.

Marcos Pantani estaba atónito. Nunca imaginó verse herido y al cuidado de Steffi Mash. Desde que llegó a su propiedad se había visto más como su protector... ¡Qué irónica era la vida! Ella lo estaba curando. Lo hacía con destreza. No parecía temer. El pulso no le temblaba al humedecer la mota de algodón o al cortar la tira de gasa o la del adhesivo; ni siquiera al liberar del empaque una de las curitas que terminó adhiriendo tras el lóbulo de su oreja.

Al terminar, recogió frascos, tijeras, agujas y pinzas, que de seguro imaginó necesitar para extraer alguna astilla. Por suerte no fue necesario. Cerró de nuevo los frascos, asegurándose de que no se derramaran y las metió en la cestica que traía consigo.

Marcos Pantani tomó el celular, digitó algún número y esperó. El altavoz estaba activo. Steffi escuchó.

—¿Obtuviste la información?

—Estamos en eso, don Pantani. Hasta hace unos minutos empezaron a colaborar.

—Perfecto. Graba cada detalle y me lo haces llegar... Hay cambio de planes. Al obtener la información, llévalos hasta la estación de policía octava y CAÍ'S de la ciudad y entrégales al inspector Pablo Renzi. Él sabrá qué hacer.

Steffi sonrió. Soltó la cesta, con su contenido de primeros auxilios, y se lanzó de nuevo en sus brazos. Estaba frente a él, incrédula y sorprendida de sí misma. Era la segunda vez que lo abrazaba sin esperar a ser correspondida. No le importaba. Estaba feliz y agradecida. Feliz por haber descubierto la piedad en él y agradecida por haber sido escuchada. Creyó que no podría hacerlo cambiar de idea.

—Usted y yo somos diferentes a nuestros padres... Todo va a ser diferente.

Lo sé.

Marcos calló y pensó en lo ingenua que era Steffi. «¿Cómo no podía darse cuenta del infierno en el que estaba entrando?». Al liberarse de esos brazos tan suaves, tan fuertes y tan femeninos a la vez, le ordenó irse a descansar y le sugirió no asistir al día siguiente a la casa cinematográfica, a lo que se negó rotundamente al saber su decisión de supervisar la restauración.

Capítulo 23

TODO BAJO CONTROL

Al día siguiente, Marcos Pantani y Steffi Mash estaban de regreso a la casa cinematográfica. Por mucho que intentaron persuadir a Steffi de quedarse en casa, el cometido no se logró y allí estaba ella, como la sombra de Pantani, respetando su puesto de asistente personal. Marcos se había quitado las vendas y se negó a ser curado de nuevo. No llevaría puesta una venda que delatara su debilidad ante el atentado. Es más, lucía más fuerte que antes y sus facciones rectas, compactas y severas no daban indicios de simpatía con nadie. Era como si viera a un Bersabeth en cada rostro y, hasta cierto punto, era cierto. Steffi llegó a sentir lástima por él. Sabía que no había dormido nada o muy poco, porque ella tampoco pudo descansar. Se levantó en tres ocasiones, fue a la cocina para comer algo que le calmase la ansiedad y, sin que él se diera cuenta, lo observó dando órdenes a través del celular. Mitchell, su mano derecha, el guardaespaldas que consideraba un gorila, era quien la había recibido a su llegada a la propiedad; había regresado de su viaje a Sicilia y, desde que se reunió con Pantani en el vestíbulo, no hizo otra cosa que coordinar una misión, que consideraba un asalto.

Steffi no estaba al tanto de lo ocurrido en Sicilia, pero el asunto resultaba más serio de lo que pensaba. Desde Roma sus hombres habían ubicado a los Bersabeth en una de sus propiedades cercanas al Vaticano, así que el jefe de seguridad, bajo autorización de Pantani, coordinaba el asalto a la propiedad en Sicilia. No iban a esperar más. Con la cantidad de hombres asignados a la vigilia en Sicilia, podría llevar a cabo el allanamiento; además, el atentado contra Pantani en la casa cinematográfica y la ubicación exacta de los hermanos Bersabeth precipitaban la misión. Entrarían, controlarían la

situación, tomarían los rehenes que resultasen necesario y| cavarían en la zona estimada. Debían remover el mosaico de una de las salas destinadas, en su tiempo, a importantes reuniones y, bajo metro y medio, extraer una caja de madera tallada. Si Andrés Mash no erraba, aquel descubrimiento sería el fin para los Bersabeth. Debían darse prisa. La madrugada embriagaba y la toma de la propiedad no resultaba ser tan fácil. Coordinando el ataque desde Roma, Mitchell podía evaluar diversos puntos de Italia donde se ubicaba su personal de seguridad y a los cuales tuvo que activar ante el estado de alerta, pues era probable que resultasen atacados en cualquier momento. Mitchell, ante la decisión de haber entregado a los implicados en el atentado a su salida de Pantani Picture Films, decidió reunirse a primeras horas de la mañana con el inspector de policía, Pablo Renzi. Si lograba ser escuchado, podría lograr que el inspector Pablo Renzi, a quien conocía desde su época de formación detectivesca, atendiera personalmente el caso. A él lo unían lazos fraternos desde que, en un atentado al aeropuerto en Roma, él se había hecho cargo del traslado de su única hermana; una bella mujer de quien Mitchell se había enamorado en silencio; un amor destinado al fracaso porque el mundo en el que él se desenvolvía la expondría a peligros aún mayores. En esa oportunidad se encargó de escoltarla hasta su arribo a la Confederación Suiza, Confederazione Svizzera, en donde su hermano había dispuesto una nueva vida para ella en Berna. Se vio tentado a tomarla entre sus brazos en más de una ocasión, admitió amarla desde el primer momento en que la había visto, pero el saberse letal en su situación le impidió acercarse a sus linderos. Su familia podía ser acechada por un sonado caso de narcotráfico, en el que su hermano estuvo implicado al exponer a la luz pública un importante hallazgo. Era su trabajo y no podía evitar los riesgos así que, sabiéndola su única familia, decidió hacerle una nueva vida en la bella ciudad de Berna.

Steffi asistió a Pantani en la supervisión de la obra. Había decidido

modificar el umbral del edificio, ampliando el acceso principal, sin reparar en costos de reconstrucción; debía lucir imponente tras el atentado. Jamás demostraría quebranto alguno. Steffi se sorprendió del grosor de las nuevas puertas de vidrio instaladas y, más aún, de saberlas blindadas. Por un momento rememoró lo ocurrido y se molestó consigo misma al haber actuado tan débil. Se sintió tan vulnerable que no pudo evitar reprochárselo. Definitivamente, ese nuevo ritmo de vida la perjudicaría en su regreso a Nueva York; incluso pasó por su mente cambiar de ciudad; después de tanta pasividad, no podría vivir en una de las ciudades más activas de Norteamérica. Se sonrió al considerar la posibilidad de irse a vivir a Alaska. Allí, de seguro, no correría ningún peligro. La señorita Whilcom la hizo despertar de sus cavilaciones mientras observaba a los obreros en su faena. Al solo verla se lanzó a sus brazos y le acarició el cabello, aún con su cintillo de trenza, pero con algunos retoques sobre ella. Le pasó las palmas de su mano de terciopelo sobre su rostro como quien desea constatar su estado vital.

—¡Oh, por Dios, Steffi! ¡Me muero del susto! Cuando llegué a casa lo primero que recibí fue la noticia del atentado. Mis padres estaban tan exaltados que incluso no deseaban que yo regresara al trabajo, pero eso jamás. Don Pantani ha salido airoso de otros atentados y nos ha demostrado a todos que no es de hombre dejarse amedrentar por nadie, así que yo sabía que hoy sería un día normal en la productora.

—Vaya, Whilcom, ¿quieres decir que no es la primera vez que atentan contra nuestro jefe?

—Por supuesto que no. ¿Por qué crees que siempre está escoltado? ¿y por qué crees que es tan desconfiado? Puedo asegurar que tú eres la única asistente a quien le ha permitido conocer tanto. Cuando yo llegué a Pantani Picture Films, ya había leído de cinco atentados en su contra, pero hasta ese entonces todos se vinculaban a su profesión. Es que don Pantani se encargó de llevar realidades muy crudas del crimen organizado en Sicilia y en Palermo, y eso le hizo ganar enemigos.

—¡Dios santo! ¿Y cómo fue que aceptaste trabajar para alguien con tanto

riesgo?

—¡Ay, Steffi! La necesidad tiene cara de perro; además, en ninguna otra parte habría podido encontrar un puesto laboral tan benéfico como este. —Se dio vuelta sobre sus tacones de aguja y coqueteó como toda una modelo de pasarela, mientras hacía alusión a los cotizados atuendos que debía llevar puestos. La señorita Whilcom, sin duda alguna, era amante de la buena costura—. Además, en este medio, puedes conocer personalidades de personalidades, ¿y quién quita, Steffi, que entre tantas de esas encuentre al hombre de mi vida?

Steffi sonrió mientras se preguntaba a sí misma: «¿Por qué ella no pensaba de igual manera?» Quizás su padre tenía razón y resultaba maravilloso encontrar al hombre ideal para su vida, saberse amada y protegida. Vivir a su lado siempre y traer al mundo un par de criaturas hermosas que se parezcan a ella y a él. Parpadeó. Y sacudió esas ideas absurdas de su cabeza. ¿Estaba alucinando? La señorita Whilcom lucía desinhibida, abierta. Eran personalidades tan diferentes. Conversaba tan abiertamente de sus relaciones y nunca la vio sonrojarse, mientras que ella no podía tocar el tema sin ruborizarse. Sentía como si al ser mirada todo su pasado estuviese reflejado en su rostro: las cochinas con Antoni Messi y las que pudiese hacer si estuviese en brazos de cualquier hombre. Saberse inmunda la obligaba a no considerarlo. ¿A qué hombre le gustaría compartir su vida con alguien tan inmundo como ella? ¡A ninguno, por supuesto!

Parpadeó y se dejó arrastrar por el brazo de su amiga y compañera de trabajo hasta el piso de arriba, en donde un sinfín de actividades las esperaba. La actividad más fuerte fue la de los medios de comunicación. Persistentes y persuasivos. Steffi escuchó las advertencias de su amiga y agradeció que ella se hiciese cargo de ellos. Entró sin tocar a la puerta de Marcos Pantani y le sorprendió verlo sentado en su escritorio con las manos en la cabeza. Estaba meditabundo. Al verla chasqueó los labios. Suspiró y le pidió que tomase asiento.

—¿Cómo estás, Steffi? —Su voz sonó débil, pero su mirada era intensa.

De nuevo ese tono gris oscuro que tanto la intimidaba.

Apenas pudo asentir la cabeza mientras ponía sus manos sobre el escritorio. Al hacerlo él tomó una de ellas y la presionó entre las suyas. La impresión fue de apoyo. Como cuando su padre la abrazaba en momentos de quebrantos. Quizás Marcos necesitaba sentir esa sensación: la de contar con alguien a su lado—. Si deseas marcharte a casa en cualquier momento, Steffi, no dudes en hacérmelo saber. Yo mismo te llevaré de regreso a la propiedad.

—Estaré bien, pero usted no luce bien, señor Pantani. Debió quedarse a descansar.

—Retomaste las formalidades, Steffi... Prefiero que me llames Marcos. Anoche me ayudaste mucho, Steffi... Me agrada escuchar mi nombre entre tus labios. Me hace sentir como si mi padrino estuviera cerca. —Se apresuró a mentir mientras le soltaba la mano en medio de su disimulo—. Creo que debo ordenarte llamarme por mi nombre.

Ella sonrió poniéndose de pie.

—Será fácil..., Marcos. Aunque admito que suena como si fuéramos amigos.

—¿Y no lo somos acaso, Steffi? ¿Una amiga no sana las heridas de su amigo? Anoche fuiste más que eso, Steffi... Gracias.

Ella se sonrojó de nuevo y Marcos no pudo evitar desear acercarse a ella. Se puso de pie y la buscó con recelo. Lucía tan hermosa, tan indefensa entre sus manos. Ese bronceado suave en sus mejillas, que no impedían que se ruborizara. Sus ojos la escudriñaban en un intento por descifrar sus secretos. Por un instante su mirada se mostró evasiva igual que ella quien, queriendo dar un paso atrás, se encontró con el estante junto a la máquina de fotocopiado. De nuevo él la equilibró al sostenerla de la cintura y ese desgraciado hormigueo bajo su piel la hizo estremecerse.

—No quiero que te ocurra nada malo, Steffi. No me lo perdonaría jamás. —Un sonido gutural hizo sacudir la nuez bajo el cuello de su corbata y su iris brincó de un lado a otro evaluativa. Era como si estuviese escaneando las comisuras de su labio, sus párpados, el declive en su cuello. Aspiró de

repente su aroma a esencias frutales que emanaba su piel y puso su frente sobre la de ella, mientras cerraba sus ojos. Steffi se petrificó al sentir el calor de ambas manos. Una frotaba en círculos deliciosos su cuello y otra se aferraba a su cintura. Aunque sintió una especie de pánico ante aquel contacto, su corazón latía acelerado, pero su ritmo era de emoción, de éxtasis, de un sobresalto que consideró dulce. Era todo nuevo para ella. Ya no deseaba sacudírselo de encima, ni siquiera tenía fuerzas para hacerlo. Estaba allí, como una estatua, siendo merecedora de su cercanía. Y le agradaba. Le gustaba enormemente.

Marcos murmuró en un perfecto italiano lo mucho que lo enloquecía, pero sus temores saltaron de nuevo y le impidieron comprender aquel susurro entre sus labios. Quizás era su propio sistema de defensa. Un sistema que bloqueaba sus sentidos evitándole reaccionar. Ella cerró los ojos y reprimió su respiración, más aún cuando Marcos movió su frente sobre la de ella y su mentón husmeaba cada milímetro de su tez. De repente tomó su rostro con ambas manos. Cálidas, fuertes, gruesas. Ella no podía mirarlo a los ojos y lucía petrificada, hecho que lo instó a continuar con su exploración. Sus dedos pulgares comenzaron a masajear la base de su cuello y, sin evitarlo, un par de gemidos escaparon de su garganta. Eran sonidos amordazados de placer. Le estaba haciendo tanto bien sentir esas caricias. Era un masaje suave. Sus pulgares se movían desde la parte trasera del lóbulo de su oreja hasta la base de su cuello activando la circulación de la sangre. Por un instante fijó su mirada en el delicado pabellón auricular y percibió tan cerca esa parte de su cuerpo que deseó carcomérsela a besos. Lo había deseado en una ocasión: aquella mañana en que por primera vez se fijaba en sus pendientes diminutos sobre tan tentador cartílago. Steffi parecía adormecerse. Cedía a los movimientos de sus pulgares aunque lucía estática como una tabla. Sus manos posaban inmutables sobre su pecho masculino como si hubieran querido, en algún momento, impedir su avance. Marcos pudo escuchar los latidos de su corazón y no le importó. Estaba embriagado. Por fin podía tenerla cerca. Tan cerca de él. Por primera vez Steffi no huía

exaltada. Se sintió triunfador, pero reconoció que no era el momento de ser más osado. El solo estar allí frente a ella, frotando su cuello, percibiendo las sensaciones de su cuerpo y aspirando su fragancia, era más que suficiente... Si pudiera ir más allá. Si pudiera degustar sus besos. Decidido, llevó uno de sus pulgares hasta su boca y rodeó sus labios. Suave, pausado lo hundió en ella y, para su sorpresa, Steffi lo lamió. Se sintió tan aceptado, tan a gusto con la calidez que le brindaba su cavidad bucal. Ella lucía poseída. Adormecida entre sus brazos. Sin detenerse hundió un poco más su dedo pulgar. Lo retiró y probó con su índice. ¡Dios santo, le excitaba tanto! ¿En qué pensaba esa mujer? Su miembro viril brincó sobre la tela de su pantalón y temió romper el encanto en el que estaban inmersos. Trató de mantener distancia con su pelvis para no hacer evidente el volumen que crecía imponente entre sus piernas. Verla jadeante, con los párpados caídos y lamiendo su dedo lo estaba enloqueciendo. No lo pudo evitar más. Sembró sus labios sobre los de ella y, mordisqueando sus comisuras, se abrió paso en el interior de su boca. Sus sonidos guturales ahogaron un grito de su garganta, mientras su lengua danzaba como una cobra voraz en la intimidad sacrosanta, flanqueada por sus labios. Al sentir la invasión abrió los ojos. Sus pupilas titilaban y exhibían sus temores. Pero era muy tarde. Marcos la estaba deseando y se acoplaba a ella con destreza, mientras que como mujer se sentía impotente a ese mar de sensaciones. Entre sus movimientos no pudo evitar adherirse a su pelvis y la protuberancia que había crecido de una forma descomunal entre sus piernas la hizo reaccionar. El pánico invadió su rostro. ¡Maldición, no lo podía evitar! Sentir su miembro erecto sobre ella, a pesar del límite de sus prendas, la exaltó de tal manera que se hizo a un lado con brusquedad. Lucía avergonzada y sabía que no solo estaban sonrojadas sus mejillas, sino también sus orejas. Se pasó las manos por su frente, susurrando su desfachatez. Se preguntó en voz baja qué le había pasado. No esperaba hallar respuesta. Marcos también se frotó la cabellera. Ahogado. No sabía si debía disculparse por su osadía o continuar tomándola entre sus brazos como si le perteneciese y tuviese ese derecho. ¡Maldita sea, no deseaba alejarse! No deseaba disculparse porque lo había disfrutado, porque lo deseó y en ese

preciso instante quiso poder llevársela a uno de sus departamentos y encerrarse durante todo el día y toda la noche hasta que ambos pudieran saciar sus ansias de placer. Ella era toda una mujer. Lo había descubierto y renegó de su padrino al ponerla en bandeja de plata para su deleite.

Steffi se hizo a un lado. Todavía jadeante cuando Marcos quiso acercarse de nuevo a ella, la puerta de la oficina se abrió estrepitosamente. Tras ellos, un bullicio y un intercambio de palabras entre la señorita Whilcom y la señorita Margaret Fischer.

—Nadie me impide pasar a ver a Marcos Pantani. ¿Te has creído igualada como para impedirme ver a mi amor?

La catira alemana contoneaba sus caderas al instante en que se abrió paso en la oficina. Su cabellera fue lanzada en un ademán de coquetería tras sus espaldas, mientras dejaba sobre el estante próximo a donde estaba Steffi su extravagante cartera de piel de serpiente.

—Disculpe, don Pantani, pero la señorita ignoró mis indicaciones —se excusó la señorita Whilcom, quien no sabía qué decir ante tanta impertinencia y desacato. Su mirada iba de Steffi hasta don Pantani como si quisiera buscar en ella un apoyo ante la molestia de su jefe. Sabía cuánto le molestaba ser perturbado cuando había pedido privacidad total y esa mañana, al culminar la inspección de la obra, era eso, precisamente, lo que le había pedido a la señorita Whilcom. «No quiero recibir a nadie —recordó su indicación—. Esta mañana no quiero recibir a nadie». No transfirió la indicación a Steffi porque estaba segura de que su asistente personal no se incluía en la lista de personas no deseadas. Pero la señorita Margaret Fischer, sí. No era la primera vez en que se negaba a recibirla. En otras ocasiones había resultado fácil evadirla, pero el haber calentado su cama tantas veces la hizo sentirse con el derecho que posee la mujer ante su hombre. Imponente se dispuso a cruzar los límites de su oficina para cerciorarse de su bienestar. Luego de retractarse un par de veces, la señorita Whilcom comprendió la mirada de su jefe. Guardaba en ella un aire intempestivo tras la profundidad del lago acerado de sus ojos. Pasó un grueso y amargo trago y se retiró. Ni siquiera reparó en el

rostro arrebolado de Steffi, quien rogaba a Dios que su compañera de trabajo, siempre tan observadora, no descubriese en ella nada de su desenfadada e inmoral conducta.

Steffi bajó la mirada y en un susurro pidió permiso para retirarse. Marcos la vio salir aprisa, sin impedir que se marchase. La víbora de Margaret Fischer estaba frente a él intentando acariciar su rostro. Preguntaba sobre su estado de salud. Si estaba herido o si necesitaba recuperar energías. Lo seducía a pesar de su inmutabilidad. Iba a besarlo y él se puso de pie. No permitiría que esa mujer borrara la huella de los besos de Steffi Mash.

—Ya te he dicho que no debes venir a mi oficina sin anunciarte.

—Por favor, amor. Todos los noticieros del país están transmitiendo lo de tu atentado y tú esperas que yo no mueva un pie. No puedo, querido. No puedo quedarme tras la valla a la expectativa, sin corroborar tu estado de salud. Pudiste necesitarme... A propósito, no me gusta esa asistente tuya. Las veces en que he venido a visitarte, estás acá a puertas cerradas con esa recién llegada. No, Pantani. Sé que jamás te fijarías en una mujercita como ella, pero definitivamente no me agrada para nada.

Marcos exhaló resignado ante una causa perdida. Levantó el auricular y marcó un número, luego volvió a colgarlo. Ella lo seguía con la vista, sin comprender.

—Es la última vez que entras a Pantani Picture Films, Margaret. —Sus facciones se tensaron y una delgada vena sobresalió entre la tez lozana de su rectangular frente. Sus entradas parecían más pronunciadas al fruncir su ceño y su dama de compañía supo muy bien lo que ese gesto significaba—. No deseo verte y tampoco me importa si te agrada o no mi asistente. He llamado a mi personal de seguridad y en un par de segundos estarán allí, tras la puerta. —Con la boca empinada y un ademán de indicación, mostró la entrada a la oficina—. Tú decides si quieres formar parte de los titulares sociales al ser despedida de mis instalaciones o si prefieres conservar tu imagen y abandonar el lugar por tus propios medios.

—Marcos —alcanzó a susurrar antes de que un representante del personal

de seguridad abriese la puerta para acceder al interior de la oficina. Encolerizada pero impotente al no poder ponerse en manifiesto, tomó de nuevo su cartera y dio media vuelta sin pronunciar una palabra. Tras su retiro ordenó impedir la entrada de Margaret Fischer a la propiedad de Pantani Picture Films.

Al salir el personal de seguridad del edificio, Vicente Ferrer se abrió paso impidiéndole la salida a su socio. Maldijo su suerte al no poder salir tras Steffi. En ese instante, más que nunca, necesitaba conversar con ella.

Vicente Ferrer se mostró preocupado y alegó no haberse apersonado tras el incidente en su propiedad porque, al finalizar la reunión, se dirigió a uno de los clubs de Roma a celebrar la llegada de un viejo amigo. Se enteró del atentado esa misma mañana tras leer los titulares de la prensa. A Marcos le pareció absurda su justificación porque, siendo él uno de los socios de la casa cinematográfica, debió haberse enterado del atentado al momento de llevarse a cabo los hechos, pero estaba tan desesperado y ansioso de ver a Steffi que ignoró hasta su propia presencia. Aprisa se libró de Ferrer y se encaminó hasta la oficina continua. Giró el pomo y empujó la puerta. Allí estaba ella: sentada frente a su escritorio, con una mano en la frente y el cabello castaño cobrizo cayendo sobre la pieza de papel, en donde parecía garabatear algo.

Al abrirse paso la cerró de nuevo, lo que la hizo temer. Lo veía en sus ojos vidriosos.

—Marcos, discúlpeme. No sé qué pasó conmigo. Le juro por mi padre que no sé qué me pasó. —Él no pudo evitar sonreír al contemplar la forma en que Steffi dibujaba una cruz con su dedo y la besaba en ademán a un valioso juramento. Se acercó a ella, pero se detuvo al escuchar cómo ella le suplicaba que no lo hiciera; además, se había levantado para deslizar la silla lejos de él —. Yo no entiendo qué me pasó. No soy una mujer que deja que estas cosas pasen. Ni siquiera había hecho algo así antes...

—Yo lo sé, Steffi, pero no creo que haya nada que disculpar... —Se frotaba el mentón como si estuviera meditando al respecto, gesto en él que la avergonzaba aún más—. Por el contrario, creo que debemos agradecernos. Sí,

agradecemos a nosotros mismos que hayamos descubierto esto.

—Por favor, señor Marcos...

—¡Chis! Calla, Steffi. No más formalidades entre los dos. No más distancias. Creo que hoy nos hemos dado cuenta de lo que los dos queremos.

—¡No! Eso fue un malentendido. Un error. Yo no quiero nada de usted y usted no debe querer nada mío. Olvidémoslo, por favor. Esto no se va volver a repetir.

El teléfono celular sonó desde su chaqueta. Hubiera optado por no contestar, pero reconoció por el sonido ser una llamada de Mitchell y, al parecer, sus llamadas eran muy importantes.

Tapó el celular con su pecho mientras la señalaba con el dedo.

—Esta conversación no ha terminado, Steffi Mash.

Dio media vuelta y se retiró de la oficina. No supo más de él durante todo el día y dio gracias a Dios de que así fuera. Necesitaba tiempo para despejar sus ideas y para pensar. En la hora del almuerzo se reunió con la señorita Whilcom y otros compañeros de trabajo, lo cual le agradó mucho. Con ellos podía olvidarse por un instante de lo vivido en la oficina de su jefe. Su compañera de trabajo le había contado la reacción del presidente de Pantani Picture films ante la intempestiva llegada de la señorita Margaret Fischer y parecía disfrutar del incidente, aunque a Steffi eso la confundía. Aprovechó el momento para pedirle a su amiga que la ayudase a conseguir un departamento tipo estudio para ella, que resultase económico y cercano a la casa cinematográfica. Ya buscaría la forma de escaparse de sus dominios No sabía cuándo podía recurrir a otro techo, así que le pareció acertado empezar a buscar opciones.

Al caer la tarde, Steffi empezó a preocuparse al no ver llegar a Marcos; sin embargo, sabía que si él no llegaba a buscarla para llevarla de regreso, enviaría a alguno del personal de seguridad; y en esos momentos en que eran blanco de atentados, estaba mucho más segura de ello. Vicente Ferrer se había ofrecido a llevarla hasta la propiedad Pantani e incluso dijo que llamaría a Marcos para que no se preocupase.

Steffi y la señorita Whilcom estaban sentadas en la sala de recepción, aguardando por la salida, cuando Marcos Pantani salió del ascensor y se abrió paso en el pasillo. Venía acomodándose el nudo de su corbata y, luego de ajustarlo, continuaba con las mangas almidonadas de su camisa. A la señorita Whilcom le pareció extraño. Su jefe siempre salía impoluto y ordenado.

Al verlo ambas se pusieron de pie, pero él hizo un gesto de tranquilidad y les rogó tomar asiento de nuevo. Miró acusador a Steffi, pero esta solo bajaba la mirada, ocultando el rubor que su presencia le causaba.

—Voy a salir de Roma, Steffi. Vine a informarte que regresarás con Antoine a la propiedad. Debo arreglar algunos asuntos pendientes. Nos veremos mañana en casa.

Steffi asentó con la cabeza. Luego él se dirigió a la señorita Whilcom.

—Señorita Whilcom, ¿cómo marchan los preparativos para la Liverpool?

—¿Todavía continúan los planes? Steffi y yo habíamos desistido ante lo ocurrido.

—Ni Steffi ni yo fallecimos; entonces, ¿por qué deberíamos estropear los planes?, ¿no lo crees?

—Pero, don Marcos. —Steffi quiso justificarse, pero aprisa él la calló.

—No permitiré que nadie destruya nuestros planes, señoritas, así que continúen con la organización de la salida. Es hora de que Steffi conozca la vida nocturna de Roma. Estoy dispuesto a ser su guía —Sonrió, le guiñó un ojo y se dio vuelta sobre sus talones. La señorita Whilcom lo desconoció y no pudo ocultar su sorpresa. Disimuló lo que le fue posible. No lo podía creer. Hace unas horas había estado a punto de morir acribillado y, tras eso, actuaba tan campante—. No olvides que Antoine te llevará a casa. Solo él. No lo olvides —enfaticó al recordar que su amigo Vicente se había ofrecido, momentos antes, para llevarla a casa. Aunque no le había dado una respuesta clara, sabía que él insistiría.

Steffi no iría a la discoteca ni a ningún lugar de esparcimiento en

compañía de Marcos Pantani; mucho menos después de un acto tan vergonzoso. No dejaba de preguntarse una y mil veces por qué había respondido a la lujuria de sus manos. ¿Por qué no se había distanciado de él? ¿Por lástima? ¿Quiso hacerlo sentir seguro y servirle de apoyo? ¡Estúpida! ¿Y ella? ¿Cómo sentirse segura tan cerca de él? Ese hombre le hacía sentir energías tan extrañas que deseaba poder alejarse de una vez por todas de su camino, pero cada vez parecía más y más imposible. No había vuelto a mencionar nada acerca de su pasaporte ni demás documentos de viajes, ni tampoco de su viaje de retorno a Nueva York, y ella renegó de no haberlo citado con más frecuencia. Reunida a solas con Whilcom, le manifestó su deseo de no asistir a la discoteca y, en medio de sus fraudulentas objeciones, le suplicaba que desistieran de la salida.

—¿Estás loca, Steffi Mash? Es la primera vez que saldremos juntos y nada más y nada menos que con nuestro jefe. ¿Sabes qué significa eso, mujer? No, no creo que lo sepas. Eso es lo mejor que nos puede pasar en la vida: la crema y nata de la ciudad estará pendiente de nuestra salida. Te aseguro que habrá *paparazzi* y escoltas detrás de nosotros. —Steffi estaba rodeada de escoltas en cada momento y deseó hacerle saber lo equivocada que estaba. No le agradaba sentir la respiración de alguien tras su espalda—. Seremos la envidia de todas las mujeres en la ciudad y de paso seremos sus compañeras, no sus asistentes o sus secretarias. ¡Ay, Steffi! ¡Qué emoción! Cuando mi príncipe sepa que saldremos en compañía de don Pantani, se pondrá súper celoso y no me dejará en ningún momento. Estoy segura de ello.

—No considero tener buenas relaciones con el jefe como para verme inmiscuida en su faceta social, Whilcom; además, tú estarás con tu adorado príncipe y yo con él. ¿De qué podría hablar con mi jefe?

—¡Por Dios, Steffi Mash! La pregunta debería ser: «¿De qué no podrías hablar con un hombre como él?» Además, si no te has dado cuenta, parece que tú le has caído en gracia al jefe. Nunca lo he visto tan a gusto con una asistente como contigo... Sé que te disgusta la idea, pero don Pantani podría ser el hombre que necesitas para despabilarte un poco, Steffi.

—¿Qué? —indagó horrorizada. Por un momento pensó que su compañera de trabajo podría haberla descubierto y renegó de sí misma al haberse permitido tanta fraternidad con la señorita Whilcom; en cierta forma, la prefería callada, profesional y exageradamente formal, pero ya era tarde: la había descubierto como persona y cada día que transcurría se mostraba más natural. Steffi deseó poder ser como ella: tan expresiva y tan libre de complicaciones. Le habría gustado ser menos hiperactiva, algo extrovertida y un poco más femenina. Al compararse con sus curvas y sus gestos sensuales, se sentía ínfima y miserable. No importaba cuan costosa fuese la prenda que llevase encima, esa sensación de inferioridad la carcomía.

Tal como lo había informado Marcos Pantani, su escolta Antoine la recogió y trasladó hasta su propiedad, luego de evadir la zalamera conversación que Vicente Ferrer se empeñaba en mantener. Bajo custodia fue entregada a Java en la entrada principal y, desde esa tarde del día lunes hasta el miércoles a las cuatro de la tarde, no supo nada de Marcos Pantani.

Fue en la recepción de la casa cinematográfica en donde se encontraron de nuevo. Steffi padeció la misma sensación de vergüenza de hacía dos días atrás, en las paredes de su oficina. No obstante, él actuaba como si nada hubiese ocurrido. Fue la misma actitud mostrada aquella tarde en que, caída la noche, la había reclinado en el asiento de uno de sus automóviles para besarla en represalia por haberlo espiado en su propia casa y por haberle mentido. Se sintió abochornada y deseó poder esfumarse: desaparecer como por arte de magia. Cerró los ojos al instante en que, de espaldas a él, hacía ademán de tomar el auricular de recepción, evadiéndolo. Sus manos se tornaron tan gélidas como cada vez que estaba cerca de él. Temerosa dejó caer la pluma de plata que había tomado de su escritorio y con la que pretendía marcar las teclas del equipo de comunicación. La tomó en el aire. Recapacitó aprisa. Era absurdo comportarse así. Tarde o temprano debía enfrentarlo, darle la cara; después de todo, era su asistente. Soltó el auricular y giró sobre sus tacones, esta vez de corte bajo, y se dirigió a él. Por un instante, se petrificó. Su piel se erizó y, sin evitarlo, un oleaje de frío y calor

se apoderó de ella. Se sacudió la perplejidad al saludarlo. Fue mordaz al hacer referencia a los asuntos tratados en su ausencia, mientras la pluma acerada bailoteaba entre sus dedos, en respuesta a la exhibición de actividades Marcos le lanzó una introspectiva mirada, que la intimidó. Él se dio cuenta de ello y, aunque deseó tomarla entre sus brazos y besarla delante de todos los presentes, se abstuvo de una forma tan descomunal que al él mismo le sorprendió. Durante esos dos días no pudo evitar pensarla y mucho más después de confirmar la lealtad a su padre, Andrés Mash. La invasión a la propiedad en Sicilia había resultado todo un éxito y la extracción del cofre fue un golpe bajo para los enemigos. A partir de ese momento tenía en sus manos los títulos de propiedad de más de sesenta bienes inmuebles que la familia Bersabeth cedía a los Pantani Berlusconi. Todo ello representaba un éxito apoteósico sobre los enemigos, pero el mayor triunfo era saberse merecedor de la honestidad y humildad de la hija de su padrino. No hubiese soportado saberse engañado. Desde ese instante desechó la idea de que Steffi Mash representara la traición y el engaño. Mientras leía y palpaba, uno tras otro, los folios contentivos de los títulos de las propiedades y de las joyas de ambas familias, se preguntaba con culpabilidad las razones por las que había podido dudar de la honorabilidad de Steffi Mash. Las reglas estaban dadas. Andrés Mash indicó los pasos que se debían seguir para retomar lo que desde siempre les perteneció y, una vez recuperado, correspondía a él cumplir con su santa voluntad. Entre las joyas familiares se encontraban las de los Mash. Valiosas, onerosas y únicas. Habían pertenecido a su esposa y eran el legado de su unión. La finca que ambos habían cultivado durante su permanencia en Sicilia debía ser entregada a Steffi, al igual que las propiedades que durante tanto tiempo su padrino había mantenido en arriendo en Palermo. Todas ellas eran legalmente de Steffi Mash. Cumplida esa parte del testamento, Marcos debía transferir los fondos de Mash a nombre de su hija. Así que, en un futuro nada lejano esa pequeña italiana-neoyorquina formaría parte de los adinerados de Roma... Dudó en decírselo aún. No sabía cómo lo tomaría; además, la parte más difícil del último deseo de Andrés Mash no se había concretado. Quizás su padrino no había delirado en todo...

Marcos le dio una última mirada introspectiva, parpadeó y se dio vuelta ordenándole seguirlo. Sus pasos firmes de largas piernas le robaron la atención. Se estaba fijando en su espalda y en la forma del pantalón de gabardina sobre sus glúteos masculinos. La señorita Whilcom le siseó algo en el aire y se despidió de ella con un guiño de ánimo y valor. Sin objetar nada lo siguió hasta quedar ambos dentro de su oficina. Lo vio deshacerse de la gabardina, colocarla en el perchero al fondo del escritorio, reajustarse el nudo de la corbata y buscarse el mejor acomodo sobre la silla ejecutiva de su escritorio. Steffi se buscó lugar cerca de la máquina de fotocopiado, que aún no habían trasladado a su oficina por cuestiones de espacio, tal como lo había sugerido antes. Una carpeta mal colocada cayó al piso, esta vez sin mayores percances. Steffi pudo recoger todo a tiempo y se maldijo al sentir la mirada de su jefe encima. Se reprendió a sí misma. Odiaba sentirse estúpida y mucho más frente al prepotente de Pantani. No le agradaba sentirse incapaz, pero no lo podía evitar. Si bien era cierto que solía ponerse nerviosa, también era cierto que había dedicado años a su autocontrol. Ella misma había domado sus miedos y temores, amordazando los gritos del pasado y decapitando fantasmas del ayer; pero desde que Marcos Pantani había entrado en su vida, toda su fortaleza se había desmoronado. Era como si empezase de nuevo. No sabía qué le pasaba a su cuerpo. Sentía frío y calor al verlo y temblaba de miedo al saberse cerca de él. Y luego de haber saboreado sus besos, sintió pánico. Era una sensación incómoda, en donde comenzaba a transpirar a pesar de que las áreas reportaran temperaturas menores a los dieciséis grados centígrados; y la noche anterior había sufrido una de las pesadillas que desde hacía tanto tiempo no había vivido... Era de noche, ella caminaba desorientada por un camino en un campo de trigo. Las espigas bailoteaban y en ocasiones rozaban su tez. Un silbido de hombre se escapó con la brisa hasta que descubrió que tras de ella estaba él. Petrificada se detuvo mientras él la tomaba entre sus manos y se deshacía de su vestido de algodón. Sus ojos estaban fijos en ella mientras sus facciones, tensas, posaban sobre su cabellera. En un instante estuvo desnuda frente a él, cubriéndose la redondez

de sus senos con el cruce de sus brazos. Él se aferró a ella y la besó con rudeza. La estaba asaltando. Succionaba sus labios y ella sentía dolor. Pronto la estaba haciendo suya en medio de gritos y llantos... El muy maldito la estaba violando. Ella cerraba los ojos y Antoni Messi se dibujaba en sus párpados. Percibió el fétido olor a él y tuvo náuseas. Se arqueó sobre la espalda de él con ademán de desechar la inmundicia de su cuerpo, pero en ese instante Marcos Pantani invadió el triángulo furtivo de su intimidad; su mano áspera iba y venía sin pudor y con la otra buscaba rozar sus labios. Su mano la condujo a un miembro grueso, firme, erecto hasta los labios de su vulva y la penetró sin recato, sin tacto, arrancando de sus entrañas un grito desgarrador, que se propagó en el espacio mientras sus facciones manifestaban el dolor causado, hasta despertar sudorosa bajo las sábanas.

Tras esa pesadilla no pudo recuperar el sueño. Se levantó, se puso un mono deportivo y su franela de insignias americanas, se hizo una coleta y salió de su habitación rumbo al gimnasio que su protector, jefe y nuevo dueño de sus pesadillas en una ocasión había puesto a su disposición. Se detuvo frente a la puerta, giró el pomo, empujó y entró. Decidida se abrió paso hasta un costado del *ring* de boxeo. Con la mirada persiguió la pera y un saco de unos dos metros de largo, hasta que se detuvo frente a ellas. En ese punto sus piernas se pusieron en posición al igual que sus puños. Las lágrimas surcaban sus mejillas y a su paso sentía una llama débil, que parecía acariciarla. Se mordió los labios al instante en que inició con los golpes, débiles, largos y poco a poco impetuosos. Al cabo de unos segundos, la bolsa de boxeo tambaleaba en su frente. Con cada golpe renegaba de su vida, de lo inmunda y desgraciada que era y en más de un momento deseó estar muerta...

Los nudillos de las manos se entumecieron. No los había roto como en aquella contienda armada contra la pared de su habitación, pero sí lucían enrojecidos ante el impacto constante contra la bolsa de boxeo. Abatida ante sus pensamientos y su sentimiento de culpabilidad, se echó a llorar de rodillas a un costado de la bolsa, aferrándose a ella, abrazando la sintética y fría piel

de quien recibiese sus golpes. Lloró sobre ella, de rodillas, en un intento desesperado de aliviar su pena... Estuvo allí, renegando de sí misma, hasta que la luz matutina se coló por las hendijas de una de las persianas. Fortalecida regresó a la habitación, dispuesta a iniciar un nuevo día.

Esa mañana estaba allí, frente al hombre que inconscientemente estuvo en sus pesadillas. De nuevo sintió miedo, pero debía controlarse antes de que cundiera en ella el pánico y la catalogara de esquizofrénica o algo parecido. Su padre lo apreció y debió haber recibido de él un sentimiento más profundo que un simple cariño como para otorgarle su último deseo en vida. No había descubierto todavía cuál había sido ese deseo, pero estaba dispuesta a esperar el momento adecuado para saberlo; después llevaría sus exigencias a un plano superior para recuperar sus documentos de viaje y, finalmente, poder regresar a Norteamérica.

Marcos Pantani fingía no prestarle atención, mientras ojeaba los folios de una carpeta al instante en que preguntaba por su agenda. Había aprendido a observar. Era una manera de sobrevivencia. La forma de protegerse de sus enemigos. Sus manos, hinchadas y un poco enrojecidas, lo inquietaron. La imaginó cayéndose a golpes, de nuevo, contra la pared y se molestó consigo mismo por no haber regresado a casa antes. Hubiera deseado verla ese mismo lunes, subir a su habitación y terminar con lo que habían empezado. Se moría de ganas por besarla y de probar su cuerpo. No sabía qué hallaba diferente en ella; a veces, hasta se obligaba a olvidar que era la hija de su padrino; quizás así, no tendría remordimientos cuando la metiera entre sus sábanas.

La inauguración de la casa de eventos de Susana Chinappi estaba incluida en su agenda, muy a pesar de Steffi Mash, quien no podía sacar de su mente el beso que esa mujer había plantado en la boca de su jefe. Supuso que debió ser el pago por sus servicios carnales y, tras sus axiomas y conjeturas, sintió cómo su estómago se contraía al instante en que un jalón entre sus vísceras la hizo estremecerse. Nunca sintió algo parecido y creyó necesitar un médico. Se palpó el abdomen tomando aire y continuó con la lectura de la agenda, pero se detuvo ante los interrogantes de quien allí era su jefe.

—¿Susana Chinappi estuvo por acá?

—Sí, señor. La señorita Whilcom lleva su caso. La inauguración de la casa de eventos Chinappi&Pantani está pautada para el viernes siete de diciembre, a las nueve de la mañana, en la sede asignada.

—Perfecto. Quiero que sea una inauguración apoteósica. Asistiré contigo. Asegúrate de que un representante de cada medio de comunicación esté presente. Necesitamos asistencia de la prensa.

—¿Es necesario que asista, señor?

—Siendo mi asistente, sí. —Ella asintió con la cabeza y se alejó en busca de la salida, pero su próxima pregunta la detuvo—. ¿El productor del proyecto Venecia mía se reunió ayer contigo?

—Sí, señor, se establecieron los acuerdos con el encargado de diseño y ambiente. En un archivo con el nombre del proyecto, enviado a su correo, reposan el inventario y la cotización del montaje, incluyendo gastos administrativos y de logística. También la lista nómina con datos de actrices y actores. El personal de imagen y publicidad nos hizo llegar el bosquejo del primer diseño. Están en su bandeja de entrada también.

—¿Vicente Ferrer estuvo a cargo en mi ausencia?

—Don Vicente está fuera de Italia. Ha dejado dicho que regresará en ocho días. Estará en Frankfurt, solventando percances con la permisología de su próximo rodaje.

—¡Vaya! Es esa una de las razones por la que prefiero historias con ambientes nacionales. Italia tiene mucho que contar todavía. —Realmente estaba satisfecho con saberlo lejos de Steffi—. Steffi, también necesito que acompañes a Susana Chinappi a la casa de modas de Fenicia Gagliardi, en donde adquiriste tu última indumentaria. Has que elija tres trajes de los mejores que puedan ofrecerle y cerciérate de que luzca perfecta para la inauguración. —A Steffi le fue imposible ocultar su molestia. ¿Qué le estaba pasando a Marcos Pantani? ¿Por qué le asignaba esa tarea? ¿Es qué no se daba cuenta de que le enfermaba la presencia de esa joven? Sí, joven, porque ella aparentaba una edad próxima a la suya... Aunque no lo creyese, sentía

celos de esa dama de compañía.

—Bien, así será. Respecto al periodista de *Sublime*, él insiste en realizarle una entrevista basada en los hechos del atentado, ¿para cuándo puedo citarlo?

—¡Amarillista de mierda! Nunca le permitas la entrada. Me basta con la mala imagen que, de por sí, ha difundido de mi familia.

—Sí, señor.

—Y ya sabes que detesto que me llames señor.

—Lo siento... —respondió intimidada, bajando su rostro. Ese simple acto de timidez o sumisión, tan desconocida en ella, lo hizo desearla aún más.

—Steffi, ¿quieres decirme contra cual de mis paredes arremetiste esta vez?

Quiso preguntar sobre la manera en que la hubiese descubierto pero, al contemplar sus manos levemente hinchadas y coloradas por partes, le resultó bastante obvio que él o cualquiera se hubiese dado cuenta de ello.

—Estuve practicando. Me tomé el atrevimiento de entrar a su gimnasio.

—Espero que hayas dejado algo de la vida útil de la pera de boxeo.

—Aún está útil. Gracias. —Esbozó una sonrisa.

—Muéstrame tus manos

Ella dudó en estirar sus manos hacia él pero, tras meditarlo por unos segundos, las puso a su frente. Marcos Pantani las evaluó como si se tratase de un médico y terminó dibujando trazados sobre las líneas de sus manos. Como si estuviese leyendo quiromancia en ella. Steffi no pudo evitar estremecerse con su tacto, pero él la sujetaba en cada evaluación. Por fin terminó palmeando suavemente una de ellas.

—El *krav Magá* no debe ser para mujeres. Mi padrino debió saberlo... ¿Cómo se preparan para la salida de esta noche?

—Me siento indispuesta para salir, señor. Disculpe, quise decir... Pantani. He estado quebrantada de salud.

—Dado ese caso, debiste permanecer en casa y hacérmelo saber. —Un incómodo silencio hizo evidente la falsedad de su argumento— Será una noche especial para ti y para la señorita Whilcom, lo prometo. No hay nada

que temer, Steffi. Será como una forma de celebrar que seguimos con vida.

Capítulo 24

DISCOTECA LIVERPOOL

A las ocho de la noche estaban frente a la fachada de la Liverpool. Su deportivo Ferrari se estacionó tras emitir un chirrido de los neumáticos sobre la cinta asfáltica. La señorita Whilcom no dejaba de hablar sobre las expectativas de la salida nocturna y sobre las cualidades de su futura pareja, y de vez en cuando animaba a Steffi a disfrutar de la noche en compañía de don Pantani, como solían llamarlo. Ambas lucían hermosas, con trajes casuales que adquirirían un toque de formalidad con solo ponerse las chaquetas que colgaban de sus brazos. Fue idea de la señorita Whilcom al suponer que, tras una noche de sudor y baile, su jefe podría llevarlas a cenar a un lugar de los que solía visitar. Marcos debía admitir que Steffi guardaba muy bien, bajo sus usuales pantalones, unas piernas largas y bien contorneadas, que esa noche decidió exhibir ante la insistencia de su amiga y compañera de trabajo, quien decidió aceptar la invitación de irse con ellos a la propiedad Pantani desde muy temprano a ayudarla a prepararse para lo que habrían bautizado como su primera cita. “«No era una cita como tal», le decía, ruborizada, a su persuasiva amiga cada vez que podía pero, como si no hubiese dicho nada, ella insistía en algún detalle para subsanar. Steffi solía usar ese delicioso perfume de frutas que acariciaba el olfato con delicadas estelas. Sus piernas lucían hermosas con las pantis tono natural sobre ellas y coqueteaban ingenuamente bajo la falda *jean* de corte bajo, que apenas besaban sus rodillas. Marcos Pantani la miraba de reojo, divertido al percatarse de su insistencia por bajar el dobladillo un poco más. Su amiga acertó en combinar la ajustada indumentaria con una blusa con cuello en uve, que caía en blondas sobre su cintura, delineando con sensualidad la redondez de sus colinas,

mientras lucía sobre ella un collar de colores psicodélicos, acoplados a la bisutería fina que adornaba sus manos y a la perfecta nota musical que decía llevar por orejas. Su cabellera ondulada fue alisada y solo la sostenía de uno de sus lados con una pinza de Shawrosky que la nana y Benita le había ofrecido llevar puesta. Nunca le dijeron que era un obsequio de Marcos. Si lo hubiesen hecho, de seguro habría prescindido de ella. Marcos ofreció el asiento continuo a Steffi y su secretaria se buscó el mejor acomodo tras ellos, mientras admiraba la tapicería de ese automóvil. Era un Ferrari que no solía llevar a la casa cinematográfica y él arguyó usarlo solo para casos como ese. Marcos notaba la tensión de Steffi. Estaba seguro de que, de haber mencionado algo de lo ocurrido en su oficina hacía dos días atrás, esa noche no se hubiese concretado la cita. Aún la recordaba arrebolada, como si hubiese cometido el acto más impúdico del mundo, cuando en realidad lo había hecho tan feliz. No sabía cómo hacerle entender que para él disfrutar del sexo era una manera de descubrirse a sí mismo y que haber saboreado el néctar de sus labios, la calidez de su boca había despertado en él sus mal llamados demonios y solo podría apaciguarlos si la hacía suya. Resultaría fácil si no conociese tantos aspectos de su vida. Si no supiera de sus temores ni de sus traumas... Esa noche maldijo su suerte. No era hombre de complicaciones.

Transcurridas tres horas de meditación previas a la salida, Marcos llegó a la conclusión de que esa noche sería el momento de conocer a Steffi Mash. Luego de estacionarse, Marcos descendió del auto para abrirles las puertas a ambas señoritas, pero en el caso de Steffi, como solía hacerlo, ya había abierto la puerta ante su gesto caballeresco y evitó, en lo posible, la ayuda para descender. Marcos frunció el ceño y terminó por arquear una de sus cejas. Intuyó empezar con mal pie esa noche. Con elegancia ofreció ayuda a la señorita Whilcom y esta lo aceptó con regocijo. Tan solo puso los pies fuera del auto y un hombre atlético, de un metro ochenta, *piercing* en la oreja derecha, labios masculinos y brazos robustos brincó a su lado, extasiado de verla. Ella giró, como solía hacerlo, sobre su calzado de tacón fino y

coqueteó con su chico antes de presentarlos. Sonrió cordial y expresó solo las palabras necesarias para luego marcar su territorio rodeándola por la cintura. Steffi temió al darse cuenta de aquel gesto. ¡Su amiga la dejaría sola con Marcos Pantani! Y eso la aterraba. Marcos percibió la zozobra que eso le causaba y se apiadó de ella. Imaginó lo difícil que resultaba vivir con tantos miedos dentro de sí misma. Así que intentó romper barreras con ella e hizo lo mismo: *marcar territorio*. Le bordeó la delgada cintura con una sola mano y la condujo tras la pareja de amigos, quienes parecían conocer muy bien el acceso al lugar. Su amiga se detuvo un poco para dejarse besar de una forma apasionada y Steffi se deshizo de la mano sobre su cintura. El panorama para Marcos lucía divertido. Evaluaba la reacción de Steffi a cada gesto de pasión exhibido por la señorita Whilcom y lo observaba con gracia. «¡Si Steffi fuese desinhibida, por Dios santo que él haría lo mismo!», pensó en algún momento. Adentro las luces de colores danzaban de un lado a otro en medio de una capa de neblina que surgía de uno de los equipos sobre el escenario, desde donde se veía al disyóquey bailando al ritmo de la música. Los ritmos variados saltaban de un reguetón a un pop y desde el pop hasta la salsa, luego al merengue. Sin duda alguna lo que los latinos llamaban una *hora loca*. Y así catalogó Steffi a todos los presentes. Marcos percibió en ella su incomodidad, era como si quisiera marcharse de ese lugar al instante, así que volvió a rodearla, pero esta vez más posesivo, a tal punto que acercó sus labios a uno de sus conductos auditivos. Al escucharlo sus palabras vibraron sobre el lóbulo de su oreja y ella se estremeció. Parecía disfrutar de los efectos que causaba en ella, así que prolongó más el contacto.

—Esta es una de las mejores discotecas de la ciudad. Será grandioso, Steffi. Vamos a tomar asiento.

La sujetó esta vez de la mano mientras le daba alcance a la señorita Whilcom para informarles en dónde se ubicarían. Sería en uno de los peldaños de baile dispuestos a alturas diferentes a los costados de la disco, los que eran destinados a los clientes exclusivos. Al llegar al sitio tomaron asiento y desde allí podían tener una vista amplia del lugar, pero a Steffi no le

pareció grato permanecer tanto tiempo a solas con él.

—Prefiero estar cerca de mi amiga.

—La señorita Whilcom no creo que esté de acuerdo contigo. Deberíamos buscar la forma de divertirnos también.

Sus ojos grises se dilataron mientras, agudos como espadas, posaban sobre ella. Sintió como si la taladrasen. Steffi no comprendía a qué se refería con lo de divertirse, jamás había visitado una disco y mucho menos se había divertido de esa forma. Para ella esos ambientes correspondían a lugares de alto riesgo y no deseaba correr peligro. Por algunos segundos su yo interior se apoderó de ella revelando fe, al justificar cada atención y gesto del ahijado de su padrino, y quiso poder confiar en él. No supo en qué momento Marcos había conseguido servirse un par de bebidas, le ofreció una copa y juntos tomaron asiento en uno de las mesas de planta baja. Desde allí se estaba en el corazón de la disco y, aunque le aterraba, más lo hacía estar cerca de él. En sus nuevos lugares no contaban con servicio de mesa al estar más expuestos a la pista; nada parecido al espacio vip, así que tras buscar el mejor acomodo, se puso de pie y fue en busca de otro par de copas. Había sugerido vodka esbozando una sonrisa que, ante las luminiscentes lámparas giratorias, hizo resplandecer su tez clara. Un mechón de su cabellera cubrió su frente rectangular y ella se estremeció. Lo vio hermoso. Muy hermoso para ser un hombre tan déspota como él. Cuando sonreía no parecía el Marcos Pantani que la había recibido hace semanas atrás en su propiedad. Esa noche había prescindido de su usual traje de saco y corbata, optando por un suéter casual de algodón y con emblemas de su marca de autos preferido: Ferrari. El color negro le hacía resaltar la tez clara y el brillo de sus, tan poco comunes, pupilas grises. El pantalón *jean* que llevaba puesto era un Levi's, el peculiar estilo americano: un vaquero de tela gruesa que enmarcaba sus piernas y glúteos de una forma muy varonil. Desde que llegó a su propiedad, jamás lo había visto en estilo casual, aunque la insignia de sus cotizadas marcas no escapaba a sus preferencias diarias. Se sorprendió, en más de una ocasión, contemplando las marcas de sus glúteos masculinos en el *jean* del pantalón y

tuvo que reprenderse a sí misma desviando la vista. En la muñeca de su mano derecha había visto un brazalete de oro. Supuso que así sería por el resplandor del metal y por adición de conjeturas. Un hombre como él no era de usar baratijas. Ya tenía pruebas suficientes. Algo de esa noche la mantenía en zozobra y era el paradero de sus escoltas. Su amiga, la señorita Whilcom, debió desilusionarse al no resultar ser como había imaginado. No había visto a Antoine o a Mitchell ni a ningún otro de sus perros sabuesos. En cierta forma temió. Lo consideraba una locura. Hacía setenta y dos horas aproximadamente, alguien había intentado asesinarlos y él estaba allí, en el corazón de la ciudad, exponiéndose ante sus enemigos. A penas trató de darse aliento al saberlo armado. Él nunca lo decía, pero ya lo conocía lo suficiente como para saber de la existencia de su arma tras su suéter negro. Lo sintió en uno de los momentos en que la rodeaba con sus manos en la cintura. Steffi estaba preparada para defenderse de la banda de los Splash allá, en Nueva York. Los conocía y podía intuir sus artimañas, pero con los enemigos de Pantani, no. Ni siquiera sabía quiénes eran y, aunque así fuera, no deseaba tener que defenderse. Con las armas se sentía impotente, a pesar de contar con buena puntería y un bagaje de conocimientos, según ella, bastante básico en armamento. Marcos trató de entablar conversación, pero el bullicio impedía que cualquier conversación fluyera. En una ocasión chasqueó los dientes con aires de molestia y terminó reclinándose en su asiento, pasando los brazos tras la espalda de Steffi. Llevaba consigo la cajetilla de cigarrillos de menta con ese peculiar blanco que, a la luz de la disco, emitía fluorescencia. Steffi sonrió y tímida quiso saber qué se sentía fumar un poco. No olía a nicotina ni tampoco tenía la apariencia de los cigarrillos que calaba el morbosos de Antoni Messi. Esa noche había infringido un par de límites, como el de ingerir licor y permitirse la cercanía de un hombre, así que uno más no le parecía exorbitante. Marcos sintió un escalofrío cuando Steffi puso la mano sobre la suya para que le permitiese darle una calada. A su mente brincó su boca lamiéndole el dedo, al instante en que los impulsos cerebrales activaban la zona de su ingle y de su pelvis. Ajustó su postura abandonando la sonrisa jovial por un ceño fruncido. Steffi creyó haberlo ofendido. Quizás

pedir una pequeña calada a su puro representaba algún altercado a su hombría en Italia. Se disculpó a prisa.

—¿Has fumado antes? —indagó despectivo.

—Jamás. Pero no se preocupe, fue un abuso de mi parte.

—Las señoritas no deberían fumar. —Él observó cómo la joven se ruborizaba avergonzada y evadía la mirada, así que chasqueó los labios pasándole el cigarrillo, mientras se decía a sí mismo que verla fumar podría ser gracioso—. Ten. Prueba un poco. Debes aspirar y expeler con suavidad. —Él hizo una breve demostración y de su boca salió una columna de graciosos aros.

—¿Cómo hizo eso? —preguntó Steffi un poco más desinhibida e intentó repetir la acción, pero fue un fracaso, porque apenas escapó una columna deforme de humo, mientras ella tosía al no expirar como debía. Gentil y más preocupado que divertido, se acercó a ella dando leves palmadas en su espalda. Debió detenerse tan pronto cesara su tos de mal fumador, porque rozar su espalda tan grácil le causó una sensación cálida de deseo que le hizo temer estar tan cerca de ella. Dudó de poder respetarla. Sí, porque respetarla, para él, representaba no desearla ni intentar hacerla suya. Era todo un reto. Jamás había salido con una chica con la que no terminase revolcándose entre las sábanas de algún hotel cinco estrellas; pero con ella debería ser diferente. Esa chica, que sonreía nerviosa y tímida, era la hija de su padrino Andrés Mash y no debía olvidarlo; además, esa noche era perfecta para conocerla. Su padrino había sido enfático en su protección. No se imaginaba a su hija en brazos de ningún otro hombre que no fuese él. Y se preguntó las razones por las que su padrino pensara en él. ¡Era tanta responsabilidad! Debió haberle pedido que la llevase a un psicólogo que pudiese tratar sus traumas de infancia, no entregársela como si él tuviera dones de sanación. Quizás, si hubiese visto en lo que se había convertido, hubiese desistido... Si así fuese, ¿a quién se la hubiera entregado?... Claro que Steffi lucía más madura de lo que su padre supuso. A lo mejor debió confiar más en ella. Lo cierto es que Marcos Pantani, no perdía tiempo al momento de escudriñarla. Se percató de

que su cercanía incitaba ese temblor leve y esa sudoración fría en sus manos, así que en ocasiones la sujetaba y la apretaba en la suya, en medio de alguna pregunta repetida en voz alta para hacerse audible. Al principio ella la retiraba aprisa, pero tras repetir la acción, cada vez con un contacto más cándido, ya desistía de hacerlo y hasta notó que el frío y su sudoración iban desapareciendo. La señorita Whilcom se divertía al ritmo latino y brasileño bailando, como jamás había imaginado verla, al son de una samba carioca que colindaba con lo erótico. Subía y bajaba. No podía negar que, como mujer, lucía apetecible, pero su compañero de baile se mostraba posesivo. Dueño y señor de su chica. Marcos la señaló esbozando una sonrisa y Steffi vio cómo le brillaron las pupilas, aceradas al fijar su vista en su rostro sonrosado. Cabizbaja buscó refugio en su copa de vodka, bebida que le arrancaba un quejido cada vez que surcaba su garganta y bajaba por su faringe, arrastrando una hilera candente. Marcos podía darse cuenta de todos sus gestos aunque ella fingiera pericia. Sabía un poco más de ella y estaba seguro de su ingenuidad. Deseó convertirse en su maestro. Y por un instante se sintió capaz de amoldarla a su gusto. Parpadeó para sacudirse la imagen de ella sobre sus caderas. Verla cabalgando, con su miembro dentro de ella, le hizo acortar la respiración, así que tomó el vodka y lo bebió de un solo trago. ¡Vaya que gozaba de gran imaginación! Hasta vislumbró la redondez y firmeza de sus senos moviéndose, armoniosos, al ritmo de su cabalgata erótica y pudo sentir el dolor punzo, penetrante que su pene causaba en ella, incitándola a gemir y a contornarse sobre él... «¿Se habrá acostado con alguien después de haber sufrido aquella violación?... Es una pregunta estúpida, por supuesto que sí. —se dijo a sí mismo—. Una mujer de su edad solía gozar de cierta experiencia en cuestiones de sexo. ¿Y sentimentalmente?... ¿Se habrá enamorado alguna vez? ¡Qué tonterías estoy diciendo! Como si el amor existiera». Bajó el rostro y concentró su vista en la copa vacía que giraba entre los dedos de una de sus manos. Estaba convencido de que el amor solo existía en el séptimo arte y en la publicidad. Era una estrategia de *marketing*, solo eso. Sin embargo, esa pregunta brincó de nuevo en su cabeza como si insistiera en derruir su convicción. «¿Se habrá

enamorado alguna vez? ¿Amaría a alguien en Nueva York?... Lleva días sin mencionar su regreso. Si amó a alguien, es muy probable que lo esté olvidando». Volvió su atención de nuevo a su secretaria e invitó a Steffi a bailar. Él la tomó de sorpresa y mucho más, en esa pieza de baile.

—No deseo bailar todavía, Marcos.

—Anda, Steffi, debes quemar un poco el alcohol; de lo contrario, voy a tener que llevarte en brazos.

—Marcos, por favor, no bailo; le juro que lo avergonzaré en público.

—No me importa, Steffi. Una Mash jamás me avergonzaría...

Sus pupilas dilatadas se clavaron en ellas. Lucían oscuras y los radios de ellas brillaban. La tomó de la mano y la condujo hasta la pista de baile. Cuando la señorita Whilcom los vio, gritó de júbilo y aupó a Steffi a bailar como ella, intimidándola aún más. Marcos pudo ver sus intenciones de retirada, así que la tomó de la cintura y la pegó a su cuerpo mientras estiraba una de sus manos y obligaba a poner la otra en su propio cinto. Al hacerlo palpó la cache de su pistola y su mano escapó escurridiza; apenas se excusó.

—No te preocupes. Esa es mi arma. Está con seguro... Conmigo no corres peligro, Steffi. —Y volvió a colocar su mano gélida en el lugar deseado por él.

—¿Por qué te pongo nerviosa, Steffi?

—¿Usted? No. No estoy nerviosa. Quiero decir que usted no me pone nerviosa.

—¿No? Me retracto, entonces. —Se aferró a su cintura y la hizo girar al ritmo de la música carioca. Bajó un poco su pelvis y se adaptó al baile erótico. Ella lucía como una tabla: rígida. Giraba según sus coordenadas y hasta parecía cerrar los ojos al bailar. Él posó su rostro sobre su cabellera y aspiró su perfume de frutas tropicales, que nada tenía que ver con la nicotina y las estelas de licor que circundaban su espacio. Se adormeció entre las hebras lacias de su cabellera y felicitó, mentalmente, de nuevo a la chica del servicio. Su vista posó en el gancho de piedrecitas de su cabellera y sonrió—. Me gusta tu fragancia —susurró al oído y percibió cómo se tensó. Él tuvo que

aferrarla aún más a su cuerpo para que no escapara—. Bailar es una ceremonia entre el alma y el cuerpo, ¿lo sabías? —dijo la señorita Whilcom, forzada a hablar en voz alta y a acercarse más a ambos—. Me alegra, don Pantani, que la estén pasando muy bien. ¡Esto es Roma, Steffi! —Y dio un grito de euforia que contagió a los presentes.

—No pudiste conseguir mejor amiga, Steffi. Esa chica sí que sabe disfrutar la vida, pero jamás te dejaría salir a solas con ella. —Frunció el ceño.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—En menos de una hora, vendrá a excusarse para irse con su compañero de baile. Si tú hubieses venido con uno de sus amigos, hubiera sido muy probable que te dejase a solas con ellos... Luego él te ofrecería pasar la noche en su compañía, en algún hotel. Esto es Roma, Steffi.

Ruborizada, se indignó.

—No hubiera venido, así nada de eso hubiese pasado. Y sí así fuese, no soy de las que se llevan fácil a la cama. —Esto último lo enfatizó. Tensó el rostro y pudo percatarse de un marcado enojo.

—En el mundo hay muchos métodos para convencer a una chica. —Él la hizo girar, sin soltarla de la mano, al ritmo de una nueva tonada.

—... ¿Usted los ha empleado?

—Nunca. No necesito de artimañas para llevarme una chica a la cama.

Cabizbaja y suspicaz deseó esfumarse, pero él la mantenía aferrada a su cuerpo. Los semáforos internos de su cuerpo ya estaban en luz roja, así que supo que debía retomar distancia. Cuando regresaron a la mesa quiso comenzar con las barreras, tan necesarias, pero las salpicaduras de luces coloridas por todas partes la hicieron marear. Se balanceó y tropezó con algunas mesas, así que Marcos la incorporó al camino. Se acercó al oído y le susurró algo que la hizo estremecerse, y tuvo miedo. Miedo de no poder defenderse. De no negarse a la calidez de su mano y dejarse llevar a un nuevo infierno...

—Es mejor que no continúes bebiendo... aunque puedo llevarte en brazos,

si así lo prefieres.

Ella no tuvo tiempo de responder porque, tras ellos, una hermosa rubia coqueteó con Marcos Pantani. Parecían muy íntimos amigos. Lo arrastró lejos de la mesa en donde Steffi había tomado asiento y apenas entendió que le pedía que lo acompañase al bar para ordenar algunas copas. Él no se detuvo a verla, ni siquiera para excusarse, y eso la hizo sentir pésima. Al instante un joven de su edad se acercó a ella invitándola a bailar. La música había dejado de ser erótica y daba paso a una tonada puertorriqueña que no conocía, pero sonaba muy bien. Aceptó su mano extendida y con gran esfuerzo se puso de pie. Él llevaba una botella de cerveza casi llena y le ofreció un trago compartido, cosa que —para su propia sorpresa— aceptó. Ella caminaba de la mano de un desconocido rumbo a la pista de la disco. La noche de espuma empezó y la pista se llenó de burbujas que contrastaban con los diversos colores del centro de baile. La gente gritaba con euforia y los silbidos no cesaban. Los brazaletes fluorescentes empezaron a ser repartidos. Ella no aceptó.

Steffi estaba molesta por el desprecio de Pantani; además, deseaba mantener distancia con él, su jefe, su protector y —¡por Dios santo!— su posible pecado capital. Así que, tras evaluar la contextura física del chico y saberlo fácil de derribar en caso de requerirlo, aceptó; y en un momento estaba a su lado, bailando y fingiendo disfrutar, cuando en su interior estaba muriéndose del susto. El joven se había deshecho de la botella de su cerveza de camino a la pista, pero Marcos alcanzó a ver cuando Steffi daba un grueso trago a ella. Renegó de su idiotez. «¿Es que no sabía que no debía mezclar licores en una noche y, menos, aceptar tragos de desconocidos? ¡O era una estúpida o era una zorra! ...». Marcos quiso creer lo primero.

No dejó de seguirla con la vista. Tomó asiento para apurar un trago de su copa y la mitad del frapé que traía para Steffi. No comprendió las razones por las que Steffi lo había dejado plantado por un desconocido que, además, lucía lánguido y grotesco. Desde su asiento pudo ver un pendiente en una de sus orejas y su atuendo era propio de un chico moderno de la preparatoria.

«Quizás, era ese su gusto y se había aburrido de su compañía; después de todo, Steffi era muy joven. Con sus veintidós años y su apariencia de adolescente, resultaba muy probable que sus posibles pretendientes fuesen contemporáneos. Renegó de su actitud y se estiró altivo en su asiento. Sus facciones se tensaron al paso del trago de vodka. Tuvo que contener su ira para no levantarse y buscarla en la pista de baile. La observó. Se contoneaba distante y evitaba que aquel joven le rodeara la cintura. Eso le causó alivio. No hubiese soportado que solo él fuese despreciado. Los colores hacían fiesta en el rostro de Steffi haciéndola ver más hermosa. Lucía apetecible y le encolerizaba saber que la muy inmadura se había ido a bailar con un recién aparecido, así que decidió hacer lo mismo. Invitó a una chica que estaba cerca y la llevó a bailar a un sitio desde donde pudiese observarla. Tres piezas después, el disyóquey puso una balada romántica y vio cómo Steffi se excusaba mientras desistía del baile. Lo sabía. No permitía que nadie la tocara. Ni siquiera para un simple baile. Él la vio alejarse hasta la mesa en donde estaban sentados, pero no se encontró con rostros conocidos, no estaba él allí; giró la vista y se vio abandonada; suspiró y buscó el camino a los baños para damas. Aprisa Marcos fue tras ella, excusándose cortésmente de su compañera de baile. De repente apareció aquel joven tras ella y Marcos se detuvo a una distancia prudencial. Sacó uno de sus blancos cigarrillos de menta junto al yesquero de plata, lo encendió y le dio una profunda calada.

Aquella escena le olía a problemas. El chico le dio alcance antes de perderla en las salas sanitarias. Ella le sonreía nerviosa y se pasaba la mano por la cabellera. Parecía estar disculpándose y por un instante no la reconoció. Lucía vulnerable, asustadiza. No la vio como la chica que había sido entrenada para el *krav magá* ni para combates cuerpo a cuerpo... La vio dócil. Incluso tuvo que controlarse para no intervenir, pero pronto su zozobra acabó. El chico se había marchado y Steffi había entrado al baño. Decidió esperarla. Iba de un lado a otro de la entrada como una pantera, mientras daba caladas profundas a su tercer cigarrillo. Cuando por fin salió pudo interceptarla. Iba a recriminarle su comportamiento, pero se abstuvo al verla

al rostro y notar que había estado llorando.

—¿Estás bien, Steffi? ¿Ocurrió algo que deba solucionar?

—No. No. Todo está bien, gracias. Solo es un pequeño dolor de cabeza. Quizá necesite un par de copas más.

—¿Disfrutaste el baile? —Ignoró el absurdo de las copas extras de licor. ¡Una nalgada es lo que necesitaba!

—No soy buena bailarina, creo que se lo mencioné antes.

—No hay mala bailarina con un buen maestro. Vamos. Concédeme el honor de enseñarte algunas cosas.

Por su mente pasaron muchas posibilidades. Estaba desorientada. Guardaba tantos miedos dentro de ella que estaba cometiendo errores evitando estar cerca de su pecado capital. Él se percató y se lo hizo saber susurrándole al oído:

—No debes huir de mí, Steffi. Pudiste haber pasado un mal rato aceptando bailar con un desconocido... Eso no estuvo bien.

—Yo no huía, Marcos.

—Entonces, deseabas bailar con ese tipo. —Giró al ritmo de la música con brusquedad, aferrándola a su pelvis, pero por instinto la hizo voltear a su frente para evitar que se percatase de la rigidez de su miembro tras la tela de su pantalón.

—No. Solo deseaba darle espacio a usted.

—¿Darme espacio? ¡Qué estupidez es esa, Steffi! Yo salí contigo, no necesito estar con alguien más. No me disgusta tu compañía tanto como tú lo crees; además, no bailas nada mal.

Se divertían juntos y Marcos no parecía desear liberarla en ningún instante; sin embargo, se agotaron. La transpiración hacía de las suyas y desearon sentarse a tomar un par de copas más. Marcos pidió otro coñac para él y un frapé de ron con pasas para ella en la barra en donde se sentaron juntos. Steffi protestó al desear probar un martini, otra bebida diferente esa noche, a lo que no pudo impedir que lo ordenara y mucho menos que lo

bebiese. Marcos Pantani no lo podía creer, pero se divirtió al ver los gestos que el mal sabor del licor le había producido. Sentados en la barra, intercambiaban miradas. Pronto ella lo evadió.

—¿Te sientes bien, Steffi? Si lo deseas, podemos ir a un lugar más tranquilo. Menos bullicioso... No me mal interpretes. —Se apresuró a justificarse ante la incomodidad que le había causado—. Me gustaría llevarlas a cenar a un restaurante especial.

Steffi se sintió mareada, pero aliviada al saber su propuesta. Sin embargo, algo la confundía. Desde aquel beso en la oficina, él no lo había vuelto a mencionar y ni siquiera conversaron de lo ocurrido. No supo por qué, pero esa noche, cuando el escenario se cubrió de burbujas y neblina por los efectos nocturnos y cuando ella trataba de bailar junto a un desconocido, deseó que él la buscase y lo volviese a hacer.

La señorita Whilcom llamó desde su celular a don Pantani porque Steffi no parecía escuchar el sonido del suyo. Habían transcurrido cuarenta y tres minutos desde que se había ido a bailar con su cita y, tal como lo supuso Marcos, ella se iría a terminar la noche con el príncipe de sus sueños. Se disculpó. Pantani corroboró la hora en el celular halagando su capacidad de premonición pero, cuando vio el rostro de Steffi tras aquel mensaje, no pudo evitar sentir tristeza. Ella trató de disimular exhibiendo una rigidez que él sabía imperfecta.

—Eso se sabía, Steffi. La señorita Whilcom necesitaba su espacio... Me agrada estar a tu lado esta noche, Steffi. ¿Te imaginas si hubieses venido con otro chico?

Sus ojos brillaron escurridizos. No quiso imaginarse en una cita con un desconocido.

—Gracias, pero de seguro no hubiese venido, ya se lo dije antes. Estoy aquí solo por su insistencia.

—Lo sé y me alegro de que así sea.

Sin razones para permanecer en la disco, salieron y se dirigieron al restaurante de uno de sus amigos de la universidad. Siempre gozaba de un

lugar privilegiado adonde ir, pero en la taberna gris todo le resultaba especial.

La cena fue deliciosa. Su padre jamás hubiese creído que su hija estuviese cenando de forma tan íntima con un hombre. Durante casi toda la velada se sintió inhibida y Marcos no dejaba de contemplar el rubor que teñían sus mejillas y que la hacían lucir más ingenua de lo que él la consideraba. Por un instante se sintió villano al desear meterla entre sus sábanas; la veía tan inocente y tan repleta de miedos que lo contagiaba a él de temores. Él debió romper el hielo, así que preguntó acerca de su carrera y de sus aspiraciones. Fue entonces cuando confirmó su deseo de convertirse en guionista; ya el jefe del Departamento de Creativos se lo había manifestado y, en aquella ocasión, consintió la idea de formarla como tal. Cada vez se sorprendía más. Todo parecía perfecto. Él, productor. Ella, guionista. Se burló de las ironías de la vida y enarcó una de sus cejas al darse cuenta de que Steffi estaba a punto de ingerir un cuarto cóctel. Dulces, pero bastante espirituosos como para mantenerla activa durante toda la noche.

—No más cócteles, Steffi. Por esta noche estuvo bien, además, en la disco tomaste coñac, martini y, si no me equivoco, aceptaste la cerveza del imbécil con el que bailaste.

—No era ningún imbécil.

Marcos se sorprendió y no pudo ocultar la molestia causada al saber que ella lo defendía.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué no continuaste con él?

Ella se mostró inquieta, acorralada. Sus manos dejaron el mantel de la mesa y buscaron ocultarse sobre el ruedo corto de su falda. Marcos corrió la silla hasta ella y, con el pulgar de su mano derecha, levantó su mentón. Al hacerlo Steffi fijó estupefacta la mirada en él y no pudo deshacerse del brillo acerado de sus pupilas. Pronto, la estaba acariciando. Parpadeó. Trataba de comprender el momento mientras se repetía, una y otra vez, quién era él. Necesitaba recordarse a sí misma que esas manos sobre su mentón no eran las de Antoni Messi.

—¿Te habría gustado quedarte con él?

—No —susurró esquiva—, no es lo que quise decir.

—¿Has tenido una cita antes, Steffi?

—¿Una cita? —indagó escandalizada entre la mordaza de su voz. Lucía nerviosa, como si hubiese dicho una gran obscenidad.

—Sí, Steffi. Una cita en donde sales con tu chico, bailan, se besan y terminan juntos.

Le comenzó a temblar el pulso. Su mirada subía y bajaba mientras buscaba qué decir. Había enmudecido.

—No, no, para nada. No tuve tiempo para esas trivialidades —espetó de repente.

—Hoy puedo ser tu cita, Steffi.

—Será mejor que regresemos a casa. Los cócteles no están cayéndole bien.

—Tú has ingerido más que yo... No he olvidado tus labios, Steffi, y no dejo de pensar en lo que eres capaz de hacer...

Steffi sonrió nerviosa y hubiera deseado poder evadir su mirada, pero Marcos la sostuvo con firmeza para verse en ella.

—Hubiera deseado quedarme ese lunes. Llevarte conmigo, Steffi, pero cada segundo apremiaba. Esa noche no pude dejar de pensarte. Te pensé como mujer, Steffi. Sí, sí. No te sonrojes. Es la verdad... Te deseo, Steffi, y eres lo suficientemente adulta como para entenderme.

—¡Por Dios santo! Lléveme a casa, por favor. Estoy exhausta... —expresó azorada. De haber tocado su frente, podía percatarse de su descenso térmico. Pálida y gélida se pasó una mano por la cabellera y acarició el broche de piedras.

—El broche es hermoso en tu cabello... ¿Qué sentiste al lamer mi dedo, Steffi?

De nuevo se ruborizó por completo y esta vez sintió calentura en todo su cuerpo. Quiso justificarse.

—Marcos... —Sus ojos se humedecieron al pasar un amargo trago—. Por

favor, no estoy ebria; como puede ver, entiendo todo a la perfección y, créame, me siento avergonzada por algo tan impúdico como eso.

—¿Impúdico? ¡Vaya, mujer! —Sonrió sin quitarle la vista de encima—. ¿Qué estás diciendo?... Eso representa un posible delicioso sexo oral y no tiene nada de impúdico en una pareja.

Steffi buscó la copa de cóctel, pero el mesero la había retirado antes, así que sujetó la copa de agua sobre la servilleta blanca y apuró un trago que terminó derramándose sobre su blusa de blondas y sus collares sicodélicos.

—No he dejado de pensar en la infinidad de formas en que podríamos amarnos.

En un intento de madurez y sensatez, exhaló una bocanada de aire.

—Usted mismo lo ha dicho: no tiene nada de impúdico en una pareja. Y usted y yo no lo somos.

—Podríamos hacer que eso cambie. Podríamos hacer un buen sexo en lo que queda de noche.

—¡Por Dios santo! Me ofende, Marcos Pantani... Por favor, lléveme de regreso a casa.

—Sé qué estás sintiendo, Steffi... Tu cuerpo está repleto de sensaciones. Un oleaje de frío y calor recorre tus venas. —Acarició su carrillera de nuevo, sin rozar su mentón—. Podría saciar ese frío y ese calor, pero... accederé a llevarte de regreso a casa. Lo que no prometo es no hacerte mía.

El aire entre ambos se enrareció al instante. Ella vio desde la mesa cómo cancelaba con una de sus tarjetas doradas y se abrazó a sí misma. Su piel se erizaba de solo recordarlo. Al verlo de regreso dio un paso adelante que, por poco, la lleva al piso. Fue un mareo fugaz que achacó a su maldita ingesta de alcohol. Marcos se percató y la sujetó con sentido de posesión.

—Fue una noche maravillosa, Steffi. Llevaba tiempo sin bailar en una disco.

Abrió la portezuela del copiloto y esperó a verla adentro. Al no darse cuenta de la necesidad de su cinturón, él mismo se inclinó sobre ella en

búsqueda de la hebilla, que acopló al instante. Ella cerró los ojos aterrada.

Parpadeó al escuchar el chasquido de cierre de la portezuela; pronto lo vio dar la vuelta y llegar a su asiento. Ella se reclinó huidiza sobre el cristal, mientras él movía la palanca de velocidades hacia adelante o hacia atrás, según conviniese en la carretera. Encendió la radio en un vano intento de no pensarla. Las luces nocturnas de la ciudad la mantuvieron absorta y no despejó la vista del camino en ningún momento. Marcos deseó virar el auto, al pasar frente a uno de sus departamentos, y pernoctar en ellos, pero a esas alturas de su vida no deseaba hacer un simple polvo; no iba a tener sexo común y corriente con la hija de su padrino. En ese tiempo había empezado a sentir no sabía aún qué por esa problemática mujer, pero de lo que sí estaba seguro era de desear amarrarla a su vida para siempre. Pensó en desistir y se juró a sí mismo intentar hacerlo. No la tocaría. No la besaría aunque se muriera por esos labios.

—¿Por qué llorabas al salir del baño, Steffi? —Quiso saber, sin despejar la vista del frente.

—Por nada. No fue nada. Cosas de mujer. Tonterías.

—No soy fácil de engañar. Dime por qué llorabas.

—Es un poco testaduro, ¿cierto? —dijo enfatizando la frase entre un inglés y un italiano imperfecto—. Ya le dije que no pasó nada.

El chirrido de los neumáticos la tomó de sorpresa. Su cuerpo, por inercia, se fue adelante, pero el cinturón de seguridad solo le permitió un leve zarandeo; a él ni siquiera lo afectó la inercia.

Una estela de neumático quemado, producto de la brusca fricción y detención, desfiló por su nariz.

—Dime por qué llorabas. —Sonó seguro de sí mismo y poderoso. Persuasivo. Dominante.

—¡Es una estupidez lo que acaba de hacer! ¡Pudimos haber chocado si hubiera habido tráfico!

—No quiero terminar la noche sin saber las razones por las que llorabas.

—... Me invitó a pasar la noche en un hotel.

—¿Fue solo eso? —Sonrió burlesco, aunque hubiera preferido haberle roto su nariz de cerdo.

—Sí. Solo eso. A veces soy muy susceptible: es un defecto que no logro rectificar. Una estupidez...Ya usted me lo había advertido... Sus premoniciones resultaron ciertas: ya conocí Roma.

—¿Y por qué no lloraste cuando te lo pedí yo?

—Usted no lo hizo.

Subió los ojos como si buscara apoyo celestial y se giró sobre su asiento buscándola. La tomó entre sus brazos reclinándola sobre el espaldar. Su rostro limitaba en milímetros de la comisura de sus labios y percibían, ambos, una respiración entrecortada. Se miraron a los ojos. Su boca posó como rayo sobre la suya y la besó con una dulzura de la que no lo creía capaz. Mordisqueaba sus labios, degustando cada línea de sus comisuras. Apenas podían respirar mientras su corazón amenazaba con detenerse.

—¡Por Dios, Steffi! Sí lo hice. Te dije que podría ser tu cita. —Ella seguía allí, inmutable. Y continuó así hasta que su lengua acarició su paladar, impregnada de coñac, martini, vodka, cerveza, deliciosos cócteles y, finalmente, de besos de su boca. Steffi cerró los ojos y su espalda se arqueó, por instinto, sobre el asiento de cuero mientras él se apoderaba de su piel. Un profundo beso francés le arrancó un gemido que lo obligó a recuperar la compostura. No deseaba tener relaciones sexuales en un auto con ella. Necesitaba de su propio espacio para amoldarla e insertarla en su mundo de lujuria, pasión y entrega... Quizás con ella aprendiese un poco del inexistente amor. Suspiró y se abrochó de nuevo el cinturón, que no supo en qué momento se había quitado.

Encendió de nuevo el auto y retomó el camino. Aturdida se pasaba las manos por el rostro, menguando el calor que, sin control alguno, la embargaba. Se desconoció. Solo veía girar el volante y mover la palanca de velocidad según lo exigía el camino.

Un par de bocinas la hizo volver al sitio: ese auto deportivo italiano al que

deseaba aferrarse. Pronto se percató de que habían entrado a la propiedad y solo las luces de los faroles del automóvil iluminaron la oscuridad reinante. El personal de seguridad los recibió haciendo lo propio, mientras él se abrió paso en el interior. Al llegar se bajó del auto y dio la vuelta para despojarla del broche que la aferraba junto al cinturón del asiento de cuero. Él olfateó su cuello al inclinarse sobre la hebilla y rozó su mejilla con la suya, áspera y cálida. Percibió sus miedos y maldijo su pasado. Deseó tener a una Steffi libre de traumas para hacerla suya de las maneras en que deseaba hacerlo. Al liberarse del cinturón, ella se lanzó fuera del auto, pero de nuevo el licor parecía hacer efectos sobre ella y allí estaba Marcos para sostenerla. Como era él quien tenía llaves de acceso, ella se hizo a un lado y aguardó a que abriese. Su intención fue la de salir en carrera tan pronto pudiese, pero su intento se frustró al ser recibida por una imponente oscuridad. Sin darse cuenta él la sujetó de la mano y la arrastró en silencio, entre la penumbra, hasta su habitación. Se desconoció por completo. No se oponía. Lo seguía en el arrastre a pesar de que su corazón brincaba repleto de miedos. Había soñado con sus besos aunque se lo negase a sí misma. Los deseó, pero temía de no poder detenerse, de que su cuerpo continuara pidiendo a gritos lo que se le estaba dando: una necesidad enfermiza por ser tocada, pero no por cualquiera. Lo deseaba a él. Quería que Marcos Pantani la sedujera, que la besase como lo estaba haciendo... Era la primera vez que entraría allí con una mujer que no fuese su nana y su corazón palpitaba estrepitoso. Steffi empalideció aún más, pero ante la oscuridad él no pudo percatarse de las variaciones en su semblante. Tras abrir la puerta la lanzó adentro e, inmediatamente, la tumbó de espalda a la pared. Una tenue luz permitía contemplar sus siluetas. Steffi emitió un gemido y un grito ahogado cuando Marcos la sujetó de ambas manos, entretejiendo sus dedos gruesos entre los de ella. La crucificó en la pared mientras con su boca delineaba los contornos de su cuello, cuyas pulsaciones parecían enfermizas. Su aliento quemaba al igual que su cuerpo. Cuando atrapó sus labios no desistió de su opresión y acarició su garganta con la calidez de su lengua. La estaba volviendo loca. Era cierto que sus besos desenfrenados incitaban la esquizofrenia en ella,

pero también era cierto que en su interior estaba a punto de sentarse a llorar. Pronto desistió de tomarla de ambas manos y la sujetó con una sola, mientras la otra paseaba victoriosa entre los muslos y sus piernas. Sentir la calidez de sus dedos bajo el ruedo de la falda *jean* creó en ella un sobresalto electrizante que, en un principio, le hizo cerrar los ojos y, a medida en que besaba sus labios, parpadeaba y le arrancaba gemidos. Sentir la yema de sus dedos en su vagina la desconcertó. No supo lo que le estaba ocurriendo. Estaba enloqueciendo. Y más lo hizo cuando Marcos Pantani se deshizo de su blusa. Parecía saber lo que hacía y, ante su ignorancia, no tuvo otra que cruzar sus brazos sobre sus pechos. Entre la penumbra, ya sus iris se habían acostumbrado a sus siluetas. Se habían adaptado a la oscuridad y a sus cuerpos semidesnudos. Ella pronunciaba su nombre en medio de delicadas súplicas que Marcos interpretó como voces del éxtasis de su cuerpo. Steffi se aferró a él cuando sintió cómo hundía uno de sus dedos en ella y cómo devoraba sus pezones tras deshacerse de su brasier. Los mordía con deleite y la escuchaba reprimir sus gemidos como si todo aquello le causase dolor. Escuchó cómo desabrochaba el cinturón de su pantalón y se aterró. Antoni Messi le había hecho mucho daño. Se había robado su pureza penetrándola cuando era niña, sin recato, sin remordimiento. Vio en Marcos el mismo afán por estar dentro de ella y comenzó a estremecerse. Marcos no pudo darse cuenta del par de lágrimas que escapaban de sus ojos y que ella disimuló al máximo.

—¡Estás tan húmeda, Steffi! ¡Estás tan húmeda, amor! —repitió al pasar su mano de nuevo por su vagina. Lo enloqueció la suavidad de su piel y la delicada capa hirsuta que bordeaba el monte de Venus de su amada. La cargó hasta dejarla sobre el edredón de su cama. Había llegado el momento. Steffi sería suya y no la dejaría regresar jamás a Nueva York. ¡Su padrino se saldría con la suya!

Ella no entendía qué estaba pasando con su raciocinio. Todo iba tan aprisa. Una vez sobre la cama, Marcos se había deshecho de su suéter de Ferrari, de una franelilla de algodón que llevaba bajo ella, de su pistola glock 19 y de la

correa de su pantalón *jean*. No podía negar que la fragancia de su piel la extasiaba. Se sentía dopada bajo sus brazos, pero tampoco podía hacer a un lado sus temores. No sabía si debía confesarle su pasado o no. Hacerlo podía detener el ritmo de su destino. Cerró los ojos y se encomendó a Dios; de nuevo recordó sus oraciones católicas que con tanto énfasis su madre le había enseñado. Las repitió en su mente, así como las había repetido durante la tarde en que Antoni Messi la violó.

Lo contradictorio del caso era que su cuerpo la traicionaba: se dejaba guiar por aquellas caricias, porque gemía de placer y se estremecía con cada arrebato. No existía rechazo hacia aquel hombre. Ni miedo. Ni barreras. Era como si su semáforo interno hubiera enloquecido y las luces oscilaran entre verde y amarillo. Sin señal de peligro, cuando todo él representaba una verdadera hecatombe, un hormigueo recorrió sus piernas al sentir la cálida caricia de aquel miembro erecto, firme y rígido. Su roce parecía suave y a su paso esparcía parte de su contenido sobre su piel. Ella gritó asustada al sentir cómo sus manos gruesas se abrían paso entre sus glúteos, redondos. Y entre gemidos y un sollozo ahogado, le pedía detenerse. Marcos Pantani había estado con muchas mujeres y solo Chinappi se había opuesto a sus placeres y aprendió a respetar sus razones, aunque fuese demasiado tarde; pero con Steffi se sabía deseado, solo que una montaña de traumas y de temores le impedía dejarse llevar hasta la saciedad. Creyó que su solución podría ser hacerla suya, poseerla con tacto, sin urgencias, así que no pretendía detenerse...

Capítulo 25

LA PRIMERA VEZ

Steffi y él yacían desnudos. Había explorado la profundidad de su valle y de la unión de sus glúteos. Le excitaba acunar esa redondez y deseó estar dentro de ella, pero verla sollozando, Huyendo de su realidad, Combatiendo el pasado y el presente lo hizo volver en sí. Recordó quién era esa mujer. Le debía respeto aunque sus malditos demonios lujuriosos desgarraran su interior, deseosos de poseerla. Su pene le dolía. Estaba a punto de eyacular allí, frente a ella. Se contuvo como jamás lo había hecho antes.

Respiró profundo al acariciar las hebras sobre su cabellera, mientras ella halaba las sábanas bajo el edredón para cubrir su sacrosanta desnudez, y se reclinó contra el espaldar llevando las rodillas flexionadas hasta su pecho. Marcos Pantani la acarició sobre las sábanas, pero ella lo detuvo.

—Esto fue una mala idea. Nunca debí haber salido con usted, nunca debí entrar a su habitación. ¡Esto no debió pasar!

—¡Shiip! —La silenció cruzando el dedo índice en sus labios simétricos—. No digas nada, Steffi. Tú y yo deseamos todo esto. No hay nada indecoroso ni prohibido... Permíteme, por favor, hacerte mía. Puedo enseñarte el arte de la sensualidad... Déjame ser tu primera vez.

—¿Primera vez? —Pasó un grueso trago y empezó a llorar, amordazando sus gemidos—. ¿Primera vez? ¡Por Dios! ¡No soy virgen, así que no se crea tan afortunado!

—Es normal, Steffi. A tu edad la mayoría ya ha iniciado la vida sexual.

—Me violaron en mi niñez... —Marcos Pantani estrujó la mandíbula y presionó sus propios puños. No creyó que esa joven llegase a ser tan importante en su vida y que fuese capaz de gritarlo a los cuatro vientos. Se

sintió miserable al fingir no saberlo y apenas tuvo fuerzas para consolarla entre sus brazos. Una parte de sí mismo intentó levantarse y caminar hasta el sofá, servirse una copa de coñac mientras meditaba su confesión, pero temió no contar con fuerzas necesarias para regresar.

—¡Qué vergüenza el tener que haberle contado estas cosas! Mil disculpas, Marcos. No debí haberle dicho tantas verdades, pero es que me pesan en el alma. Me obstruyen y me impiden comportarme como usted quiere, ¿lo ve? Si usted me hubiese dejado marchar, si me hubiese dado mi dinero y mis documentos, nada de esto hubiera pasado.

—¿Quieres dejar de estar pensando por mí?... Lamento lo que te ocurrió cuando niña. Quisiera poder cambiarlo, tanto como sé que mi padrino hubiera querido poder cambiar tu pasado, pero jamás lamentaré haberte conocido... Ya llegaste a mi vida, Steffi; eso es algo de lo que jamás renegaré. —Sentado a orilla de la cama, extendía su mano hasta su rostro y, con el dorso de la mano, retiraba la humedad salitre de sus ojos. No podía creer lo que hacía. Steffi despertaba en él benevolencia y un lado humano que no creía poseer. Algo en su interior agitaba su pecho y doblegaba tanta rigidez—. Hoy todo es diferente. Es Marcos Pantani quien está contigo. No el miserable de tu pasado... Quiero cambiar tu realidad, Steffi.

En ese punto Steffi gimoteaba y se podía mirar en sus ojos, sin evasiones. Él le levantó el mentón y sintió sus dedos suaves. Una corriente tibia recorrió sus venas y cerró los ojos al recibir sus labios. Se estaba liberando de cargas, de culpas, de sosiego. ¡Por Dios santo! Guardaba tantos miedos.

—Esta noche serás mía, Steffi.

—No puedo. Marcos, jamás podré ser una mujer. No insista, por favor. No soy digna... —Él reclinó su pecho desnudo sobre ella, embriagando su espíritu. Diezmaba las barreras y amordazaba al propio silencio. La besó dulce y pausado, mientras colmaba su cuerpo de caricias. Bajo el pecho hirsuto, sus pechos rígidos recibían las nuevas sensaciones que el tacto le producía. Un gemido sacudió sus entrañas al inhalar, con dificultad, oxígeno para respirar.

—Ante mis ojos, Steffi, eres virgen y muy digna. Tan digna que me avergüenza no estar a tu altura —murmuró al pie de su oreja derecha. La lamió con lujuria y mordió el lóbulo de la misma tantas veces como lo había soñado. Ella se estremeció y él la refugió en sus brazos—. Tócame, Steffi. — La incitó a tocarle el pecho y lo hizo en sacro silencio. La instó a lamer su dedo, tal como lo había hecho en su oficina, y se deleitó con su obediencia. Marcos Pantani terminó de deshacerse de sus pantalones *jean* y pudo rozar sus piernas con la desnudez de las suyas. Por un instante tuvo que aferrarla contra la cama al saberla escurridiza ante el volumen que se erguía entre sus atléticas piernas. Se sorprendió de la firmeza de las de Steffi. Ambas poseían una combinación perfecta entre la rigidez atlética y la delicadeza de una dama. Emitió un quejido doloroso de placer al palpar el contorno de sus muslos. Sus senos, redondos y firmes, lucían como exquisita fuente y deseó deleitarse con el botón rosa en que se había convertido su pezón.

—Marcos... —murmuró su nombre, sorprendida, al recibir de nuevo una caricia profunda en su clítoris, que la hizo aferrarse a su espalda. Deseaba escapar ante el granel de sensaciones. Iba a decirle que lo amaba, pero se detuvo. ¿Qué iba a saber ella del amor? Probablemente, todo lo que estaba viviendo era un capricho del cuerpo que nada tenía que ver con ese sentimiento profundo al que tantas veces había llamado su padre: *amor*. Solo lo conoció de su padre hacia su madre. Era la única muestra de cariño y amor entre un hombre y una mujer que había conocido, y se negaba a asociarla a ese placer desmesurado que las manos de Marcos Pantani le estaban brindando... Pero deseó que nunca terminase. Sus besos le inyectaban vitalidad en una nueva faceta de sí misma.

El vaivén de su cadera sobre su pelvis la obligó a abrir los ojos. Su mano ingente había tomado su miembro y lo estaba dirigiendo hacia la humedad surgida entre sus piernas, exaltándola. Marcos percibió la arritmia de su corazón y, mostrado el camino a su pene, acunó su rostro entre las manos, susurrándole palabras de calma.

—¡Oh, Steffi, bendita seas, mujer! —masculló al posar el glande en su

clítoris. Ambos estallaron de placer. Él deseó cruzar los límites, pero se abstuvo. Comprendió lo importante que debía ser para ella entregarse por vez primera a un hombre, luego de deslastrarse de tanto pasado. Rodeó los glúteos y hundió un par de dedos en ellos, arrancándole un grito desesperado al instante en que su miembro, cuan daga tersa, buscaba ahogarse en la profundidad de su vagina. Marcos la abrazó. La besó con intensidad y se movió contra su pelvis abriéndose paso en su vagina. Un desgarrador grito se amordazó entre sus besos. Ya dentro de ella, se aferró a su silueta.

—Lo sabía, Steffi. Sabía que eras virgen... Eres mía, amor. Toda mía.

Pero la magia de su contacto desapareció al verla desecha en llanto sobre sus brazos.

Marcos nunca había vivido sensaciones como las que estaba viviendo. Estar allí, sobre ella, y verla sollozar lo estaba derrumbando. Quería acabar con ella y, aunque se lo suplicó, insistió en que se detuviera. Ella no sabía lo que significaba detenerse en el clímax. Sus testículos se entumecieron y tuvo que saciar su dolor bajo el agua fría del *jacuzzi*, en su sala de baño, renegando de sí mismo y de su falta de control.

A su regreso, estaba envuelto en su bata de baño. Caminó pausado hasta el sofá pero, antes de tomar asiento, se sirvió otra copa de coñac.

Sus ojos acerados posaron sobre ella, envuelta entre las sábanas. Meditabundo, con la mirada perdida. Sus mejillas, ruborizadas, le proporcionaban ese toque angelical que lo incitaba al pecado.

—Puedo ayudarte con tus heridas, Steffi. No mereces vivir ese infierno. Quiero cambiar tu realidad... Quiero que seas mi mujer. Hoy, mañana y el tiempo que tú desees.

—No puedo. Eso es como ser su dama de compañía.

—... Es todo lo que puedo ofrecerte, Steffi. —No quiso aceptar lo que estaba sintiendo. Su pecho se endureció y un hormigueo desconocido irrumpió su estómago. Comenzó a verse bajo presión y detestaba eso; además, al pensar en sus traumas, se sintió incapaz. Por primera vez dudó de poder lograr su cometido y eso lo estaba lastimando—. Lo siento, Steffi —

murmuró. Ella, al ver cómo la evadía, percibió un escalofrío extraño, como si su alma saliera y entrara. Se heló. Quiso llorar, pero se contuvo lo mejor que pudo bajo el grueso del edredón.

—Nunca debí haber salido con usted. Fue una locura...

Marcos dio un sorbo a la copa. La contempló y, en sus ojos grises, el brillo de esa noche había desaparecido al igual que su sonrisa de adonis; por el contrario, frunció el ceño de la manera habitual y Steffi pudo ver un trío de hileras de pliegues en su piel, arqueó una de las frondosas cejas en forma de S y volvió a ver el semblante del prepotente, altivo y dominante jefe: Marcos Pantani. Ella estaba cabizbaja entre el edredón y las sábanas.

—Nunca antes estuve con una virgen —espetó. Levantó la copa de coñac al aire e hizo el ademán de un brindis ofreciéndolo en su nombre—. Por ti, Steffi Mash.

Escuchar esa ofrenda creó en su corazón un mar de controversias. No sabía qué pensar respecto a él. Esa noche había sido un hombre diferente. Sus caricias promulgaban un cariño y un afecto irreconocibles, entre sus limitadas cualidades. Recordó las palabras de la señorita Whilcom:

—*¡Mujer! ¿Qué cosas dices? El señor Pantani podrá tener un carácter de piedra, pero no le haría daño a nadie ni mucho menos a ti!*

—*¿Y quién crees tú que soy yo como para que me excluya de su lista de víctimas?*

—*La hija de su padrino. Ya escuche por ahí los rumores de que ha lanzado advertencias a todos los cercanos a ti: ni Vivaldi ni Ferrer ni, creo, don Mark Bernoulli, el guionista que conociste hoy, se salvó de esa. Todos dicen que te tiene más resguardada que a él mismo. ¡Ay, Steffi, debe ser maravilloso que alguien te proteja de esa forma! Es que si no conociera a don Pantani, diría que te quiere para él.*

«¡Por Dios! Fui una completa estúpida. Caí en su trampa. Solo quería tenerme... A un hombre como a él le importa un bledo la memoria de mi

padre. Solo deseaba aislarme del mundo para hacerme suya... ¿Será cierto que los hombres perciben cuándo una mujer es virgen? Él aseguro saberlo. ¡Qué imbécil he sido! ...Me ofrecí de lo más fácil a su colección y ahora quiere hacerme su mujer, tenerme al alcance de sus garras, bajo su propio techo... ¿Qué debo hacer, padre santo?... ¿Por qué ese hombre crea en mi tantas sensaciones, tanta miseria en mi corazón?». Amordazó su voz y sus gemidos con el puño cerrado de una de sus manos, mientras que con la otra sostenía sobre su cabeza el pesado edredón de algodón. Aquella pieza de alcoba se estaba convirtiendo en el aliado perfecto para ocultar su demacrada silueta. Necesitaba sojuzgar sus pensamientos, recargarse de energías para fortalecer y erguir las mismas barreras que, desde niña, siempre había procurado mantener erguidas. Marcos, durante toda una vida, había aprendido a agudizar sus sentidos, así que no estaba ajeno al llanto bajo las sábanas de la hija de su padrino. El estómago se le contrajo, no por el vodka ingerido y que siguió ingiriendo hasta estar seguro de que la joven estuviese en un profundo sueño. Por su cabeza, cada segundo de esa noche se repetía una y otra vez. Lo peor del caso era que la volvía a desear. Volvía a sentir su miembro firme y erecto bajo su bata de baño y se maldijo a sí mismo. Debió haberla excitado; de haberlo logrado, aún estaría con ella, en su cama, bajo esos acolchados cobertores y no resistiéndose al deseo y buscándose el mejor acomodo en su sofá de cuero. Había fallado como hombre al no despertar en ella el deseo y la pasión que tanto ansiaba recibir... Con ese pensamiento de fracaso, se durmió y así lo hicieron durante el resto de la madrugada.

En la propiedad Pantani, Java y el personal de servicio estaban levantados desde muy temprano en la mañana. El reloj de pared anunciaba las ocho de la mañana y le pareció muy extraño que ni su criado, Marcos Pantani, ni Steffi Mash hubiesen bajado al comedor. Era jueves, un día laboral como cualquiera de los otros seis días de la semana, según lo afirmaba el mismo

dueño de la casa productora. El desayuno estuvo servido desde hacía rato y la taza de capuchino debería volver a ser calentada, detalle que la incomodó. Azarada sacudió el delantal de pliegues cortos; al secarse las manos en él, lo desató de su cintura y lo colgó en una de las percheras de la cocina. Debía ir a despertar a Marcos. Dedujo que la fiesta en la discoteca debió haber sido hasta tarde, así que también supuso que a ambos se les habrían pegado las sábanas. Aunque administrativamente era el presidente de Pantani Picture y su accionista mayoritario, sabía del mal gusto de las ausencias laborales, así que de nuevo se sintió con derecho para entrar a su habitación para recordarle sus habituales compromisos. Aprisa descendió y subió uno de los peldaños, de un pasillo a otro, que conducía hasta su alcoba; se detuvo frente al madero y extendió la mano hasta el pómulo de la puerta. Ajustado mas no cerrado, lo giró y tras un leve chasquido se abrió paso. El dormitorio destilaba una estela de vodka, frutas tropicales y otros licores que prefirió despreciar y renegó para sí misma de los desastres que la juventud solía hacer. La habitación todavía estaba en penumbra, pero la tenue luz que atravesaba las hendidias de las persianas, estilo modernista, frente a su sala de estar interna le permitió ver el cuerpo de Marcos Pantani, echado con una de las sábanas guardadas en el clóset, sobre el sofá. Su cabellera sobresalía desaliñada sobre los brazos del mueble. Sorprendida caminó un poco más hasta que su arco visual exhibiera la amplitud de su *king size*. Aprisa evaluó el entorno. La falda *jean* de Steffi estaba en el porcelanato, sobre las escaleras onduladas que conducían a su cama; en otro lado, su prenda íntima de encajes rosas y de corte bastante conservador para su edad. Las medias pantis, que tanto había insistido la señorita Whilcom en que usara, yacían deshechas sobre la mesa de noche. Estupefacta, no tenía por qué observar más pero, al retroceder de espalda, su pie pisó algo que emitió un leve traquido. Entre la oscuridad no pudo ver de qué se trataba y aprisa se dio vuelta. Al hacerlo tropezó con una de las mesas laterales, alusivas al cubismo que tanto prefería Marcos Pantani. Se repuso con el corazón exaltado, buscando la manera de abandonar la alcoba que tantas veces creyó privilegiada en la castidad de su hijo. Jamás una chica había entrado en ella. Era su espacio. El lugar en donde congeniaba con sus

producciones cinematográficas, en donde reescribía libretos y en donde reposaba sus cargas. Ver a Steffi en ella hizo que su cuerpo se congestionara. Sufrió arritmia cardíaca y los dolores en la cadera, que hacía tantos días habían cesado, volvieron a hacerse presentes. Sudó frío y Benita tuvo que servirle una taza de infusiones para reponer la palidez de su semblante. Nadie supo las razones de su estado, ni siquiera bajo la amenaza de hacer traer al médico de la familia, Arcadipane. Lo que le estaba ocurriendo no tenía cura médica. Había presenciado la deshonra familiar más grande que durante toda su vida hubiese visto. De estar Andrés Mash vivo, mataría con sus propias manos a su ahijado porque, por regla general, las mujeres de los miembros de la mafia se respetaban. Las mujeres de un clan, para otro, eran sus propias hermanas sus propias madres y jamás debían ser tocadas... Quizás por el cariño promulgado le perdonase la vida a cambio de un matrimonio digno y público... Pero muerto Andrés, ¿quién la defendería? Marcos Pantani había irrespetado la memoria de uno de los seres más importantes en su vida...

Marcos Pantani se despertó cuando su celular sonó. Faltaban diez minutos para las nueve y daba aviso de una de las primeras reuniones del día. La secretaria de Vicente Ferrer de seguro se haría cargo de la entrevista de L'roll, una prestigiosa empresa de publicidad. La llamó y le pidió reajustar su agenda en horario vespertino. De esa forma se libró de sus compromisos matinales. Su voz debió ser lo suficientemente audible para haberla despertado. Desde el sofá la vio sentarse en el borde de la cama cubriéndose, todavía, desde el pecho hasta sus tobillos con el grueso cobertor. Su cabellera estaba suelta y lucía alborotada, pero aun así, cuando sus hebras besaban su tez, la hacía ver apetecible. Desde donde estaba su perfil de ángel, lo incitaba a tomarla de nuevo, pero la decepción que teñía su rostro lo hizo desistir. Pasó su mano repetidas veces por su melena mientras evaluaba su alrededor. Cuando vio su ropa en el porcelanato, se puso de pie e hizo ademán de ir en

su busca, pero el peldaño ondulado que acontecía la hizo caer al piso. Un pequeño alarido inundó el habitáculo y al instante estaba Marcos Pantani a su lado. Tomándola en brazos, la sentó de nuevo en la cama mientras evaluaba su tobillo. ¡Esa mujer lo iba a volver loco! Solo el tacto con su piel lo transformaba. La diminuta redondez de sus tobillos hizo despertar el deseo por su carne, pero su evasión y su silencio diezmaron sus ansias.

—¡Buenos días, mi amor! ¡Qué manera de despertar! —Se dio vuelta hasta donde estaba su falda *jean* y su prenda íntima. Se inclinó de cuclillas levantándola y mirándola fijo, de esa forma tan intimidante. Recogió y puso la falda *jean* sobre su pierna, recubierta por el algodón de su bata de baño, y evaluó el diseño de su prenda íntima. Nada semejante a la costosa lencería que días atrás le había devuelto, pero el color rosa y la suavidad de los encajes, anudados al aroma a sexo, lo excitaba. Despertaba una esquizofrenia jamás sufrida a causa de mujer alguna y deseó irse sobre ella y amarla por completo. Estar dentro de ella y no cesar la invasión hasta escuchar, de esos labios, gemidos de placer. Pero ¡maldita sea su suerte! ¡Era Steffi Mash, la hija de su padrino! La mujer cuya niñez habían destruido y la adulta a quien él debería proteger, amar, regresándola a la vida... Se sintió incapaz. Estaba estudiando la posibilidad de conversar con el doctor de la familia; quizás un buen psicólogo le enseñase cómo poder ser feliz a su lado. ¡No lo sabía, pero iba a encontrar la manera de hacerla suya, no solo sexualmente!

—¡No soy su amor! —espetó—. Alcánceme toda mi ropa, por favor. Debo irme pronto.

Obediente fue recogiendo una a una sus prendas. Observó que las pantis estaban deshechas y el prendedor se había hecho trizas. No recordó haberlo pisado. Le prometió un gancho y pantis nuevas, aún sabiendo su respuesta, siempre rechazándolo. Murmuró desear verla con las prendas íntimas devueltas días atrás y atisbó, de nuevo, el rubor en su rostro. Esa mujer tenía que prescindir de su timidez y él se iba encargar de eso. Se lo prometió a sí mismo.

—Sí, lo eres. Y a partir de ahora también eres mi mujer. Te guste o no,

Steffi Mash.

—¿Su mujer? ¿Qué diablos está diciendo? ¡No soy ni seré la mujer de nadie! Eso es un hecho, Marcos Pantani. Usted no me hará doblegar. Lo que ocurrió anoche no debió haber ocurrido. ¡Por Dios santo, Pantani! Si hubiera ido de regreso a Nueva York, nada de esto hubiera pasado! ¿Qué pretende hacer conmigo? ¿Es una venganza contra mi padre o algo así? Porque no creo que usted conserve un mínimo de respeto para él...

—Tú ni siquiera imaginas lo que significó tu padre para mí. Pero te aseguro, Steffi, que ahora, más que nunca, no regresarás a Nueva York.

Steffi nunca aceptaba las prohibiciones, la hacían enardecer. Como pudo se puso la blusa, pero olvidó el brasier y Marcos se burló dándole vueltas a las copas de sus senos en uno de sus dedos, que al instante ella arrebató.

—Usted es más canalla de lo que pudiese creer. ¡Salga de mi vista! Concédame un minuto de privacidad para vestirme.

—Soy capaz de describir cada centímetro de tu cuerpo. No tienes nada que ocultarme, Steffi, así que puedes vestirme aquí conmigo.

El Marcos Pantani de siempre había regresado y parecía quedarse: así lo pensó al verlo caminar rumbo a la licorera en donde, de espaldas a ella, se sirvió una copa más; supuso, por el tipo de copa, que era coñac. Ella aprovechó ese instante para vestirse aprisa. El brasier le dio cierta dificultad, pero logró colocarlo en su lugar y, tras él, la blusa de blondas y el resto de sus prendas. Prescindió de las pantis al decidir ponerse las botas deportivas, sin las de algodón. Recogiéndose la cabellera como pudo, con lo que había quedado del gancho, se encaminó hasta la salida y hubiese seguido adelante de no haber sido por aquellos brazos tan cálidos y robustos que la retenían. Su boca expelía coñac y le hizo añorar el sabor de sus besos. Pensó que lo haría de nuevo, pero no fue así.

—Nunca estuve con una virgen, Steffi Mash y te quiero para mí. No solo por ser la hija de mi padrino. Te quiero a mi lado por la mujer que se descubrió ante mí... Piénsalo, Steffi.

Solo la vio marcharse. Huía de su habitación. Se escabullía procurando no

ser vista en medio de su quebranto...

Capítulo 26

EL CAOS

A las diez y veinte de la mañana, Marcos Pantani estaba fuera de la habitación, encaminándose hasta el comedor, en donde su nana Java lo aguardaba con las manos en la cabeza y los codos regordetes sobre la mesa.

La cena estaba servida, pero ella no se inmutó. No procedió como lo hacía a diario: servicial, cariñosa y cordial; por el contrario, su rostro representaba un diluvio.

—Buenos días, nana —expresó como si intuyera las razones de su disgusto.

—Explícame, Marcos Pantani, ¿por qué te acostaste con la hija de tu padrino? ¿Qué pretendes hacer con ella? ¿Acaso para tu libido no te basta con ese montón de damas de compañía que tienes? ¿Cómo se te ocurre aprovecharte de la joven a quien debes proteger como a una hermana?

—Un momento, nana. No me ofendas, que en ningún momento he pensado en aprovecharme de las virtudes de esa mujer; y te acoto, nana, que Steffi no es mi hermana, así que no me exijas que me abstenga de ella.

—Eres un desvergonzado, hijo. ¿Cómo dices eso?

—Steffi y yo estuvimos juntos, pero se puede decir que aún no es mía, por completo.

—¿Cómo mientes de esa forma, Marcos? ¡Si yo misma los vi, allá en tu habitación, con mis propios ojos! ¿Por qué juegas con su moral?

—¡No juego con ella, nana! Juro por Dios y la memoria de mi padrino que no juego con ella...

—¡Calla, Marcos! ¡No jures en vano! ¿Qué sacrilegio es ese? Tú no la

amas, entonces, ¿por qué la hiciste tuya? Ella es tan ingenua. Steffi merecía un matrimonio como manda Dios y la ley de tu familia. ¡No merecía esa deshonra!

—¡Nana, estamos en el 2001! ¿No te das cuenta del cambio de épocas? Steffi y yo no vivimos en la inquisición, ni siquiera estoy en el mundo de mis padres. Detesto ese mundo de mafias, de asesinos miserables que sostenían un código de moral utópico, irónico, y no pretendo seguir con ninguno de sus lineamientos ni doctrinas. Ni creas que voy a engendrar mi prole con las viejas concepciones de la familia. ¡Jamás!... Todo lo que los Pantani Berlusconi representaba se fue a la tumba con mis padres, y yo no estoy dispuesto a sembrar nada en su nombre.

—¡Marcos Pantani!

—Lo que oíste, nana. Hice un nuevo mundo para mí. Y a Steffi Mash la quiero en él, pero a mi modo.

—¿La quieres a tu servicio? Quieres ponerla a tu merced, como una más de tus empleadas sexuales, ¿eso es lo que quieres?

—Por favor nana. Es como si no me conocieras... Te dije que la quiero en mi mundo. Solo necesito tiempo para definir todo.

—¿Te casarás con ella, cierto?

—Es virgen, supongo que querrás inducirme a tu prehistórica ley familiar y te advierto, nana, será lo único en lo que me dejaría convencer.

—Lo sabía. Lo vi en sus ojos.

—Yo lo vi en la cama, nana, y si considero casarme con ella será porque ambos lo decidamos. No porque una estúpida ley nos lo imponga.

—Tienes suerte de que tu padrino no esté vivo, hijo.

—¿Mi padrino? Fue él quien envió a su hija a mis brazos. No lo olvides, nana.

Decidió desayunar en la casa cinematográfica, luego de la disputa con Java. Estaba exasperado ante su actitud. Reconocía su cariño por Steffi, pero repudiaba que lo tratase de la manera en que lo había hecho. Sus años le habían otorgado madurez y le ofendía todo lo ocurrido.

Desde el automóvil, esta vez un convertible de la Mercedes Benz, telefoneó al doctor Arcadipane solicitándole referencias médicas en el campo de la psicología. Necesitaba ayuda y, profesionalmente, era eso lo que siempre hacía en cualquiera de sus proyectos: seleccionar al mejor personal y, para tratar a Steffi Mash, procuraría encontrar el mejor de los psicólogos, allí en Italia o en la China misma. Sin mencionar datos del paciente, hizo referencia al cuadro clínico que había supuesto: traumas por abuso sexual en la infancia. Obtenida la referencia y el directorio, marcó en la pantalla táctil el código numérico indicado. Organizó una cita médica para ese mismo día a las tres de la tarde. No resultó fácil obtenerla; la secretaria no tenía disponibilidad hasta la semana entrante, así que enfatizó en desear asistirlo a la brevedad posible, ya que era referido del doctor Arcadipane Rafit, prestigioso miembro del gremio y fraterno amigo del especialista. Acordada la cita, telefoneó a Mitchell que estaba de regreso en la propiedad liderando el nuevo sistema de seguridad. Le encargó informar a Steffi de la salida a la hora prevista para conducirla personalmente al centro clínico. Steffi no salió a recibirlo cuando él llamó a su puerta, así que recibió el mensaje flanqueada por el madero de la puerta y la pared. Mitchell percibió su tono bajo y hasta supuso que había estado llorando, pero no quiso ahondar más; sin embargo, cumplida la primera orden, se lo hizo saber a su jefe, quien enmudeció tras la línea. Aspiró como si hubiese retomado energía y repitió el mandato de no informarle a dónde iría. Él estaría allá.

Aceleró el auto y viró en algunas calles hasta lograr vislumbrar las extensas áreas verdes de la casa cinematográfica Pantani Picture Films. Respiró profundo e hizo un cambio de velocidad cuando recibió una llamada. Era su amigo, el doctor Arcadipane, quien no sojuzgaba su inquietud, su duda. Era la primera vez que su paciente de familia procuraba servicios

psicológicos, aunque infinidad de veces se los había recomendado como terapias de reconciliación con sus raíces. Conocía sus cuadros anímicos y la entereza para superar sus debilidades. Todavía recordaba la tarde en que envió a cuidados intensivos a un jovenzuelo que había osado a denigrar a su familia. No fue suficiente la beligerancia del resto de sus amigos para que Marcos Pantani los enviara malheridos a casa. El más afectado obtuvo una fractura ósea, a nivel de la clavícula, que ameritó una rápida intervención quirúrgica para corregir la lesión que, deliberadamente, Marcos había causado en él con una de sus técnicas de manos, tan violentas y estratégicas, en caso de defensa personal. Fue necesario que su padrino movilizara a un grupo de abogados e indemnizara, con una cuantiosa cantidad, a los padres del joven para que la noticia no se expandiera. No fue fácil levantarse sabiéndose primogénito de uno de los líderes de la delincuencia organizada más sonados de Sicilia y Palermo. A diario sufría una lid interna que cada vez fomentaba el rechazo y el odio a quienes habían sido sus padres. Se reconocía a sí mismo como un cobarde. Un cobarde que dimitía a diario de su realidad y quien se negaba a reconocerse como parte de un clan de delincuentes. Admiró su valentía para permanecer en Italia a pesar de los muchos intentos de su padrino por llevarlo fuera. Era italiano —lo repetía a diario— y moriría en su tierra.

Su médico de cabecera ganó su confianza y le confesó parte de su problema. Sonrió ameno al comprender de lo que se trataba. El momento había llegado. Marcos Pantani se había enamorado, aunque lo negase en las dos ocasiones. El doctor Arcadipanie respetó su privacidad y necesidad del silencio. Estuvo seguro de que, de no estar del todo enamorado por esa chica, a la que decía ser la hija de su padrino, faltaba poco por hacerlo o por admitirlo. Nunca lo vio interesado por la salud de ninguna de sus mujeres. Eso era prueba suficiente. Al escuchar su caso, lamentó el desenlace, pero le sugirió no asistir. Era mejor que no lo hiciera. El profesional podría ayudarla y liberarse con él. Dudó de lo sugerido, pero durante el resto de la mañana evaluó la posibilidad y decidió seguir aquel consejo. Eso sería un caso clínico

entre Steffi y el especialista.

Java insistió, frente a la puerta de la habitación de Steffi, en muchas ocasiones. Al marcharse Marcos subió con una bandeja con su taza de infusión y un par de hamburguesas, tal como recordaba ser su gusto —gracias a su tendencia gastronómica americana—, pero se excusó rehusándose a salir. Anunció dejar la bandeja servida en el comedor, por si deseaba comer algo, y se dispuso a ordenar la habitación de Marcos Pantani. Entrar en ella le causó desagrado y deseó poder halar una de sus orejas, como cuando lo reprendía siendo un muchacho. Se resignó; aunque reconociera sus culpas, siempre terminaba haciendo lo que deseaba y muy pocas veces se retractaba. Recogió las toallas del baño y sacudió los restos de colilla que habían caído fuera del cenicero de cristal, en la sala de descanso de su habitación. También recogió la copa y guardó la botella en su lugar. Dejó sobre el sofá las toallas y batas de baño y se dispuso a sacudir el edredón. Lo dobló y lo llevó en brazos hasta el mismo mueble. A su regreso vio la sábana blanca teñida de acuarela. Se acercó husmeando y llevó una mano a su boca, sorprendida. Se persignó y pidió perdón a Andrés Mash, en nombre de su criado, por la falta cometida contra su única hija. No podría ser otra razón. Allí posaba la muestra de su entrega y deseó poder traer a Marcos para que reconociera la culpa por su afrenta. Resignada desnudó la cama, dobló la sábana y cargó con ella y las demás piezas hasta el área de lavandería. Ella misma dispuso el lavado de la colcha. No consideró prudente sembrar razones para habladurías entre el personal de servicio con la vida privada de su propietario.

A las 2:30 p.m. Mitchell estaba frente a la puerta de la habitación de Steffi

Mash. Era la quinta vez que tocaba con los nudillos al madero. Sabía que estaba adentro, porque sus pasos se escuchaban de un lado a otro. Tenía órdenes estrictas de llevarla al sitio destinado sin hacérselo saber. Supondría que sería llevada al trabajo y así lo ejecutaría; derribando la puerta, si llegase a ser necesario.

Java se apersonó al notar la insistencia del guardaespaldas e intercedió haciendo que la joven saliera. Lucía hermosa con su traje ejecutivo, pero también marchita de tanto llorar. Alivia colgó la cartera de Docce Gabane que le había obsequiado el primer día de su trabajo y lo precedió, dispuesta a iniciar con una jornada laboral vespertina. No quería imaginar el rostro de su amiga Whilcom preguntándole acerca de los detalles de la salida con, nada más y nada menos, don Pantani: su jefe.

Steffi solo había ingerido el par de hamburguesas dejado en el comedor, en una de sus escabullidas a la planta baja, así que prescindió del almuerzo. Estuvo meditando sobre su futuro y la manera de librarse del prepotente de Pantani. Estaba decidida a buscar la forma de marcharse. Había intentado llamar telefónicamente a embajadas desde el celular asignado para su uso, pero las llamadas estaban restringidas; solo permitía acceso a los números personales de Marcos Pantani. Por esa razón la señorita Whilcom no había podido comunicarse a su número al desear despedirse en la disco. Pensó en ella como su aliada, quizás pudiese ayudarla a regresar a Nueva York.

Durante el recorrido Steffi percibió el cambio de ruta y, aunque le preguntó, no obtuvo respuesta. Era propio del *grandulón*, como así lo trataba. Mitchell siempre mantenía distancia, pero también siempre la escudriñaba, la evaluaba. Observar formaba parte de su trabajo y desde su llegada sentía curiosidad por sus orígenes; después de su viaje estaba claro: comprendía a su jefe. Esa joven no era solo un cuerpo bonito, sino una sobreviviente más del pasado. Pronto se detuvieron, cruzaron una garita de seguridad y se estacionaron frente a una frondosa jardinera. Su teléfono celular sonó con la única llamada de acceso a la que estaba acostumbrada: la de Marcos Pantani.

—Hola, Steffi. ¿Cómo estás? —Su voz la hizo estremecerse. No sonaba

altiva y su timbre la hizo doblegar.

—¿Por qué me ha traído a este lugar?

—Conversé con un viejo amigo de la familia. Es el médico que te evaluó tras el atentado.

—¿Qué usted hizo qué? —indagó molesta.

—Obtuve una cita con uno de los mejores psicólogos de Italia. Estarás en buenas manos.

—Usted no tiene derecho... —Su voz se silenció y le dio paso a unos indomables gemidos. Ella esquivó la vista de Mitchell, quien la miraba desde el retrovisor central—. Usted es un atrevido. Jamás hablé de mi pasado con alguien hasta que usted se cruzó en mi camino y ahora se atreve a ventilar mis problemas. Dígame, ¿a quién más le ha contado mis fallas? ¿A Mitchell? ¿A Antoine? ¡Usted no tiene derecho, Pantani, a dirigir mi vida como si fuera una niña a su cargo!

—Steffi, cálmate. Nadie más lo sabe pero, si continuas con ese trance, lo harás público.

—Quiero regresar, Marcos.

—Bien..., le diré a Mitchell que te lleve de regreso a casa. Cambiaré la fecha con el doctor Ventura Cross.

—Quiero regresar a Nueva York, Marcos. No me importa el tal doctor Ventura Cross. Solo quiero regresar. Yo cumplí con mi padre, ahora puedo regresar...

—Habla en casa.

Marcos hablaba en baja voz. Era como si supiera de su estado anímico: podía verla llorar sin tenerla al frente y eso lo lastimaba. El dolor espiritual era tan diferente al dolor físico.

Steffi se reclinó de nuevo en el asiento trasero, abrazó su cartera Docce Gabanne y aguardó a que Mitchell condujera. No tenía que decir nada. Marcos se encargaría de ello cuando le colgó a ella y lo telefoneó a él.

—Tráela a la productora. Estaré esperando por ti en la entrada principal.

—Había cambiado de idea.

—Sí, señor.

El camino no era el que conducía a la propiedad y Steffi se percató de ello manifestando su molestia.

—¿A dónde me lleva ahora? ¡Lléveme a la propiedad de su jefe ahora mismo!

—Señorita, tengo órdenes de llevarla a Pantani Picture Films.

—¡Detenga el auto! ¡Ahora mismo o me lanzaré!

Un clic se escuchó en el habitáculo.

—Lo siento, señorita Steffi, pero debo cumplir con la orden... Desconozco qué ocurre entre don Pantani y usted, pero le puedo asegurar que usted estará más segura a su lado que lejos de él.

Mitchell recordó a la hermana de Pablo Renzi al ver la vulnerabilidad de Steffi Mash. Y comprendió a su protegido. Desde el retrovisor la observaba. Su rostro, lleno de pucheros, hacía desencajar sus bellos rasgos femeninos. Sacó un pañuelo de su bolso y limpió restos de rímel que desbordaban desde sus ojos; luego secó la humedad de su nariz y volvió la vista a la ventanilla. Los vidrios polarizados le permitían observar el exterior, pero a ella solo él podía mirarla.

Minutos después se estacionaron en el lugar indicado. Marcos Pantani subió al asiento trasero en la portezuela contraria a ella; luego Mitchell descendió del auto dejándole aviso de las llaves sobre el tablero y acomodándose los lentes oscuros Rayban sobre su tabique nasal aguileño.

—¿Intentaste bajar del auto en movimiento, Steffi? ¡Eso es una locura! — la reprendió

—Veo que usted lo sabe todo, don Pantani.

Sentado a su lado le resultó fácil tomar su rostro y besarla de nuevo: la forma perfecta de hacerla callar. Acarició su mentón con sus pulgares y reconoció la dificultad de Steffi para mirarlo sin llorar. Nunca había estado con una mujer tan susceptible como ella.

—No lo vuelvas a hacer, Steffi, y respecto a lo de la consulta médica, lo siento, sé que debí conversarlo antes contigo... Pero eso no debe darte razones para querer viajar.

—Marcos, entiéndame, por favor. Mi vida está hecha un desastre desde que llegué a Roma. Necesito reedificarme, pensar, relajarme, volver a nacer: necesito estar lejos de usted. Sí, eso es lo mejor para mí. Y para usted.

—No pienses en lo que es mejor para mí, Steffi, soy capaz de discernir entre mis opciones... Te hice traer porque no puedo regresar a casa y... quería disculparme por no haberte mencionado mis planes con lo del psicólogo... Puede que sea beneficioso para ti quedarte a trabajar. Quizás te ayude a olvidar.

—Hoy no me siento capaz de enfrentar a nadie. Prefiero estar sola.

—La señorita Whilcom te ha estado preguntando, está haciendo suposiciones acerca de los efectos del alcohol sobre ti. No creo que piense que tú y yo terminamos juntos... Te considera muy ingenua. —Se sonrió con nerviosismo al ritmo en que los pulgares rozaban su mentón y vio cómo brotaba el rubor en sus mejillas, como si se tratase de una rosa roja abriendo sus pétalos al sol.

—Yo ya lo olvidé todo. Usted también debería hacer lo mismo.

La forma en que lo miró causó en él un desaliento inmensurable. Sus pupilas grises iban de un lado a otro de su rostro, como si deseara enfocar y tallar en el tiempo la rigidez de sus pómulos y la cólera que reservaban aquellos labios acorazonados. Parpadeó tras fruncir el ceño mientras descendía sin despedirse. Solo retumbó en el habitáculo la portezuela al ser azotada contra el marco.

Pantani continuó aprisa hasta perderse tras la renovada entrada y con su cuerpo empujó el portón de vidrio que ella sabía blindada; y tras perderse en el interior del vestíbulo, este quedó bailoteando mientras Antoine y otro de sus escoltas se apostaban en posición a cada costado de la entrada, con las manos sobre sus trajes, dispuestos a descubrir sus armas en cualquier momento. Mitchell regresó al auto, lo encendió y la condujo sin preguntas a

la propiedad Pantani.

Capítulo 27

LA VISITA DE PIERO MARCELINO

Jueves 29 de noviembre del 2001

Marcos Pantani no terminaba de asimilar el error que había cometido al solicitar una cita con un psicólogo para Steffi Mash. Cavilaba al instante en que sostenía un par de folios del presupuesto para su actual producción, cuando la señorita Whilcom llamó a la puerta anunciando la presencia de Don Piero Marcelino.

Marcos se petrificó y tuvo que reaccionar ante el segundo aviso de su llegada de la asistente. No pudo negar que renegó de sí mismo y repudió la presencia de quien, hasta el fin de semana pasado, era considerado su mejor amigo: Piero. Piero Marcelino. El hombre a quien había ofrecido en matrimonio a Steffi Mash... La única mujer que en toda su vida sintió suya.

—Scusa figlio, stava di visita a Sicili, La Scala dei Turchi acchiappa, innamorata. Se non è per il mio assistente, non mi informò di te.

Marcos comprendió entonces. Piero no venía a ver a Steffi; después de todo, el acuerdo de salida había sido programado para el día viernes 30 de noviembre y estaba allí por su asistente, a raíz de la noticia sobre su atentado. Su amigo era amante fiel de Sicilia y Marcos Pantani no podía negar que era una tierra encantadora, pero que guardaba su pasado; y de ese ayer deseaba saber absolutamente nada. Un poco más tranquilo, lo recibió con gran entusiasmo, lo invitó al cafetín de la casa cinematográfica y se puso al tanto de su itinerario. Agradeció al cielo sus cambios. Ya no saldría el día

estimado con Steffi. Ni siquiera la podría ver hasta después de principios de diciembre. Bendijo la decisión de Steffi de no quedarse a laborar. A Piero Marcelino lo movían los percances en una de sus obras hoteleras en Palermo, así que se vio obligado a modificar sus planes y Marcos se alegró al saber que su amigo no regresaría hasta dentro de diez meses para que, en ese tiempo, olvidase su propuesta. No quería —ni siquiera— imaginar que Steffi pudiese ser suya y perderla para siempre. Además, a partir del quince de diciembre, Java, Steffi y él podrían fraternizar un poco más en sus vacaciones de fin de año. Eso fomentaba la esperanza de tenerla de la manera ansiada por su padrino...

Su conversación con Piero Marcelino fue como de costumbre: amena. Piero guardaba gran respeto hacia su padre y lo quería más que a un amigo, como a un hijo. Lo abrazó fuerte y dio gracias a Dios, en un claro italiano, por cuidar y conservar su vida.

El resto de la tarde transcurrió con normalidad. Compartieron una taza de café capuchino y se despidió con la promesa de regresar pronto para cumplir con Steffi Mash.

Antes de culminar la jornada vespertina, Antoine le informó sobre la entrega de un sobre:

Por un camino libre, Marcos Pantani. He saldado tu cuenta por el honor de los amigos.

Ese era el mensaje impreso en una pieza de papel dorado, entregado diez minutos antes de que Mitchell lo pusiera al tanto de la muerte de los hermanos Bersabeth.

—¿Estás seguro, Mitchell?

—Completamente seguro; uno de mis hombres se apersonó al lugar de los hechos, persuadió a la seguridad policial y constató la noticia. Están muertos. Fueron baleados, pero antes torturados... Alguien saldó deudas y, al parecer, en su nombre, don Pantani.

—Imposible. No tengo padrinos con vida. No tengo amigos capaces de cometer tal acto. ¿Estás seguro de no tener nada que ver en el asunto? Es que

desconozco quién podría hacer algo así...

—Sea quien sea, don Pantani, lo ha librado de una pesadilla... Puede usted ahora estar en paz. Usted y Steffi.

—Debe ser una trampa.

—Es posible. No bajaremos la guardia. Mis hombres y yo seguiremos vigilantes.

Al terminar con la llamada, se deshizo alegre sobre su escritorio. Apoyó los codos en él y apretó su fosa nasal entre ambas palmas. No lo podía creer. A partir de ese día sus peores enemigos no existían.

Al regresar a la propiedad, se reunió en la sala principal con Mitchell, Antoine y el resto de su equipo de seguridad. Java estaba con ellos mientras Benita se encargaba de servir unos deliciosos aperitivos.

—Todo ha terminado —expresó eufórica Java al momento en que abrazaba a Marcos Pantani—. Eso no significa que nuestra conversación haya terminado, hijo.

Pero no era precisamente de sus derechos sobre Steffi de los que deberían tratar esa noche. Los títulos de propiedad y los trámites legales eran el punto central. Uno de ellos actuaba como abogado y se encargaba de todo lo relacionado a los traspasos y autenticación de documentos. Java empezó a comprender.

—Sí, Java, todo cuanto poseo debo compartir con la hija de Andrés Mash, además de las joyas de su familia y las tierras de Mash en Sicilia. Solo que no podía ejecutar liberación de bienes y el respectivo registro, al no contar con los títulos de propiedad. Gracias a las indicaciones de mi padrino, los recuperamos y, ahora que no existen los Bersabeth, todo será más simple.

—Pero al ser investigados como posibles sospechosos del asesinato, no podremos proceder en tanto el caso haya cesado en interés público.

—Correcto. Así que Steffi deberá seguir esperando.

—*¡Povera ragazza, deve essere molto confusa!* —expresó con suma exageración frente a su criado.

—Deja a Steffi para mí, Java. Me seguiré haciendo cargo.

Esa noche Marcos Pantani no durmió en casa. Le urgía meditar, y tener a Steffi cerca se lo impedía. Estaba consciente de necesitarla, de desear hacerla suya y sabía que sus encuentros, tan consecuentes, solo lograrían alejarla, así que se marchó a uno de sus departamentos.

El viernes siguiente tuvo que comparecer ante el inspector del caso. Debía dejar clara su inocencia. Y tampoco regresó a la propiedad. Durante ese par de días, Steffi había logrado conversar con la señorita Whilcom y contactar el arriendo de un apartamento, tipo estudio, cercano a la casa cinematográfica. La persuadió para que accediera a ayudarla y fue así como pudo rentarlo. Como Marcos Pantani no había regresado a casa y sus hombres estaban prestos a la investigación policíaca, Steffi aprovechó el momento. Convencer a Java no resultó difícil, pero sí le dejó un trago amargo en la garganta. Ella accedió a acompañarla al apartamento rentado, con la convicción de que era lo mejor para ambos, así que ella misma solicitó el servicio de taxi y subió junto a ella y su equipaje.

Para la noche del día sábado, Steffi Mash no estaba en casa. Java tuvo que enfrentarse a Marcos y explicarle sus sólidas razones para acceder a la idea de Steffi Mash.

—¡No la amas, hijo! Así que eso es lo mejor para ella. No puedes obligarla a estar contigo, bajo tu techo, en las condiciones que tú esperas.

—¿Cómo sabes que no la amo? ¿Cómo te atreviste, nana, a pasar sobre mis órdenes? Steffi Mash es mi responsabilidad, no la tuya. Sé muy bien lo que hago.

—En nombre de la memoria de tu padrino, déjala en paz, hijo.

—No puedo, nana. Ahora dime la dirección de Steffi. Voy en este mismo momento a buscarla. —Al notar su rechazo, sacó el celular de su gabardina y marcó su número. Sonó un par de minutos y comprendió que Steffi estaba evitando su llamada. Molesto consigo mismo, maldijo un par de veces su terquedad y pensó en recurrir a otros métodos para dar con su paradero; pero cuando estuvo a punto de desistir, ella contestó.

—Steffi Mash, ¿se puede saber qué diablos hiciste? No tienes derecho de marcharte. ¿Qué pretendes? Dime dónde estás; voy a buscarte en este instante.

—Necesito mi espacio, Marcos. Ya se lo dije en una ocasión; por favor, permítame mi espacio.

Escucharla en ese tono lo debilitó; chasqueó los dientes y se alejó de la vista de Java en busca de algo de privacidad.

—Steffi, lo tendrás conmigo. Es peligroso que te alejes de mí en estas circunstancias. Tú lo sabes.

—Si permanezco bajo su techo, también correré peligro... Quiero mi espacio mientras usted resuelve los trámites pendientes antes de mi viaje. Solo eso.

—Steffi... Te extraño. Te deseo.

No pudo evitar sentir ese estremecimiento y tampoco pudo amordazar el llanto y la nostalgia al reconocer que su pesadilla seguía. Él solo la deseaba..., no la amaba.

—Steffi Mash, ¿quieres acabar conmigo? ¿Quieres destruirme?

El celular emitió un sonido intermitente y tras ello Marcos expresó un bufido, mientras daba vuelta rumbo a su habitación.

El primer fin de semana del mes de diciembre lo pasaron discutiendo a

través del celular. Ella prometió continuar con la faena laboral y, por ende, con su rol de asistente. Marcos desistió de su intento por traerla de regreso e incluso le concedió la oportunidad de recurrir al servicio público, mientras sus hombres de seguridad le seguían los pasos. El lunes 3 de diciembre del 2001 la esperó en su oficina y, tan pronto se reincorporó, la hizo entrar en ella.

—¿Qué tal tu nueva vida, Steffi?

—Bien. Gracias por preguntar. —Intentó salir de nuevo, pero él se interpuso cerrando la puerta y apoyando su coxis sobre un gabetero, mientras se cruzaba de brazos y la miraba de esa forma que tanto la intimidaba. Luego levantó una de sus cejas y su voz sonó diferente. —Te extrañé, Steffi. Mucho.

—No debería. Yo no lo extraño a usted.

—No sabes mentir... Sé que no pudiste dormir sin dejar de pensar en lo nuestro... Quieres que te lo demuestre. —Seductor se acercó a ella. La acechó, pero aquella cercanía comenzó a agradarle. La debilitaba. No podía seguir mintiendo. Deseaba que la tomase entre sus brazos de nuevo. Deseaba que la hiciera suya y no la dejase ir jamás, pero era demasiado realista y comprendía que lo que pudiese existir entre un hombre como él y una mujer como ella solo podría ser un simple sexo de ocasión. Y admitirlo la lastimaba mucho más. El hecho de aceptarlo representaba una falta inmensurable a su palabra de nunca jamás permitirse ser usada.

Marcos la tomó de los brazos hasta consumir su delicioso aliento. Olfateó su cabellera ondulada tras su cuello, y se detuvo sobre el pabellón de su oreja, que terminó mordisqueando al ritmo de la fogosidad de sus besos. Steffi doblegó y dejó que los pulgares de su mano recorrieran el borde de su brasier bajo su blusa de tul, luego de haber echado a un lado su bufanda gris. Cerró los ojos, ensimismada en aquellas caricias, y deseó que la desnudase allí mismo y besase sus pezones como lo había hecho antes.

—Sé lo que sientes por mí. Puedo percibir tus feromonas. Sentir tu humedad. Tu deseo.

—¡Basta! No es cierto... Yo no puedo. —Reaccionó intempestiva y

nerviosa. Veía en sus ojos un miedo indescriptible y tuvo compasión de ella. ¡Por Dios! La deseaba y, aunque aún no podía admitirlo, la amaba.

—¿Por qué no puedes?... Eres hermosa. Sensual. Tentadora... Toda una mujer.

—Marcos, no entiendo por qué usted me hace quebrantar tantas veces, pero le juro que se equivoca conmigo. No soy nada de lo que se imagina. Soy un completo caos y solo necesito mi espacio y mi tiempo.

—Nunca me equivoco... Por favor, Steffi, no te resistas a vivir lo que sientes.

—Es un día laborable, Marcos; si usted continua acosándome, tendré que renunciar.

—¿Acosarte? ¡Por Dios, mujer, qué dices! —La rodeó con sus brazos y ella emitió un quejido de placer al compás de su pulso itinerante. Sus labios temblaban de deseo ante la proximidad de la simetría masculina de los suyos, y sus ojos bailaban al ritmo de esas pupilas aceradas, que escudriñaban cada uno de los rasgos de su rostro. Él pudo percibir cómo saltaron endurecidos sus pezones bajo el traslucido de la tela que, muy acertadamente, había decidido llevar puesta. Fue como un aviso de sus verdaderas intenciones. Ella se estremeció entre sus brazos al sentir el paso ardiente de la yema de sus dedos tras el dorso de su espalda y, como si su cuerpo la traicionase, se aferró a su pecho. Su mirada esquiva, ante el rubor impertinente, reconocía lo que estaba sintiendo y permitió que la rigidez de su miembro se adhiriese a su bajo vientre. Quiso decir algo, pero su boca, siempre seductora, acechaba la suya de una forma insufrible. Y la hizo suplicar al lamer el contorno de su cuello para, finalmente, adormecerla entre la lujuria de la carnosidad de su lengua. Una de sus manos se abrió paso en el cinto de su pantalón de gabardina y su cuerpo separó las piernas como si fuese un mandato divino, ignorando sus estándares y prejuicios morales. Steffi se sintió transformada y tuvo miedo de sí misma. «¿Cómo podía ceder a tanto con solo su tacto?». Sentía desfallecer. Sus ojos se abrieron desorbitados al percibir lo que estaba a punto de ocurrir. Sus glúteos, desnudos, besaban la fría madera de su

escritorio y él apremiaba su cuerpo en un frenesí inimaginable... Ella deseaba que no se detuviese. Quería volver a sentir lo que creyó haber sentido antes en su habitación. Pero no podía... Reuniendo todas las fuerzas que pudo, se libró de las redes de sus brazos. Subió a prisa sus pantis, abrochó el pantalón y volvió a limpiar sus labios con la manga de tul de su blusa, incrementando el volumen y el colorido rosa que el arranque de sus labios había dejado en ella. De nuevo se sintió rechazado; fue la misma reacción repulsiva de la noche en que la había besado con la excusa de hacerle ver su falta ante su privacidad. ¡Esa mujer lo estaba volviendo loco! Golpeó la superficie del escritorio al verla atravesar la puerta, y el golpeteo leve del marco se ahogó con el de su puño sobre la mesa.

Molesto con su insensatez y rechazo, salió de la oficina con la firme intención de abandonar la casa cinematográfica; pero al hacerlo, Susana Chinappi se interpuso en su camino y, a su paso, los brazos cálidos y delgados de una bella criatura envolvieron sus piernas. Los presentes en recepción fijaron la vista en la escena, atentos a la reacción del imponente y reacio jefe, presidente, dueño y señor de todo ese imperio. El nudo de su corbata subió y bajó ante la reacción de la manzana de Adán. La calentura de hacía un momento se disipó y, en su lugar, su cuerpo percibió el fulgor suave y tierno de la niña, que lo abrazaba hasta donde su pequeño cuerpo se lo permitía. Susana Chinappi se mostró avergonzada y no pudo comprender cómo podría sentirse así con una personita tan hermosa. Llevaba una muñeca Barbie colgando en uno de sus brazos y tenía unos rizos oscuros que brillaban de limpios. La cargó y, al contemplar el rostro de ángel risueño, le sonrió. Los presentes también lo hicieron, complacidos del resultado de la escena, y pronto continuaron con sus labores.

—No me habías mencionado lo hermosa que es tu princesa.

—Disculpe, Marcos, es que Anabella ha estado preguntando por usted desde que cruzamos el estacionamiento, y cuando le señalé donde usted estaba salió en tropel. No sabía lo que haría.

—Ese abrazo fue lo más tierno y bello que he recibido, Anabella.

La nena le mostró la muñeca que llevaba en brazos y lo volvió a rodear con su delgadez, pero esta vez dejó un beso plantado en su mejilla. Steffi veía la escena desde su oficina, estupefacta. Nunca imaginó que Marcos Pantani pudiese tener una hija con Susana Chinappi, aunque sabía de sus encuentros sexuales.

—Mi hija no ha dejado de preguntar por usted cuando le dije que esa muñeca había sido un regalo suyo... Bueno, es que con aquel dinero que usted me dio... —Se mostró incomoda al querer explicar la forma en que había llegado tanpreciado regalo a las manos de esa niña.

—No importa, Susana, olvida los detalles. Lo importante es que mi regalo le ha encantado a esta bella princesa.

La nena no dejaba de abrazarlo y Marcos empezó a sentirse incómodo. Nunca había demostrado afecto en público por nadie, ni siquiera por una personita como ella. Su vocecita ininteligible trató de expresarle algo, pero no tuvo la pericia para comprenderlo. No quiso detenerse más tiempo, así que se disculpó con Susana para retirarse, pero antes encomendó cualquier asunto suyo a su asistente Steffi Mash y, para no hacerla llamar en ese instante, ordenó a la señorita Whilcom transferirle la orden, además de servirle un delicioso pastel y un helado gigante a su pequeña invitada especial, quien ahora era abrazada por la feliz madre.

Aprisa abandonó la recepción, aún con el vivo recuerdo de la niña de Susana Chinappi.

Steffi no sabía qué hacer. Todavía no se reponía de la seducción del déspota de Pantani y deseó poder abandonar el lugar como lo había hecho él. Pero no podía. Él era el dueño y ella, solo su asistente. Debía reponerse y atender al llamado de la recepcionista, así que lo hizo y cumplió a cabalidad con todas las demandas de la hermosa mujer que estaba a punto de ser socia

de Pantani Picture Films. Lucía elegante y, al compararse consigo misma, lastimó su autoestima. Al culminar con lo solicitado, telefoneó a Fenicia Gagliardi y le recordó su orden. Dispuesto su pedido, ella las recibió con mucha efusión al trato. Incluso, besó su mejilla y le preguntó por las prendas de noche. Hizo un comentario breve acerca de su rechazo por las cotizadas prendas y se concentró en la nueva cliente, pero Susana Chinappi se mantuvo pensativa. «Así que tú eres la mujer que domesticó a Pantani». La evaluó, reconoció su belleza y hasta ese aire de ingenuidad que casi nunca había visto en otras mujeres. Era una mezcla entre inocencia y cobardía y quiso saber más de ella pero, muy a su pesar, la asistente respondía de forma puntual, sin aspavientos ni extras; los extras que tanto necesitaba para sus conjeturas.

La asistente solo sonreía a su hija y la trataba con un cariño que percibió sincero. Se esmeró en la elección de sus vestidos y hasta se mostró divertida ante sus ocurrencias de niña.

Cuando finalmente cumplieron con lo propuesto para el día, Steffi las llevó, junto con Antoine, a una venta de comidas rápidas adecuadas a las preferencias de la niña. Allí adentro, Susana Chinappi aprovechó para conversar con la interesante asistente.

—¿Ya te acostaste con Marcos? —preguntó de una forma tan natural, así como lo habría preguntado la señorita Whilcom, pero esta vez no esquivó la mirada; por el contrario, la mantuvo firme, aunque el rubor no abandonó sus mejillas.

—¿A qué viene esa pregunta, señorita Susana? Si está pensando que yo pueda quitarle lo que es suyo, no se preocupe. No... —Iba a decir que no le interesaba en lo absoluto el petulante italiano de la productora cuando ella la señaló con la pajilla, aún envuelta en su papel.

—¡Por Dios, Steffi.! Marcos Pantani no es de nadie. Nunca se dejó atrapar por ninguna. Solo fue un viejo cliente y ahora, un nuevo amigo.

—Amigo. Quiere decir que esa niña no es suya.

—¿Qué más hubiese querido, amor? —Y se echó a reír para luego dar un largo sorbo a la gaseosa con la pajilla, que acaba de hundir en la hendidura de la

tapa del vaso desechable—. Marcos jamás hubiese abandonado a una hija suya... —Se cercioró con la mirada de que su hija todavía estuviera dando saltos en la piscina de pelotas, junto al tobogán, y volvió la vista a la asistente—. El padre de mi niña nos abandonó al saber de mi embarazo. El muy miserable ni siquiera regresó.

—Así son todos los hombres, señorita Susana.

—No, querida. No todos. Lo que pasa es que a veces estamos tan heridas por lo que alguien nos hizo que generalizamos el daño... Estoy segura de que Marcos jamás habría abandonado un hijo suyo. Pero ahora dime, ¿ya te acostaste con él?

La asistente se movió incómoda en su asiento de fibra de vidrio.

—No seas bobita, Steffi. Es natural que te hayas acostado con un hombre como él. Es mucha tentación.

—Creo que mi vida privada no debería interesarle.

—Ya lo entiendo todo. Fue tu primera vez y por esa razón Pantani se ha enamorado de ti. ¡Ya lo vi todo! ¡Te felicito, mujer! Eres afortunada.

Steffi metió la pajilla, con papel y todo, a la hendidura de la tapa, así que Susana la asistió, solucionando el detalle, con una efusiva sonrisa.

—Anda, Steffi, no te pongas nerviosa... Quería agradecerte. —Perpleja levantó la mirada de nuevo—. Sí, ven, te explico. Gracias a ti, Marcos Pantani cambió. Una mujer diferente cedió a sus deseos y logró domesticarlo, y ahora descubro que fuiste tú. Luego él reconoció sus errores y vio en mí, a ese ser especial a quien, de seguro, jamás querría dañar y..., para enmendar sus faltas, cambió mi vida y la de mi bebé. Te agradezco haber dejado huellas y no marcas en mi mejor cliente.

Steffi no entendía, pero cuando ella fijó la vista en su hija, quien danzaba entre el tobogán y la piscina de pelotas, vio un par de lágrimas rodar por su rostro de porcelana y quiso comprender todo... Marcos no era el miserable que siempre quiso mostrar.

—Marcos siempre ha sido el cliente especial, pero sus damas de compañía eran pocas; Pantani es muy selecto. Admito que me sentí atraída por su físico,

¡quién no, mujer! Pero lo veía distante porque solía buscar mujeres expertas y muy, muy atrevidas. Yo era nueva, aún me faltaba ascender mucho. Bueno, sé que no te interesa mucho mi vida, pero quiero contarte. Una noche él aceptó mis servicios. Me emocioné mucho, estaba alegre de estar en la cama con un hombre a quien pudiese desear, además de ganarme su dinero.

—Por favor, no siga.

—Marcos Pantani fue tan déspota y miserable como siempre escuché que había sido. La verdad era que estaba ilusionada con su imagen y al saberme allí, para su uso y con prácticas tan diferentes a las mías, me opuse. Y a partir de entonces, todo fue terrible... Una noche, meses después, el muy miserable me llama. Pero esa vez no quería que calentase su cama. Quería hablar de alguien. De una mujer, según él, inalcanzable. La hija de su padrino.

Steffi empalideció. ¡Marcos había hablado de ella! La amaba, ¡por Dios santo! ¿Podía ser cierto que ese hombre la amase?...

—Así que eres tú. Créeme, eres afortunada.

Desde entonces ambas mujeres podían entenderse y Steffi fraternizó aún más con su bella niña. Solo que en la cabeza de Steffi retumbaba la conversación con Susana y reconoció no poder saciar el deseo de Marcos. No era experta en la cama y, por el contrario, abrigaba muchos miedos y prejuicios que de seguro se convertirían en barrera para su relación. Después de ese encuentro tan fogoso en su oficina, Marcos y Steffi pretendían no dirigirse la palabra.

Finalizado su encuentro con Susana Chinappi y su hija, Steffi regresó a Pantani Picture Films para asistir a las magistrales clases nocturnas de Vivaldi y, a su salida, se sorprendió de ver a Marcos esperando por ella en el vestíbulo. Ni siquiera pronunció palabra alguna, solo la dirigió con las indicaciones de su mano. En el auto imperó el silencio ante el apaciguador sonido del motor al encenderse. Ya Marcos había averiguado dónde vivía y la llevó camino a su nuevo departamento. Esperó a que se abriera paso en el portón principal y solo se marchó hasta que pudo ver encenderse la luz del tercer piso, en donde sabía estaba su hogar. Al día siguiente también se

limitaron a comentarios relacionados a los compromisos laborales. Esa mañana Susana Chinappi estaría concentrada en detalles de la inauguración, así que no la vio por las inmediaciones. Steffi extrañó los cariñosos abrazos de su hija, al igual que lo hizo Pantani...

Él estaba en su oficina, evaluando la logística de su filmación en curso, cuando la señorita Whilcom anunció la llegada de alguien.

—Don Piero Marcelino desea verlo.

—¿Piero? No entiendo... Hazlo pasar.

Marcos se sorprendió. Estaba satisfecho por su decisión de estar fuera de Roma y no comprendía aquel repentino cambio. Se maldijo por haberle ofrecido a la única mujer que había amado.

—*Non resisto più, Marcos. Sto fuori dell'Italia fino a febbraio e non posso andare via senza conoscere la bella figlia di Mash. Dove quella bella signorina sta.*

Su italiano se escuchaba un poco musical y bastante audible, quizás por la emoción que mostraba al desear conocer a la bella hija de Andrés Mash. Marcos empalideció y tuvo que forzar una de sus sonrisas. Estaba hundido. Debía cumplir con lo prometido le gustase o no. Chasqueó los dientes y, utilizando un intercomunicador de mesa, solicitó a Steffi para que fuera a su oficina.

—He pospuesto mi viaje porque no deseo marcharme durante tanto tiempo sin conocer a la bella señorita de Andrés Mash —expresó contemplándola. Por un momento Marcos deseó salir de la oficina y dejarlos a solas, pero la buena prudencia le indicó qué hacer.

—Steffi, el caballero es Piero Marcelino, un viejo amigo de tu padre. Debe dejar Roma durante unos meses, pero no desea viajar hasta conocerte. Le hablé de ti. Y créeme que mi padrino estaría muy complacido de saber de tus buenas relaciones con Piero Marcelino.

—Un placer, don Marcelino

—Oh, no, no, nada de don. Comprendo que el testaduro de Marcos te haya obligado a llamarlo don, caballero o señor, pero realmente conmigo basta con

que me llames por mi nombre. Me encantaría que así fuera.

Ella sonrió y le permitió una caricia en su mano, a lo que Marcos Pantani reaccionó estrujando la dentadura mientras fingía una indiferencia total. Si no hubiese sido su amigo Piero y él no fuese culpable de esa situación, le habría roto la cara de un solo golpe.

—Bella señorita, es un gran placer conocerla y saber de usted. Me encantaría saber tantas cosas de su padre y estoy seguro de que usted querrá escuchar viejas historias de él también.

Ella parecía a gusto con su compañía e incluso aceptó tomar asiento junto a él. Marcos ordenó traer un aperitivo y ambos estuvieron cómodos. Steffi lo vio como a su propio padre y creó en ella una extraña afinidad entre ambos.

—Deseo invitar a la señorita a salir esta noche. Si no te molesta, hijo.

Aquella propuesta lo tomó desapercibido. Sabía de la premura de su viaje y no creyó que una cita con Steffi tuviera cabida en su itinerario. La miró y chasqueó los labios en gesto de indiferencia, incluso levantó los hombros de tal forma que Steffi lo asumió como un rotundo desprecio. Cabizbaja pensó aprisa y se convenció de aceptar la invitación. Si a él no le importaba que saliese con un recién aparecido, ¿por qué le debería importar a ella?

—Don Piero, será un placer aceptar su invitación y por la opinión de don Marcos no se preocupe, a él no le importará en lo absoluto; es más, será de su agrado poder librarse de mí unas cuantas horas.

Marcos enfatizó lo dicho con una sonrisa sardónica que Piero Marcelino había visto pocas veces.

Esa mañana los tres almorzaron juntos, pero en mitad de la comida Marcos Pantani se levantó, excusándose con una llamada urgente de la estación de policía.

—¿Y por qué estás compareciendo ante la policía? No me digas que eres sospechoso del asesinato de los Bersabeth.

Steffi, quien aún no conocía toda la historia, clavó su mirada en él, sorprendida.

—Gajes del oficio. A raíz del atentado en nuestra contra, el inspector a cargo del caso desea convencerse de que el homicidio no corresponde a una de mis respuestas. Investigaciones, solo eso. Pero como dicen por allí: «Quien no la debe, no la teme».

—Cierto, cierto, hijo. Es absurdo que un hombre tan honesto como tú esté vinculado a algo como eso. No, señor. Si necesitas apoyo, puedo ayudarte mucho, Marcos.

—No te preocupes, Piero. Creo que alguien ya me ayudó bastante. — Sonrió refiriéndose al asesino de los Bersabeth. Ambos se pusieron de pie y se abrazaron. Piero besó la coronilla de su cabeza y, curiosamente, él se inclinó un poco para ello.

—Cuidaré de la bella señorita.

—Lo sé. Steffi, quedas en muy buenas manos.

—Pasaré a recogerla en tu propiedad, Marcos, como a las siete, si a la señorita le parece.

—Eh, Steffi ya no está en mi propiedad. Ella puede darte su dirección. Es cerca de aquí, un par de cuadras. Quizás no los vea luego, así que les deseo una feliz noche... Steffi, deseo que seas feliz esta noche y siempre.

Piero se quedó pensativo; había algo en el semblante de Marcos, su amigo, que no terminaba de convencerlo.

Marcos telefoneó a la señorita Whilcom y le dejó dicho a Steffi que podía tomarse la tarde libre para los preparativos de su cita.

Tuvo deseos de matarlo. Lo odió. Estaba tan desilusionada por su actitud. La estaba entregando a los brazos de uno de sus amigos. Un caballero que, quizás, duplicaba su edad y de quien no sabía absolutamente nada. Renegó de la decisión de su padre y deseó no haber viajado nunca a Italia, pero era altiva y orgullosa y no iba a permitir darle el placer de considerarlo importante.

Aceptó la tarde libre y se dedicó a seleccionar, entre sus nuevos atuendos, el más adecuado para una cena formal. Estaba dispuesta a dar la mejor impresión ante aquel caballero. Contempló su melena a través del retrovisor, desde el puesto de atrás, y le preguntó a Mitchell si podría llevarla a una peluquería cercana a su departamento. Él, tal como lo esperó, se comunicó con Marcos, quien le ordenó llevarla a donde ella quisiera. Aceleró el auto y chasqueó los labios como una forma de liberar su enojo. Era un cobarde y una vez más se había dado cuenta de ello. Steffi Mash había sido la única mujer capaz de hacerlo vibrar y de saciar su necesidad por el sexo diáfano para convertirse en el objeto, la porcelana que habría de entregarle a su mejor amigo. Se sintió miserable. Aunque asistió al rodaje de una de las escenas de su actual película en las inmediaciones del centro de Roma, no pudo sacar a Steffi Mash de su cabeza. Al caer la tarde condujo de nuevo hasta su apartamento en el barrio romano Prati y telefoneó a la Agencia Vedette solicitándole a Fiola los servicios de Susana Chinappi. Reconoció su error, pero ya era demasiado tarde: la madama había contestado y hecho burla de su elección.

—Veo que te gustó mucho la inexperiencia de Chinappi. Ya supe lo de su nueva vida. Es una lástima, Marcos, esa joven tenía mucho futuro contigo. No comprendo tu plan, pero bueno, allá tú, que decides casarte con una mujer así.

—Yo no voy a casarme con Chinappi y, respecto a su cambio de vida, todos tienen derecho a rehacerla.

—Sí, por supuesto, pero las prostitutas siempre seguirán siéndolo. Tarde o temprano.

—Tu hostilidad la interpreto como un cese de relaciones comerciales, si no me equivoco.

—Como quieras, Marcos. Ha sido un placer disfrutar de tus preferencias.

Marcos se maldijo. Había perdido a Steffi Mash y, también, su suscripción a la mejor agencia de damas de compañía de toda Roma. ¡El amor lo estaba volviendo loco! Molesto por su error marcó el celular de Susana y le suplicó,

por primera vez, su compañía. Ella sabía que su vida como prostituta había terminado y que en ese momento el déspota de su viejo cliente la necesitaba como persona, como amiga, así que no dudó en tomar un taxi y llegar a la dirección ya conocida. Mientras tanto, las chicas de la agencia hacían burla de la suerte de Susana. Margaret Fischer se alejó del grupo y se encerró en su habitación, en donde sacó de un viejo armario una pequeña pistola galvanizada, que contempló con odio.

«Si Marcos Pantani no es para mí, no ha de serlo para nadie».

Esa tarde noche Susana Chinappi entró al departamento. Él le sirvió un trago de vodka y no fue necesario que dijera nada.

—Entiendo. Es la hija de tu padrino. Steffi Mash, tu asistente, ¿cierto?

—¿Cómo lo sabes?

—¡Por favor, Marcos! Si a los dos se les nota el amor de uno hacia el otro. Los ojos les brillan de deseo... Esa muchacha es un poco ingenua, pero es fuerte y tú necesitas una mujer así. Fuerte, pero dócil, bonita e inteligente. Cuéntame, ¿qué pasó ahora?

—Nada, que soy un completo imbécil... Se la puse en bandeja de plata a mi mejor amigo.

—¡A Vicente Ferrer! —espetó azorada y apurando el trago. Había escuchado hablar de él.

—¡No, no! Vicente Ferrer es mi amigo, cierto, pero es mejor socio que amigo.

—¿Entonces?

—A Piero Marcelino.

—¿Don Piero Marcelino? ¿El gerente de la Caja Social?

—Sí, querrás decir: el accionista mayoritario de la Caja Social y el dueño de la red hotelera más grande de Italia. —Alzó los hombros tras dejar reposar la copa en la reluciente mesa de centro.

—¡Vaya!, al menos le has asegurado un gran futuro. Necesidad no tendrá —expresó al recordar su nombre en la lista de los cliente vip de la agencia,

mientras lamía el borde del cristal de la copa.

—¡Mierda!, ¿qué estás diciendo, Susana? Yo tengo más fortuna que Piero.

—Pero no estás con ella. Tampoco se la has ofrecido, así que ella tomará la primera oferta.

—¿Tú crees? ¡No! Steffi no es materialista. No se entregaría a Piero por su dinero.

—No por dinero, pero si por fastidio.

—¿Qué dices?

—¡Por favor, Marcos!, se supone que eres más experimentado que yo. Por supuesto que se lanzará en los brazos del hombre que tú le pusiste en su camino, solo para molestarte. Esa mujer te ama... Y creo que tú también a ella. Pero nosotras, las mujeres, a veces nos equivocamos al querer castigarlos a ustedes y terminamos hiriéndonos a nosotras mismas.

Marcos fijó la mirada en ella y, tomando de nuevo la copa de la mesa, apuró el contenido. Se puso de pie y se sirvió otro.

—¿Qué haces aquí? —le recriminó ella, como si lo conociese de toda una vida—. ¡Ve y búscala! Sincérate con don Piero. Él te comprenderá. Y llévatela. Roba tu doncella. ¡Uy, qué romántico!, Marcos Pantani, el ogro de Roma, llevándose en los brazos a su amada. —Sonrió y ofreció servirle algo de comer mientras lo incitaba a ir tras ella.

—¡No puedo! —Se puso de pie y, como un león en jaula, dio pasos de un lado a otro con el semblante lleno de azoro y entendió que no era el hombre de piedra que todos creían. Por primera vez vio impotencia en él—. No sería correcto. Haría el papel de imbécil.

—Entonces, cálmate, date un baño, acuéstate a dormir y resígnate a saberla perdida, porque Piero tiene fama de no dejar fuera de su cama a ninguna de sus citas.

—Steffi no se lo permitiría; además, ella es como... su hija.

—¡Por favor, Pantani! Tú sabes que Steffi es toda una mujer y, en cuestiones de cama, no cuentan las edades. Te lo digo yo, que ya tengo

mucha experiencia en eso.

—Olvídalo. No debí haberte llamado. Todo lo que has dicho ha sido solo para recordar mi estupidez.

—¡Anda! —le ordenó entre mimos mientras le ajustaba el cuello y el nudo a su corbata—. Arréglate y ve a buscarla, porque no querrás quedarte haciendo un sexo simple conmigo cuando puedes llenarte de vida con ella. Anda y de camino me dejas en casa. Mi hermana está emocionadísima con mi cambio de vida y todo, pero todo, todo Pantani, es gracias a ti. Ahora nadie podrá señalarme y mi hija no sentirá vergüenza de mí.

—Tu hija es una niña inteligente, jamás se avergonzaría de ti.

—Si convences a tu chica de casarse contigo, yo prometo encargarme de tu boda. Será apoteósica. Única... ¡Ya es hora de que seas feliz, Marcos! ¡Es hora de que cambies de imagen!

Se inclinó hasta donde él estaba sentado y besó su frente con un cariño que Pantani no recordaba haber recibido antes.

Cinco minutos después, abandonaron el departamento. Él la llevó hasta su casa y aseguró ir en busca de Steffi, pero realmente dio la vuelta y regresó a su propiedad, en busca de la compañía de Java.

—¡Buenas noches, nana!

—¿Y esa cara? ¿Discutiste con Steffi?

—No, Steffi no está dispuesta a discutir conmigo.

—Es mi heroína. Al menos te sabe poner límites.

—Tiene una cita.

—¿Qué? ¿Que Steffi tiene una cita? ¿Y con quién?

—Con Piero Marcelino.

—Pero si don Piero puede ser como su padre. ¿Cómo la dejaste salir? ¿Y sin escolta?

—Sin escoltas.

—¿Están locos ustedes dos? ¿Y tú no decías querer a Steffi en tu mundo? ¿Por qué la has dejado salir con alguien?

—Ella quiso, nana, no soy quién para impedírselo.

—¡Cómo que no eres quién! ¡Steffi ya fue tu mujer! ¡Por Dios, Marcos! ¿Acaso ya te aburríste de sus piernas, ya te cansaste de ella?

—Nana, no veo a Steffi solo por sus piernas. Mejor ya olvídale, no necesito sermones en este momento, ahora solo quiero descansar. Perdona, nana, no quiero continuar con este interrogatorio.

Entre las paredes de su habitación intentó conciliar el sueño, pero no le resultó fácil. Steffi aparecía en sus visiones cortándole el aliento. Se sirvió una copa y, sentado en el sofá de su pequeña sala de estar, evaluaba su Glock 19. Luego, ya fastidiado de su tacto, la puso sobre la mesa. Su celular reposó también a un costado de ella, mientras los contemplaba y añoraba cada una de las escenas vividas junto a Steffi. La había besado demasiadas veces como para olvidar el sabor de sus labios y la había sentido tantas veces que su alma se carcomía por su recuerdo, aportándole un pesado espacio. Recordó la primera vez que la había visto en su despacho, tan altiva, tan bella... La tarde en que la había traído de regreso, luego de haberla raptado de su sitio de trabajo, en la calle de la vía Giolitti; fue la primera vez que su miembro masculino habló directamente sobre sus intenciones, pero su corazón lo hizo doblegar al ver la vulnerabilidad de ella en sus brazos. Y su alma se llenó de lo que sus guionistas llamaban amor. Y su estómago se contrajo por el aleteo de mariposas en él. No sería esa la última vez que sufriría tan absurdas sensaciones. Las había sentido cada vez que la veía en su oficina, en el auto, en el comedor, en las clases de Vivaldi, en la Terraza dell' Eden... «¡Maldita sea, qué me está ocurriendo!», se recriminó más de una vez.

Horas más tarde, sin darse cuenta, había podido caer en un profundo sueño, pero la alarma de su teléfono celular lo hizo despertar y, como pudo, buscó leer en la pantalla el número de la llamada entrante. Era Piero

Marcelino.

—Sí. Claro. Voy en un momento. Espérame.

No entendía lo que ocurría, pero imaginó que Steffi podría estar en problemas, así que salió aprisa de la habitación. Al hacerlo Java lo interceptó y, al enterarse de la llamada de Piero, decidió ir en su compañía. Argumentó que si Steffi estaba en problemas, nadie mejor que ella para asistirle, así que Marcos no se opuso.

Marcos Pantani y dos de sus escoltas lo precedieron hasta la dirección indicada por Piero, que resultó ser la de la nueva dirección de Steffi Mash. Los escoltas hicieron lo propio al llegar. No bajaban la guardia y estaban atentos a cualquier novedad. El reloj de pulsera de Marcos Pantani indicó la una y media de la mañana. Steffi no estaba con Piero y eso lo inquietó.

Java decidió esperar a un costado de la portezuela del auto, atenta a la conversación entre los dos hombres, quienes parecían buscar aislarse de los demás.

—¿Dónde está Steffi? ¿Por qué no está contigo?

—En el auto. No la dejaría sola jamás, Marcos, y menos en el estado en que se encuentra. ¡Pobre muchacha! —Piero tuvo que detenerlo de los hombros con su mejor esfuerzo y calmar la furia que reflejaban sus ojos. Por un instante bajó la mirada resignado—. Espera, hijo. Ella está bien. Un poco ebria, pero bien. —Marcos frunció el ceño, extrañado por la noticia, e intentó escuchar a su amigo—. ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—¿Decirte qué, Piero?

—Que esta señorita y tú son más de lo que me hiciste creer. Ella es muy reservada, pero con mi experiencia me basta para conocerla, y una mujer como ella solo ama y se deja amar una vez. Mírate. Estoy seguro de que si no fuese yo, Piero Marcelino, tu amigo y amigo de tu padre, ya me habrías golpeado como a un rival cualquiera.

—Piero, si no hubieras sido tú, ni siquiera le habría permitido salir en esta cita.

—Marcos, Marcos. Yo ya dejé pasar mis oportunidades. El tiempo pesa,

hijo, y Steffi Mash no es mi oportunidad, sino la tuya. ¡Pobre muchacha! Se está muriendo por ti y está muy dolida porque tú me la entregaste como si fuese un patrimonio más. ¡Por Dios, hijo! ¡Eso no se hace! Steffi Mash te ama y, por lo que estoy viendo en este momento, tú también a ella.

—Piero...

—¡No, no, no!. No digas nada, hijo. No te preocupes por este viejo. Nada me dará más gusto que ver a la prole de Andrés y Berlusconi unidos y felices. Así que, no lo pienses más, desecha ese maldito orgullo, ve a mi auto y saca en brazos a tu chica. ¡Ah! Y te lo juro que la persuadí para que no ingiriese tanto alcohol pero, cada vez que platicábamos acerca de su viaje y de ti, llevaba una copa más a sus labios. —Marcos sonrió comprensivo al recordar su experiencia con ella; se esforzó en no mostrarse débil, pero al abrazarlo no pudo evitar la fuga de una minúscula gota de sus ojos que, en medio de la oscuridad nocturna, sacudió con el dorso de su mano. Ni él ni nadie podían imaginar el dolor que le había causado esa desdichada cita.

Piero le entregó antes las llaves del departamento de Steffi y le cedió el paso por completo. Sin esfuerzo la tomó en brazos y se sorprendió al ver que ella lo abrazaba del cuello y se acurrucaba entre sus hombros adormilada. Su cabello besaba sus mejillas, maquilladas con una tonalidad rosa que insertó en ella un rubor estático. Aún conservaba ese delicado aroma a frutas que solía usar y sus labios brillaban por el carmín cremoso que había decidido aplicarse. Al verla en sus brazos, Java se acercó sorprendida, con las manos en la boca. Fue entonces cuando don Piero la tranquilizó, asegurándole que Steffi estaba bien y que su estado se debía solo a una ingesta indebida de alcohol.

Comprendido todo, don Piero se despidió y Marcos subió tras Java, quien insistió en llevar las llaves y abrir.

Al llegar al sitio indicado se abrieron paso y, como si Java hubiese vivido una eternidad en ese departamento, se movió en busca de lo necesario para reanimar a Steffi.

En la cocina sacó del refrigerador una pequeña cesta de tomates y, tras

lavarlos en el grifo y deshojar los restos en uno que otro, los fue cortando en cuatro partes y echándolos en el interior del vaso de la licuadora, que había sacado de una de las gavetas. Tomó agua del refrigerador y la vertió en ella para luego tapar y licuar. Marcos sabía lo que hacía porque, en más de una ocasión, el jugo de tomate había sido el remedio sacrosanto para sus resacas. Una vez licuado, creyó que el motor del aparato la despertaría, pero ni siquiera pestañó. Aprisa abrió otra gaveta y sacó una diminuta cafetera de capacidad para cuatro tazas; vertió agua y café molido en el filtro y dispuso el colado.

—Vamos, Marcos. Voy a darle un baño de agua tibia a la niña y necesito que ayudes a meterla en la bañera.

Marcos no creía que ese pequeño apartamento contara con una bañera, pero la seguridad con que lo había dicho su nana lo hizo creerlo y así fue. Cuando cargó a Steffi camino al baño, se cercioró de la existencia de una bañera adecuada para ella. De la mejor forma la puso en ella y salió tras las señales de su nana. Desde afuera aguardaba con una taza de café que apuraba de vez en cuando, mientras el ruido de la ducha lo incitaba a estar allí adentro, con ella. «Quizás con mis besos la despertaría», pensó, pero a prisa se sacudió el pensamiento. Si la iba a besar como él deseaba hacerlo, sería cuando estuviera en conciencia plena y no ebria. Cuando cesó el ruido de la ducha, se puso de pie y se acercó pegando la oreja a la puerta.

—¿Necesitas ayuda, nana? —A través de la hendidura que el marco y la puerta formaban, pudo ver a la nana de un lado a otro trayendo toallas y lo que parecía ser un camisón de casa. Luego, su voz le indicó que pasara.

Se sorprendió aún más al verla todavía adormilada entre la porcelana de la bañera. Sin inmutarse siquiera al saberse otra vez entre sus brazos, se dejó llevar. Su cabellera lucía húmeda a pesar del esfuerzo que la nana había hecho por escurrir la humedad de ella; sin embargo, Marcos fue indiferente y entre sus brazos la llevó de regreso a su cama. Era una cama individual, de colcha rosa y almohadones con una decoración bastante infantil para su edad, pero que le pudo arrancar una sonrisa. Al acostarla buscó un cobertor del

armario y la arropó. Nana había servido un vaso de jugo de tomate con una jarra china y lo había dejado sobre una mesa que parecía ser su escritorio. Se sentó y se dispuso a esperar a que despertase, pero Marcos miró su reloj de mano y le dijo:

—Nana, es muy tarde para ti. Le diré a Antoine que te lleve de regreso a la propiedad.

—No, señor —protestó—, no me iré hasta que Steffi despierte.

—Me haré cargo de Steffi, nana.

—En pocas horas es probable que se levante con malestar y necesitará ir al baño; se sentirá incomoda y no creo que tú seas capaz de cuidar de ella en este momento.

—Seré capaz de cuidar de ella en cualquier momento, nana. Te agradezco tu intención, pero a partir de ahora Steffi estará a mi cargo. Que descanses, nana

La anciana bajó el rostro, avergonzada por su interés, y se dejó conducir hasta las afueras del edificio. Tal como lo había ordenado Marcos, ambos vehículos, con sus ocupantes, regresaron a la propiedad.

Una vez adentro, Marcos se buscó acomodo frente a ella en un sillón de tela, en donde reposó su espalda, sentado en él, con las piernas extendidas. Realmente no pudo dormir. Estuvo atento a cada uno de sus movimientos y hasta se acercó a ella al escuchar un par de frases de sonámbula. El tiempo transcurrió aprisa y el cansancio empezó a acechar, así que se puso de pie, buscó algunos edredones y los usó como almohadas para así poder dormir mejor.

Al amanecer la luz matutina empezó a filtrarse, pero ninguno de los dos se percató de ello hasta que el reloj de uno de los celulares se activó a las nueve y quince de la mañana.

Él se repuso aprisa, pero Steffi solo se dio la vuelta apoyando un costado de su rostro sobre la almohada. Sus piernas se marcaban, bajo el pesado cobertor, en una peculiar forma fetal que le arrancó una sonrisa. Él estaba de pie, con una mano en el bolsillo del pantalón y con la otra frotando el mentón

con su barba incipiente; así permaneció unos minutos hasta que Steffi por fin cedió a luz matinal y abrió los ojos. Al principio, en un parpadeo. Era como si intentara visualizar el espacio bien. Cuando por fin estuvo segura de quién estaba viéndola, se incorporó en cuclillas en la cama de una forma que a Marcos le pareció graciosa. Tal como lo hizo en su habitación la primera vez juntos, se cubrió con el cobertor hasta donde mejor pudo hacerlo. Sus ojos titilaban, asombrada.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Y don Piero?

—¿Hubieras querido que Piero estuviese aquí? —Quiso confirmar.

—¡Por Dios santo! ¡No!, solo que anoche... No entiendo.

—¿Cómo te sientes?

—... Confundida.

Él se acercó a su cama, pero Steffi huyó nerviosa hasta reclinarse en la pared.

—No sé cómo llego acá, pero ahora le pido que me deje a solas.

—¿No recuerdas nada? —Su mirada sensual la sobresaltó. «¿Me acosté de nuevo con Marcos?». Ante aquella incertidumbre miró bajo las sábanas y se vio con atuendo de casa. No llevaba el vestido de corte alto que había elegido llevar a la cita con don Piero; además, notó su cabellera deforme y escurridiza con dejos de humedad. Sorprendida de sí misma se dirigió a quien aún la miraba de pie y con ambas manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Por qué llevo puesta esta bata de casa?...

—Estabas inconsciente e impregnada de licor, así que creí conveniente darte una ducha con agua tibia.

—Usted es un irrespetuoso, un majadero...

—Un amante ansioso —murmuró y decidido se acercó a ella, sentándose a su lado. El colchón se hundió por su peso corporal y Steffi enmudeció inmutable. Solo parpadeó al sentir el fulgor de los dedos de su mano rozando su barbilla—. Dime lo que le decías a Piero de mí; por favor, Steffi, dímelo. —Él pudo ver cómo bajaba el rostro, ruborizada de nuevo.

—Que soy un imbécil, un ciego y un testarudo al no darme cuenta de lo que tú y yo estamos sintiendo... —susurró.

—Marcos, estoy mareada; por favor, necesito aire. Necesito ir al baño...

Sin prisa él se levantó y fue hasta la mesa, en donde esperaba servido el jugo de tomate. Trajo un vaso y, ofreciéndoselo, la obligó a tomarlo.

—Es jugo de tomate. Te ayudará mucho.

Lo bebió sin prisa y sin quitar su mirada de él. Una vez vaciado, servido y bebido el segundo vaso, él mismo la despojó del cobertor y la ayudó a levantarse rumbo al baño.

—¡Por favor, Steffi Mash! —La reprimió al ver cómo buscaba ocultar la desnudez de sus piernas entre el cobertor—. Creo que no tengo nada nuevo que ver en ti como para que te ocultes de mí.

Steffi le lanzó una mirada fulminante cuando él le arrebató el cobertor y, poniéndose de pie, se apresuró camino al baño mientras bajaba el ruedo de la bata, que apenas cubría sus rodillas.

—Y si no regresas pronto, iré a buscarte —dijo, bajo lo que ella consideró una amenaza.

Steffi conocía al prepotente de Pantani y sabía de lo que podía ser capaz, así que se dio prisa, lo suficiente como para cubrir una de sus necesidades fisiológicas, lavar sus dientes y arreglar un poco la maraña de pelos en que se había convertido su cabello. Se preguntó frente al espejo qué estaba pasando y su corazón brincó. No recordaba nada de la noche anterior y ni siquiera se imaginó a Marcos bañándola sin hacer sexo con ella. Pero si hicieron sexo... ¿por qué no recordaba nada?... Él no es un hombre de los que una mujer olvide fácil. El ruido de su calzado y el arrastre de lo que supuso era la única silla de su habitación apremiaron su decisión de buscar ropa más conservadora, pero estaba en un reducido habitáculo. Buscó una bata más larga, pero vencida reconoció que no la hallaría, así que tomó una toalla de baño y se la envolvió desde la cintura hacia abajo. A su regreso, él la esperaba reclinado en la pared opuesta a su cama, a un costado del sillón. Lucía imponente y apuesto a pesar de la barba incipiente, que oscurecía la

lozanía de su tez. Siempre lucía impecable, pero en ese instante notó la soltura del nudo de su corbata y, a pesar de todo, le agradó su aspecto. Ella regresó a la cama envolviéndose en el cobertor y él se burló de la manera en que intentó cubrir sus piernas. De nuevo se aproximó a ella hasta sentarse a su lado, esta vez, sin poder escuchar objeción alguna de su parte. Su rostro lucía aún más hermoso y sus labios temblaban. Sus cuerpos, inconscientes del fulgor de sus deseos, rogaban proximidad. Se percibían las feromonas de uno y del otro. Marcos sabía qué hacer en esas circunstancias: su experiencia le permitía percibir ese instinto y deseo sexual que el cuerpo de esa mujer irradiaba, pero sabía que su pasado le impedía desinhibirse, sentirse amada, sensual y libre. Podía ver ese temor en sus ojos y en el pulso vibrante en su garganta. Incluso en el paso de tragos grueso por ella. Esa mirada esquiva y sus dedos huidizos bajo las sábanas, temerosa de ser tocada y recordar escenas que en otra época la habían destruido por completo. Por todas esas barreras Marcos Pantani se detuvo a pensarlo. Necesitaba demostrarle lo hermosa y sensual que era. No terminar de destruirla como mujer. Seductor extendió una de sus manos hasta su rostro y, tras acariciar su mejilla, posó la yema de sus dedos en la comisura de sus labios y pudo escuchar un vago gemido y un grito de su garganta, así que se acercó aún más y la bloqueó con su robusto pecho, repleto de abdominales. Ella se mostró huidiza, pero su cama colindaba con la pared y no tenía escape. Suave hundió uno de sus dedos en su boca. Una caricia lerda de su pulgar desde la comisura de sus labios hasta el interior de su cavidad, luego el índice y el anular, para finalmente atrapar entre su mano el rostro y poder besarla con voracidad. Él pudo sentir la dureza de sus pezones, aún cubiertos por el grueso cobertor, y sus ojos acerados parecían escudriñarla.

—Dime que me deseas, Steffi.

—Marcos...

Atrató su cuello y bajó su boca cálida a través de su yugular, incitándola a gemir de forma inconsciente.

—Dilo, Steffi. Di que te gustan mis besos, mis caricias... —Y bajó la

mano derecha hasta su pecho, el cual desnudó al instante para poder enredar entre sus dedos el botón rosa en que se había convertido uno de sus pezones. Sus senos se endurecían cada vez que rozaba su piel—. No sabes mentir, lo sé. Dime lo que te hago sentir...

Steffi rememoró lo que Susana Chinappi le había comentado acerca de su experiencia y sobre sus gustos, y esa evocación la impulsó a alejarse por un breve tiempo de aquella boca, que voraz lamía y mordisqueaba uno de sus senos.

—Marcos, no soy su tipo de mujer. Usted lo sabe; por favor, no insista en burlarse más de mí...

—Eres más de lo que esperé en la vida, Steffi. —Y la enrolló entre sus brazos para llevarla de espaldas a la cama. De nuevo ella sintió su cuerpo y cerró los ojos entre una mezcla de éxtasis y temor... Temor a sufrir. «¡Maldita sea, Antoni Messi!»... Deseó arrancar su pasado y poder entregarse con plenitud a aquel hombre—. Mírame, Steffi. —Ella abrió los ojos y se topó con los suyos, y por primera vez los vio tan transparentes, puros. Él le sonrió y su sonrisa le inyectó espiritualidad—. Di mi nombre, Steffi.

—Marcos —respondió ella, acurrucada bajo su corpulencia—, no puedo... No estoy preparada... Mi cabeza, ¡por Dios santo! ¡Me duele la cabeza!

Marcos cerró los ojos y ella vio cómo subía y bajaba la nuez de Adán en su cuello, al instante en que él se puso de pie. Caminó hasta la cocina y desde allí escuchó cómo removía frascos en los anaqueles y en las gavetas. Él deseó conocer cada uno de los espacios de ese departamento. Frustrado fue al baño y volvió a remover frascos; finalmente regresó con un par de analgésicos y un vaso de agua. Rompió el empaque y se los entregó ordenándole que los bebiera. Ella se sentó en el borde de la cama y él estaba de pie frente a ella. Lucía intimidante y sentir su pelvis tan cerca de su rostro la ruborizó. Marcos se puso de cuclillas para levantar su rostro y mirándola a los ojos le mostró sus dedos índice y anular en forma de uve.

—Steffi Mash, dime, ¿cuántos dedos ves aquí?

—No entiendo qué pretende.

—Solo responde, Steffi, ¿cuántos dedos ves aquí?

—Dos.

—¿Y aquí? —En esa oportunidad mostró sus dedos con excepción del pulgar.

—¿Se ha vuelto loco? ¿Por qué me hace esas preguntas? ¡Ha perdido usted el juicio!

—Veo que ya regresaste, Steffi Mash. Responde. —El ceño fruncido y la tensión que exhibían sus facciones la instaron a responder, pero con recelo.

—Bien, Steffi. Bien. Porque, para lo que voy a hacer contigo, necesito que estés completamente consciente.

—¿Qué está diciendo? —Iba a preguntar algo más, pero Marcos la sujetó de los hombros y poniéndola de pie la volvió a besar, pero esta vez con una intensidad inmensurable. Apenas fue audible su vocecita apagada, rogándole que no siguiera, mientras su cuerpo se dejaba moldear al suyo de una forma irreconocible.

—¿Por qué no, Steffi? Dime: ¿por qué debo detenerme si te agradan mis besos?

—Marcos, todavía no estoy preparada —murmuró.

—¡Shhhh! Con un cruce del dedo índice en sus labios, le pidió silencio—. Te demostraré cuán preparada tú estás, Steffi Mash.

Sin dejar de mirarla a los ojos, sus manos se trasladaron a la cintura para desatar la cinta de la bata de baño. Ella se petrificó y dejó que sus manos avanzaran hasta sus hombros, desde donde fue deslizando la tela de paño a través de la clavícula. La yema de sus dedos causaba un fulgor frenético en ella cada vez que rozaba un centímetro cuadrado de su piel bronceada. Al instante la bata de baño yacía en sus pies y su desnudez era cubierta por sus brazos. Él secuestró sus dedos y la instó a desabrochar cada uno de los botones de su camisa, a lo cual cedió obediente. Cada vez que quiso

protestar, él la calló con su dedo índice. Pronto se despojó del nudo de la corbata y lo puso como venda en sus ojos.

—Deja. Confía en mí... Steffi, di mi nombre, por favor. —Él quería asegurarse de tenerla atrapada en él con los cinco sentidos.

—Marcos, Marcos, no me haga daño, por favor. No soy como sus mujeres... No puedo ser como sus mujeres.

Terminó de vendarla y la abrazó susurrándole al oído:

—Jamás te haría daño, Steffi... Te amo demasiado como para permitirme dañarte.

Al escuchar eso, ella se aferró a él y estuvo dispuesta a ser suya de la forma en que él lo desease. No era Antoni Messi quien la desnudaba en cuerpo y alma. Era él. Marcos Pantani. El hombre que decía no solo desearla, sino amarla demasiado como para permitirse dañarla.

—Siempre fuiste mía, Steffi... Eres mía, amor, y quiero que te sientas mía.

Ella gimoteó, pero estuvo segura de que si lloraba, no era de tristeza. Cuando pudo desnudar su pectoral, el calor de su pecho la incendió y ella se balanceó buscando su calor. Pronto Marcos la tenía acorralada y ella se sobresaltó al palpar, en su bajo vientre, la rigidez y el volumen de lo que ya sabía era su miembro. Y lo que en poco tiempo estaría dentro de ella haciéndola gemir de placer. ¡Si por lo menos pudiera!

Marcos la hizo sentarse en el borde de la cama y, sosteniendo sus manos, las llevó hasta su pene. Ella no lo había tocado. Aquella primera vez ni siquiera pudo verlo, pero esta vez tampoco lo vería: así lo decidió él, quien se aseguraba de que su corbata no perdiera la función de venda.

—Marcos, esto no está bien, no debo...

—Oh, no, Steffi. Está muy bien y sí debes. Siénteme como yo anhele sentirte.

Steffi se sorprendió de la suavidad y, al mismo tiempo, de su dureza cuando él la instó a tocar su glándula; él emitió un gemido que creó en ella una sensación nueva. Sus gemidos le indicaban cómo continuar con sus caricias.

Las dimensiones de su miembro le aceleraron el pulso y comprendió por qué debió dolerle aquella penetración. Ella saciaba su curiosidad mientras él le susurraba al oído lo bien que lo estaba haciendo.

—Bésalo —suplicó él y, muy a su sorpresa, ella se inclinó hacia su miembro y, guiada por el tacto, besó su glande—. ¡Oh, Steffi! —Y sin decir nada, la instó a abrir su boca e introdujo su pene en ella—. Hazlo, Steffi... — Y por instinto sexual, se encontró succionando la delgada piel del glande y lamiendo el tallo de su pene. Los gemidos y alaridos leves de Marcos parecían su motor de arranque y solo se detuvo con una sensación de repugnancia al probar el líquido viscoso, cálido y salado que emanaba su miembro.

—¡Oh, Steffi! ¡Eres toda una mujer! ¡Me vuelves loco! —Ella sonrió satisfecha. Por primera vez se sintió mujer y, especialmente, amada por el hombre que poco a poco había aprendido a desear.

Aprisa la tumbó sobre la cama y, encerrándola entre sus brazos, elevó sus abdominales sin dejar de contemplar su rostro. Sus piernas rectas, apoyadas en el mullido colchón, buscaban que su miembro pudiese estar dentro de ella. Como pudo la instó a separar sus piernas.

—Seré tu maestro, Steffi... Te enseñaré las maravillas del sexo y jamás temerás de ello. Te amaré siempre, Steffi, lo prometo.

—Marcos...

—Esta será nuestra primera clase. —Sonrió—. «El escalador». —Y sosteniéndose con una mano, utilizó la otra para despojarle la venda—. Mírame, Steffi. —Y con la pericia de un excelente amante, se abrió paso entre sus piernas, topándose con la estrechez de su intimidad; le arrancó gestos de dolor que pronto se tornaron de placer. Despacio se acunó en la calidez de su cuerpo hasta que se sintió a gusto con el suyo; luego entró y salió tantas veces que Steffi creyó enloquecer de tantas sensaciones de frío y calor que no solo se debían a esa impetuosa invasión, sino a las caricias, lujuriosas e insaciables, que la lengua y su boca propinaban a sus pechos. Pronto ambos sucumbieron de placer en una especie de implosión que los

hizo aferrarse uno a la espalda del otro como si fuese el último día sobre la Tierra...

Marcos Pantani había escrito una nueva página, exquisita y sensual, en la vida de Steffi y esperaba ser capaz de sustituir las miles de páginas escritas en su pasado.

Capítulo 28

UN NUEVO AMANECER

Marcos jamás se sintió tan a gusto en una cama tan estrecha como la de Steffi. Y solo recordó la inmensidad de su cama cuando se propuso llenar el espacio con el cuerpo de la mujer que acababa de tomar y que en ese instante se disponía a tomar de nuevo. Tenía sed de ella. Deseaba su piel y el magma sensual que guardaba dentro. Ardiente y dócil; maleable según sus formas. Tras lo que él llamó su primera lección, ya había expuesto y degustado seis posturas sensuales que ella jamás había imaginado vivir. Retardó el clímax en muchas ocasiones. Solo deseaba explorar su cuerpo. Conocerla y enseñarle a conocerse sin derramar las últimas gotas de su copa. Tal parecía querer hacerla enloquecer con tantas caricias e invasiones a su cuerpo. En una más que en otra, su cuerpo llegó a suplicar por un mayor frenesí. Se desconoció. Deseó que estuviera dentro de ella y no saliese hasta que esa vorágine de pasión cesase. Ni siquiera supo por qué lo había dejado besar su intimidad y solo mostró objeción cuando la voracidad de su lengua carcomió su clítoris sin recato alguno. Aun así, su objeción estuvo cargada de deseo y, en lugar de rechazarlo, se vio aferrándose a los huesos frontales y parietales de él, y removiendo su melena. Él no cedió y continuó hundido entre sus labios íntimos. Su inexperiencia despertaba el morbo y se prometió convertirla en una experta. Ella abrió los ojos de par a par y emitió un gemido cuando sintió uno de sus dedos hundirse en la cavidad que formaban sus glúteos. No lo podía creer. Él estaba explorando completamente su cuerpo, como si no quisiera dejar virgen ninguno de sus linderos carnales. Y temió de nuevo, pero la voracidad en su clítoris la hizo calmarse para poder sentir el calor de su lengua, recorriendo el contorno de sus muslos. Jadeó cuando él la cargó

entre sus piernas y, luego, cuando la tumbó boca abajo. Boquiabierta y sudorosa estaba a la expectativa. «¿Qué más pudiese hacerle ese hombre?». Tembló huidiza aferrándose a la mullida almohada y la mordió para callar sus gritos. Se tranquilizó al escucharlo ponerse de pie. Fue una ausencia breve, en donde apenas tuvo tiempo para respirar hondo, y volvió a hundir la cara en la almohada al sentir un líquido viscoso y frío recorrer sus piernas, sus glúteos, su vagina. Le besó la espalda y de nuevo hundió un dedo, luego otro, en su trasero. Ella se removió inquieta y él parecía calmarla con sus besos. «¡Por Dios santo! ¿Qué está haciendo? ¿Pretende hacerme enloquecer?».

—... Marcos —susurró boca abajo, estrujando el almohadón—, ¿qué hace?

—Te hago mi mujer, Steffi. —Y acomodó su miembro entre sus glúteos—. Será fácil..., te llevaré al cielo, amor.

Y apretó sus manos sobre la cama mientras el líquido aceitoso le cedía paso al lugar menos esperado por una mujer como Steffi Mash.

Momento después Steffi se quejaba de placer y recibía extasiada cada caricia dada. Reconoció lo maravillada que estaba entre sus brazos y deseó jamás alejarse de la fogosidad de ese cuerpo.

Exhaustos y satisfechos se abrazaron de medio lado.

—Eres maravillosa, Steffi.

Al no escuchar ninguna réplica por su parte, la besó en el cuello.

—Regresa a casa conmigo... Te haré al amor todos los días, Steffi.

Sobresaltada se dio vuelta.

—Me convertí en su dama de compañía, ¿cierto? —murmuró horrorizada.

—Cásate conmigo —espetó y por primera vez se sintió aliviado. Por fin se sentía a gusto con el último deseo de su padrino—. Sí, lo que oyes, Steffi. Cásate conmigo y sé mía para siempre.

Steffi no pudo pronunciar palabra; solo se dio vuelta y se aferró a sus abdominales, a su pecho. No comprendía qué había pasado, pero supuso que debió haberlo hecho muy bien como para que un hombre como Pantani le estuviera proponiendo matrimonio.

—Sé que no es la forma más cursi ni romántica de pedirte matrimonio, pero no resisto un día más sin ti. Quiero tenerte cerca. Quiero convertirme en tu dueño... A mi padrino le agradecería mucho.

—Mi padre se moriría de nuevo si sabe que yo..., bueno, usted sabe.

Él se echó a reír contra la pared.

—¿Mi padrino? Por el último deseo de Andrés es que estamos tú y yo en este lío de vida.

—No entiendo.

—... Admito que estaba reacio a ti. No suelo doblegarme a ninguna mujer, mucho menos a sus deseos. —Levantó un mechón de su rostro y lo amoldó tras el pabellón de una de sus orejas, y se detuvo en ella con delicadas caricias. El tacto de la yema de sus dedos ardía—. Pero me has atrapado. Me has dejado sin fuerzas ni oportunidad de defensa, y ahora veo con agradecimiento el último deseo de mi padrino.

—¿Qué me está diciendo? —Su rostro denotaba escepticismo. No estaba segura de cómo responder—. ¿Quiere decir que mi padre me hizo viajar hasta Roma para que usted me metiera en su cama?

—No precisamente en ese orden. Te pidió viajar a Roma para hacerme entrega de cierta información útil a nivel legal; luego para que yo me fijara en ti, te amoldase a mis besos, te amase, me casase contigo y luego sí, debería haberte hecho mía, pero nunca se me han dado bien seguir ordenes... Ese es un pequeño problema conmigo, pero suelo llegar a los resultados de diversas maneras. —Terminó en susurros de amor tras el lóbulo de su oreja.

—¿Y usted está seguro de lo que está pidiendo?... Un matrimonio no es como una invitación a la heladería. Es un compromiso de vida. Sabré mucho de usted y usted sabrá mucho de mí... Puedo no agradecerle lo suficiente, quizás no me adapte a su perfil... Soy una mujer problemática.

—Lo sé —la interrumpió.

—Tampoco me llevo bien con las órdenes.

—Lo sé —volvió a interrumpirla atrayéndola cada vez más hacia su

pecho.

—Un barco no puede ser dirigido por dos capitanes y yo suelo ser quien dirige. Soy testaruda y...

—En eso existe un grave problema, pero considero que, con unas cuantas noches entre mis sábanas, podrás cederme la capitania con mucho gusto y benevolencia... —La besó de nuevo y vio con deleite cómo cerraba los ojos. Comprendió que no sería difícil enseñarle quién llevaría el mando.

—¿De verdad mi padre le pidió eso?

—¿Por qué otra razón te habría hecho venir a mi propiedad? ¿Por la información? Mi padrino era una persona estratega. Pudo haber usado cualquier medio de envío... En lo personal, Steffi, estoy muy agradecido de mi padrino.

—Yo creía que usted me detestaba.

—Quise hacerlo —murmuró sarcástico—, pero cada vez que te miraba al rostro, quebrantaba. No eres fácil de detestar; por el contrario, Steffi, tienes esa magia que atrapa, que enreda y no se puede definir. —Sonrió al verla ruborizada de nuevo—. Ya que me he sincerado tanto contigo, ¿qué me respondes? ¿Te casarías con Marcos Pantani, con su pasado y con sus miedos?

—Aún no sé a qué le teme Marcos Pantani.

—Antes del asesinato de los hermanos Bersabeth..., a ellos, a la venganza, a la guerra de clanes, y ahora... —Un sonido gutural pareció escaparse y ella sintió el escrutinio de sus ojos—. Solo temo perderte, Steffi Mash.

—¿Y si no funciona?... ¿Y si terminamos odiándonos?

—Me encargaré de que nuestro matrimonio funcione. Velaré por ti.

—¿Sonreirá con más frecuencia?

—Sonreiré y me dedicaré a ser feliz a tu lado... Viajaremos juntos y jamás, Steffi Mash, necesitarás usar tus puños. —Él envolvió una de las manos entre las suyas y cerró aquella promesa con un beso sobre sus nudillos.

El día de la inauguración de la Sala de Eventos Pantani-Chinappi, ambos marcharon desde tempranas horas de la mañana. Steffi había accedido a vivir de nuevo en la propiedad Pantani y Java estuvo extremadamente feliz al saber de su regreso y de los planes de boda. Su semblante resplandeció y de repente se rejuveneció en medio de la dilatada lista de actividades preliminares que comenzó a diseñar en su propia mente. No era para menos, lo había dicho varias veces: era la boda de un Pantani con un Mash y eso era transcendental. En lo que no estuvo de acuerdo fue en la idea de que Marcos visitara la habitación de Steffi y viceversa. Es más, impuso una nueva ley versada en la cercanía, así que Marcos comenzó a renegar de la decisión de haberla traído de regreso, pero su nana estaba tan contenta con la noticia que no quiso opacar su alegría.

Tras el asesinato de los hermanos Bersabeth, Marcos Pantani lucía confiado y se movía con mayor tranquilidad en la ciudad; sin embargo, en la tarde de la inauguración su corazón albergaba una extraña sensación... Sus hombres de seguridad se dispersaban en todas las instalaciones, evaluaban y chequeaban aspectos de acceso de seguridad en el personal periodístico, fotográfico, de *marketing* y publicidad, entre otros relacionados a la proyección del evento, pero no podían ser exhaustivos con los prestigiosos invitados al evento. Directores y representantes de fundaciones e instituciones estaban presentes y debían cumplir con las atenciones protocolares de ley. Steffi trabajó arduo con Chinappi desde temprano. Iban y venían, con detalles desde vestuario hasta iluminación. Aproximadamente a las tres de la tarde, llegó un escolta de Marcos Pantani con la hija de Chinappi de la mano. Traía como siempre su preciosa muñeca en brazos. Su tía, la hermana de Chinappi, no asistiría por sus compromisos laborales: debía cerrar sus acuerdos con la empresa antes de entregar su puesto, ya que su hermana le había ofrecido unirse a su nueva sociedad. Estaba feliz y agradecida a Dios por esa oportunidad que le presentaba a su querida

hermana, a su hija y a ella.

La nena vestía un traje de fiesta de cintas rosas que destacaban su cabellera y su tez. Al ver a Marcos Pantani se zafó de la mano del escolta y salió en carreras hasta sus brazos. Ni siquiera se fijó en Chinappi y fue inicio de burlas sobre quién era más importante para esa bella princesita. Finalmente le lanzó los brazos a Chinappi y luego aceptó ir de la mano de Steffi, mientras culminaban las revisiones finales. Ya los invitados se sentían a gusto. El servicio de *catering* y de mesas cubría las expectativas. Marcos hacía algunos comentarios jocosos sobre la manera en que deberían cortar el listón de inauguración y todos se extrañaron del cambio de actitud del famoso productor de cine.

Alguien dio aviso de la llegada de los payasos y de los juegos destinados a los niños del evento, y la nena se libró de nuevo de las manos que la sostenían para ir tras el tumulto de infantes, mientras uno de los escoltas apuraba el paso tras de ella.

Satisfechos empezaron a concentrarse en el evento. Marcos aceptó una copa ofrecida por un barman y venía de regreso hasta donde debían cortar el listón, cuando vio a Margaret Fischer de espaldas conversando con Steffi Mash y Susana Chinappi. Intrigado por su presencia dejó la copa en una mesa que halló a su paso y se apresuró. A pocos metros de ellas, la vio girarse hacia él con un ramo de flores en su mano y, bajo el tumulto de tallos, el brillo galvanizado de un arma que no pudo reconocer. Ella sonrió al momento en que se dispuso a oprimir el gatillo, pero en ese instante Chinappi se balanceó sobre ella anteponiéndose al cruce de la fulminante bala. El bullicio alertó a los presentes, quienes huyeron despavoridos a los alrededores, mientras los más cercanos a los hechos se lanzaban al suelo con los brazos en la cabeza. Chinappi abrió los ojos de par en par. Margaret tenía una mirada infernal que se disipó con la hilera carmín que surgió incipiente de su lozana frente, tras recibir un disparo de alguno de los guardaespaldas. Marcos y Steffi brincaron para asistir a Chinappi. Alguien ordenó traer a los servicios médicos de emergencias y otros lloraban por la impresión de los hechos.

Chinappi vio desplomarse a Margaret de un disparo y se vio a sí misma; solo pensó en su pequeña hija. Sabía que su momento había llegado y yacía ahogada entre la salinidad de un flujo de sangre que buscaba escapar de su boca.

—¡Por Dios! —suplicó Steffi asustada al ver sangre en sus labios—. Resista, Chinappi, ya los médicos vienen en camino. Resista, por favor.

Marcos, un poco más experto, evaluó la herida y comprendió lo delicado del asunto, así que en medio de la tensión ordenó traer a un maldito médico. Pronto se acercaron los paramédicos, quienes hicieron lo pertinente para subirla a la ambulancia, pero antes ella se aferró a la mano de Marcos.

—Hay personas que no tenemos segundas oportunidades —murmuró.

—¿Qué estás diciendo, Chinappi? Tú vas a sortear esta situación. ¡Maldita sea, Chinappi! ¿Por qué tuviste que estar en el medio?

—Usted lo vale, don Pantani —masculló—. Mi hija —murmuró mientras su rostro se enjuagaba en lágrimas—, cuide de mi hija, por favor, se lo ruego.

—Cuidaré de tu hija, Chinappi. Te doy mi palabra que será como mi hija. Puedes estar tranquila que así será. —Correspondió al apretón de mano mientras la miraba fija a los ojos. Entendió que Chinappi estaba muriendo.

—Steffi. —Ya el camillero había avanzado hasta la unidad móvil, pero aun así Steffi siguió tras ella. Logró acariciarle el cabello y le sonrió: Quiso decirle que se veía hermosa, pero le pareció mejor animarla a mejorarse. Ella se aferró a su mano como si estuviera cayendo a un precipicio—. Serás una buena madre, Steffi... Por favor, cuida de mi bebé. —Cerró los ojos en medio de un llanto incontenible y vio cómo se alejaba hasta el interior de la ambulancia, que rodó aprisa con el peculiar sonido de emergencias. Steffi y Marcos se quedaron petrificados viendo cómo se alejaba la unidad móvil. Una unidad policíaca se apersonó al instante y tuvo repugnancia al ver en un charco de sangre el cuerpo de Margaret.

—¿Qué hacemos con la señorita Margaret? —Quiso saber uno de los escoltas sobre la forma de proceder en su caso.

—Me importa una mierda esa mujer. Que se encargue criminalística de

ella. Me interesa la vida de Chinappi. Esa mujer salvó la mía y no quiero que muera. —Inmediatamente el escolta y dos más abandonaron el lugar tras la ambulancia. Entendían muy bien la orden. Marcos y Steffi estaban impregnados de la sangre de Chinappi y deseaban huir de la escena, así que Marcos la tomó de la mano y, al ubicar a la niña con la mirada, se acercó a ella. La tomó en brazos y abandonó el lugar, aun en contra de las órdenes del investigador policial. Una lágrima rodó por su rostro. Steffi Mash vio con profundo dolor indicios de debilidad en aquel hombre.

Chinappi falleció camino a la clínica sin poder hacer nada por restaurar los signos vitales. La bala había perjudicado el miocardio y le habría causado una hemorragia interna.

La muerte de Chinappi fue devastadora. Su hermana no lo podía creer. Pantani se hizo cargo de todo el funeral y transfirió el proyecto a su hermana, bajo la supervisión de Steffi, con el objetivo de que el sesenta por ciento de las ganancias se depositasen a nombre de su hija.

Margaret Fischer quedó a cargo de estudios forenses y sus escoltas debían permanecer bajo presentación cautelar hasta que el caso se cerrase. Vicente Ferrer se sorprendió del fallecimiento de Margaret y de Chinappi y, ante el desenlace, retiró su nombre de la Agencia Vedette, temeroso de que alguna de las damas con las que saliese pudiese perjudicar su futuro. Felicitó a su socio y amigo y llegó a la conclusión de que esa era una excelente solución de vida. Detuvo la mirada en la señorita Whilcom y, a pesar de sus limitadas relaciones laborales, consideró su eficacia, buen trato y compañía con la esbelta secretaria... Quizás algún día llegase a sentar cabeza. Después de todo, la juventud no es eterna y un barco fuerte siempre necesita de un muelle tranquilo donde atracar. Luego del matrimonio de Pantani y Mash, invitó, con su típica zalamería, a la señorita Whilcom a disfrutar de las fiestas de

Nochebuena en un prestigioso restaurante de Roma y, como el chico de su cita en la Liverpool no volvió a llamarla, ella aceptó con gusto la invitación. Y terminaron reunidos, como nunca lo había hecho antes Vicente Ferrer, frente a la chimenea del hogar de los padres de la señorita Whilcom.

Mitchell continuó a cargo de la seguridad de Pantani, pero meses después se dedicó al resguardo de la finca Santa Cecilia, en donde conoció a una bella profesora de artes de Florencia, que visitaba a su familia en Sicilia y con quien salió un par de veces antes de decidir pedir su mano.

Java dispuso el arreglo de una de las habitaciones para la pequeña inquilina y no escatimó en gastos de decoración: Pantani había ordenado decorarlo como lo merecía una princesa. Su abogado personal inició el trámite de adopción y, con algo de ayuda de la hermana de Chinappi, la niña podía estar a su cargo siempre y cuando existiera una unión matrimonial, así que Marcos se vio obligado a apresurar la fecha de la boda civil y posponer la eclesiástica, tal como lo mandaba la ley familiar.

—Nos casamos hoy mismo, Steffi.

—¿Qué?

—Steffi, perdona, pero le prometí a Chinappi hacerme cargo de su hija. Seremos buenos padres. Yo lo sé.

—¡Dios! Yo no estoy segura de ser una buena madre. Nunca fui la novia de nadie ni la esposa; mucho menos sé cómo ser mamá... ¿Y qué le diremos a esa pobre niña?

—¿Qué voy a saber Steffi? Supongo que olvidará pronto. Solo tiene dos o tres años... Deja tus miedos a un lado... Serás una excelente novia, una bella esposa y una maravillosa madre, yo lo sé. No me dejes solo en esto, Steffi.

—No, no, jamás, Marcos. Te amo demasiado y a esa pequeña niña también... Es como tú: fácil de querer.

—Entonces, no se hable más. Antes, hay un detalle importante. Debo entregarte los títulos de propiedad de Andrés, además de un porcentaje de mis propiedades, que por mandato familiar te corresponden, pero el asesinato de los Bersabeth podría crear suspicacia, así que deberíamos manejarlo con

cuidado.

—¿Qué dices? ¿De qué títulos de propiedad hablas?

—Te mencioné que tu estadía dependía de la resolución de algunos trámites legales, así que estos eran tales trámites; claro, entre otros relacionados a las formas de enamorarme de ti... ¡Steffi Mash! —reprendió ante su incredulidad—, ¿es que acaso pensabas que mi padrino se moriría sin asegurar un techo para su única hija?

—Sabía de su finca, pero creí que pertenecía a su hermano. Él siempre habló de visitarlo y recorrer su finca.

—Tus tíos fallecieron, Steffi. Y la finca Santa Cecilia siempre fue de tu padre. Yo estuve hasta hace poco a cargo de ella. Se mantiene igual de productiva... Mi administrador se hizo cargo de los pormenores.

—¿Quiere decir que tengo una herencia?

—Una cuantiosa herencia, diría yo. Arreglaré todo con mis abogados antes del matrimonio; no quiero que creas que hay engaños de por medio aunque, luego de la boda, todo lo mío será tuyo.

—O sea, en mi soltería soy rica y al casarme lo seré aún más. —Ambos rieron.

—¿Te importa, Steffi?

—Con herencia o sin ella me casaría contigo, Marcos, pero no te niego estar emocionada al poder administrar y disfrutar de la finca, que tantos recuerdos felices dejó en mis padres.

—Hay más, Steffi; son detalles menores como joyas de tu familia y otros legados que irás adquiriendo legalmente tan pronto se aclare el caso de los Bersabeth.

Ella se puso de puntillas, lo rodeó del cuello y besó sus labios. Pensó en lo irónica que era la vida. La muerte de algunos seres trae tranquilidad consigo, como la de Antoni Messi y la de los Bersabeth. Otros seres, como Chinappi, te dejan una desolación inmensa en el alma. Añoró Nueva York y descartó la idea de regresar. ¿Para qué querría volver? Allá solo la esperaba la banda de

los Splash y no era nada motivador encontrarse de nuevo con ellos. Cerró los ojos y añoró a sus padres.

—¿Viviremos en la finca de mis padres?

—Steffi, no lo sé aún... Sicilia para mí forma parte de mi pasado y no deseo removerlo.

—No podemos huir del pasado siempre; a veces toca enfrentarlo, como lo hice yo, con tu ayuda, claro está... Quizás ya sea el momento de que Marcos Pantani regrese a Sicilia.

—Lo pensaré, Steffi. Quizás podamos vivir en las épocas de cosecha y el resto del año acá en Roma. ¿Bernoulli no te iba a preparar como guionista? No querrás tirar tu sueño por la borda, ¿cierto?... Nuestros padres ya vivieron sus sueños, amor.

—¿Me llamaste *amor*?

—¡Diablos! Tal parece que me he vuelto cursi, amor mío. —Y buscó besarla entre risas.

Ambos se ahogaron en la sonoridad de las risas hasta que el recuerdo de Anabella brincó a sus cabezas.

—¿Y qué haremos con Anabella? ¿Qué le diremos?

—Su tía vendrá a vivir un tiempo con nosotros. Mientras tanto conversaré con mi amigo, el doctor Arcadipane; él sabrá aconsejarme... Nos casaremos por el civil y agilizaremos la adopción; luego Java se hará cargo de nuestra boda eclesiástica. Después nos iremos de luna de miel.

—¿Y Anabella?

—No querrás llevarla con nosotros...

—La muerte de Chinappi está tan reciente que veo mal que estemos de celebración.

—Ella estará feliz por nuestra boda. Estoy seguro; además, será todo muy rápido. Algo privado... —Se entristeció al recordar su propuesta de organizar su boda—. Ella quería algo apoteósico. Quizás, en nuestro primer año de matrimonio, lo organicemos como debe ser. Y si quieres, podemos llevar a

Java para que se haga cargo de Anabella en nuestra luna de miel. Así ella disfrutará el viaje.

—¿Y a dónde iríamos?

—A París —espetó emocionado, como si hubiese acertado en la decisión—. Sí, a París. Tú y yo tendremos una luna de miel apropiada y Anabella disfrutará del parque de diversiones de Disney.

Ambos no podían contener la alegría y bromearon en terminar ambos entre las atracciones, con la excusa de divertir a quien se convertiría en su primera hija.

Steffi no comprendió las jugadas del ajedrez de la vida. Ese día Chinappi estaría siendo enterrada y, bajo la faz de la tierra, ella sembraba semillas de alegría en su corazón. Su vida estaba dando vuelcos. Ahora estaba a punto de ser la esposa de Pantani y la madre de Anabella, su primera hija, la hermana de todos los hijos que Dios pudiese darles en esa vida. Y estaba feliz. Tan feliz que, durante la ceremonia civil de matrimonio, no deseó dejar de ser besada y lloró de alegría, acunada entre los brazos del hombre que la había regresado a la vida... Al recordar a su padre, Andrés Mash, comprendió que el último deseo de un hombre puede solucionar el futuro y enmendar los errores de un pasado.

FIN

Agradecimientos

A mis padres, Nelly de Jesús Morales de Omaña y Jesús Orlando Omaña Lobo, por sus grandes esfuerzos por mí. Pito, por tu amor, perseverancia y apoyo.

A mi esposo, novio, amigo y confidente, quien me da su energía y me motiva a perseguir mis sueños: Chebli Al Sehnawi.

A los regalos de Dios: mis hijas(os), Amal Nataly y Samar Tatiana, mis florecitas en la tierra y a mi bebé, quien aún me tiene en la dulce espera, pero que ruego a Dios poder arrullar pronto entre mis brazos.

A mis ángeles en Colombia: María Ledy Martínez Ascanio, por darme la fortaleza y el optimismo necesario para seguir adelante, por su nobleza, su generosidad..., su amistad. En Costa Rica: a Xenia Elizondo, no solo por su amistad, sino por abrirme la puerta a su hermosa familia para convertirnos en parte de ella y a Irene Casanova, por brindarnos la mano amiga, el apoyo y el impulso que necesitábamos para mantenernos en pie. Gracias por permitirse ser instrumento fiel de Dios en nuestra vida. En Chile: a quien nunca olvidaré, mi amiga de infancia de toda la vida, Carolina Elitzabeth Olate Herrera, a quien algún día deseo volver a abrazar y compartir tantas anécdotas vividas tras la migración.

A todos mis amigos y amigas. Cada uno tan importante y especial en cada etapa de mi vida. Gracias por existir.

A ustedes, lectores y lectoras, especialmente a: Nilda Marina Luna Nieves, por creer en mí y apoyarme. A ustedes, quienes me leen en este momento, quienes buscan vidas oníricas tras el papel y sueñan junto conmigo historias que nos estremezcan, nos arranquen sonrisas y nos dejen cargados de emociones... Bienvenidos a mi vida.

Si te ha gustado

El último deseo de Mash

te recomendamos comenzar a leer

Contando estrellas

de Christina Birs

Selección RNR

CHRISTINA BIRS

CONTANDO
ESTRELLAS



Romance Actual

Prólogo

Cerca de Sestri Levante, República de Génova. Finales del siglo XV.

—La hermana Leonilde la acompañará —indicó la abadesa con una sonrisa, satisfecha tras comprobar que la bolsita de cuero que le había dado a cambio contenía cinco monedas de oro.

—Es por aquí. —En silencio, siguió a la religiosa.

Mencia daba gracias a Dios por encontrarse a refugio. A lomos de su caballo había recorrido a galope tendido las últimas tres leguas en medio de la despacible noche invernal. Debía llegar cuanto antes a la iglesia de Santa Maria Ligure. El cardenal Severini, amigo personal de su tío y quien había cuidado de ella durante los últimos años, le había dado instrucciones claras de lo que debería hacer en caso de peligro, y sabía que en ese lugar estaría a salvo. No podía arriesgarse a continuar con el cofrecillo el largo trayecto que le restaba. La estaban vigilando de cerca desde que había salido de Roma hacía una semana, y tenía la sospecha de que la atacarían en cualquier momento para arrebatarse el contenido del pequeño baúl de madera.

—Ha hecho bien haciendo un alto en el camino, el frío llama a ello. ¿Hacia dónde se dirige?

—Al norte —respondió escueta. Sabía que el único motivo por el que aquella huesuda y encorvada mujer de cara avinagrada le daba conversación era indagar sobre la pieza que portaba.

—¿Va a visitar a algún pariente?

—No —mintió.

—Es extraño que alguien confíe el depósito de un objeto en nuestra iglesia a no ser que lleve rumbo sur. Imagino que ha de ser de gran valor.

El templo, situado en el camino costero que unía Santiago de Compostela con Roma y, además, de forma estratégica, en las cercanías de la Vía Francígena, principal vía de peregrinación a la urbe romana desde el norte de Europa, era el lugar elegido por muchos romeros, sobre todo los acaudalados, para depositar las valiosas ofrendas que llevaban consigo al Vaticano y así evitar que fuesen robadas en caso de asalto. No en vano aún distaban casi

doscientas sesenta millas de la Ciudad Santa, las que había que salvar por arduos senderos, a menudo llenos de vándalos y saqueadores. A cambio de un donativo, bien fuese en forma de limosna, objetos litúrgicos o incluso reliquias de santos, como había cedido algún noble, las agustinas se encargaban de que dichos dones llegasen a su destino sin percance alguno.

—Malditas ratas —escupió la monja con tono agrio nada más abrir la robusta puerta de madera que conducía al exterior. Cogió la antorcha del aplique rudimentario de forja situado junto a esta, la encendió y le hizo seña para que la siguiese escalerilla abajo por el abrupto acantilado—. Tenga cuidado, los peldaños están resbaladizos. Agárrese aquí —añadió en referencia a una cuerda que hacía las funciones de pasamanos.

Ya dentro de la inhóspita oquedad rocosa donde guardaban las piezas, tanto propias como en custodia, el sonido de una gota al caer desde el techo y chocar contra el suelo hizo estremecer a Mencía. Había algo en el ambiente que la inquietaba. Inconscientemente, apretó las piernas con fuerza al recordar las palabras de Su Eminencia previas a su partida: «antepón su salvaguarda a tu propia vida». A pesar de que podía encontrarse con la muerte en el trayecto de regreso a casa, asumió con gusto la misión. No podía fallar a su familia romana ni a su tío, don Beltrán de Cusanza, vicario de la Diócesis de Compostela.

—Los cuervos llevan varias noches rondando el huerto.

A sus espaldas quedaba la boca de la cueva, por la que se filtraban rayos de luz provenientes de la luna llena. Por ella también se colaban al interior unos espeluznantes chillidos de pajarraco, que retumbaban en las paredes de piedra.

—Esos graznidos no presagian nada bueno —auguró la monja entretanto se adentraban unos metros—. Hemos llegado.

Colgada al cuello y cubierta por sus raídas vestiduras, Leonilde llevaba una cadena de la que pendía una llave. Con parsimonia, se inclinó hacia la cerradura del enrejado metálico que cerraba el cubículo con intención de abrirlo.

Mencía soltó un grito ahogado al escuchar lo que parecían unos pasos que hacían crujir la escalera.

—No se asuste. El viento arrollador que se ha levantado campa a sus anchas entre los recovecos. Aquí solo estamos los roedores, usted y yo. —La llave parecía resistirse a entrar en el agujero, así que optó por quitarse la cadena. Falta de reflejos, se le resbaló de las manos y cayó al suelo—. Maldita sea —farfulló al apagarse la llama a consecuencia de una ráfaga de aire y quedar casi en penumbra—. Ayúdeme a buscarla.

Aferrando el baulillo contra su cuerpo con el brazo izquierdo, la joven se agachó con cierta dificultad debido a las molestias abdominales que empezaba a sentir, y comenzó a palpar el inmundo y húmedo piso hasta que un ligero temblor sacudió la gruta.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó temerosa, a la par que se incorporaba con rapidez.

—Un regalo divino para recuperar la llave. Alabado sea el Señor.

Mencía se arrinconó contra la pared y se abrazó a sí misma, rogando a Dios, con los ojos cerrados y en voz baja, que Leonilde abriese pronto la reja para así poder salir de allí cuanto antes. Concentrada en sus plegarias, sintió la fría y afilada hoja de acero sobre su cuello y, mientras se desvanecía en su propio charco de sangre, notó cómo las convulsiones se iban haciendo cada vez más fuertes.